

Amn
Brashares

The
Last Summer
(of You & Me)

Traducido POR:

- ***Clarissa_Darkness***
- ***Alice***
- ***Anne Iris Heaven***
- ***Melo***
- ***Grima***
- ***Sol de media Noche,***
- ***CYeLy DiviNNa***
- ***Liseth_Johanna18***
- ***Golden Rose***
- ***AnDreiXa***
- ***Koray***
- ***Ellie***
- ***Rockwood***
- ***Pilar***

Corregido POR:

- ***Carol***
- ***Arely***
- ***Melo***
- ***Vampirabriin***
- ***Tibari***
- ***Ellie***
- ***Ckony***

Recopilado POR:

- ***Carol***

Foro Purple Rose

Indice

Sinopsis.....	4
Esperando - capítulo 1.....	6
Te volverás ordinario si no tienes cuidado - Capítulo 2	14
Botellas y Piedras - Capítulo 3.....	21
El talento para ser un niño - Capítulo 4.....	30
Sin Salir Adelante - Capítulo 5	37
Dios hizo a Alice para Alice - Capítulo 6	44
Rojo, vino tinto - Capítulo 7.....	54
<i>Qué tipo de persona Ser</i> - Capítulo 8.....	63
<i>La Bella</i> - Capítulo 9.....	73
<i>Vive</i> - Capítulo 10	80
Mira lo que podrias tener - Capítulo 11	92
Capítulo 12	103
Salir mal - Capítulo 13.....	113
Closing Up - Capitulo 14	122
Echa la culpa aquí y alla - Capítulos 15.....	133
La Boda De Alguien - Capítulo 16	144
Criogenia - Capítulo 17	150
La Ruptura en la Red - Capítulo 18.....	159
Una estufa y un incendio - Capítulo 19	169
Ninguna Persona es Cenizas - Capítulo 22	193
Desde aquel mundo a éste - Capítulo 23	199
No Adquirir Una Motocicleta - Capítulo 24.....	207

Sinopsis

Paul, Riley y Alice crecieron juntos durante los veranos que pasaron en Fire Island. Mientras que la familia de Alice y Riley parecía perfectamente feliz, el padre de Paul muere de una sobredosis, lo cual lleva a su madre a una vida llena de ausencias; todo lo que él tiene es una gran fortuna heredada de su padre por la cual sus abuelos están muy interesados.

Riley y Alice. Hermanas que son tan diferentes como el sol y la luna. Riley es poco femenina y sólo quiere pasar su tiempo fuera de casa y nunca crecer. Alice es la menor, hermosa, pero siempre ha sido la hermana etiquetada; ella siempre ha tratado de estar junto a su hermana y Paul, pero nunca se siente del todo con ellos.

El secreto es –Alice ama a Paul, y Paul ama a Alice–. Pero no es hasta este verano que ellos finalmente lo aceptan, y actúan. Desafortunadamente en este momento a su hermana le diagnosticaron un serio problema en el corazón, lo que causa que Alice se sienta terriblemente culpable de haberle guardado el secreto de su amor por Paul.

Así las tres vidas convergen y luego se separan hasta que las cosas finalmente caen con sorpresa a su alrededor.

Nadie recibe más de la injusticia, nadie, excepto Peter. A menudo se reunieron, pero él siempre se olvidó. Supongo que fue esa la verdadera diferencia entre él y todos los demás.

J. M. Barrie

Esperando

capítulo 1

Alice esperaba a Paul en el muelle del Ferri. Había dejado un mensaje crepitante en el contestador diciendo que iba a venir en el barco de la tarde. Así era él. No podía decir las 1:20 o 3:55. Había pasado demasiado tiempo mirando el programa de transporte, tratando de adivinar su significado.

Con cierta cantidad de auto odio, Alice había caminado por primera vez por el muelle a las 1:20, sabiendo que él no estaría allí. Había mirado sólo vagamente los rostros al salir del barco, asegurándose a sí misma de que no esperaba nada. Ella estaba sentada con sus pies descalzos en el banco de la periferia, con su libro apoyado en las rodillas para no tener que interactuar con nadie. *Sé que no vas en éste, así que no creas lo que no es*, le dijo al Paul que vivía en su mente. Incluso allí, bajo su control, él estaba tomándola el pelo, era impredecible.

A las 3:55 se puso brillo en los labios y acarició su cabello. El barco no se fue hasta las 6:10 y, en el supuesto de que Paul pudiera perder el Ferri de la tarde, no podía llamar a las 6:10.

Como a menudo hacía, ella intentó procesar los pensamientos de él en su mente. Se tomaba sus opiniones demasiado en serio, las recordaba mucho después de que sospechara que él las había olvidado.

Así estaba la cosa, tratando de pensar en sus pensamientos cuando estaba cerca, en sus palabras ofreciendo pistas, correcciones y la confirmación de la hora. Pero tres años de silencio creaban interpolaciones complejas. Se hizo más difícil, pero de otra forma se hizo muy fácil. Ella era más libre en sus pensamientos. Los hizo suyos, pensaba que eran de su agrado.

Se había perdido dos veranos. Ella no podía imaginar cómo podría hacer eso. Sin él, habían sido temporadas sombrías. Los sentimientos se sintieron poco, y luego se fueron. Los recuerdos no se hicieron dolorosos. No había nada nuevo en la espera en este muelle, en este o en aquel banco de madera, en busca del barco en el que vendría. De alguna manera, ella siempre estaba esperándole.

No podía recordar su cara cuando él se fue. Cada verano regresaba “vestido” con la misma cara que ella no podía recordar.

Ausente, ella veía a la gente en el muelle que venían y se iban. Saludó a gente que conocía, sobre todo a los amigos de sus padres. Sentía el viento soplando y el sol sobre sus hombros. Poco a poco clavó su uña a lo largo de un tablón del asiento, lo que provocó una escisión en la aglomeración de moho y su desintegración.

Cuando llegó la hora de esperar, Riley siempre tenía algo más que hacer. Paul era el mejor amigo de Riley. Alice sabía que Riley lo echaba de menos también, pero dijo que no le gustaba esperar. A Alice no le gustaba

tampoco. A nadie le gustaba. Pero Alice era su hermana menor. No tenía idea de cómo no hacer las cosas que no le gustaban.

Miró al Ferri, la forma en que comenzó como un pequeño triángulo blanco en la bahía. Cuando no estaba allí, apenas podía imaginarlo. Nunca estuvo más próximo. Y entonces apareció. Tomó forma rápidamente. El Ferri siempre venía.

Se puso de pie. Ella no podía evitarlo, dejó su libro en el banco, abierto con sus hojas aleteando por el viento. ¿Sería él? ¿Estaba allí?

Dejó que la goma de su pelo se soltara. Se estiró la camiseta hacia abajo sobre las caderas. Ella quería que él lo viera todo de ella, pero también nada. Quería que él fuera deslumbrado por las partes y lo cegara el todo. Quería que él viera su todo, y no los pedazos. Tenía unas esperanzas difíciles de satisfacer.

Sus piernas se recuperaron; sus brazos se aferraron a su cuerpo. Notó el acercamiento de la mujer de mediana edad con un pareo color rosa que enseñaba la clase de yoga de su madre.

- ¿A quién estás esperando, Alice?

Expuesta como estaba, la pregunta amistosa golpeó a Alice con crueldad.

- A nadie. - Alice mintió torpemente.

El rostro de la mujer era tan familiar para Alice como el sofá de mimbre en el porche, pero eso no significaba que Alice supiera su nombre. Sabía bien que la mujer se llamaba Albert y que gritaba mucho en sus clases de yoga. En un lugar como éste, un niño no tenía que saber los nombres de los adultos, aunque los adultos siempre sabían el suyo. Si fueras un niño, las relaciones aquí comenzarían de forma asimétrica, y rara vez llegaría una oportunidad específica para la reevaluación. Te aburres con las relaciones con gente de la misma edad; aquí no importa la edad que tienes.

La mujer miró los pies de Alice, que decían la verdad. Si estuvieras esperando al de las 3:55, llevarías zapatos.

Alice con timidez se apartó hacia la zona de carga como si tuviera algún propósito allí. No confiaba fácilmente y, de hacerlo ahora, se encontraría en una situación no deseada. Prefería guardar sus mentiras para las personas cuyos nombres conocía. No podía ver el Ferri. Se sentó en el banco, cruzando los brazos y las piernas e inclinando la cabeza.

Era una pequeña aldea con una isla pequeña con las costumbres y normas propias. "No hay llaves, ni billetera, ni zapatos", era la frase que expresaba su manera de vivir el verano. No había coches y, en los viejos tiempos, al menos, nadie se encerraba en su casa. El único lugar comercial es el mercado de Waterby, sobre todo el comercio de los dulces y helados, donde su nombre era su crédito y no se aceptaba dinero en efectivo. Los zapatos significaban que ibas a venir, ir, o jugar al tenis. Incluso en el club de yates. Incluso en las fiestas. En la comunidad había un orgullo en tener los pies lo suficientemente fuertes como para soportar los entablados paseos marítimos que se astillaban. No es que no recibiera esquivas —que siempre lo hacía. Solamente te callas al respecto. Todos los niños lo sabían. Al final

de cada verano, el fondo y los lados de los pies de Alice estaban llenos de viejas astillas. Con el tiempo desaparecieron y nunca estuvo muy segura de adónde se fueron. - Son reabsorbidas. - le dijo una vez un hombre con siete años de conocimiento llamado Sawyer Boyd.

El negocio de todo el mundo atravesaba este muelle de transporte, con ritmos y jerarquías a diferencia de otros sitios. Veías a la gente que venía y se iba y esperaba. También veías sus cosas apiladas en el muelle hasta que las cargaban en su coche y conducían a su casa. Sabías qué clase de papel higiénico compraban. Alice aún tasaba secundariamente un lujo más sutil y diciendo que seguro eran la bolsa de una persona o zapatos. Sabías que las personas con las bolsas de los canales navegables y los productos de papel iban bajando aquí, en Waterby o en Saltaire. La gente que bajaba en la ciudad de Kismet siempre tenía cerveza en los bolsos.

Los coches eran los transportadores de privacidad. Sin ellos, vivías mucho más a la intemperie. Donde fueras, con quien fueras. A quien esperaras en el muelle de transporte. Para quien te cepillaras el pelo. Estabas expuesto aquí, pero también estabas a salvo.

El cartel del lugar siempre había apelado a determinados tipos de utópico, incluso los poco profundos. - Deshazte de los coches y te deshaces del calentamiento global, de las guerras por el petróleo en Oriente Medio, de la obesidad, y de la mayoría de la delincuencia, también. - le gustaba decir a su padre.

El ferri ponía un énfasis adicional en ir y venir. Los adultos iban y venían todo el tiempo, pero hubo muchos veranos en los que Alice y Riley habían ido y venido una sola vez. Llegaban con la piel pálida, con cortes de pelo para que duraran todo el verano, sus pies sensibles y su timidez. Se iban con la piel marrón, pecosa, mordida; el pelo enredado; las plantas de los pies gruesas como neumáticos; y la familiaridad que raya en la grosería.

Recordaba las bienvenidas, y recordaba las despedidas aún más. La tradición del Fin-del-verano dictaba que quienquiera que se fuera, dejara a los amigos saludarlo desde la isla saltando en el agua mientras el ferri del adiós se separaba.

Ahora escuchaba el repiquetear del ferri detrás de ella. Aflojó sus brazos y presionó sus manos contra la madera. Oyó el chapoteo del agua contra los pilares mientras el ferri daba la vuelta. Apretó una pierna y recuperó su talón libre en la tabla delante de ella.

Le hubiera gustado llegar en lugar de esperar. Habría preferido irse a quedar abandonada a la izquierda, pero nunca fue lo que pasó. Por alguna razón, siempre era Alice la que esperaba y se zambullía dentro.

El ferri era como una cápsula del tiempo, de alguna manera. Una cápsula espacial. Te enviaba a ti y a tus compañeros de viaje en una bolsa de lona a través de un agujero de gusano, el mismo cada vez.

Paul estaba de pie en la cubierta superior, con un viento húmedo, mientras las casas costeras monstruosas de Long Island llegaban al agua oscura, salobre.

La sensación espesa de la atmósfera comenzaba cuando subías al ferri. La viscosidad sobre cada superficie. Su pelo se alborotaba alrededor y pensó en Alice, buscando una goma de pelo en su mochila. Podía verla anclando varias cosas en su boca mientras trenzaba su cabello. Había tenido el pelo corto entonces, y, aunque admiraba su habilidad para trenzarlo en el viento, ¿qué niño no estaba desconcertado por una trenza? Pensó que era innecesario. Su pelo era largo ahora.

El primer avistamiento fue el obelisco de Robert Moses, y el segundo fue el faro desgarrado. Bueno, no era muy desgarrado. En realidad, este faro establece su estándar para todos los demás, y los otros esperaban robustos y regordetes en comparación. Te encantaba lo que sabías. Pero no podías ayudar. Él no podía, aunque lo intentaba.

Ella estaría allí. Si todavía era Alice, estaría allí. Si Riley era todavía Riley, ella no estaría. Había llamado, así que, si Alice no venía, eso significaría algo. Y si venía también significaría algo. Deseó no haber llamado, en cierto modo. Los viejos que organizaban le acobardaban, pero después de todo este tiempo él solamente no podía estar por encima de Alice.

Podía imaginarse que ella no había comprobado los mensajes, pero conocía a Alice y sabía que estaría desgarradoramente encima de estos. Como si estuviera esperando siempre algo bueno y algo malo.

La costa ahora más dulce, la más vieja de la isla, emergió, tosiendo hacia arriba por la bahía para su llegada. Percibió el brazo ancho que se encrespaba en el muelle. Vio las figuras en él. Sabía que Riley sería la misma. Por las cartas que le escribió, se podría decir que su aspecto y voz serían los mismos. Pero la idea de que Alice tuviera 21 años le daba miedo.

¿Sus padres estarían allí? ¿Podría afirmar verlos en ese estrecho jirón de tierra que sobresalía entre el océano y la bahía?

Ahora las formas de las casas crecieron y se afiliaron, y las caras en el muelle se volvieron hacia el ferri, como un grupo de círculos sin características en un principio. Se levantó, estiró las piernas y sintió los dedos fríos alrededor de la bolsa de lona.

Sin llegar a dar el visto bueno, comenzó a escanear los rostros. Los más viejos eran los más familiares. El jugador del complicado juego de dobles con el peine sobre... — ¿su nombre era...?—. El hombre con los hombros torcidos que atendía los coches de bomberos, la señora con el perro marrón bajo su brazo. El dueño del club, Don Rontano, con el polo almidonado, cuello levantado, que se encendía tan bien con las damas solitarias. Los niños eran imposibles de identificar, y temía escudriñar los cuerpos entre los viejos y los jóvenes. ¿Su pelo sería oscuro ahora? ¿Sería posible que su forma hubiera cambiado?

No y no, obviamente. A esta distancia, en el cierre a esta velocidad, conocías a una persona por su postura, por ciertas cualidades innombrables, y esas no eran y no podrían ser las tuyas. Tal vez no había venido. Tal vez no estaba ni siquiera en la isla. Pero, ¿qué podría hacer Alice para no venir?

Había otra figura, una niña, al parecer con la mitad de los rizos encrespados, en el banco, con un pie metido bajo ella. Pero estaba de espaldas a él y, a diferencia de los demás, no giró su rostro hacia el ferri.

Echó un vistazo al pequeño grupo de nuevo, resintiéndose a la actividad espasmódica de sus ojos. ¿Y si ella fuera diferente ahora? ¿Y si no podía mantener su vieja idea de ella?

Cuando el ferri tiró del gancho del muelle, la niña estaba de pie. Su pelo volaba alrededor de la cara, oscureciéndola. Tal vez ésa era la razón por la que él siguió viéndola como una extraña, incluso después de acercarse lo suficiente para verla.

Por unos segundos, frenéticos y tranquilos, la miró cuidadosamente, sintiendo un cosquilleo como antes, sintiendo no sólo las neuronas disparándose en la parte de su cerebro responsable de la percepción presente, sino también en la parte dedicada a la memoria.

Quizá por eso una sobrecarga extraña tuvo lugar en ese momento, cuando la reconoció y no la reconoció, al mismo tiempo. Las ideas y los sentimientos entraron precipitadamente en él, lo que podría más bien haberse mantenido fuera.

- Hola. - le dijo a ella.

Lo abrazó, poniendo su barbilla en su hombro y su rostro hacia el faro. No era el tipo de cosas que hacían. No era tanto la intimidad que le provocó, solamente la necesidad de mirarlo más.

Ella no podía notar nada en él o sus ojos. Su cuerpo estaba entumecido y sus ojos se confundían. En un momento de lucidez, en el que temía que podía sentir su corazón latiendo, ella se apartó. Bajó la cabeza y le hizo señas a su bolsa.

- ¿Es todo? - Preguntó.

- Eso es todo.

Parecía casi triste. Quería comprobar su rostro, pero no lo estaba viendo, así que no lo hizo.

¿Cuál era el problema? ¡Sólo era él! Era el Paul de siempre. Pero no lo era. Era el más extraño de los extraños, pero también era su viejo mejor amigo.

- ¿Es pesada? - Se encontró diciendo.

- No. Está bien. - Dijo, y le pareció oír la semilla de una risa en su voz. ¿Iba a reírse de ella? Solía hacer eso. Se burlaba y se reía de ella sin ceder. Pero que lo hiciera ahora, iba a morir.

Se había propuesto ser fría con él esta vez. Por dejarla tanto tiempo y olvidarse de ella. *¿Se había olvidado de mí?* Era bueno estar enojada con él cuando estaba fuera, pero en su presencia, nunca pudo. Siguió adelante y él la siguió. La Sra. McKay estaba abriendo su coche, y Connie, su antiguo entrenador de natación, estaba en el lado donde se pesca. Ella levantó la cabeza, iba a ver a los demás. Todos sabían de Paul, lo reconocían con su pelo largo y grumoso y su rostro hirsuto.

Todas las cosas que pensaba y sentía, la forma en que planeaba ver y parecer, las cosas que planeaba decir, ninguna de ellas llegó a pasar.

- Vamos a buscar a Riley. - Dijo desde detrás de ella, su corazón emocionado por el alivio. Eso era lo que podían hacer. Eso tendría sentido para ella.

Le ofreció la bicicleta de su madre. Él equilibró su bolsa de lona en la canasta y maniobró hasta el paseo marítimo por delante de ella con la gracia de un verdadero habitante de la isla. Podía montar tres bicicletas a la vez. Podía hacer un caballito sin manos. Había sido su héroe de las bicicletas. Fueron directamente a la playa. Salió y se quitó los zapatos y los calcetines, apenas desacelerando. Se puso de pie en la escalera en la parte superior de la duna, y ella se quedó unos metros detrás, sin aliento para ver qué tipo de playa era.

Como los niños, tenían decenas de nombres para la playa, como los esquimales nombres para la nieve, y se empeñó en encontrar la necesidad de más. Una apacible, de arena blanca y de color turquesa brillante era una playa de la isla Tórtola, en el Caribe, a la que Paul había sido arrastrado con su madre. Despreciaban esa playa. La playa de Riley, también conocida como la lucha de playa, con granos de arena batida como el cristal contra la piel y olas irregulares y castigadoras. Una playa de Alice era realmente raro, y más en fondos de marea complicados.

Hoy Alice quería la clase que él quería, la playa de Paul. Bajo la marea de arena crujiente, una fuerte caída apagada por el agua, y un ejército de diamantes en bruto, las olas de color verde. *¿Cuán familiarizada se sentía y cuánto deseaba estar con él?* Eso no había cambiado.

Una vez Paul le dijo que la playa era como él, ya que cambiaba cada día, pero nunca hizo ningún progreso. Más tarde se acordó de pensar que una persona normal podría haber empezado diciendo que era como la playa.

Alice puso su pelo hacia atrás, reconociendo que esta playa era otra que requería un nombre. Playa nerviosa. Una playa donde crujir. La arena era suave y gradual, pero las olas eran silvestres, las olas venían en un lanzamiento en diagonal. Ella estaba deseando en su mente ir a nadar con Paul, comenzó a bajar por los escalones decrepitos. Miró hacia el este, hacia la silla del socorrista, con Riley sentada en ella y la bandera roja de "no nadar" ondeando encima.

Paul no fue hacia Riley, sino que se dirigió directamente hacia el agua. Alice lo miró con sorpresa ahogada mientras caminaba hacia el agua completamente vestido. Se zambulló en una pared de color de oliva. Alice miró con impaciencia a la cabeza salir de la espuma irritable que chocaba por todas partes. Miró a su hermana, que ya estaba de pie en la silla, el

cuello hacia adelante en su postura de socorrista en estado de alerta, las manos en las caderas. La cabeza de Paul hizo finalmente aparición por lo menos a veinte metros. Fue más allá de las olas, pero moviendo y golpeando, no obstante. Alice podía ver a Riley murmurando a otro guardia que estaba al pie de la tribuna. Y sopló el silbato en dos ocasiones.

- ¡Sal del agua! - Gritó ella, señalando la bandera roja - Idiota. - Murmuró. De lejos, Paul levantó el brazo y saludó con la mano. Alice pudo notar el momento en que Riley se dio cuenta de quién era. Ella gritó lo suficientemente fuerte como para que Alice la oyera. Miró hacia atrás por encima del hombro y vio a Alice allí. Riley se relajó. Su silbido se fue. Alice se encogió de hombros y sonrió. Ella gritó para hacerse oír por encima de la explosión de viento fresco - Creo que Paul está de vuelta.

- Sólo déjalo ahí. - Dijo Riley a su socorrista - Estará bien.

Ella se sentó de nuevo en su silla y vio rebotar la cabeza de Paul. No iría tras él. ¡Que se ahogara! Nunca se ahogaría. Paul había trabajado en de cada fase de entrenamiento de socorrista a su lado, decidido a su mejoramiento cada día. Aunque nunca en su cara, se le atribuía hacerla resistente. Ella no sólo tenía que superar retos, también tenía que intentar superar a Paul. Y luego llegó el día de la prueba real —una formalidad en ese momento—, su vuelta de la victoria. Paul no se presentó. Cuando lo vio más tarde por el muelle del Ferri, se encogió de hombros. Fue la culminación de su vida, y había actuado como se había deslizado la idea por su mente.

Pero en su primer día oficial en la silla, cuando casi había estallado de orgullo en su traje rojo oficial, Paul se había convertido en el mismo de nuevo. No se dio cuenta de que la figura de pelo oscuro más allá de las olas era Paul. Había saltado de la silla con toda la intensidad posible, soplando su silbato, formando su equipo, gritando órdenes, su sangre estallando con un propósito.

Cuando salió a las aguas profundas y vio quién era, quería ahogarlo de verdad. Lo llamó hijo de puta y empezó a nadar hacia la orilla, con las mejillas rojas golpeando con furia. Entonces vio la formación de ciudadanos interesados en la arena y a su entrenador personal con una apoplejía en la cabeza por la idea de que abandonara a la víctima. Y allí estaba Paul, manteniendo su actuación. ¿Qué podía hacer? Regresó y salvó su trasero. Cuando le arrastró hacia la playa, le dio un pellizco feroz en la parte posterior de su cuello. Fue la única vez que se retorció con autenticidad. Cuando eran pequeños, ella y Paul eran los mismos. Le entendía, sin tener que intentarlo. Lucharon a veces. En tercero le dio una patada en el suelo. En quinto la empujó a una puerta y ella consiguió seis puntos de sutura en la ceja. No lucharon físicamente después de aquello, aunque ella trató de provocarlo. Era la cicatriz, pensó ella, lo que le hizo detenerse.

Le gustaba la cicatriz. Después de la escuela media, comenzó a hacerlo todo complicado. Se levantaba tranquilo y melancólico a veces sin ninguna razón que pudiera determinar. Siempre pensó que habría terminado más contento

si hubiera hecho la prueba de socorristas. Ésa era su verdadera opinión. Más tarde se unió a los grupos políticos extraños y trató de organizar a los recogedores de fruta de América Central, que eran demasiado inteligentes para tomar cualquier basura que estaba tratando de vender.

- Llegué con todas mis ideas políticas, pero la pobreza y la tristeza por aquí anula cualquiera de ellas. - Eso había escrito para ella desde una granja cerca de Bakersville - Anoche alguien me robó la cartera de mis pantalones mientras dormía. Esto es absurdo incluso para mí mismo. - Ella no podía discutir - Tú debes haber sido socorrista. - Escribió de nuevo. Y, sin embargo, ella le amaba. De esa manera, odiaba sus decepciones, incluso si no estaba de acuerdo con las cosas que quería.

- ¿Puedes ponerte en mi lugar? - Preguntó a Adam Pryce. Él era su guardia de seguridad y seis años más joven que ella.

Estuvo de acuerdo, y ella saltó de la silla. Con un viejo sentimiento de gozo, caminaba por las olas y se sumergió en un océano en el que ninguna persona sensata podría nadar y golpeó a Paul con unos cuantos golpes fuertes. Y así se balanceaban juntos alrededor, bordeando las aguas revueltas, las olas de burlas, mientras Alice miraba desde la playa.

Te volverás ordinario si

Capítulo 2

no tienes cuidado

En los viejos tiempos Paul venía de visita con sus pijamas de lucha por el buen cereal. Alice sospechó que era una de las pocas batallas que él podría ganar o perder. El punto conseguía allá temprano.

u casa era enorme y estaba ubicada entre una casa y el océano. Las dos casas estaban cerca, podrían oír a los padres de cada uno luchar en las noches en que el océano estaba tranquilo. Su casa tenía siete dormitorios y una E TV, y era limpia y tenía un estante por completo del buen cereal. Pero de la memoria más temprana de Alice, nadie fue nunca allí a comer los Fruity Pebbles, aún menos luchar por ellos. Alice detectó que los niños prefirieron por instinto la vida dentro de una pequeña casa grande.

Paul apareció esa mañana, aunque no en sus pijamas. Él llevaba un par de pantalones que estaban tan amarillos que casi hizo reír a Alice. Se preguntó si lo hizo a posta. Él vino de la manera habitual, de la puerta de atrás de su casa a la puerta de atrás de la suya. Si ustedes fueron la manera regular, era por lo menos los cientos cincuenta pasos en el paseo marítimo, más que eso si eras Alice, y mucho menos si eras Paul y ustedes mintieron. Pero el paso de la arena a través del pragmites era treinta pasos a lo más, e imperceptibles al mundo exterior.

- ¿Ya comisteis? - preguntó Alice ocasionalmente.

- No. - dijo él suavemente. - Aunque estoy bien. No tienes que alimentarme.

Ella empujó la caja de arroz Krispies hacia él, junto con un cuenco y una cuchara. Él parecía olvidar sus propias palabras mientras que ella vertía sus cereales.

- ¿Leche? - ella dijo.

- Gracias.

Con el codo en la mesa y la mano en la barbilla, Alice lo vio comer. A él nunca le importaba que le mirasen.

- ¿Cómo está tu pelo? - preguntó Riley pasando por la cocina al fregadero.

- Ha crecido. - dijo él satisfecho.

- ¿Así?

- Sí, así.

- El mío no crece así. - señaló Alice.

- Porque lo lavas y lo cepillas.

- Sí, lo hago.

Foro Purple Rose

- Bien.

- No, mira así que bien. - dijo Riley a Paul con una toalla agrupada debajo de su brazo. Ella le indico cómo doblarla.

- Ya. - Paul dijo sintiendo uno de sus mechones entre sus dedos. - Pica un poco. Creo que me lo cortaré para el verano. - Él puso su cuchara en la mesa y miró a Alice. - ¿Tienes tus tijeras de peluquero?

Ella sacudía la caja de cereal alrededor para ver si había bastante para otro cuenco.

- Sí. ¿Quieres que te las deje?

- ¿Puedes hacerlo tú? - pidió él. Ella puso la caja en la mesa. Cruzó sus tobillos.

- ¿Quieres decir que si puedo cortarte el pelo?

- Sí.

Ella solía cortarse el pelo a veces, y también a Riley. Ella cortaba el pelo de otros niños de vez en cuando. Ella había quitado tacos de goma y ortigas como favor. No porque ella fuera particularmente buena, pero su tío Peyton una vez le había dado un peluquero fijado con buenas tijeras. Y de otra manera tenías que salir de la isla.

¿Podría ella cortar su pelo? ¿Por qué no podría?

- Nada, suposición. - él dijo.

- Dale un bouffant. - Riley sugirió.

- Creo que podrá hacerlo.

Él se colocó, mirándola expectante.

- ¿Ahora? - preguntó ella. El "Ahora" no era tan bueno en esta época como más adelante, cuando él se olvidase de ella.

- Sí. ¿Está bien?

Mecánicamente, ella lo guió por las escaleras con las tijeras hasta el cuarto de baño. Paul se sentó en el borde de la tina. Riley se colocó en la entrada, con una mirada de diversión en su cara.

Las tijeras estaban allí en el gabinete, en el estuche de plástico original. Ella deseaba que no la mirasen mientras lo hacía. La daba vergüenza si no lo hacía bien.

- Bueno... - comenzó ella. - Solo..., uh...

- Córdalo. - Él se quitó su camiseta sobre su cabeza, lo que no ayudó a hacerlo fácil. Ella se esforzó por mantener bien su cabeza.

- ¿No te lo corto todo...? - Ella no estaba preparada para dejarlo calvo.

- Creo que encontrarás fauna ahí dentro. - comentó Riley. Alice cabeceó. Eso no era lo que le preocupaba.

Era divertido cuando hablaban ellos tres. A menudo hablaban de cosas concretas. Concreto o metafísico, y muy poco. Hablaban de pescados y

hablaban de Dios. Pero era toda la materia en el centro que vino preocuparles mientras que ustedes crecieron más viejos.

La noche anterior, la lluvia había lanzado contra las tablas el alquitrán y habían hablado por horas en su piso arenoso de la sala de estar. Hablaron de las tormentas grandes, las casas que quitaron, la vieja "pro ménade" que alineó la playa, del océano, y ahora pone una vez profundamente debajo de las ondas. Alice sentía cierto alivio porque sus padres no estaban alrededor así que estaban sólo ellos tres. Les permitió que la libertad dejara el meandro de la conversación. Permitted que salieran hacia mayores categorías de discusión, tales como lo que él había estado haciendo los tres años pasados.

Alice tomó sus tijeras y cortó el aire unas cuantas veces con ellas. Colocó su mano en la cabeza de Paul para comenzar. Ella sentía el rastrojo de su barbilla contra su antebrazo. Tenía la sensación del griterío que se arrastraba hacia arriba en su garganta. No podrías hacer frente a veces a la tristeza del olvido hasta que sintieras la comodidad de ser recordado otra vez.

- Bien, allá vamos. - dijo ella débilmente. Agarró un poco de su pelo y cortó. Las tijeras contra su pelo hicieron un sonido maravilloso: un zing suave, numeroso. Ella recordaba que ella había tenido gusto siempre de él.

Por debajo de la suciedad, el pelo de Paul estaba tan bien como cuando había sido pequeño, a pesar de cómo lo había maltratado.

- ¿Qué piensas? - preguntó ella, refiriéndose a Riley.

Riley todavía representaba más largo de lo usual. Ella miraba el lío de enredos y trozos de mechones en el piso de linóleo. - Él tiene que limpiar. - Ella lo dijo de forma amistosa, pareciendo indicar la aprobación. Riley volvió abajo, y oyeron la puerta de malla cerrarse de golpe. Alice agitó un poco de pelo en la nuca de su cuello e hizo que él temblara. Delicadamente, ella cortó pedazos alrededor de su oído, admirando la sedosa pálida pelusa que brotó a lo largo del borde. Estas cosas habían significado siempre algo para ella.

- Estás muy quieto. - ella lo felicitó.

Ella no pensó que él la hubiera oído al principio, aunque estaba a pulgadas de su oído.

- Lo estoy intentando. - él finalmente dijo.

Ella ahora vino alrededor al último delantero, intrépido en su personaje del peluquero. Ella se sostuvo la barbilla para estabilizarse la mano del corte contra su mejilla, quizás no estrictamente por necesidad. Ella miraba su mejilla, su mandíbula, y sentía el reaseguro de estar cerca de él. Ella recordaba cuando aprendió a hacer punto de su abuela Ruth después del quinto grado. Ella había pasado un invierno entero haciéndole un sombrero de punto a Paul. Ella había querido guardar una cierta conexión de él con los meses fríos en que ella no lo vio, cuando la distancia entre ellos y la dificultad entre sus padres lo hizo casi como un extranjero. El invierno próximo Alice le había hecho una bufanda de punto en verde, gris, y azul

para recordarle el océano. Ella recordaba enviármelo en su primer año en el colegio de internos. Su hilado era su poder para tocarlo, para mantenerlo caliente, para hacer que él la recordara.

Alice cayó en un humor meditativo, calmado por el sonido de sus tijeras. Ella igualó, arregló, formó, y alisó. Sentía una plenitud en su corazón y en su garganta. Ella sentía a su cabeza el aflojar en su cuello, dando adentro a sus manos, confiándola en.

¿Cuánto tiempo puesto que ella había sentido esta sensación particular en sus músculos? Ella había olvidado como cuáles era. A pesar todo, sentía tal patetismo hacia él. Ella tenía siempre. Aunque él era más viejo que ella. Aunque él le era malo, y despedido le e incluso la olvidó, ella todavía dolió para él. Estaba quizá porque murió su padre. Quizá porque Lia no le mimó de la manera regular. Alice recordaba a su propia madre decirle cómo en algunos momentos de la crisis cuando él era pequeño, Paul había dado vuelta a ella en vez de Lia.

- Era cuando Paul me dejó tomar el cuidado de él, - Judy dijo - pero me puso triste, también. Un niño bien-mimado no tiene necesidades que ayunen, de que grande.

- Ella ha tenido una vida dura. - su padre había sido usado para hablar sobre Lia.

Lia creció en Italia, huérfana a la edad de quince años. Ella llamó a Paul, pero solamente se permitió. Si hiciera Riley o Alice, Paul los perforaría. Al parecer, su madre significó nombrarlo después de un tío heroico, espía supuesto, que murió en la Segunda Guerra Mundial, solamente su padre, Robbie, significado para nombrarlo después de Paul McCartney. Alice no sabía lo que decía en su partida de nacimiento. Ella pensó que era rara la manera en que Paul actuaba, como si él no hablara italiano aunque sabían perfectamente que sí lo hacía.

Alice también sabía que los padres del padre de Paul, sus abuelos, no tuvieron gusto de Lia. La culparon por todo lo que sucedió con Robbie. Y aunque Alice sentía que Lia mereció mucha culpa en el mundo, era posible ella no mereció esa culpa particular.

Paul era solamente nieto y heredero supuesto a las pilas de dinero gigantescas, que Lia pasaba tan rápidamente como ella podría. Ella sabía estas cosas solamente de su madre y padre, nunca de Paul. La abuela de Paul había llamado una vez a la mamá de Alice con la esperanza de que ella interviniera en su nombre. Riley lo recordaba.

- Debéis llamar a Lia. Judy había aconsejado, pero la abuela lo rechazó. Solamente los abogados llamaron a Lia, Paul permanecía lejos de sus abuelos. Él no consiguió junto con su madre sino que él sería leal a ella. Era la manera principal, por lo que Alice podía decir, que él manejó amarla.

Lia pasó la mayor parte de su tiempo en Italia desde que Paul la había dejado para la universidad. Mientras ella estaba en los Estados Unidos, encontró faltas sin fin en él -comida, el paso, la lengua, la música. Alice se imaginaba siempre a una Lia más feliz en Italia, pero Paul una vez le dijo que

Lia se quejó también de cuando ella estuvo allí. Alice no recordaba a Robbie, el padre de Paul, porque él murió cuando ella tenía solamente algunos meses. Riley sólo recordaba algunos pedazos de él, como su barba, sus sandalias de goma y sus dedos sabiendo atar todas las clases de nudos.

A Alice le aterrorizaba hablar del padre de Paul, porque ella sabía cosas que no debería de haber sabido. Sabía cosas que a Paul no le habían dicho, cosas que él no sabía probablemente. Alice odiaba eso y criticaba a su madre por nunca decirle. Su madre era demasiado afilada en la información, demasiado rápida en creer en la neutralidad de hechos que apenas eran verdades.

- Es el periodista en mí. - su madre demandaba.

Paul casi nunca habló de su padre, y cuando hablaba de él, actuaba como si lo recordara perfectamente. Pero Alice notó que él no hablaba de las cosas pequeñas.

Alice sospechaba que Paul no podría representarlo realmente, igual como ella no podría representar a Paul cuando él estaba ausente. Éste era quizá el caso con la gente que se quiere más y que es importante para ti.

Alice dejó sus tijeras chocar ruidosamente en el fregadero. Ella todavía colocaba sus manos en su cabeza, una sobre su oído, la otra en la parte posterior. Ella dejó salir su respiración, su cabeza se hundió lentamente en su cuerpo, viniéndolo descansar apenas debajo de sus pechos.

Ella lo detuvo allí, su cabeza arqueada la suya. Sentía los huesos de su mejilla y barbilla contra su camisa, los pedazos del rastrojo que cogían en la armadura del algodón, su respiración que reunía en las arrugas.

Él estaba con ella; él estaba aquí. Le asustaba incluso respirar.

La malla de la puerta se confundida en la cocina. Él levantó su cabeza. Ella caminó detrás. Y apenas así, él ya no estaba más con ella.

Él la miro por un momento pero no dijo nada. Ella recuperó sus tijeras y con una sacudida de manos las puso nuevamente dentro de su estuche de plástico. Y él se miró en el espejo. - Buen trabajo. - le dijo. Y ella vio que se había terminado la transformación del Paul que ella conoció. La habían hecho juntos. De un Paul extraño, extranjero, él había vuelto a ser el Paul querido, el Paul de antes.

Pero hubo un momento entre ellos, un momento en el que fue arrojado libremente en el medio de la transición, cuando él hizo el contacto. Ése era el momento que ella había estado esperando.

Por primera vez en meses, su cabeza estaba puesta confortablemente en su almohada y su cuero cabelludo no picaba. Pero sin embargo, Paul no podía dormir, y esto lo atribuyó a su corte de pelo.

Él sentía bastante el dedo del pie de Alice que golpeaba con su pie. Él podía sentir la presión de su cabeza en su palma y los dedos de ella en su barbilla.

Cuando ella se dobló sobre él, él percibió un nuevo olor de Alice, quizás era el viejo limpiador de Alice. Eso era lo que lo alcanzó, cuando él había presionado su cabeza contra su cuerpo. ¿Por qué había hecho eso? ¿Cuál era su significado? No era la clase de cosas que le harían a una adolescente. Podrías retirarlo. Podrías intentar descontarlo. Podrías fingir que no había sucedido. Pero estaba allí entre ellos. Agradecidamente, aunque (él era agradecido, ¿no?), el resto del día había parecido constituir un acuerdo implícito a una amnesia mutua.

Su desolación y placer se mezclaron y se casaron, dando a luz a varios niños ansiosos. Capaz el no debió de haber vuelto. ¿Pero qué más tiene él? El truco era tener lo que él tenía sin la destrucción de él, si eso era posible. ¿Podrías incluso hacer eso? Cada deseo satisfecho fue derrotado así. ¿Podrías interrumpir el ciclo? ¿Podrías hacer que el mundo se sostuviera?

No había nada nuevo en el amor de Alice. Él la había amado siempre, incluso cuando él le era malo. Él lo recordaba. Él la había amado antes de que ella incluso lo realizara. ¿No era la manera más fácil de amar a una persona? Ella era gorda y muda y confortante a él cuando ella era un bebé. Él la había llevado con él de un sitio a otro. El psiquiatra de su madre había dicho que Alice era su objeto transitorio.

Él sabía a la edad de cuatro años cuando su padre murió que él no iba a tener hermanos o hermanas de la manera tradicional, y Riley había entendido eso, también.

- Es aceptable. - Riley le había dicho - Podéis compartir a Alice. - Riley era su igual, su rival, su parte negativa, y su mejor amiga. En cierto modo, él encontró duro distinguirse de ella. Eran de la misma edad, y por años habían sido del mismo tamaño. Habían llevado los mismos pantalones. Él se sentía desleal porque él crecía después de que ella hubiera parado.

Alice no era su amiga, aunque él sabía que ella siempre quiso serlo. Ella era algo parecido, ni más ni menos pero no igual.

Cuando él pensaba en Alice, era especialmente cuando él se mentía en esta cama, él pensó a menudo en el verano en que él y Riley tenían trece. Los viejos amigos y las cohortes se volvían inútiles y estúpidos en todas partes se veían, perdiendo interés en las cosas que habían importado una vez. Los niños como Megan Cooley y Alex Peterson comenzaron encima los partidos de la vuelta--botella y del la verdad-o-atrevimiento en la habitación de atrás de la biblioteca de pueblo. Riley la odió, y Paul tenía miedo de ella. Lo que había sido testigo de sus padres sólo se les hizo más decidido a permanecer en el lado seguro de la adolescencia. Alice, a las diez, copiado su indignación de ellos

Como banda de niños, habían puesto un mundo mágico sobre la topología de este lugar flaco, extensión él del océano para aullar. Tenía los lugares y las criaturas malvadas y buenas, y la parte del encantamiento, era su poder de cambiar los lados siempre que un buen juego lo requiriera. Tanto él y Riley se dio cuenta de este mundo es frágil. Se hundiría sin marcar en el mar si lo dejan. Es necesario creer y cada vez menos personas lo hacían.

En repugnancia exterior y miedo interno, él y Riley habían establecido un convenio sobre todo mudo. Los cuerpos eran arrebatados a la izquierda y a la derecha, pero se tenían para recordarles cuál era verdad. Se mantuvieran honestos, decidieron, que no les sucedería a ellos. Que azotaban a sí mismos en el mástil de la dicha prehormonal y navegar a través de la tormenta de esa manera. Habían tenido el prestigio en ese momento de decir “esto que sabemos es verdad”. Y si alguna vez alguien dijo que era falso, ellos sabrán que el mal se susurraba en sus oídos y el enemigo estaba cerca.

No hablarían. No darían adentro. Llevarían la píldora de veneno y la utilizarían si tuvieran que hacerlo.

¿Pero qué sucedería cuando él salió en el otro lado de la tormenta? No lo habían pensado. No habían considerado muy que confiando en una porción de su vida, ustedes podrían minar todas las otras. Echando a un lado con una versión temprana de ustedes mismos, con derecho preferente, ustedes dudarían a todos unos mismos futuros que estuvieron en conflicto con ella.

Alice había sido fácil de alistar a la edad de diez años. Alice, que le crecían los pechos en trece y se adaptaría a las frecuencias más amplias y más sutiles de la interacción humana. Ella no había sabido lo que ella estaría dando para arriba.

El resto había estado mirando al revés. El intentar recordar cuál era verdad que estaba buscando. Eran hombres santos que adivinaban el libro antiguo, jueces que interpretaban su constitución. Harkened de nuevo a un más tranquilo, más apenas tiempo.

Pero el tiempo se encendió, y las estaciones cambiaron. Qué no acordó con el pacto de Paul él no le dijo Riley ni a Alice. Las ambiciones, las preocupaciones pequeñas, el sexo que él finalmente tenía con la muchacha de la clase de historia Él siguió adelante y vivido esas temporadas, todo el sentimiento que sentía de su vida real estaba aquí, en esta playa en el verano, con Riley y Alice Qué fue de gran alcance a los trece años y hasta diecisiete debería haber crecido pintorescas por veinte y cuatro años, y sin embargo, la alianza, por su naturaleza, tenía la durabilidad. ¿Todavía existía entre ellos? Él podría incluso ahora sentirla. Ustedes podrían salir por meses o años, pero todavía estaba aquí, el límite a lo que ustedes amaron, atándoles a ella. Alice la guardó fuera de lealtad, él sospechó. Para Riley, no era tanto como una opción. ¿Y para él? Para él, qué él había tenido aquí en esta isla con Riley y Alice era la cosa mejor y más duradera de su vida.

Botellas y Piedras

Capítulo 3

Durante nueve años Paul no la había llamado por su nombre. Ella había sido “pequeña”, “niña” o “tú” para él desde que ella tenía doce años. No fue sino hasta su primera noche trabajando como mesera en el club de yates que Alice se dio cuenta de ello.

Era noche de viernes, así que ella no se sorprendió de ver a sus padres presentarse. Desde el final de la secundaria, Ethan y Judy habían dejado a las chicas en la playa los días de semana y salía en el ruidoso y social Ferri del atardecer de los viernes. Ethan era un profesor de historia y entrenador de una escuela privada en Manhattan durante el año escolar y dictaba en los cursos de la escuela de verano y hacía de tutor durante julio y agosto para mejorar sus ingresos. Su madre era correctora de estilo y lectora de prueba de libros de texto, también le lanzaba artículos de educación infantil y temas relacionados a una manotada de editores que conocía. Judy hablaba bastante de sus artículos durante el proceso de creación y cabeceo, pero después de ello usualmente desaparecían, sin encargo y sin haber sido escritos.

- Tomaré la hamburguesa de tocino. ¿Y qué tienen de bebida?

Alice tenía sus brazos cruzados, el bolígrafo en sus dientes, la carpetilla bajo su axila. Parecía tan típico de su vida que su mesa sola en su primer turno fuera tomada por sus padres.

- Papá, tú sabes lo que tienen. - dijo ella en voz baja. Durante los momentos que estaba cerca de ellos, ella sentía sus ojos rodar hacia el cielo. Incluso si mantenía sus ojos quietos, podía escuchar el tono de su voz.

- OK, tráeme un Bass.

El cabello de su padre era una mezcla de negro y gris, y era tan voluminoso como el de una estrella de telenovela. La mayoría de la gente es sutil respecto a lo que tienen y hablan demasiado de lo que no tienen, pero en ese sentido su padre era original. Él pensaba tan a menudo en conservar su cabello como lo hacía la gente calva en de perder el suyo, y la extensión de su placer fácilmente igualaba el de sus angustias.

Su madre era rubia. Aunque era rubio teñido, ella se sentía como si tuviera el derecho de tener ese color porque ella alguna vez había sido rubia. Ella hablaba mal de las rubias que no tenían el derecho natural de serlo. - En verdad no se ve bien. - decía ella.

Alice había heredado su cabello rubio, aunque era una versión más rústica y ondulada, y el color se mantenía igual, aunque Alice sospechaba que se oscurecería cuando tuviera que dejar de pasar los veranos en la playa. El próximo verano, por ejemplo, cuando estuviera trabajando en una firma de abogados. Y todas las temporadas después, cuando Riley continuara enseñando sus cursos de liderazgo al aire libre durante el año y haciendo de salvavidas durante los veranos, y Alice estuviera trabajando sin fin en una

firma de abogados. Alice había empezado a imaginarse en el futuro con cabello oscuro.

Aunque Riley pasaba la mayor parte de su vida al aire libre, ella nunca había sido rubia. Tenía cabello oscuro que se enredaba fácilmente, como Alice sabía por sus intentos de peinarlo. Incluso cuando era pequeña, nunca había dejado a Judy cepillarlo. Siempre tenía un corte recto cerca del largo entre su barbilla y sus hombros, usualmente metido detrás de las orejas. Su cabello la hacía ver más joven de lo que era, y sus pecas la hacían ver aún más joven que eso.

Desde los trece, Alice se había acostumbrado a ser confundida como la hermana mayor. Estaba bien. Lo que se volvía cansado eran las protestas de incredulidad cuando Alice los corregía. A veces se sentía incomoda al respecto —mas por el bien de Riley que por el suyo propio, ella creía. Pero la verdad, no estaba segura de si a Riley le importaba.

- ¿Estás segura de que no tienen especiales? - su madre sonrió pícaramente.

- Mamá. - Alice rompió. Su madre sólo preguntaba porque quería que Alice los recitara, no porque le importara lo que eran. Año tras año, la comida en el club de yates era mala. Sólo los clientes primerizos ordenaban algo más ambicioso que una hamburguesa. Alice caminó de vuelta a la cocina. Si ella tenía la orden rápidamente, podría sacarlos más rápido.

Desde atrás vio la segunda de sus cuatro mesas llenarse. Eran los Kimball y algunos amigos de ellos que ella no conocía. La observaron expectantes, radiantes como padres mientras se acercaba.

- ¿Puedo traerles algo de beber? - preguntó algo cohibida.

Era extraño las cosas que sabías de la gente de aquí. Sabía, por ejemplo, que los Kimball habían perdido un hijo cuando aún era un bebé. En todo lo que la señora Kimball hacía o vestía, incluso cuando hacía un servicio jugando tenis u ordenaba un vaso de vino, Alice sentía su pérdida.

Ella sabía que el señor Barger, que se sentaba en la mesa cuatro, había dejado a su esposa justo el primer día de universidad de su hija menor, Ellie. Ahora él tenía una nueva casa al costado de la playa y una nueva esposa que tenía dientes bastante falsos, y cada propietaria sabía los peligros de colocar a la vieja señora Barger de la nueva.

Alice resistía la tentación de ser amable con la nueva esposa, en consideración a Ellie, a quien odiaba.

- Pero mira si luces hermosa. - eructó la nueva señora Barger.

Alice sabía desde que había tomado el empleo que tendría que usar la camiseta azul real y la capa de marinero, pero no se había dado cuenta de cuánto la mortificaría aquello.

¿De qué otra manera podría ganar dinero allí? Ella estaba tomando préstamos masivos para la escuela de leyes y necesitaba más para los gastos diarios. Tenía que trabajar el doble de horas aquí, porque la paga era mala. La paga era mala porque la mayoría de las familias eran prósperas y los

chicos trabajaban para aparentar. De día, ella tenía sus trabajos de niñera regulares pero de noche... ¿que más había?

Era difícil ser contratada como mesera en uno de los buenos restaurantes en Fair Harbor u Ocean Beach porque allí la gente sí daba propina. No podías mantener profesionales, así que el personal era un elenco rotativo de chicos de la isla, jugando a trabajar, sirviendo a sus padres. Las otras dos meseras en su turno eran dos de las chicas más Lotta que había conocido.

Eso le hizo pensar en el problema de cuidar niños de familias amigas. Te pagaban menos porque sentían que te hacían un favor al reconocerte como algo más que un niño. Amigos y favores hacían unos negocios desastrosos, en la opinión de Alice.

Cuando se escabulló a la barra para poner la orden de los Kimball, se dio cuenta que se había olvidado de las bebidas de sus padres. Bueno, había poca propina que perder.

Para las nueve en punto, sus padres habían avanzado a una reunión de amigos y los pies de Alice vibraban. Ahora el área del bar se estaba llenando de sus amigos, y eventualmente Paul apareció, como si ella temiera y esperara que lo hiciera al mismo tiempo. Le tomó todo el valor que tenía darle la cara con el sombrero de marinero puesto.

- Oh, Alice. - dijo él.

Algo en ello la sorprendió, como se dio cuenta cuando voló a la cocina para recuperar el aliento, lo que era: Él había dicho su nombre. En cierta forma, ella amaba el hecho de que se hubiera molestado con todos los sobrenombres a través de los años. (Aunque se entristeció cuando lo escuchó decirle de la misma manera a otros niños). En otra manera, se preguntaba cuál era el problema de decir su nombre si tal vez él lo había olvidado.

Pensó en su mejilla contra su cuerpo. Lo cerca que estuvo y en qué medida se fue, mientras ella se quedó esperando.

Ahora él había dicho su nombre y ella no podía distinguir si eso acortaba o alargaba la distancia entre ellos.

Paul vagaba con su cerveza hacia el salón de recreación del Club de Yates. Prácticamente podía oler su viejo sudor de adolescente.

El suelo tenía una capa de soda derramada y pegajosos pies descalzos. Paul recordó lo negros que tenía los pies en los veranos de su infancia y el momento aproximado en que su madre comenzó a notarlo y a importarle. En casa de Riley, nadie te hacía lavarte los pies antes de dormir. La suciedad del piso del club de Yates vivía no sólo sobre la gruesa capa de poliuretano, sino también dentro de las capas. La pintura en las paredes era la misma, no limpiaban o pulían la superficie, sino que echaban capa tras capa de pintura.

Le encantaba lo sucio y destartalado que era su club de Yates. Le encantaba el sucio y revuelto aire y la bofetada alegre de la pantalla de la puerta. Le

gustaba el grado de exclusividad: Si tu cuenta pasaba, estabas dentro. Le gustaba que en realidad no hubiera ningún yate, que de hecho, el puerto era muy superficial para tener alguno.

Era su padre en él, sospechaba. Un niño rico tratando de cultivar su liberalismo. Pero su padre lo había vivido más profunda y vívidamente, ¿cierto? Había probado las drogas, posado para las fotos policiales, hecho la vieja a India para atar su mente. Robbie había crecido en una mejor época para el radicalismo. Y más que eso, Paul lo sabía, cuando se trataba de autodestrucción sin ataduras, su padre no había estado fingiendo. Después de una desaparición de tres días cuando Paul tenía cuatro años, Robbie había muerto solo de una sobredosis en el hospital de Bellevue.

El verde que se sentía en la mesa de pool por las ventanas estaba rasgado y sin esperanza, por años de ser jugado por pequeños amateurs. A la mesa de ping-pong del otro lado del cuarto, sólo se le daba uso apropiado esporádicamente, cuando alguien recordaba traer bolas de tierra firme. Las bolas siempre se perdían, abollaban o arrugaban en cuestión de días. Paul recordaba jugar partidos con súper pelotas e incluso pelotas de tenis. Los días de verano se hacían tan largos que fácilmente podías pasar toda una tarde lluviosa adaptando la mesa de ping-pong a un juego que involucraba pelotas de tenis. Riley era buena inventando juegos así. Le gustaba crear el escenario. Algunos chicos se apegaban tanto a las reglas, incluso a las que no existían cinco minutos antes. Riley no era así. Le gustaban las reglas pero siempre veía más allá de eso

El escenario con el telón azul desgarrado fue el escenario para el show de talentos celebrada a principios de cada verano y el día del trabajo que se mostraba al final. Paul y Riley hicieron un acto de magia un año y una demostración de boomerang el siguiente, pero ambos habían terminado mal. Después, pasaron de participar en los shows. A medida que los años pasaban, se convirtió en una oportunidad para que las chicas usaran maquillaje y licras de lentejuelas para hacer el fono mímico de malas canciones pop. Para la época en que tuvieron quince o dieciséis, Paul y Riley no participaban; ni siquiera se molestaban en asistir. Pretendían que hasta se les olvidaba que tenía lugar. Escucharían el aplauso por caridad o de "Gracias a Dios se acabó" desde la playa del océano y dirían "Oh, sí."

Este cuarto era el hogar de la película infantil de todos los jueves por la noche. La combinación de oscuridad y ruido y la multitud de niños, sus rostros iluminados por la pantalla, combinados por una emoción casi insoportable. Nunca pudo recordar la trama de una sola de las películas que viera allí, pero recordaba la sensación de todos ellos. Cuando crecieron, los chicos se reunirían en la noche de películas pero no se quedarían por la película. Era una gran noche de fiesta para los padres, así que los chicos corrían libres mientras se suponía que veían la película.

Paul vivió con un ama de llaves durante esos veranos, mientras su madre pasaba la mayor parte del tiempo visitando amigos en Europa. Había vivido con un ama de llaves diferente cada verano desde que tenía doce hasta que tuvo 18. Sospechaba que su madre no quería que se encariñara mucho con

ninguna de ellas por miedo a que pareciera que estaba perdiendo su trabajo. Paul estaba casi todo el tiempo en la casa vecina de todas maneras.

Los chicos conseguían su independencia más joven aquí que en cualquier otro sitio. El mayor depredador de niños y venados eran los automóviles, y no había autos en la isla, así que tanto niños como venados eran sarnosos, abundantes y libres. - Es el único lugar del mundo donde no tengo que preocuparme por secuestros. - había recordado oír decir a Judy, una adicta al chisme decir alguna vez

- ¿Qué hay de las abducciones alienígenas? - había preguntado Riley.

Allí habían ocurrido abducciones alienígenas. O por lo menos así les parecía. Rosie Newell, por ejemplo. Recordaba la funesta noche en la que ella había hecho un gran alboroto por organizar al grupo en un círculo. El proyector de películas llevaba tres semanas roto, así que los niños pequeños ya se habían ido a casa. Probablemente solo quedaban unos quince niños, entre las edades de once y catorce años, y por supuesto allí estaba Alice, que tendría unos diez años en el momento. Recordaba haberse sentado con Riley a un lado y Alice al otro. Riley usaba la camiseta que habían tenido como proyecto de arte en el campamento el año anterior. Ellos no tenían idea de que sucedía hasta que Rosie, rodeada por su mascador de chicle, muestra-estómagos grupo, sacó una botella de sus espaldas con una floritura de mano. Era una botella de cerveza de cristal transparente, Corona, Recordó.

- Yo voy primero. - Rosie había declarado

- ¿Vas primero en qué? - preguntó Riley. Se veía desconfiada.

- ¿No es obvio? - replicó Rosie, mirando a sus amigas, chicas como Becca Finnes y Megan Cooley por apoyo. Ella se adelanto y giró la botella. - Si eres una chica y cae en una chica, giras de nuevo. - explicó Rose. - Si eres chico y te tocó otro chico, lo mismo.

- ¿Y si eres Riley? - dijo Becca.

Inmediatamente el grupo de amigas de Becca estaban riéndose y haciendo como si intentaran ocultarlo. Paul recordó haber visto como la vergüenza y la agonía se desarrollaba. Quería hacer como si no hubiera oído nada. Quería pretender que Riley no había oído eso también. Ni siquiera podía girar su rostro para mirarla. Recordaba la sensación de la sangre yendo hacia su cabeza.

- Cállate, Becca. - Alice dijo entre dientes.

- Vete de aquí, Alice. - le devolvió Becca.

Paralizado, Paul observó como la botella giraba lentamente y se detenía.

- Cayó en Paul. - declaró Rosie, aunque en realidad la botella estaba más cerca de Alice. Riley ya se había puesto de miel. Rosie también se paró, mirándolo maquiavélicamente.

- Tiene que ser en los labios. - gritó Jessica Loomis

Esto rompió la parálisis de Paul. Recordó a Rosie caminando hacia él por el centro mismo del círculo. Él se levantó y dio un paso hacia atrás.

- Tienes que hacerlo, Paul. Son las reglas. - declaró Becca, masticando su chicle agresivamente.

- Él nunca dijo que iba a jugar. - dijo Riley en una voz igual.

- No juego. Es un juego estúpido. - dijo Paul, hubiera deseado tener la mitad de la dignidad de Riley.

- Vámonos. - le dijo a Riley.

- Gallina. - se mofó Rosie.

Riley echó una mirada a la parte del círculo donde se sentaban sus amigos, Alex, Michael, Jared y Miranda. Paul esperaba que se pararan y los siguieran, pero ninguno de ellos se movió. Las chicas femeninas siempre habían odiado a Riley por ser la líder, por ser la única chica con la que todos los chicos querían jugar. Paul no esperaba nada bueno de ellas, pero estaba sorprendido por los otros chicos. Solo Alice se apresuró tras ellos.

Después de eso, se habían metido en el mercado y habían robado tres barras de mosqueteros. Habían lanzado rocas a la bahía, donde Riley rompió todos los records de lanzado de piedras. Habían cruzado al lado del océano y nadaron en un mar tan salvaje que Alice casi se ahoga. E incluso eso no había sido suficiente distracción.

Alice estaba leyendo en la playa el sábado por la tarde cuando Riley se acercó. Se dejó caer en la toalla de Alice y se tendió a su lado, rebotando la punta de su pie contra la pantorrilla de Alice. Sociable como era, Alice sabía que ella no estaría allí por mucho. Riley nunca se quedaba quieta en la playa a menos que estuviera sentada en la silla de salvavidas. Nadaba constantemente, surfeaba bajo las condiciones adecuadas, era una maga con la tabla en aguas poco profundas. Le gustaba el voleibol, y en los viejos tiempos, amaba construir castillos de arena. Incluso ahora Riley no pensaba dos veces en tomar un baño de sol, y nunca leía un libro o una revista, hasta donde Alice sabía.

Alice era una lectora y Riley no. Alice recordaba hace mucho tiempo estar sentada en la cocina en la pequeña mesa al otro lado de su madre en su apartamento en la ciudad. Judy hacía un gran trabajo de corrección de prueba independiente para una editorial de educación del momento. Alice recordaba todas las pruebas apiladas en la mesa. Era invierno, recordó. Ya estaba oscuro en la avanzada tarde, y Alice usaba medias gruesas por todo el apartamento en lugar de estar descalza.

Habían vivido en el mismo apartamento de dos habitaciones en la calle West 98 entre las avenidas Amsterdam y Columbus desde que Alice era un bebé. Estaba cerca del colegio donde Ethan enseñaba historia y entrenaba lucha libre, y donde Alice había asistido desde el kínder. Riley había ido allí, también, hasta quinto grado. Era una buena escuela privada, y Judy e Ethan

pagaban mitad de precio por ellas, lo que era mayormente el por qué tardaron tanto en cambiar a Riley a una escuela especializada en enseñar a niños con problemas de aprendizaje.

Fue después de navidad. Recordó Alice, porque Riley había obtenido el libro de delfines empacado bajo el árbol. Riley lo había dejado en el mostrador de la cocina y Alice lo había cogido y lo leía para su madre. Estaba alardeando, lo sabía. Su cerebro no confundió ninguna de las letras, y se sintió culpable por ello en retrospectiva. En primer grado ella podía leer los libros diseñados para cuarto y quinto grado. Ella se movía entre las palabras, fáciles y difíciles, hasta que su madre lo notó y llegó rodeando la mesa para admirarla. Alice no se había dado cuenta que Riley había entrado en el huerto hasta que comenzó a moverse hacia ella, su boca en una mueca.

Riley había tomado y arrancado el libro de las manos de Alice con tanta fuerza que Alice se quedó allí sentada, parpadeando.

- Es mi libro. - dijo ella con furia y salió a trompicones del cuarto. Siempre había sido más fácil para Alice ser mala en algunas cosas que para Riley.

Ahora Riley se recostó en Alice, sus brazos y hombros quedaron presionados juntos. Se inclinó para ver el título del libro de Alice.

- Middlemarch. ¿Es bueno? - preguntó Riley, aunque en realidad podría leerlo o no leerlo.

- Asombroso.

- George Eliot es una mujer, ¿cierto?

- Sí. - respondió Alice. Se sentía bien, el cuerpo de Riley recostado contra el suyo. Sin importar sus diferencias, la cercanía física nunca era extraña o incómoda. El cuerpo de su hermana no era como un cuerpo aparte. Los miembros de Riley se sentían como propios para Alice, como si estuvieran atados a su sistema nervioso central y viceversa. Como si pudiera concentrarse al punto de doblar la rodilla de Riley. Con un extraño sentimiento de ternura, Alice recostó su cabeza en el hombro de Riley. Solía hacer eso cuando era más chica.

- ¿Quieres ir a caminar por Ocean Beach? - preguntó Riley. - Tienen un concurso de castillos de arena hoy.

- ¿Hoy?

- Vi el cartel en el mercado. La votación es a las cuatro.

- Iré. - dijo Alice. Era uno de los hitos de comienzos de verano. Riley saltó y le ofreció a Alice dos manos.

Juntas, Riley y Alice hacían tremendos castillos de arena. Habían ganado el concurso en segundo año que participaron -no el concurso infantil, sino el de verdad. Alice aún tenía el listón colgando de la puerta de su habitación en la ciudad y una foto de él metida en su tablón de anuncios.

Riley tenía las ideas arriesgadas y la ambición. Era una constructora vigorosa y una ingeniera natural superdotada. Lo que Alice ofrecía era la paciencia en la ejecución. Era enfocada y buena al seguir órdenes. "Alice

nunca se aburre” había alardeado Riley con uno de los jueces mientras Alice alisaba una pared por milésima vez.

Su castillo ganador era uno de fantasía que lucía como nubes. Una proeza de diseño. No tenía la apariencia pesada que la mayoría de los castillos tenían. Pero el mayor triunfo fue el que construyeron al año siguiente, cuando Alice tenía quince. La torre barnacla fue modelada vagamente en el edificio Chrysler. Era tan alta que las chicas tuvieron que construir andamios de arena para construir la punta. Tenía la más hermosa superficie de diseño hecha de percebes, recogidos por Riley y apilados cuidadosamente por Alice.

Pero lo habían construido muy cerca del sol. Tan magnífico en tamaño, terminado y hermoso, que puso a los otros en vergüenza. El juez, irritable y quemado por el sol, las descalificó por no ser residentes de Ocean Beach. En cambio, les dio el primer lugar a los hermanos Pody, que habían construido un castillo medieval completamente convencional. Lo peor de todo, la torre fue misteriosamente destruida antes que Ethan llegara con su cámara. Y sólo quedó un edificio en su memoria, sólo que cada vez más grande y más hábilmente construido con el tiempo.

- Me pregunto si los Pody van a entrar. - reflexionó Alice mientras se dirigían al este, a lo largo de la zona de surf.

- Ellos apestan. - dijo Riley galopando ligeramente a lo largo. Habitualmente ella corría y haría círculos alrededor de Alice, que tendía a caminar siempre en línea recta.

- Ellos no apestan.

- Sí lo hacen.

- Bueno, nos vencieron.

- Injustamente.

- Jim Brobard apesta.

- Eso es verdad.

- Él fue quien derrumbó la torre percebe.

- No sabes si fue él.

- Sí lo sé.

Alice se agachó y recogió un caparazón de cangrejo herradura y lo examinó.

- ¿Lo quieres? - preguntó. Era un vestigio de caminatas pasadas cuando solían ayudarse la una a la otra con sus colecciones. La de Riley siempre era más fácil. La suya incluía cualquier y todo resto de criaturas marinas: caparazones, garras, cáscaras de huevo, estrellas de mar, un ocasional hueso o diente. Una vez había encontrado un pedazo de mandíbula de tiburón y apestó la casa entera con él. Nada sentimental, Riley lo tiró al final del verano y comenzó a coleccionar de nuevo al comienzo de la siguiente estación. Mientras que Alice coleccionaba sólo un tipo de cosas: suaves, semitransparentes piedras de un particular rosa-naranja difuminado. Las buscaba verano tras verano, y nunca soñaba con tirar alguna de ellas.

- No, gracias. - Riley tiró la pieza de caparazón marrón oscuro a las olas. Vieron la multitud vestida en trajes de baño mientras se acercaban. Había alrededor de media docena de castillos para ser juzgados, y las hermanas examinaron cada uno con ojos expertos.

- Esa cosa es más caverna que castillo. - remarcó Riley sobre uno cerca del centro del grupo.

- Ese es algo lindo. Muy clásico. - Alice señaló a un castillo modelado rústicamente sobre el panteón.

- Creo que está a punto de caerse.

Alice señaló una elaborada construcción a las afueras. - Los Pody volvieron, y han estado viendo El Señor de Los Anillos de Nuevo.

Riley rió - ¿Dónde están? ¿Cuál fue el que te preguntó que si querías ir a nadar desnuda con él?

Alice rodó los ojos. - El más joven. - Él nunca había tenido el valor de proponerle nada después del incidente de la torre, incluso con su listón azul colgando de su cuello.

- Sigamos viendo. - Alice no tenía ganas de ser molestada por el joven Pody. De todas maneras, la competición dejó un ligero sabor amargo.

Salieron a la escollera, Alice escogiendo su camino por entre las resbaladizas piedras y Riley saltando alrededor como una cabra. Se sentaron al final con sus pies balanceándose, la niebla colgando como una red sobre sus hombros, viento y agua indistintos.

Más tarde, en el camino a casa, Riley se agachó y recogió una roca. - Alice, mira. - ella la lavó y la alzó hacia el cielo, sus dedos goteando agua.

- Oh. - Riley la puso en sus manos y Alice la estudió.

- Perfecta, ¿cierto?

Alice movió su cabeza emocionada. - Podría ser la mejor.

Era una piedra transparente del más perfecto naranja-rosa pálido, y casi exactamente con la forma de un corazón. Una extraña adición a la colección de Alice.

El talento para ser un niño

Capítulo 4

La niñera a cargo de Alice estaba inesperadamente fuera de la isla el martes siguiente. Ella debería haber barrido la arena de la casa o enviado por correo las cosas que su madre había dejado en el escritorio pero, en cambio, compró tocino y sándwich de huevo en el mercado y vagó en la playa. Terminó su sándwich sentada en la parte superior de las escaleras con la duna, así que Riley podría tener un tiempo difícil con lo de comer en la playa. La hermana de Riley era irreprochable.

Sentada allí, Alice tuvo una visión amplia y tranquila de las cosas. Ella vio el equipo estilo “guardianes de la bahía” reunirse en traje de baño rojo, escuchando los informes meteorológicos y a otros socorristas con reuniones informativas. Siempre había una solemnidad con estos procedimientos, con los cuales Alice sentía un poco de cosquilleo y fue probablemente la razón por la que no se había convertido en un salvavidas. Eso y su incapacidad para hacer el maldito nado de mariposa.

Terminó su sándwich de grasa y se agachó para lavarse las manos y la cara en el lavado de los pies. La cabina de ducha hubiera funcionado mejor, pero estaba rota. Estuvo rota durante tanto tiempo que podía haber sido arreglada, pero Alice no sabía por qué nunca lo intentó.

Ella no bajó a la arena, como lo había planeado, pero se sentó nuevamente en el escalón superior, apoyando el mentón con la mano. Tal vez era porque Paul estaba de vuelta, pero el mundo había cambiado y todo se veía como si estuviera un poco más lejos.

Riley estaba de pie en el centro del grupo, y Alice vio que era pequeña. Alice sabía que su hermana era pequeña, por lo menos cuatro pulgadas más baja que ella, pero ella usualmente no veía esto.

Su madre había dicho que Riley resultó pequeña en una familia de altura a causa de una enfermedad que había tenido cuando era niña. Alice no podía recordar el nombre de la enfermedad, pero sabía que Riley casi había muerto. También sabía que su madre se quedó embarazada de ella no mucho tiempo después. Su madre también culpó a la enfermedad de la dislexia de Riley. Ella siempre la llamaba "La dislexia de Riley", como si le perteneciera a ella, como un suéter o una mascota. A Alice le parecía que su madre era extrañamente protectora con sus genes. Tal vez era sólo otra forma de mantener el contacto directo entre ella y Ethan.

Alice siempre se sintió orgullosa de su hermana, porque era fuerte y llena de valor. Nunca mostró debilidades femeninas como las celulitis o el enamoramiento. Ella nunca se echaba a reír si no creía que algo era

divertido (Alice sí). No le tenía miedo al agua. Ella nunca se detuvo en las injusticias cometidas contra ella.

Alice se sentía orgullosa de ella hoy en día también, pero desde este gran ángulo, se sintió deslizándose hacia la tristeza. Riley solía ser la más joven socorrista de Bomberos en la historia de la isla, y ahora era posiblemente la más vieja. Pocos de veinticuatro años podían darse el lujo de pasar todo el verano en la playa. Estos otros guardias estaban coqueteando y acicalándose, Alice vio, y Riley no hacía parte de eso. Estos nuevos guardias no parecían estar allí por las mismas razones por las que Riley estaba allí. ¿Riley lo usaba para encajar mejor? ¿O era Alice quien solía ver las cosas algo cerradas?

Ella sentía la protección de su hermana, se dio cuenta, e hizo un movimiento de incomodidad.

Algunas personas tenían dones que serían geniales siendo niños. Riley tenía esos dones. Ella era intrépida y justa. Se esforzaba con destreza en patineta, en vela, corriendo rápido, persuadiendo a un pez fuera de cualquier línea. Ella fue la lanzadora del equipo de corkball ganando durante siete años seguidos. Fue la primera niña sobre una tabla de surf. Incluso estaba bien con las cosas en interiores, como trucos de cartas y juegos de video. Ella no creía en las jerarquías, ni siquiera el de las madres. Era la niña de la que todos los otros niños querían ser amigos, y nunca usó su poder para mal.

Riley llevó a la creación de mundos -antiguos cementerios, arrecifes invisibles, valles, montañas, tesoros bajo el mar, y las cosas que se escondía bajo los paseos demasiado crueles, excepto cuando resultaban agradables. Riley hacía parecer como si fueran todos los dioses de su mundo, pero Alice sabía que Riley era realmente el dios. Ella sólo lo era algunas veces.

Tan grande era la imaginación de Riley que no se molestaba con la distinción entre lo real y lo que no lo era. A esa edad, los niños querían hacer un seguimiento de sus años, pero a Riley nunca le importó.

Alice recordó la primera temporada cuando Riley llevó al equipo de corkball a la victoria. Estaba jugando el equipo de Ocean Beach en la final del torneo. Era la novena entrada, ellos fueron por una parte, y Ocean Beach tenía a su mejor bateador, un personaje llamado Brian algo, pavoneándose en la cubierta. El Sr. Peterson, el papá de Alex y el entrenador de Riley en aquel entonces, llevó a Riley a un lado y le dijo que caminara hasta el chico, que sólo rodara el balón cuatro veces en una fila y llegara al siguiente bateador, le había dicho. Riley con una mirada feroz, pegó a Brian en tres lanzamientos para terminar el juego. Llevaron a Riley fuera de la cancha en la victoria. Después de eso, Ethan se hizo entrenador y los llevó a muchas victorias en las temporadas hasta que el equipo se disolvió años más tarde. Ethan nunca le dijo a Riley que se fuera con alguien.

Alice recordó los dos trofeos que Riley recibió en la ceremonia de los premios de la noche. Cuando iban a la cama, Riley entró en la habitación de Alice con el más grande, el trofeo MVP, y se la entregó a Alice. - Puedes tener este. - había dicho. Alice estaba encantada con él y lo incorporó a su

plataforma, sobresaliendo en su pequeño grupo de los trofeos de participación. Recordó la sensación de transformación incipiente.

Pero la transformación no se produjo, y mientras pasaban los días, el trofeo gigante parecía ridículo ante los otros trofeos de la estantería de Alice. A principios del próximo verano, Alice se coló de nuevo en la habitación de Riley y la depositó en el centro de la plataforma de Riley que crujió. Ella no le dijo nada a Riley al respecto, y no estaba segura de si Riley se había dado cuenta del regreso. Tan generosa como era su hermana, Alice entendió que Riley no podía compartir lo que importaba.

Cuando todos crecen, las cualidades que definen el éxito cambian. Las niñas habían sido habitualmente rechazadas por el grupo central, pero el verano después del octavo grado tuvo su momento. Los chicos volvieron su atención a las niñas a las que les crecieron los pechos y llevaban brillos de labios.

Y cuando todos se hacían más mayores, la habilidad académica comenzó a importar -quiénes eran aptos para cuál universidad y entonces quienes lo conseguían, a continuación, sus viejos amigos empezaron a pensar y hablar acerca de los trabajos más urgentes, de prestigio y dinero.

A Alice le parecía mal que las niñas con dones se convirtieran en aficiones triviales, a lo sumo. Le pareció mal lo que hizo a Riley una superestrella entre los que tenían un poco más de aceptación y le pareció mal que estuviera tan distante de las cosas que le importaban.

Alice exaltó los dones que su hermana poseía. Ella adoraba a Riley y Riley seguía siendo un ídolo de beneficencia y no corrompido, siempre mirando afuera por Alice, sin importar qué tan bajo tenía que llegar. Y Paul, en su camino, se preocupaba por ella también. A cambio, Alice ponía su energía y su escaso talento en hacer lo que Riley y Paul hacían, amar lo que querían, desmintiendo lo que odiaban. Ella hizo todo lo posible.

Alice se sintió desleal con Riley cuando empezó a darse cuenta, mucho más tarde, que su talento natural, su capacidad de comunicar y observar, su prudencia, su empatía, su amor a los tejidos, le sentaba mejor al mundo adulto.

Y luego estaba Paul. No sólo tenía los dones que le dieron en la infancia, él tenía una aptitud natural para la edad adulta también. Él era un estudiante capaz y un escritor sutil. Tenía un sentido del sarcasmo y astucia, masculino en su forma de ser. Tenía un montón de dinero y un nombre de prestigio, aunque le faltó el respeto a las dos cosas. Tenía talento suficiente para mostrarse victorioso de edad en edad, y sin embargo, no parecía encajar cómodamente en cualquier parte de su vida.

A Alice no le gustó esa sensación, pero se quedó mirando a su hermana, incitando esa sensación como a un diente adolorido, tratando de medir qué tan adolorido estaba. Era inquietante el triste sentimiento en lo que respecta a una persona. Era doblemente preocupante cuando se sabía que la persona no se sentía triste por ella misma. Alice no quería ver más a Riley como la vio. Ella no quería cambiar.

Pero Alice tenía la sensación de que, siendo esto superficial, repartiendo besos a los socorristas, ella iba cambiando a lo largo de su vida, y Riley, fiel a su núcleo, permanecía como era.

- El viento está en marcha y nadie ha llevado a cabo el Hobby. - Riley informó desde la silla alta de su bicicleta, alcanzando a Alice en su camino de regreso de donde la niñera a los Cohens.

- Tenemos que ir. - dijo Alice. Ella nunca fue tan buena marinera como Riley, pero amaba esto. Tenía cintas en su habitación de cuando Riley dejó su tripulación.

- Voy donde Paul. - dijo Riley.

- Creo que él está haciendo su examen.

Riley miró y sonrió. - ¿A quién le importa?

Alice estaba luchando para tirar el Ferri en la bahía, cuando dos de ellos llegaron, blancos caballeros en bicicletas oxidadas. Ellos se pusieron a cargo con su forma antigua, moviéndose rápido y competentemente con las velas y los nudos. Lo empujaron con destreza al agua.

- Venga, Alice. - Riley la llamó. Alice se agachó en la plataforma cuando el vértice abrió violentamente. Paul dio un último empujón, y él y Riley subieron a bordo. El agua era áspera, y Alice se sentía feliz por su chaleco salvavidas. Riley apenas se había puesto un chaleco salvavidas a bordo, de ser por ella habría llevado una falda de hula-hula.

- Wheee. - Alice gritó en el viento cuando se dirigían hacia mar abierto y el Ferri aceleraba. El Ferri estaba sostenido en el puente. Alice se aferró a la lancha, pero Riley se paseaba alrededor de la cama elástica, situándose en las velas, como si ella y la gravedad tuvieran un acuerdo aparte. Incluso Paul salió de su camino y le permitió hacer lo que ella hacía mejor.

- Este es un día que desearías para un spinnaker. - dijo Riley feliz. Sólo Riley quería ir más rápido que esto.

Ellos paseaban a lo largo del borde del puente, hasta la otra parte alta.

- Alice, tú diriges. - Riley ordenó.

- Paul, nos pones al tanto, ¿verdad?

El viento soplaba en ráfagas, cada una amenazándolos con hacerlos perder. Paul se inclinó por el borde en la medida en que podía ir sin un sistema de trapecio, tratando de mantenerlos en posición vertical.

- ¡Ja! - Riley gritó con alegría cuando el Ferri cogía fuerza, tanto que la punta del barco salpicó agua de la bahía. Ella amaba navegar en el viento todo lo que podía. Ella empujaba el borde y, a veces, Alice sabía, iba enseguida.

- Está bien, cae, Alice. - Riley le gritó.

Por un momento, Alice olvidó cómo caer y en lugar de eso fue a la derecha dentro del viento. La vela perdió el viento al instante y el barco frenó con fuerza, lanzando a Paul fuera del borde.

Alice gritó, en parte, de alarma y en parte de emoción pura. Riley dejó el grátil de la vela y se agarró de modo que Paul pudiera subir. Ella se rió. En el mundo de Riley, navegar era aburrido si nadie se iba por la borda. Y aunque Riley nunca cometió ese tipo de error, no se enojaba con Alice por eso. Riley dejó la vela virarse y sostuvo el botalón de manera que Paul pudiera subir de nuevo.

Así que con Pablo tampoco. – Alice. - gritó. - ¿Sabes lo que "caer" significa? Ella podía ver cómo estaba él cuando de nuevo se encaramó como loco en el barco. Ella vio que venía tras ella, así que gritó y se levantó, tambaleándose sobre el lienzo.

- ¡Lo siento! - ella trató de alejarse de él, pero ¿dónde podría ir? Ella retrocedió hasta el borde de la lona, tratando de encontrar la ventaja en la lancha.

- Entra. - le dijo él sacudiendo el agua. Él nunca nadó en la bahía por elección.

- ¡Paul! - ella gritó riendo.

Él se reía también cuando le puso las manos mojadas en ambos lados. - Lo siento, muchacha.

- ¡No! - ella gritó de nuevo. Odiaba cuando sonaba tan afeminada. Ella sintió sus manos en las caderas, sosteniéndola suavemente y luego con fuerza.

- ¡Paul! ¡Será mejor que no! - ella se reía tan fuerte que no podía respirar. - ¡Paul! - gritó cuando él la empujó.

Riley se sentó de piernas cruzadas en la silla, diez pies por encima de la arena, y miró el agua. Este era un asiento cómodo y una orientación al mundo que le gustaba. En ese momento, no había nadadores que vigilar. Que a menudo era el caso cuando estaba en la silla, y a ella no le importaba. Amaba la libertad de dejar su mente vagar fuera y sobre el mar, con nada para que pudiera chocar tal vez hasta que algo la inquietara. En la madrugada, por lo general había sólo unos pocos veteranos nadadores en el océano. Ellos solían nadar muy lejos y pasar su jurisdicción sin incidentes. A veces eran los sufistas, pero igual ella no los veía como veía a las personas normales. Ella conocía a los sufistas, y ellos la conocían. Ella surfeó con ellos algunas veces, y sabía que respetaban sus habilidades y su coraje. Prefieren ahogarse que ser salvados por ella.

Era una costumbre más tomada en cuenta de hacía mucho tiempo, suponía, pero cuando miraba hacia el agua, una parte de ella siempre buscaba delfines. Los había visto unas diez veces en su vida desde esta playa, y cada vez esto era un asunto de menos alegría, pero también la dejó con una sensación extraña que apenas conocía en cualquier otro contexto. Era un

sentimiento de algo incompleto, de querer más o diferentes cosas de las que había.

Según su padre, la primera palabra que dijo cuando era bebé fue "saltar", y la segunda palabra era "salpicar". Ella puso juntas rápidamente ambas palabras para describir a los delfines en el acuario de Coney Island. Todo lo que quería hacer era visitar a los delfines -dos de ellos, Marny y Turk, llegaron a ser mencionados como miembros de la familia. A Riley le encantaba verlos saltar y salpicar. Recordó tirar monedas en la taza del baño, representándolo. Parcialmente lo recordaba, y en parte era lo que ella siempre había contado. Fueron al acuario todos los domingos durante años cuando no estaban en la playa. Se trataba de un acuario al aire libre, que era parte de lo que a ella le gustaba. "Eres una pesadilla", era la forma en que su madre describía su demanda constante.

Sus libros fueron sobre delfines, los cuadros en las paredes de su habitación eran de delfines, en su ropa de cama había delfines. La única cosa que le gustaba ver en la televisión era un documental que su padre había encontrado de delfines nariz de botella, hilanderos, pecosos del Atlántico nadando con rapidez a través de aguas abiertas, saltando y salpicando.

Durante años, ella rogó que se le permitiera tomar el metro por sí sola, y el primer día en que consiguió el permiso, a la edad de once años, tomó uno hasta el final de las estaciones, todo el camino a Coney Island. Ella fue a ver en el acuario a Marny y Turk. No hicieron espectáculos u otros trucos, así que sólo los vio nadar. Y luego fue y admiró también a todos los tiburones y a las rayas y a las ballenas y a los narvales. Las cosas tiernas, como las nutrias, las focas y las morsas, también las disfrutó, pero no capturaban su imaginación de la misma manera. Como ella, ellos fueron atados a la tierra.

Cuando había visto todo lo que le gustaba, emocionada con su libertad, se dirigió a la famosa playa, Vacationland of Old (Tierra de vacaciones de viejos). A lo largo de todo el paseo marítimo, todo honky-tonk era solitario. La parte de atrás era desolada, el parque temático estaba en ruinas y había una serie de barrios de poco fiar, pero aún así esta era una de las playas naturales más amplias y más bellas del mundo.

Y para su sorpresa y alegría, como un regalo de la naturaleza misma, miró con sus mejores ojos, y simplemente más allá de las olas, estaban allí. Una escuela de ellos, saltando tan alto en el aire que se podía ver el agua y la luz del sol en sus espaldas. Yendo y viniendo, ellos nadaban con rapidez y agilidad haciendo llorar, y de repente Riley se preguntó si sabían que sus compatriotas, al otro lado del agua, estaban cautivos en sus tanques. Se preguntó si podían escucharse unos a otros, tal vez por la noche, cuando el mundo estaba en silencio y el mar estaba en calma. ¿Qué podría decirle un delfín libre a uno cautivo? ¿Cómo uno podría entender las circunstancias del otro?

Y después de que pensar en los delfines la entristeció, sus viejos amigos, encerrados en el acuario, nadando en sus estrechos límites. Le dolía reconocer que nunca sin el aliciente del show, los delfines saltarían o salpicarían.

Después de que eso era lo único que ella quería ver en la naturaleza.

Sin Salir Adelante

Capítulo 5

- ¡Alice! ¿Alice? - Riley estaba agarrándole el pie y jalándolo.

- ¿Qué?

- Es una playa de Alice.

- ¿Es...?

- Sal de la cama. Vamos.

Era deprimente ver cómo cambiaban radicalmente tus prioridades cuando estabas cansada. Alice estaba profundamente dormida, ella podría haber estado dormida durante un incendio y podría haber muerto sin sentir mucho dolor.

- ¿Estás segura?- dijo medio atontada. De acuerdo con su reloj eran las 2:21 am.

- ¡Alice!

- Bien.- sí, podía olvidar todo lo que amaba cuando estaba cansada, pero afortunadamente para ella, tenía a Riley para recordarle.

Alice salió de la cama antes que Riley pudiera hacerlo por ella. La siguió, tiritando en su camiseta, con ropa interior de chico y calcetines. Riley todavía estaba con los pantalones de su pijama y una camiseta. Cuando Riley inspiró, Alice empezó a ponerse en marcha.

- ¡Oh, Dios mío!- Alice respiró cuando vio la luna reflejada en cuatro lugares diferentes. - ¿Cuándo vinieron?

- Marea alta, a comienzos de la noche. - dijo Riley, con la cara llena de asombro. Sólo una playa, era de Alice, pero todas las playas, en el camino, eran playas de Riley.

- Oh. - Alice se quitó los calcetines para que pudiera meterse en uno. Estaba bien, incluso la arena, no del tipo que normalmente se siente debajo del agua.

- Voy a buscar a Paul. - dijo Riley, corriendo hacia la casa antes de que Alice pudiera quejarse. A Riley no le importaba cuando o cómo la miraba. No se molestaba por él ni por nadie. Cuando el agua se veía así, a ella no le importaba qué aspecto tenía, si tonto o cómo estaba su pelo. Ella no escondía ninguna parte de sí misma. Mientras que Alice a veces sentía que quería esconder todas sus partes.

Oyó a Riley golpear sin pensar la puerta de Paul. Se preguntaba si él pensaba que se habían vuelto muy viejos para eso. Qué pensamiento tan triste sería.

Las personas como Alice, y posiblemente Paul, reciben más cariño en la adolescencia, pero Riley no. A ella la respetaban no más que cuando estaba en la guardería. Una playa mágica, una luna naranja, una oportunidad para ver un delfín siempre fraguarlo.

Alice recordó el tiempo en que Riley la había sacado de la cama una madrugada para ver a los delfines. Cuando Alice finalmente había dado con la playa, todas las señales de aletas y espaldas curvas se habían ido.

- Lo siento. - dijo Riley, extrañamente solícita.

- Está bien, estoy feliz de estar despierta temprano. - respondió Alice.

- No, hablaba de que te perdiste a los delfines.- dijo Riley solemnemente.

Ahora, un atontado Paul apareció en la playa, en calzoncillos y casi dormido.

- Hey, chico, es tu playa. - le dijo Alice, formando una mirada de felicidad.

Alice se metió en una piscina de marea baja y se sentó en el centro, rodeada por la brillante luna llena. Se movió y la rompió, y luego trato de estar muy quieta para que se reuniera alrededor de ella como un tubo interior.

Paul y Riley se sentaron en la orilla con sus pies en el agua.

- Estoy en la luna. - dijo contenta Alice.

Paul le dio una patada al agua, las gotas salpicaron y llovieron.

- Mira el océano. - dijo Riley. Estaba asaltando la playa, al parecer por el hecho de que había sido parte de él mismo y estaba dispuesto a tomarlo de nuevo. Pero la luna tenía otras ideas.

- La marea está subiendo. - dijo Paul.

- Deberíamos nadar. - sugirió Riley.

Alice temía que esto pasara. Le avergonzaba el hecho de que nunca le había gustado nadar en el océano en la noche. Ella no quería que ellos lo supieran.

- Hay, vamos. - por supuesto, Riley ya estaba parada y a medio camino para surfear.

Alice estaba feliz en la pequeña piscina. Pero mientras los miraba sacarse las camisetas y entrando en el agua, la asaltó un viejo temor, el miedo de la hermana menor, de que ellos la dejarían afuera si no se mantenía a su ritmo. Era el miedo más básico que el de los tiburones, desgarradoras corrientes y todos los misterios innombrables del océano en la noche, aunque no se excluyen.

Vio sus cabezas bamboleantes. Riley le estaba diciendo algo gracioso a Paul. Se puso a seguirlos, empujada por el temor de que si llegaban lejos, ella perdería su lugar con ellos.

Riley y Paul corriendo sobre las grietas y coyunturas de la vida, y ella siembre se quedaba atrapada en ellas. ¿Debería sacarse la camiseta? No llevaba un traje de baño o incluso un corpiño. Ella estaría nadando en ropa interior. Pero de otra forma no tendría nada seco que ponerse cuando saliera. A Riley no le importaba y Paul probablemente no lo notaría de cualquier manera, pero sus dudas sembraron otras dudas. La mayoría de las

personas de aquí eran tan despreocupadas sobre despojarse de la ropa y saltar al océano, pero Alice se preocupaba demasiado por todo. ¿Podría volver corriendo a casa y tomar su traje de baño? ¿Tenía algún traje seco? Se imaginó la cantidad de trajes que había dejado encima de la lavadora. ¿Habría lavado la ropa su mamá?

Allí estaban Paul y Riley, resplandecientes en el calmado mar, mirando a las estrellas, y su mente estaba con la colada.

- Algunas personas no tienen magia. - solía decir Riley.

Alice se sacó su camiseta y se metió en el agua. Trató de alcanzarlos, pero ellos ya estaban dirigiéndose al faro. Nadó detrás de ellos, pataleando insegura. El esfuerzo no era una de las cosas que ella esperaba al competir. Oyó la oscura agua en sus oídos, sintió el volumen del agua debajo y alrededor de ella, sintió a su corazón imponente mientras pataleaba y tiraba.

Se dirigió al faro, nadando contra las olas, pero se sentía sacada del camino. Luchó contra la marea que la llevaba a la playa.

Ella pataleó más fuerte. Le costaba respirar. Cuando miró de nuevo, se dio cuenta que no había progresado. Y con la luz del faro, también se dio cuenta de que Riley y Paul tampoco estaban en el agua sino en la tierra. Ellos no luchaban con la marea sino que simplemente caminaban por la playa hacia la casa.

Llegó después a ellos, luchando por recuperar el aliento. Se apresuró, cubriendo el pecho con sus brazos, sintiendo la cruz que llevaba en una cadena alrededor de su cuello golpeado contra su esternón.

Reconoció que a diferencia de ella, Riley tenía algún tipo de traje puesto, y Alice se sentía doblemente consiente de sí misma. Riley siempre llevaba un traje de baño por si se presentaba la oportunidad de nadar, mientras que Alice llegó a la conclusión de que nunca estaba preparada. La espalda de Paul estaba desnuda y sus bóxers colgaban empapados. Ella estudió su espalda, la espalda de un hombre, bien esculpida por la naturaleza y por todos los años de nadar con todos.

Riley era unas pulgadas más baja que Paul, pero su paso era largo. Sus hombros eran anchos y sus caderas eran tan delgadas como las de un niño. No tenía sentido la forma en que se sacudió el pelo mojado.

Con paso agitado, Alice los alcanzó. Se unió a ellos, llena de dudas y poniendo atención. Quería que Paul la notara, también quería encontrar su camiseta y ponérsela lo antes posible. Quería sumergirse hasta el cuello en la luna, sólo disfrutando en la pequeña piscina de Alice y permitirse pensamientos acerca de Paul, para que le diera su ansiado placer y algo que calmara la pena.

Ella sabía del miedo de quedarse atrás. Pero también temía salir adelante.

Alice fue a hacerle compañía al día siguiente, mientras trabajaba en su papel. Él se sorprendió al principio, y no estaba seguro de qué esperar.

Recordó el modo que la había visto la noche anterior, gran parte de ella temblaba a la luz de la luna. Y recordaba sobretodo la forma en que su cuerpo respondió a la vista de su cuerpo. Le daba vergüenza ahora, a la mañana siguiente, de todos los placeres que su mente dormida había formado.

De repente se sintió preocupado de que ella iba a recuperarse de su amnesia post-corte de pelo, y estuvo a punto de decirle que se fuera, listo para rechazar sus preguntas sobre lo que estaba escribiendo o por qué. Así de preparado estaba él, de hecho, estaba casi decepcionado cuando las preguntas no vinieron. En cambio, ella bostezó como un gato y se instaló en la parte superior de la desordenada cama, de espaldas a él y mirando por la ventana al océano.

- No más playa de Alice. - murmuró ella.

- Nunca dura mucho tiempo. - dijo él.

Ella lo miró por encima de su hombro, herida.

- Pero vuelven.

- Supongo.

Él volvió a sus notas, o intentó hacerlo. Pensaba en su última noche en la playa, con los brazos cruzados sobre el pecho. Ahora sobre su cama donde él había tenido sus sueños, ella estaba echada. Allí estaban sus mismos brazos, pero menos provocativos ahora que estaban cubiertos por una camiseta de algodón marrón desteñida.

El sol entró por la ventana. Ella se dio vuelta para mirarlo. Se veía tan linda, era difícil apartar la mirada.

- Deberías irte, Alice. Tengo que trabajar. - se sentía irritado con ella, y era evidente en su voz. "No puedo trabajar contigo aquí. No puedo hacer que ninguno de mis pensamientos vayan de la forma que quiero."

Ella parecía herida cuando se fue. Sus ojos estaban brillantes, y se sintió culpable. E incluso después de que ella se fue, no pensó en Kant. Pensó en Alice. Una cosa que la hacía hermosa eran sus colores: su pelo dorado rojizo, sus ojos verde-amarillos, sus pecas rosadas, sus pestañas negras. Era como un arco iris. Cuando era pequeña y él la llevaba por ahí, él pensaba que ella era la mejor persona que mirar.

Por alguna razón pensó en la cruz que ella llevaba. Se había olvidado de ella hasta que la vio la última noche, contrarrestando con la desnudez. Le recordó, con sentimiento de culpa, de cuán ferviente había sido con su fe cuando era chica y las veces que él trataba de hablarle de eso.

Recordó estar acostado con ella una noche. Ella tenía aproximadamente ocho y él tenía once, él huía de su casa como siempre y por las razones habituales. Ella no podía conciliar el sueño, y cuando él se metió debajo de las mantas encontró el rosario en sus manos. Lo hizo enojar por alguna razón y él le dijo que no existía tal cosa como un Dios.

- ¿Existe el diablo? - ella había preguntado.

Ellos estuvieron quietos por largo tiempo y él creyó que ella se había quedado dormida hacía tiempo hasta que la oyó agitarse de nuevo. Recordó su pequeña cara, llena de brillantes ojos reflexivos.

- Bueno, ¿existe tal cosa como Jesús? - ella había preguntado.

Él rió de su mezquindad.

- Alice. No puede haber uno sin el otro.

Mirando en retrospectiva, era la cosa en su vida que más le avergonzaba: los momentos en que él, a propósito, quería exponer a Alice. Era en esos momentos, y habían sido muchos, que le indicaban que no era una buena persona. Se enfadó con ella por muchas cosas, pero era siempre por lo mismo: ella poseía su amor y él no parecía poder recuperarlo.

Ella no lo merecía, ella se merecía algo mejor.

Los veranos pasados cuando la playa estaba en calma, Riley a veces le dejaba sentarse al lado de su silla. Al día siguiente, Paul estaba inexpresablemente agradecido cuando ella le hizo lugar.

- ¿Qué pasa con vosotros? - ella preguntó.

- ¿Que quieres decir?

- No lo sé.

Paul intentó relajarse y hacer que su rostro se mostrara normal, pero no fue fácil. Sentía cada músculo tenso. No puedes ser artificial alrededor de Riley, pero a veces no puedes ser honesto tampoco.

Él se sentía culpable por Alice, pero no era lo peor que sentía. Él deseaba que la culpa fuese la principal emoción, porque eso significaría que tenía la ventaja, y era así. Sólo pretendía.

Era una extraña manera de amar a una persona.

¿Cuál era el problema con él? ¿Por qué no podía simplemente superarla? O al menos ser amable con ella. Había hecho eso por mucho tiempo, alternando entre amarla y castigarla por ser amada.

- Trevor vio un tiburón por allí esta mañana.

Bien, una razón para estar sentada junto a él, rebotando sus piernas. Paul asintió.

- ¿De veras? ¿De qué tipo? - él intento mostrarse entusiasta. Los tiburones eran una de sus fascinaciones. No como los delfines para Riley, pero igual de grande.

- Probablemente un tiburón practicante, - él asintió. - aunque no tan grande.

- Su fantasía siempre había sido un gran tiburón. Él siempre se apartaba de sus fantasías.

- No tan pequeño, en realidad.

- Huh.

Estaba contento de estar cerca de ella, porque Riley era como la piedra. Para él, y para Alice también, él lo sabía. Su perspectiva era simple, y cuando mirabas el mundo a través de sus ojos, podías verlo simple también. Como esas fotos del ojo mágico. Miraban y miraban hasta que de repente, casi milagrosamente, el caos al azar de todas las formas planas se convertía en una imagen tridimensional. Pero luego parpadeabas o mirabas a otra parte y lo perdías.

Riley tenía la certeza. Ella era como era, y mientras el resto del mundo se burlaba y cambiaba alrededor, ella se mantenía firme. Él una vez pensó que podía ser así también. Ella renuncia a todos los trozos de vida que obsesionan a otras personas. Ella no tortura a las personas que ama. Ella lo tenía fácil. Confiaba en lo que tenía.

Ella pensaba que él estaba siendo así. No se dio cuenta cuán lejos estaba. Él siempre agradeció que Riley no pudiera ver dentro de su cerebro.

- ¿Recuerdas nuestro viaje de pesca en el barco de Crawford? - él preguntó.

- ¿Cuál?

- El primer viaje. Creo que éramos doce, cuando capturaste el tiburón tigre. ¿No te acuerdas de eso?

- Dime. Intentaré acordarme.

- Estaba alrededor como loco en la cubierta. ¿Recuerdas? Crawford estaba gritando. El tiburón era más grande que tú. Se asustó.

- ¿Qué pasó? - ella preguntó. Le encantaban ese tipo de historias.

- Tú encontraste el martillo de una bola-peña debajo de la cubierta, y golpeaste al pobre tiburón en el lado de la cabeza

- Eso funcionó, ¿verdad? - Ella preguntó.

- Como un hechizo. - dijo él. - ¿Lo recuerdas?

Él podía decir que ella no lo recordara. Era extraño en ella que amaba ese tipo de historias, ella amaba sus propios actos impulsivos, pero no podía recordarlos muy bien. Había tenido muchos.

Miró sus pies, su tobillera trenzada que tenía desde antes de que fuera adolescente. Su mismo traje de baño. El mismo cabello escondido detrás de sus orejas en la misma antigua forma.

Ese episodio con el tiburón tigre estaba en el pasado para él, emocionante, pero nunca para ser repetido. Representaba un momento determinado, un sentimiento en particular.

Él lo marcó como algo pasado, era la única forma de recordarlo. Pero en cierto sentido él sabía que Riley no lo dejaría pasar. Ella todavía estaba allí.

- Deberíamos ir de nuevo. - dijo ella. - Crawford sigue haciendo viajes a las profundas aguas.

Y aunque Paul estaba de acuerdo, se sentía triste. Él no podía hacerlo de nuevo. Si lo hiciera, llegaría como una persona diferente, sólo jugar en su vieja manera, y él odiaba decepcionarla.

Dios hizo a Alice para Alice

Capítulo 6

Alice casi se cayó cuando vio a su hermana en la cama a la mañana siguiente.

- ¿Qué estás haciendo?

- Me duele la garganta.

Alice fue a sentarse en la cama de Riley. Su hermana estaba envuelta en su cobija vieja de colores primarios que se había vuelto delgada con el tiempo.

Casi no podía pensar en otro momento en el que Riley permaneciera en el interior mientras el sol brillara. Le puso la mano sobre el brazo y luego en la frente.

- Estás caliente.

- Gracias.

- No puedo creer que estés en cama. - Riley no tenía ningún respeto por las enfermedades, sobre todo las suyas. Ella nadaba en el helado océano de septiembre, conseguía un resfriado, y hacía lo mismo al día siguiente.

- Bueno. - Alice podía ver que hasta una sílaba le costaba más esfuerzo.

- ¿Has tomado algo? Te daré un Advil y un poco de zumo. - Alice propuso.

- Zumo estaría bien. - dijo Riley.

Riley nunca tomó nada. Alice sospechaba que no le gustaba tragar pastillas.

Cuando Alice regresó con el jugo de naranja, el edredón de Riley estaba metido más ajustado alrededor de su cuello.

- La sensación de calor no es tan mala. - dijo Riley, sus pecas destacándose en su piel. - Tengo un montón de sueños.

- ¿Agradables?

- Algunos. De todo tipo. Yo no creo que pueda dividir los agradables.

- ¿Quieres que me quede contigo? - Si se tratara de Alice, ella hubiera querido que Riley se quedara en casa con ella o que su madre le preparara su té, pero Riley nunca tuvo el placer de ser mimada.

- No. Yo estoy bien. Volveré a estar afuera por la mañana.

- ¿Tú crees? ¿No llamo al Dr. Bob?

- No.

- ¿Qué tal una tostada?

- No, gracias.

- ¿Tazón de cereales?

- No.

- ¿Sopa de tomate?

- Alice, ¿te puedes ir ahora?

Cuando Alice volvió para chequearla después como la niñera de los niños Cohen a la hora del almuerzo, Riley no estaba en su cama, lo que la hacía sentirse aliviada. Riley estaba, sin duda, de vuelta en la silla de salvavidas. Alice fue a la casa de Paul en el camino de regreso.

- ¿Hola?

- Ven arriba. - llamó desde su habitación.

Estaba en su escritorio con sus notas dispersas y su portátil. Ella se dio cuenta de que un mechón de su cabello colgaba por mucho tiempo, pero ella no se ofreció a arreglarlo.

- ¿Quieres caminar hasta el faro? - Ella preguntó.

Él sacudió la cabeza.

- ¿Quieres ir a buscar un sándwich de salami?

- Es tentador, pero no. Tengo que terminar esto.

A veces ella sentía que siempre estaba ofreciendo a la gente cosas que no querían.

- ¿En qué página estás?

- Anoche estaba en la página siete. Ahora estoy en la página tres.

- Creo que vas en la dirección equivocada.

- Lo he borrado porque estaba mal.

- Ningún sándwich para ti, entonces.

- ¿Quieres traerme uno?

Ella lo miró, insultada.

- Claro. No importa.

Miró por la ventana el agua gris y notó una figura en la playa envuelta en una manta. Entonces se dio cuenta que era la colcha descolorida de Riley y que la figura debía ser Riley.

Salió de la habitación de Paul y bajó a la playa. Cuando llegó junto a su hermana, vio a Riley acurrucada en la duna, con la cara apuntado hacia el agua, pero sus ojos estaban cerrados y a Alice le dio un susto al principio. Pero los ojos de Riley se abrieron y sonrió.

- ¿Cómo te sientes? - preguntó Alice.

- Bien. - Se incorporó, manteniendo su edredón ajustado a su alrededor.

Alice notaba en sus ojos y en sus mejillas que aún tenía fiebre.

- ¿Estás segura?

Miró a su alrededor.

- Estoy segura de que estos sueños son agradables.
- Así que, Paul, ¿cómo es California? - Judy preguntó ansiosamente.

Alice estaba picando los tomates para la ensalada de la noche del sábado habitual de su madre, y sentía un poco de pena por Paul.

- Me fui.
- ¿Para siempre?
- Creo que sí. - dijo.
- ¿De veras?
- Creo que sí.

El precio de la cena de esta noche era la inquisición paternal, pero de alguna manera, Alice estaba en una clase de gozo por ello. Estas eran preguntas que Alice no preguntaría, pero cuyas respuestas querría oír. Tal como en el instituto ella nunca le preguntaría a un amigo a qué Universidad iba a ir, incluso si ella era curiosa. Alice se sintió mal porque su madre hiciera el trabajo sucio.

- Riley dijo que estaba trabajando en una granja. - Paul dio una sonrisa desconcertada. - Muchas granjas.

- Ah, ¿sí?
- Yo estaba trabajando en un proyecto que tenía que ver con un referéndum estatal, pero esto no término por subir la votación.
- Siento mucho oír eso. Realmente apreciamos tu idealismo, ¿sabes? - dijo su madre con una sonrisa que reveló lápiz de labios de color naranja en los dientes.

Alice hizo una mueca.

- Sí, bueno.
- Tú me recuerdas a tu padre. - dijo Ethan. - De buena forma.

La cara de Paul permaneció cerrada.

- Supongo que también se especializa en los fracasos políticos.

Alice vio la emoción obvia en la expresión de su padre. Su padre había sentido el patetismo verdadero hacia Robbie, y él había amado a Paul. Riley a veces bromeaba que ella era la hija que su padre nunca tuvo, pero que Paul lo era realmente. Y Alice recordó ahora lo abrupto que Paul era hacia él.

Una vez, Paul había amado a Ethan. Él se había encariñado con Ethan como un calcetín estático, reflejando los gestos y opiniones de Ethan. Pero después de un rato él se alejó. Alice no podía señalar el tiempo exactamente. Ella lo había atribuido a la etapa adolescente. Había calculado que esto era parte de la rebelión infinita de Paul.

Y así seguía incluso ahora. Ella se preguntó por qué. Los miró.

- ¿Tú sabes si Riley se unirá a nosotros para la cena? - Judy preguntó.

Alice llegó corriendo a su cuarto para comprobar y encontró a Riley en la cama, haciendo algo sobre su ordenador portátil. Riley a menudo tenía un horario extraño y se obligaba a cumplirlo cuando sus padres estaban allí. Alice entendió que Riley no le había dicho a Judy que se sentía enferma.

- ¿Quieres comer con nosotros? - preguntó Alice.

- No. - dijo Riley.

- ¿Cómo te sientes?

- Muy bien. - dijo Riley, sin levantar la vista.

Volviendo a la mesa de la cocina, Alice miró a su alrededor, mirando a los ojos de Paul. Su visión cambiaba cuando él estaba cerca, y no podía decir si se deformaba o si mejoraba o, por lo demás, si necesariamente era exactamente una mejora.

Nadie tenía un puesto regular en esta mesa. Era redonda y estaba hecha de una madera de color cálido, por lo que se enroscaba y anillada, este daño se había convertido en la misma superficie. Las sillas eran la reproducción Windsors de una venta en Macy una década atrás más o menos. Alice recordó el viaje de compras, corriendo por los pasillos de la enorme tienda en la calle 34, deleitándose en todas las configuraciones de las pequeñas salas con su soporte TV y plantas artificiales. Se sentaba de un sofá a otro, yacía en una cama y otra, alternando con una vida diferente para cada una. Es curioso cómo todas las habitaciones diferentes existían en una sala gigantesca, ¿cómo que no se necesitan paredes para dividir el espacio? Ella no podía recordar las compras para los muebles de la familia en cualquier otro momento.

La ventana sobre el fregadero era grande, pero mostraba sólo fragmentos de tallos y las astillas que se cambiaban de la casa de Paul. Los gabinetes y mostradores eran de fórmica blanca áspera que se deformaban en algunos lugares, y mostraban la pulpa hinchada de fibra de madera debajo. Alice sabía lo mucho que su madre quería gabinetes elegantes y electrodomésticos de acero inoxidable como los que sus amigos tenían. Pero su padre siempre dijo, -Judy, esta es la playa-, como si esa fuera la razón y no otra.

Como firmemente las personas racionalizaban las cosas que tenían, incluso (especialmente) si no se eligen. Su padre se esforzó por crear argumentos para apoyar la filosofía de una sencilla casa en la playa y para atacar la rudeza de la extravagancia. Pero Alice se preguntó si iba a cambiar de bando si tuviera un millón de dólares.

Paul abrazaba la misma filosofía, y es de suponer que tenía un millón de dólares. Pero Paul tenía sus principios, mientras que su padre tenía sus sentimientos. El orgullo era lo que tenían en común.

Su casa fue construida en los años setenta con un poco de generosidad en el material o diseño. Con la madera más débil, el linóleo, el más barato de los accesorios. Los pomos de la puerta tambaleante en su mano y la luz sentida. Incluso las ventanas de aluminio mirando detenidamente hacia afuera torpemente y con una mirada de encomio. Alice a menudo se preguntaba en

voz alta si el constructor lo había hecho feo con intención, pero Riley no quería oír una palabra en contra. Y aunque Alice juzgaba su casa en sentido estricto, era el lugar que más amaba, y que añoraba cuando no estaba allí.

Había tres pequeñas habitaciones arriba y una habitación realmente pequeña abajo. Este había sido un cuarto oscuro, un estudio de pintura, y un estudio de grabación, y brevemente se alojaba un telar para tejer. Todo esto estaba en conformidad con el cambio de aficiones y los delirios de su padre, las perturbaciones mentales que requieren renovación más radical y equipos costosos de estos pasatiempos. Por ahora en la habitación había vestigios de todos estos, además de una caja de plástico de peso ligero. Por ahora se trataba de un desván y un archivo.

Alice sospechaba que si esta casa era del padre de su madre que había muerto en la primavera de 1981 y que dejó cientos de miles de dólares, entonces la habitación pequeña habría sido una habitación o un estudio o, lo mejor de todo, un estudio de escritura para su uso privado. El padre de Alice no tenía mucho dinero en su trabajo como profesor de escuela privada y entrenador, pero su padre, el abuelo de Javier, había sido un abogado de éxito. Y aunque el abuelo José había sido un jugador famoso en las carreras de caballos, había proporcionado ingresos extraordinarios con los que compró esta casa y, además, compró la entrada en este mundo de abundancia donde no había otra forma que pertenecer.

El único gran lujo de la casa era la vid trompeta* (flor) que creció alrededor del cenador y de una valla, que era una extravagante flor naranja, con colibrís asistentes. Era un misterio para todos ellos. Sus plantas de tomate en macetas amarillas, la vinca podrida, y la planta de albahaca seca. Su cultivo no, pero accidentalmente prosperó.

A veces, las enredaderas conseguían ser tantas que se podía sentir la presión de las vallas sobre ellos. Así que Alice y su padre quitaron las enredaderas con tijeras gigantes, poniéndolo como una de sus satisfacciones. Pero las flores siempre volvían, más y más, como los niños decepcionados o los deseos frustrados.

Cada ventana del segundo piso estaba orientada al sur, incluyendo las dos del dormitorio de Alice, las cuales miraban directamente a la magnífica ripia de tres historias de la familia de Paul. Ella pensó en Tolstoy cuando consideró su belleza genérica, platónica, comparada con lo único acogedor de su casa. El exterior de su casa era parte de su paisaje, pero el interior, ella apenas lo conocía en absoluto. Las ventanas se quedaban oscuras de noche, así que aún no se podía ver. Esto era más una idea de ella que un lugar. Durante cada mil horas que Paul había pasado en su casa, ella también las pasó en la suya. La casa vacía de Paul mirando el océano, y ellos en ella.

Se podría pensar que la casa de Paul había sido construida por los isleños, tomando los puntos de vista de unos y de otros, de hecho, su casa había estado permanente desde la década de los años veinte, aunque tuvo que ser recogida y se trasladó poco después del huracán de 1938.

- Entonces, Paul. - Judy continuó su línea de preguntas, sobre las chuletas de cerdo a la parrilla de Ethan tan densas y duras como la teja. - ¿Qué piensas hacer en el otoño?

Paul no tiró el plato al suelo o sugirió que Judy lo dejara solo. Fue paciente siempre más con Judy de lo que sus hijas pudieran llegar a ser.

- Tengo que terminar algo que dejé incompleto en Cal-Berkeley, este verano, y entonces esperemos y estaré comenzando una licenciatura en filosofía y ciencia política.

Judy asintió con aprobación obvia. Ella siempre tenía grandes esperanzas para Paul.

- ¿Dónde estás planeando ir? - Ethan le preguntó a su cuidadosa manera.

Alice miró hacia atrás y adelante como si se tratara de un partido de tenis. Sin embargo, sintió simpatía por el hombre solitario.

- Tengo una aceptación provisional de la NYU. Uno de mis profesores de la Cal se unió a la facultad allí, y él está en busca de mi solicitud. - dijo. - Así que supongo que es adonde me dirijo.

Alice abrió la boca para hablar, pero su madre llegó primero.

- ¡Bueno, eso es maravilloso! - Judy casi gritó. - Tú y Alice estarán allí juntos. Se pueden ver todo el tiempo. - se volvió a Alice con una mirada de orgullo.

- Solo que Alice tendrá un calendario muy duro. ¿Sabes cómo es el primer año de la escuela de derecho?

- ¿Vas a la escuela de derecho? - Paul la sacó de la casa, a dar un paseo tan pronto como se había hecho un trabajo respetable de comer las chuletas de cerdo de su padre.

Ella le miró parpadeando, incapaz de decir nada. La inmediatez y la urgencia de la pregunta fue sorprendente, el tema iba mucho más allá de sus límites habituales.

- ¿Por qué no me dijiste eso? - exigió.

¿Por qué no le dijo? ¿Por qué no preguntó? ¿Desde cuándo se suponía que tenía que decirle nada acerca de la vida que llevaba o, Dios no lo quiera, a hacerle preguntas acerca de él? Ojala pudiera decir una de estas cosas en voz alta.

- Paul- - dijo en señal de protesta. ¿Qué estaba haciendo?

- ¿La escuela de derecho? - dijo de nuevo.

- Sí. ¿Qué hay de malo en eso?

Sacudió la cabeza, como si hubieran muchas cosas que estaban mal incluso de decir. La llevaba a la playa, pero luego se dio la vuelta y la llevó hacia el pueblo en su lugar. Esto no era una conversación para tener en un terreno sagrado.

- ¿Crees que vas a ser un abogado?

- Tú dices que yo voy a ser una ladrona de bancos.

- Preferiría que fueras una ladrona de bancos. - sus músculos de la mandíbula se tensaron y las cejas se redujeron a la nariz. Aquí estaba la intensidad del miedo que la mayoría de la gente experimentaba.

- De todos modos, mucha gente va a la escuela de derecho y no se convierten en abogados.

- ¡Qué montón de mierda! ¿De verdad sólo vas a decir eso?

Se dio la vuelta y se alejó de él. No podía tratarla de esa manera. Sacó su mano para deshacer su estancia con él.

-Alice. Espera. ¿Por favor? Lo siento.

El pecho le dolía. Lamentó no poder ayudarse a sí misma. ¿Por qué se preocupaba tanto? ¿Por qué si es su vida? Y si él se preocupaba tanto, ¿por qué la había dejado por tanto tiempo?

- Un montón de personas van a la escuela de derecho, ya sabes. Es una cosa bastante normal que hacer.

- Pero tú no.

- ¿Por qué no yo?

- ¡Porque sí!

Su desaprobación picaba en sus ojos. Ella se mordió en la mejilla para no llorar. Lo peor fue el recuerdo de cómo había sido la impresión cuando se enteró. Ella siempre quería que él pensara que era inteligente. ¡Qué estúpida se sentía ahora!

- Tú no eres precisamente normal.

- Gracias.

- No lo eres. De todos modos, lo normal es el problema. ¿Por qué tomas lo inútil para ti misma de esa manera?

- ¿Lo inútil para mí misma? - Ella mantuvo la cara de incredulidad. - ¿Sabes lo difícil que es entrar en una buena escuela de derecho? No tienes idea de lo duro que he trabajado.

- Tienes razón. Yo no. - Todavía se aferró a su mano de una manera conciliadora, pero un poco demasiado fuerte. Pasaron por la oficina de correos y la sala de fiestas. Seguía pensando que podría dar la vuelta e irse.

- ¿Qué pasa si quiero tener un éxito en algo? ¿Qué pasa si quiero ser capaz de hacer algo de dinero?

- Eso es una mierda. - Incluso cuando estaba tratando de ser amable, era muy malo.

Cogió su mano.

- Mierda para ti, tal vez. Pero otras personas realmente necesitan el dinero. Te gustaría mucho más si tuvieras menos.

- Me gustaría tomar menos, pero no quiero que te guste más. - él estaba siguiéndola, a lo largo del paseo marítimo de la bahía y el muelle del Ferri.

- Escucha. - dijo, caminaba rápidamente, su cara se apartó de él. - No todos los abogados son los chicos que trabajan para tus abuelos, escribiendo lo que te controla y lo que acosa a tu madre.

Guardó silencio durante un minuto.

- Lo sé. Sé que no serás uno de esos tipos.

Ella asintió con torpeza. Casi nunca tengo nada de él.

- Pero van a tratar de chuparte. Tú sabes eso también. Usarás los trajes y los zapatos, y nunca vamos a salir con vida.

- Paul.

- Hablo en serio. Te darán dinero para pelear con la gente. Tú pasas tus días desconfiando de la gente y pensando en lo que va a ir mal. Eres optimista. Serás aplastada por eso.

- No lo seré. - dijo a la defensiva. - No soy tan frágil.

Se las arregló para conseguir de nuevo la mano. La atrajo a una parada.

- Todo el mundo es frágil. Todo lo bello es frágil.

Se mordió en la mejilla. Miró a sus pies. Ella trató de abrir y cerrar los ojos y ver el agua antes de mirarlo de nuevo.

- ¿Quieres pescar cangrejos?

Se acercó a la farola en el borde del muelle y señaló donde se podían ver las largas formas de recolección. Los cangrejos eran tan tontos, cómo les gustaba la luz, se hacía fácil capturarlos en la noche.

- Muy bien. - dijo. Se podía ver que se resistía a dejar esta conversación, tensa y extraña, tal como estaba. Pero su cara también mostró alivio de estar de vuelta en su mundo ordinario.

- Deje mi red en tu casa.

- ¿Hace tres años?

- Sí. Buscaré a Riley.

- No. Ella tuvo fiebre durante todo el día. Debemos dejar que descanse.

Alice tenía su cubo de color púrpura. Sus piernas estaban morenas. La vio colgando de la farola con un brazo, dispuesta a apuñalar la red, su red en realidad, en el agua. Y los pobres, los cangrejos estúpidos serían capturados, chasqueó la vuelta en su cubo.

¿Cuánto iba a decir? ¿Cuánto podía decirle?

¿Qué pensaba de ella? ¿Que ella tenía una relación especial con su padre y que no debía arruinarla? ¿Que la conocía desde el día en que nació y tenía fe en ella? Ella era su avatar, su mejor ángel.

Él sabía que pedía demasiado.

- Creo que ellos son tus compañeros de por vida. - él murmuró en su mano, señalando al cubo.

- Estás pensando en las langostas. - dijo. Ella había oído de más. Siempre escuchaba todo lo que decía. - Eres una gallina.

Él era una gallina. Riley podría limpiar un pescado y olvidar lavarse las manos. Alice se estampaba un pececillo de plata de tres pulgadas con su talón descubierto. Le daba vergüenza el hecho de que no le gustara matar a las cosas.

- Nunca me voy a comer otra de las tortas de cangrejo de Ethan. ¡Eh!, Hay uno.

Él estaba fingiendo ser su ayudante, pero su corazón no estaba en esto.

- Esta es pequeña.

Él Sintió pena por los cangrejos, pero de repente se sintió feliz por sí mismo. Aquí estaba en una bahía tranquila, con los pies colgando fuera del muelle. Allí estaba Alice con su expresión depredadora y un gran brillo en los ojos de oro oscuro barriendo el piso de la Bahía. Él sería feliz si ella seguía cangrejos, pero no capturando más. No es de extrañar que él no pudiera llegar a una mejor vida a plomo.

- Así que estarás de vuelta en Nueva York. - él dijo. Ahora que se había roto la pared a esa otra parte de su vida, era tentador entrar y mirar un poco. Había que arreglar la violación pronto.

- Sí. ¿Viste eso? Era enorme.

- ¿Sabes dónde vas a vivir?

Ella lo miró con ojos de zorro.

- Dos de mis amigos de la preparatoria tienen un lugar en Greenpoint. Ellos dijeron que tienen espacio para un tercero.

- ¿Qué amigos? - ahora él estaba cómodo aquí. Le gustaba imaginarse con ella en su vida. ¿Habría lugar para él allí?

- Olivia Baskin y Jonathan Dwyer. Tú no los conoces.

Es cierto que no sabía de Jonathan, pero fue capaz de odiarlo, no obstante. En un ataque de hipocresía, odiaba la idea de un hombre que decía ser su amigo y planificaba vivir con ella. Le parecía mal. Y, sin embargo, ¿cuántas noches había compartido una habitación con Alice? ¿Cómo sabiendo y deliberadamente, no se decía ser su amigo, incluso sintiendo lo que sentía? Tal vez esto era el por qué no hablaba de sus otras vidas.

¿Podría decirle que no fuera a la escuela de derecho y también que no viviera con Jonathan? No podía soportar que ella hiciera cosas y que él no lo supiera. Tal vez fuera mejor en California.

Una vez soñó que su alma tomó la forma de la Luna con manchas, pero en miniatura, y que la levantó hacia el cielo y luego la puso en su lengua como una hostia, y después la podía ver brillar en sus ojos.

Soltó la farola, que parecía no cansarse de su guerra contra los cangrejos. Su brazo descansando colgaba a su lado. Ella lo miró, sin saber cómo actuar, de si se les permitía estar aquí así.

- ¿Y tú? ¿Dónde vivirás?

Era justo, cuando se tomó la libertad de hacer preguntas, que también las respondió.

- Tengo que entrar en el programa primero, oficialmente. Tengo que terminar el incompleto, así que voy a tener una licenciatura. Ellos se pegan de ese tipo de cosas.

- Eso es lo que estás escribiendo.

- Sí.

Ella rindió su red y se sentó junto a él.

- Y luego... Supongo que voy a encontrar un lugar. Tal vez Brooklyn. - continuó. No había pensado en Brooklyn antes de ahora. No había pensado en dónde vivir.

El olor de los cangrejos al final de su cubo engañó a su mente inconsciente con la creencia de que no había pasado el tiempo y que nada había cambiado. Pero esta persona que se sentaba junto a él, con sus planes y sus intenciones, no era la misma. La forma en que hablaba no era la misma. Allí estaba el futuro en desarrollo aquí, donde no había estado antes. Se sentía como si estuviera viviendo el pasado, presente y futuro a la vez.

Miró al cubo de cangrejos. Luego la miró detenidamente, cuando se puso de pie, los dedos del pie estabilizándose en el enroscado borde del muelle. Ella cogió el cubo, apartó el mango blanco, e inclino a los cangrejos en el agua, donde al instante corrieron de nuevo en su círculo de luz.

Rojo, vino tinto

Capítulo 7

Cuando Alice tenía unos ocho años, se enteró de que su padre estaba teniendo una aventura. Ella lo aprendió de su madre. No entendió realmente lo que significaba hasta unos años más tarde, cuando el asunto fue probablemente mayor. Si no había terminado esta o si había comenzado otra, en cualquier caso, su madre no le dijo a ella sobre eso.

Era sólo una de esas cosas. Que se hacía para que Alice no se llenara con la justicia o la ira precisamente.

Había una pieza de información que se quedó con Alice más que lo demás, el hecho de que la mujer con quien su padre tenía el asunto era de esta isla, de esta ciudad. -Justo debajo de mi nariz-, fue como su madre le había dicho. Alice lo sabía, pero ella no sabía quién era la mujer. Y aunque en realidad no quería entenderlo, hizo una práctica extraña, en ciertos momentos, de tratar de entender de todos modos.

En momentos como este, aunque todo fuera años más tarde, cuando ella estaba sentada en frente del mercado una mañana de domingo, por ejemplo, mirando a la gente corriendo y salir con el café, los periódicos, donas, era cuando estudiaba a cada mujer. ¿Eres ella? No sería de extrañar, agitando la bienvenida a Cora Furey en sus pantalones de correr. ¿Y tú? se preguntó, la señora Toyer estaba en silencio, la lectura de su Wall Street Journal, que estaba muy arrugado ahora, pero podría haber estado saliendo desde hace muchos años. Pensó en Sue Crosby, que estaba aparcando su moto. Pero no podía ser ella. Ethan se refiere a ella como -esa mujer grande.

¿Era alguien que conocía bien? ¿Al igual que la señora Cooley? Ese pensamiento le hizo temblar. ¿O alguien que sabía poco o nada en absoluto? ¿Al igual que la señora gitana de las joyas artesanales y que había vendido su casa en Mango Walk? Ella vestía ropa color rosa, de gasa y hacía un ruido tintineante al caminar. Tristemente, era la clase de mujer exótica falsa que Ethan hubiera utilizado.

Algunas veces Alice trató de averiguarlo por la forma en que varias mujeres la miraban, la pobre hija. ¿Eran culpables, tal vez? ¿Evasivas? ¿Un poco nerviosas? Alice era como un detective aficionado, pero no tenía ninguna intención seria de resolver el misterio. Era sólo un deporte de espectador.

Ella trató de hablar de ello con Riley una vez, no mucho después de que lo había oído. - ¿Sabías lo que pasa con papá? - preguntó una noche en que Riley estaba acostada en su cama. Riley asintió con la cabeza, pero no dijo nada.

- ¿Crees que eso significa que mamá y papá van a divorciarse? - le había preguntado.

Riley se encogió de hombros, buscando problemas.

- ¿Qué dice mamá?

- Ella dijo que estaba tratando de trabajar con él.

- ¿Y papá?

- Se enojó porque mamá me lo dijo.

Por supuesto, sus padres no se habían divorciado. Tampoco habían mejorado a partir de ahí. Su madre permaneció en un estado perpetuo de recelo, y su padre en la contrición constante. Su padre era una persona culpable, sin embargo, su madre estaba naturalmente ofendida, por lo que les convenía a ambos tener razón.

Riley se había girando a la pared y no dijo nada más.

Sus padres tenían una relación extrañamente teórica respecto a los niños y a la crianza de los hijos. En el ardor de su madre, tanto para reunir y compartir información, Alice se volcó y se dejó caer entre el sujeto y la audiencia. Cuando ella era mayor, se puso peor. Su padre comenzó a enseñar una clase de la pubertad para alumnos de sexto grado, cuando ella estaba en sexto grado. Alice se cambió felizmente con un profesor diferente, pero se encontró con todo el asunto vergonzoso y aterrador. Sólo más tarde pudo encontrarlo divertido. Ella sabía lo poco que su padre sabía. Si él era la autoridad, ¿qué significaba eso? Trató de no extrapolar a partir de ese poco conocimiento interior. A diferencia de Paul, que no era naturalmente propenso a dudar de las cosas que se supone que creen.

Alice se estiró y se levantó de su mesa de picnic perca y entró en el mercado por más café. Cuando volvió a salir, su padre apareció como si se le hubiera conjurado, él, con sus habituales demasiado pequeños pantalones cortos hechos de un material suave. Parecía más despistado que vano en el caso de Ethan, pero a veces es difícil de decir. Así como algunas personas creen que cada persona tenía una edad natural, Alice cree que cada persona tenía un momento de la manera natural, y el de su padre se había producido en los años setenta.

- ¡Eh, gatita Allie! - dijo agitando su mano hacia ella. Los sábados y domingos, su padre corría alrededor de la isla saludando a los amigos, saltando ceremonialmente en el océano al final de la misma. Corría por los mismos lugares cada vez, más rápido o más lento, no más o menos largo, mientras que su madre sabía todo acerca de los progresos realizados.

Mantuvo su bronceado todo el año, le pareció a Alice. En un momento pensó en asegurarse de que estaba visitando un salón de bronceado, pero en realidad nunca lo atrapó haciéndolo. "Es el beta-caroteno", le dijo, a modo de explicación, cuando se descubrió tras él por Columbus Avenue. Se burlaron de ella sobre el tema durante meses y le compró un certificado de regalo de Navidad a Portofino dom. Tenía esa forma de hacer reír y también de cambiar las cosas.

- Tu padre se divierte mucho. - su madre solía decir. Hasta que se enteró del asunto, Alice no había entendido cuál era el problema con eso.

El lunes por la mañana, Alice se sentó en la sala de espera de la oficina del Dr. Bob. Se había obligado a llevar a Riley allí cuando vio que Riley estaba tan enferma que perdía su turno de salvavidas por segunda vez seguida,

pero no podía entrar a fuerza dentro de la sala de examen cuando Riley claramente quería perderse.

- Es la faringitis estreptocócica. - Riley, anunció, al salir de la oficina del doctor, agitando su receta en la mano.

- La habías tenido antes, ¿no?

- Todo el mundo la ha tenido antes.

- Vas a tener que tragar pastillas.

- Eso dice el Dr. Bob.

- ¿Pediste los caramelos?

- Qué divertido. - dijo Riley, pero Alice notaba que no tenía suficiente chispa para una pelea.

- Voy a recogerlos por ti en el Ferri. Vuelve a la cama.

- ¿Eres mi madre?

Alice inmediatamente se afectó por esto, no porque fuera escandalosa, sino porque era bastante plausible. Ella quería a Riley, pero temía parecer su madre.

- Lo siento. Tú no eres mi madre.

Riley no tomaba bien ser mimada por una madre, y mucho menos dos. Alice no trató de hacerla entender a regañadientes. Con Riley nunca funcionaba. Su ira brilló y luego desapareció, y después no se acordaba de ello en absoluto.

- Si las consigues, eso sería genial. - dijo Riley galante.

Alice esperó pacientemente las 10:50, pero se sentía extraña fuera de clases. Dos noches antes, Paul había levantado el velo entre los dos mundos y sintió un extraño viento que soplaba alrededor, trayendo las cosas de ida y vuelta. Tal vez él dejó caer el velo nuevamente, pensó, pero ahora ella no estaba segura.

Había intentado sacudirse de él haciendo las cosas familiares que no incluían a Paul. La noche anterior, ella había ido con un grupo de amigos a la salida de Kismet y trató de mantener su meta de coquetear con Michael Hunte, pero no estaba realmente allí.

El sentimiento permeó, en contra de sus esfuerzos. Le hizo sentir como que no estaba realmente presente en este muelle del Ferri. Se sintió sólo medio visible a la gente que esperaba a su lado. Se sentía extrañamente culpable por no estar realmente allí para recoger las píldoras de Riley, aunque sí lo hizo.

Paul apareció en el club de yates la siguiente noche. No se sentó en uno de sus lugares, no se acomodó en el bar pero la vio yendo y viniendo de la

cocina, dando la oportunidad de que le tomaran el pelo sobre el sombrero de paja.

Era demasiado familiar para ella ponerse nerviosa con él, pero su presencia no provocó algo similar. Tal vez fue porque estaba bebiendo vino tinto. Tal vez fue porque Riley todavía estaba enferma en su cama. Tal vez era porque bebía un vaso tras otro y sólo comía galletas de peces de colores y palomitas de maíz de los platos a cada lado de ella en el bar.

Y como su turno llegaba a su fin, ella tenía miedo de lo que podría traer la noche. Confiaba en que Riley estuviera en casa, pero ella se había ido quedándose preocupada.

Le recordaba la época, años antes, cuando había bebido vino tinto, casi una botella entera. Tenía quince años, y ella lo siguió hasta la playa, porque se había sentido preocupada por él. Su madre había estado en la casa con su novio del momento, y Paul parecía imprudente y enojado. Más que de costumbre. En un primer momento había evitado a Alice, y entonces él le había dicho que desapareciera.

- Yo no estoy molestando a nadie. - Alice le había dicho, y se sentó en el borde de las olas. - De todos modos, no es tu playa.

Finalmente, él había venido a sentarse a su lado. Se preguntó si él había estado llorando. Se sentaron en silencio y en la oscuridad sin luna, durante mucho tiempo. Le habían parecido horas. Y cuando se cansó, ella se recostó en la arena y él apoyo la cabeza en su estómago. A ella le había sorprendido, pero no lo había empujado lejos. Estaba borracho, cansado, triste y un poco enfermo. Se podría imaginar incluso ahora la pesada sensación de calor de su cabeza al subir y bajar con su respiración.

- Tú eres la única cosa buena en el mundo. - le había dicho a ella.

-Yo no quiero ser la única cosa buena en el mundo. - había respondido, por fin, pero sus palabras flotaron hacia arriba y sospechaba que ya estaba dormido.

¿Qué estaba esperando? ¿Por qué estaba haciendo esto? ¿Qué había en su mente? No dejaría que su mente siguiera adelante. No sería honesto consigo mismo. Él, al parecer, era evasivo.

Alice, con su sombrero marinero, lo estaba matando.

Ella parecía una camarera pobre, pero no por vanidad o tedio, como las otras dos. Era tan diligente y generosa como siempre. Sus errores siempre a favor de otras personas.

Podía meterse en problemas aquí. Debería ir a casa inmediatamente y borrar un poco más de su documento.

Y, sin embargo se quedó. Pidió otra copa de vino. La chica linda detrás de la barra volvió a llenar su cuenco de palomitas de maíz cerca de la cincuentava vez. Era demasiado joven para saber quién era.

Alice tenía una tabla de la izquierda en su sección, y no parecían rezagados. La cocina estaba cerrando mientras que el bar estaba lleno. Ese era el ritmo del lugar. En primer lugar las familias con los niños iban y venían, entonces llegaban las parejas mayores cuyos hijos no cenaban con ellos. Una vez que se habían ido, la tercera ola llegó, los mismos niños habían crecido, dejaban a sus padres y salían a beber en el bar hasta las tantas. Él estaba en la primera categoría y estaba en la tercera. Era difícil imaginar que alguna vez estaría en la segunda.

Pero Alice. ¿Qué iba a ser de ella? No una abogada, por favor. ¿Ella tenía un novio en su vida normal? ¿Era el tal Jonathan el encargado de jugar ese papel? ¿Se quería casar? ¿Quería tener hijos?

No creía que tuviera un novio. Que de alguna manera él sabría si lo tenía. No es que fuera su asunto.

Recordó las dificultades que le había dado cuando ella tenía dieciséis y él diecisiete años. Ella se había vestido para un baile del club yates, no sabía usar maquillaje para una fiesta en la playa y se burlaron de ella y él se atormentaba por ello. Había querido que pensara que parecía tonta o torpe, pero era todo lo contrario era la pura verdad, y eso es lo que le obligó a hacerlo. Había pretendido que estaba haciendo su servicio, manteniendo el tamaño de su cabeza en jaque.

Había sido implacable con los chicos que andaban a su alrededor. Sólo vio sus peores intenciones, porque también las vio en sí mismo. Había tratado de definirlo como algo distinto a los celos. Nunca había tratado de besarla.

Vio a Alice mirándolo, cuando le pagaban inmediatamente la noche. ¿Qué estaba pensando? ¿Debía dejarla ir a casa? Eso es lo que debía hacer. Que se vaya a casa, y se dispuso a hacer lo mismo.

Pensó en su casa esperando. La cocina reluciente sin nada preparado, los sofás perfectamente planteados en los que por supuesto no había nadie.

Había una habitación en la casa que tenía carácter real, cualquier tipo de vida, se podría haber dicho. La habitación con las cosas y el desorden, los viejos LPs, carteles, y fotografías, la alfombra de peluche a la que le tenía un cariño terrible porque era la habitación que albergaba las cosas viejas de su padre. Se había escapado del proceso de esterilización, porque nadie podía soportar moverlo o tocarlo. Se mantuvo el altar a su padre que nadie visitaba. Bastaba con que estuviera allí.

Paul seguía el patrón diario al llegar a su casa, del pasillo al cuarto, del cuarto al baño y de regreso al pasillo. Él hubiera preferido dormir con Alice y Riley como solía hacer, pero él tenía veinticuatro años, y quedarse a dormir era difícil de racionalizar.

Qué extraño que él hubiera dormido en ambos pisos de las habitaciones de Riley y Alice literalmente, miles de veces. Más antes, que había dormido en sus camas, también, a pesar de que Riley daba patadas y Alice tenía pesadillas.

¿Cómo puedes pensar acerca de una niña en cuya cama habías dormido hasta que tenías la manzana de Adán? Y lo hacía, odiaba el inicio de la

pubertad con más urgencia porque le hizo saber que tenía que dormir en el suelo, o peor aún, en el sofá. Más tarde, él había pensado que la odiaba porque le dio una vez más, el fortalecimiento del deseo de dormir en la cama de Alice, pero por razones que se avergonzó. Y era más fuerte que el deseo, porque sabía que no podía hacerlo.

El no podría caer de un tipo de fiesta de pijamas a la otra. No podía. Tuvo que marcharse por un tiempo. Tal vez incluso años.

- Creo que me voy a casa. - le dijo a él, con las preguntas en los ojos. ¿Estabas esperándome? ¿Qué estabas haciendo todo este tiempo?

Ella había colgado el delantal. Se había deshecho de los zapatos. Se había lavado las manos y la cara en el baño. Se había puesto algo en sus labios, si no se equivocaba.

¿Y qué había hecho? Él era un hijo de puta, la forma en que deliberadamente ignoraba sus preguntas. Él le dio la confianza y luego fingió no darse cuenta de ello.

- Muy bien. - dijo. - Nos vemos más tarde.

- Muy bien. - ella dijo. La vio dudar. Sólo tienes que irte, él quería decirle. Estuvo perversamente orgulloso de ella cuando salió por la puerta del club de yates. Vio su sombrero marinero arrugado en sus manos.

La amaba por ser tan bella, y la odiaba por eso. Le gustaría sentir sus brillantes labios en los de él, y a la vez no le gustaría. Él quería que ella caminara sola a casa, y él quería correr tras ella y agarrarla antes de que ella pudiera dar otro paso.

Déjame amarte, pero no me ames. Ámame y déjame odiarte por un tiempo. Déjame sentir que tengo algo de control, porque sé que nunca lo haré.

Se dijo que no la estaba esperando, cuando caminaba hacia la playa esa noche. Se sentía furiosa con él de una manera familiar, pero no podía montar ningún caos en su contra. ¿Qué tipo de abogada iba a ser?

¿Por qué la hacía sentir de esta manera? Ella no podía regresar. ¿Por qué quiere que él la siga, independientemente? ¿Por qué se pasaba tanto tiempo tratando de entender lo que sentía?

Se sentó en la arena, justo fuera del alcance de las olas en sus dedos. Sentía la humedad progresiva de la arena en los pantalones, pero a ella no le importaba.

La luna era una astilla. Tan antigua como ella, Alice no veía la luna tan redonda. Ella la vio como la forma de la luz, no importaba que fuera mejor.

Se echó hacia atrás y apoyó la cabeza en las manos. Su cama sería de arena esta noche, si no se tomaba una ducha. Miró hacia arriba y se sintió frustrada

por la oscuridad de las constelaciones. Sospechaba en secreto de todas las personas que afirmaban haber visto todas las estrellas que las componen.

Cuando la luna se perdió en una nube, Paul apareció. O tal vez fueron los efectos del vino tinto que se presentaron.

Estaba demasiado cansada y estaba demasiado borracha para hacer una demostración de sorpresa. Él siguió adelante y se sentó muy cerca.

- Es agradable observar a la camarera en acción. - dijo.

Ella no tenía ganas de analizar sus palabras, decidió no utilizar el sarcasmo para cortarlo.

- No me gusta ese trabajo. - dijo.

- Me gusta.

- No debería.

- Me gusta verte. - le dijo. - Es mejor una camarera que una abogada, probablemente.

-Bueno. Creo que ambos apestan. - ella dijo.

Él Suspiró. - Uno trata de hacerlo bien, sin embargo.

Sonaba en ella como un insulto, pero lo dijo muy bien, así que decidió dejarlo ir.

- Alice.

- ¿Qué?

- Nada.

Cerró los ojos. Oyó su respiración. Una ola la rozo en la punta del pie. La marea subía, pero estaba demasiado cansada para moverse. Le parecía bien ser tragados.

Se recostó junto a ella. A ella le gustó, pero no lo hizo volver la cabeza para mirarle.

Cuando estaba casi dormida, sintió que se movía a su lado, y entonces sintió su cabeza sobre su estómago. Esto era lo que quería, ¿no? Dejó que el peso de él descendiera en forma gradual, pidiendo permiso en su camino.

¿Estaba entregándose a ella o preparándola para torturarla un poco más? Tal vez ambas cosas.

Sentía un anhelo triste por su sueño, que ya se disipaba. Era como que espero hasta que ella se había dado por vencida. Se sentía triste por la aceleración de su corazón, un órgano de mal comportamiento, si alguna vez se comporto bien. Ella sabía que él podía oírlo, también.

Sentía el peso de la cabeza, como años antes. Respiraba arriba y abajo. Se liberó una mano por debajo de la cabeza y el dedo reposar en la oreja, la frente, la mejilla. Ella no estaba segura si él quería más de ella o si quería menos.

Tal vez era a la vez. Tal vez fue siempre a la vez.

Cuando el turno de la tarde de Riley había terminado a las seis, Adam Pryce tuvo la idea de ver la puesta de sol correr hasta el obelisco con un par de los otros guardias.

- ¿Estás en ella, Riley? - le había preguntado.

Si ella no hubiera estado antes, quien sería entonces. Se sentía casi completamente mejor de su dolor de garganta.

Cuando volvió de la carrera, era casi de noche y la casa estaba vacía. Alice estaba trabajando en el club de yates, recordó. Pensó en ir para allá y darle a Alice un momento difícil, pero estaba hambrienta y cansada.

Ella no se acordó, hasta que era tarde y estaba durmiendo en su cama, que había dejado su bolso en la playa. Se obligó a levantarse de la cama y ponerse la ropa. Ella fue a la parte superior de su paseo por la duna. Era una hermosa playa, una noche tranquila. El cielo era negro en color azul con una luna y nubes que iban y venían. Ella vio la silueta de la silla de salvavidas y trató de ver la forma de su bolsa en la oscuridad. Pero a medida que caminaba hacia el agua, vio a dos figuras delante de ella. Inmediatamente, fue detenida por la intimidad de su posición. No era la primera vez que había visto a dos amantes en la playa. Pero había algo acerca de estos dos que la golpeó. Se alejó de ellos, dándoles su espacio, mientras caminaba hacia la silla en la arena blanda, cuesta arriba. Su cerebro parecía de proceso lento y de mala gana, sin embargo, no lo soltó. Dirigió una mirada hacia ellos, no del todo capaz de ayudarse a sí misma.

Era casi seguro que era Alice. Ella podía ver muy poco de la segunda persona, pero sabía, de alguna manera, que era Paul.

Se detuvo. Ella no quería ir más cerca, pero subir la duna sólo la puso en un terreno más alto, dándole una visión más amplia de las cosas y hacerla fácil de ver.

Su sorpresa fue física. Ella se sorprendió, y al mismo tiempo ya lo sabía. Había muchas cosas en la vida así. No se lo podía imaginar, y entonces sucedió y realmente no se podía imaginar que fuera a pasar.

Se dio la vuelta y regresó hacia la casa. Se sentía un cambio inquietante alrededor de ella. Sentía el viento que soplaba la arena suelta, como si el mundo estuviera tratando de remodelarse para dar cabida a este descubrimiento. Riley resistió. Esperaría hasta que la tormenta se terminara.

De todos modos, ¿qué significa realmente? ¿Qué tienen que ser necesariamente? Su impulso era siempre el mismo: proteger el pasado. Para proteger el futuro. Para mantener las cosas igual si pudiera.

Ella trató de reprimirse, para calmar su corazón. No sentir o pensar demasiado. No le gustaban los secretos de la gente. Ella no quería saber cosas que no debía saber.

Una vez había ido al psicólogo de la escuela en el comienzo del quinto grado. La idea fue de su padre. Recordó a la mujer al hablarle de la manera

en que la mente trata el socorro. - Tiene un sistema inmunológico propio. - le había dicho. - Rodea al elemento invasor como un germen y detiene su propagación.

- No tengo idea de por qué me están haciendo esto. - le había dicho a su padre, enojada, tan pronto como salió.

- Es por eso que estoy haciéndote hacer esto. - él había dicho.

Estaba cansada. Sus piernas empezaron a dolerle. Ella dejó de sentir la arena bajo sus pies. Ya no veía el cielo. Tenía los ojos hacia adelante, luego a la casa y subió las escaleras a su habitación.

Le encantaba su tranquilidad, la cama vacía. No es que ella quisiera lo que tenía. Pero ni ella quería sentirse separada de ellos. Estaba feliz de estar sola, pero sintió de repente la separación.

Cerró los ojos y deseó dormir. Pensó en el tiempo total de su práctica por la noche. Ella había puesto su cronómetro. Ella trató de dividirlo en nueve millas, para calcular el promedio, para el segundo, de cada kilómetro.

Fue un cálculo complejo que la acompañó todo el camino hasta el sueño.

Riley se despertó temprano la mañana siguiente. Cuando pensaba en la playa, pensó, no tanto sobre lo que había visto, sino por qué había estado allí en primer lugar. Ella había dejado su bolso, y tenía sus pastillas en él, su penicilina.

Se puso el traje y ropa de ejercicio. Ella se volvió hacia el interior y corrió a lo largo del Paseo de la principal entrada a la playa grande. Era temprano y estaba aún desierta. Se dirigió inmediatamente a la silla, pero la bolsa no estaba donde la había dejado. Tenía una sensación de intranquilidad mientras miraba a la textura de la arena. El viento había sido fuerte durante la noche, y la arena había cambiado. La marea había subido inusualmente de una forma muy alta.

Ella se sentó en la arena. Pensó fugazmente en la forma de la sombra hecha por Alicia y Paul. Pensó en su bolso, adentrándose alrededor de las olas, a aguas más profundas. Pensó en el agua dentro de él, haciéndolo pesado, hundiéndose hasta el fondo. Se imaginó a su toalla, traje extra, sus gafas, sus pastillas. ¿Estaría la bolsa con la cremallera, o cada una de sus pertenencias había encontrado un lugar separado bajo el agua?

Es muy posible que no hubiera sido arrastrado por la marea. Alguien podría haberlo encontrado. Podría haberlo llevado más abajo en la playa. Había que comprobar los perdidos y encontrados. Ella siempre escribía su nombre con el marcador permanente en sus trajes. Tal vez alguien lo encontraría y llamaría.

Que fácilmente podría suceder, se dijo, varias veces había sucedido a lo largo del día. Pero cada vez que pensaba en su bolso, se lo imaginó en el fondo del océano.

Qué tipo de persona Ser

Capítulo 8

-“Entonces, ¿Cómo es estar de vuelta?” - Paul se sentó en una mesa de picnic fuera del supermercado en la mañana, bebiendo café y esperando a Riley. Llego Ethan en su lugar.

- “Esta bien,” - Paul dijo. El miro a su vaso de café.

- “Ya ha sido un tiempo, ¿no?” - Ethan se sentó al final de la mesa, a pesar de que Paul no le había dado la bienvenida. Él era Moreno y confiable, pero debajo de ese bronceado, no lo era en realidad.

-“Unos cuantos años.”

-“Hace una gran diferencia a tu edad.”

¿Qué estaba intentando decir Ethan? - “si y no,” - dijo Paul evasivamente. Ethan era el primer adulto con el que Paul había sido grosero, y ahora era habitual.

Había sido extraño, cuando tenía diez años, comenzando a descubrir las debilidades y los errores de los adultos en su vida. Riley los entendió, también, pero era rápida para olvidar, mientras que Paul siempre lo recordaba. Como un niño que disfrutaba con el poder pero también lo odiaba.

El abusó, pero no quería.

- “Riley dijo que ustedes dos iban a pescar algo esta mañana.”

Paul se giro. Se le ocurrió que Ethan estaba esperando que lo invitaran.

Ethan bien parecido, y gracioso. El hacia acentos e imitaciones.

El hablaría por todo un día en su acento Ruso y otro día al estilo escocés. Riley, Paul y Alice gritaban en protesta, pero la verdad es que les gustaba.

Ethan era mal cocinero, pero no obstante, estaba orgulloso de sí mismo. El lloraba fácilmente y olvidaba las cosas. El les daba tres cucharadas de helado cuando Judy no estaba en casa. El les enseñó a sus hijas a patinar, pescar, y a surfear.

Hubo un tiempo en que Paul solía mirarse a sí mismo en el espejo y preguntarse si su cabello luciría como el de Ethan cuando creciera. El practicaba sus acentos en la soledad de su habitación. Cuando pensaba en ser un hombre, trataba de imaginarse a su propio padre, pero normalmente

pensaba en Ethan.

Ethan sabía ser feliz, pero más allá de eso, él no era el tipo de hombre en el cual fijar tus ideales. Él quería ser más de lo que él era. Allí fue cuando Paul lo entendió. Los hombres muertos son mejores ídolos que los vivos.

Y aun así, a pesar de los principios de Paul, él encontraba difícil no querer Ethan. Mientras que en el caso de su madre, era lo contrario.

Paul pensó en la playa en la noche anterior. Pensó en Alice, y luego se sintió avergonzado. Él no quería pensar así. Era una debilidad que lo hacía entender a un maestro del deseo como Ethan, y él no quería entender a Ethan.

Ethan miró hacia él con esperanza. Él quería una charla de hombre a hombre, ahora. Él pensaba que podían ser amigos.

Había algo acerca de su habitación que hacía que Alice lo pensara. Eso es lo que Alice se dijo a sí misma la siguiente tarde. No la cama en sí, pensó que era algo más. Tal vez era la infamiliaridad; ninguno de ellos había pasado tiempo en sus veranos anteriores. Era en la isla pero tenía una calidad exquisita. Estaba en un país pero pertenecía a otro.

Una parte de ella, una gran parte, solo quería saberlo. No importaba mucho cual era la respuesta, solo necesitaba saberlo de una forma u otra.

Le tomó un momento el llegar hasta la puerta. ¿Cuándo había tocado a la puerta en su propia casa o siquiera esperado a que la dejaran entrar?

- “¿Paul?”

- “Aquí arriba.”

Se apartó el pelo con los dedos. Con las piernas temblándole, aunque estaba a alta temperatura. Ella subió las escaleras en retroceso, lentamente.

- “Hola,” - dijo ella, sintiéndose repentinamente tímida en la puerta.

Él se giró desde su escritorio. No todo el cuerpo, solo la cabeza.

- “¿Qué haces?” preguntó ella.

Él se recostó sobre su espalda en la silla. - “Estoy tratando de escribir acerca de la crítica de la Razón Pura de Kant. Estoy concentrándome en una sección que es de aproximadamente una página y media de larga. Creo que logro entenderlo tanto como los perros de mi mamá logran entender el The

New York Times.”

Ella rió cautelosamente. Su auto-depreciación solía encantarla absurdamente, pero ella había empezado a entender que era también una forma de auto-aceptación. Él disfrutaba quejándose de sus propias cualidades. La cosas verdaderamente sensibles que no traía a colación.

- “Entonces, ¿Estas escribiendo o borrando?” - pregunto ella.

- “Escribiendo. Borro en la noche.”

Ella lo miro cuidadosamente. El no indicaba conocimientos sobre lo que había pasado en la playa la noche anterior. - “Creo que borras de día, también,” - dijo ella.

Su rostro tenía una mirada cautelosa. A él le gustaba romper las barreras entre ellos, pero tenía que ser él quien lo hiciera. Se suponía que ella debía estar incondicionalmente, explorar cuando él quería explorar y olvidar cuando él quería olvida.

- “No puedes borrar lo que no está allí,” dijo él.

Ella se sentía trémula. Debía haber mantenido la boca cerrada. - “¿No hay nada allí?”-preguntó.

El analizo la pantalla del ordenador. Luego meneo la cabeza suavemente, girándose para observarla a ella.

- “Nada nuevo.”

Ella lo miro, sintiendo la vieja frustración. Algunas veces en su presencia ella sentía una profunda conexión con él, y otras veces se sentía completamente sola, como si todo vinculo con él fuera producto de su amarga imaginación.

- “Tendrás que vivir con tu incompleto, entonces, ¿no?”

El frunció el ceño. - “Tal vez.”

- “De cualquier forma, los títulos universitarios son para la gente pequeña.”

- “Alice, detente.”

Ella iba a detenerse. Iba a irse, a alejarse de él por el resto de su vida si era posible. Pero no era capaz de hacerlo. - “¿Qué significa eso?”

Él tenía la espalda rígida. Parecía inseguro. Que broma que ella había venido aquí con la intención de seducirlo. - “¿Qué significa qué?”

- “¿No lo sabes?”

- “¿Por qué no me lo dices?” - su expresión decía lo contrario a sus palabras. Él no quería que ella le dijera nada en absoluto.

¿Era la tortura intencional? ¿Él la despreciaba? Y si era así, ¿para qué?

Ella se sentía tan desesperada como para elevar la apuesta. Tenía que ver a donde iría todo.- “¿Fuimos tu y yo anoche en la playa? ¿O fui sola yo?”

Él estaba incomodo. Se hubiese ido, claro, pero era su propia casa. Ella estaba empezando a ver el truco de la escenitas en la casa de alguien más.

Se encogió de hombros. - “Bebí demasiado vino. Estaba equivocado si te di alguna idea.”

- “¿Alguna idea?”

- “Si.”

Ella se sintió como si quisiera lanzarle el ordenador. Cuanto más se enojaba, peor era. Él lo sabía a la perfección. Pero algunas veces saber las cosas no hace la diferencia con lo que haces.

- “Eres un imbécil, Paul. Eso o estúpido, y no creo que seas estúpido.” Cerró la puerta tras de sí, recordando que estaba abierta cuando entro.

Cuando Paul oyó el ruido abajo la noche siguiente, su Corazón salto con el resplandor de fuegos artificiales. Había estado trabajando en su oficio, odiándolo y deseando que Alice reapareciera. Él deseaba que Alice volviera a su puerta con eso shorts cortos que solía usar. Él deseaba que ella se extendiese como un gatito en su colcha, como lo había hecho en días pasados. Incluso si ella mirase por la ventana todo el tiempo o Incluso si hacía preguntas, a él no le importaba. Él las respondería todas y honestamente esta vez. Incluso si ella no decía nada en absoluto, a él no le importaría. El deseaba que volvieran a como era todo antes.

Si ella viniese a él, estaría bien. Lo que sea que ella dijera, él respondería diferente esta vez, pensó, si tan solo ella viniera. Y entonces oyó el abrir de la puerta y la brisa de la casa.

- “¿Paul?”

Y aun como fuegos artificiales, su Corazón volvió a la tierra como una duda gastada. Ella siempre llegaba con una pequeña advertencia. Esa era una de las razones por las que odiaba esta casa, los problemas siempre llegaban con una advertencia.

El vio cuando bajo las escaleras que ella venia sola. Era lo mejor que podía decir de eso.

- "Paul." - Ella lo beso dos veces en una mejilla y tres en la otra.

- "¿Cómo estás?" - dijo él, esperando que la tensión no sonara tan clara para ella como lo había sonado para él.

- "El trafico estaba terrible. El taxi acuático paro en Fair Harbor primero, y luego en Saltaire antes de venir aquí. Les pagas una fortuna y no te llevan a donde les dices."

- "Cierto."

- "Mírate." - Ella se acomodo para darle un sexto beso. Estaba contenta. La última vez que ella lo había visto había sido en Fresno, California, y su barba y cabello habían estado en proceso de a floración. - "Eres tan guapo."

Él escucho el sórdido zumbido de su celular mientras llevaba las maletas escaleras arriba. Él trato de pensar en cómo luciría su cabello si ella lo dejaba solo. Se lo imaginaba oscuro y rizado desde hace mucho tiempo. Era largo y salvaje y probablemente una de las cosas que sus padres en ley odiaban de ella. Si ellos pudieran verla ahora, no estaría sorprendido. Ella era tan rubia como cualquier chica en la Park Avenue. Ella podía ser fácilmente una dama almorzando en el círculo de su abuela. Si ellos tan solo tuvieran fe.

Pero era demasiado tarde para eso. Ellos la odiaban ahora más de lo que habían hecho antes. Y más ahora que les había dado razones.

Cuanto tiempo se quedaría? Esa era la pregunta que le interesaba. A ella no le gustaba la playa. A ella ya no le gustaba el pueblo o las personas en él. No le gustaba el aroma del océano o la sal corrosiva en el aire. Nunca estaba tranquila con respecto a eso.

No había un lugar en donde conseguir buena comida. No había lugar para comprar un par de zapatos. Todas las cosas que el amaba ella las odiaba. Él lo sabía. Y aun así, él no podía evitar sentirse responsable por sus placeres.

- "¿Come sono le ragazzi?" pregunto ella, mirando fuera de la ventana hacia la casa de Riley y Alice.

- "¿Ellos aún están aquí?"

- "Sí. Todavía lo están."

- "¿La madre? ¿El padre?"

Paul puso los ojos en la ventana, donde las majestuosas olas aplastaban en

un paisaje marino en la pared, como algo que puedes comprar. - “Están bien. Igual que siempre.”

- “¿Los has visto?”

- “Por supuesto. Están justo allí.”

- “Me gustaría ver como su pequeño(a) sale,”- dijo ella. - “La bella.” -Su madre tenía un interés personal en la belleza. Ella no estaría decepcionada de Alice, pensó con orgullo y tristeza al mismo tiempo.

Miro a su madre buscar algo en un estante de la cocina.

Estaba admirablemente cambiada, reconoció. Tenía cosas atrapadas o colgando en cada parte de su persona. Collares, brazaletes, broches, bufandas, pendientes elaborados, grandes gemas en sus dedos. Pero se le ocurrió lo cargada que estaba ella con eso. Todos sus privilegios, su auto-gratificación, los llevaba visibles y alrededor de sí.

Y aun así no había mucho viniendo de su interior. Su delgadez era un triunfo para ella, pero a él le pareció privación. Ella se adornaba a sí misma, pero no se alimentaba. Cualquier auto-cuidado estaba solo en el exterior.

- “Paul, ¿el directorio telefónico? ¿Aun lo tenemos?”

Él sabía que ella quería el número del supermercado, y más específicamente el anexo del mercado que venden a los espíritus.

- “¿Quieres el nombre de la tienda?”- preguntó él.

- “¿Cómo lo sabías?”- pregunto con timidez, retóricamente.

-“No te preocupes por ello. Iré a traer algunas cosas para ti. Necesito ir de todas formas.” -No necesitaba hacerlo, de hecho, pero era una Buena excusa para salir por un rato y relajarse.

Ella anoto su lista, pero él podría haber comprado cosas para ella sin esa lista.

- “Y también el numero del taxi acuático. Necesito llamarlos de nuevo para cuando me recojan.”

- “Podrías tomar el ferrocarril.”

- “Mañana es sábado. Está demasiado concurrido los sábados.”

- “¿Te vas mañana?”

Estaba feliz con la noticia, pero vagamente indignado también. Ella estaba

planeando su salida incluso antes de haber abierto su maleta. Pero así era ella. Ella hacía un gran esfuerzo por encontrarlo en cualquier parte del mundo. Y tan pronto como había conseguido alcanzarlo, cambiaba su atención a irse.

El camino por ahí, dando la espalda al océano, deseando ver a Alice. Ya había pasado más de un día. El podía sobrevivir años en el otro lado del país, pero aquí no podía sobrevivir más de un día. No, ciertamente, cuando su madre estaba en la casa.

Su madre ya no encajaba aquí. Era difícil imaginarla aquí, incluso estando de pie en frente suyo. Ella había encajado alguna vez, ¿no? Ella había hecho el esfuerzo alguna vez.

Ella pasaba poco tiempo en New York ahora. Había conseguido un apartamento en Roma, pero se quejaba del sonido. Iba a muchos lugares, y pasaba poco tiempo en cada uno de ellos. Solo los lugares que aun no había visitado cumplían sus expectativas.

En algún sentido, ella nunca estaba en algún lugar. Ella era feliz, sospechaba Paul, donde el pasado era intocable y el presente insignificante. Como sería ella, supuso, mientras creyera que el futuro sería mejor.

"Paul, son tan pendejos."

Debería haber llamado una noche después de la primera botella. Él debería haberlo hecho.

Ahora no podía recordar si estaba hablando de sus novios más recientes, de sus abuelos, o el personal de un hotel donde recientemente se había quedado. Podría haber sido cualquiera de ellos. Podría haber sido cualquiera en el mundo. Salvo su padre. Su padre era el único excluido permanentemente de la lista de Lía de pendejos. Tal vez se moría de ganas de eximir a sí mismo. Solía ser que de hablar en Inglés hasta que ella se puso muy enojado o muy borracho y luego cambiar al Italiano. Ahora que se ha invertido. Se preguntó si ella sabía sobre sí misma.

- "Quiero decir, Paul, no lo sé. No tienes ni idea !Ninguno! ¿Por qué no hacen lo que dicen?" - Sacudió la cabeza. Él no lo sabía.

- "Pendejos" -, le espetó. Cómo le importaba su debilidad: su fragilidad, su enfado, su altivez, su memoria a regañadientes, su miedo. Su tendencia a beber demasiado vino.

Reconoció

demasiado

bien.

- "Paul, creo que de tu padre. Él no haría estas cosas. Él era un hombre bueno y que me amaba."

Paul sabía que las lágrimas de repente iban a venir. Su borracho enojado cambiaba en borracho triste de una manera predecible. Pero él nunca se preparó. Incluso si hubiera podido, no lo hizo.

- "Yo solo... yo solo deseo"

- "Yo sé, mamá" - le dijo.

- "Si pudiera tener...."

- "Yo sé".

- "En esta casa, ya sabes. Pienso en él. "

- "Yo también".

- "Estamos felices entonces. Hemos tenido unos a otros y a ti. Y no le importaba lo demás. ¿Acaso te acuerdas? "

- "Algunos de ellos"- dijo. La superposición de lo que habían dicho que era tan pesada que casi asfixió su algunos pequeños brotes de memoria real.

Se pregunta las mismas cosas una y otra vez, pero no fueron las preguntas que le gustaba seguir a vuelta de la esquina. Si éramos tan felices entonces, ¿por qué fin? ¿Qué le pasó? ¿Cómo iba a dejar que suceda? Y se preguntó de su madre, si fueras tan bueno en ser feliz una vez, ¿por qué nunca ha sido feliz desde entonces? Como un niño, Paul creía lo que le dijeron. Pero también cree que lo que veía.

No podía evitarlo. ¿Y qué una persona-un niño- cuando las dos cosas no encajan?

Su madre se recostó en el sofá, el mentón aplastado en su cuello en un ángulo de gracia. Las lágrimas se reunieron en los ojos y corrían por su rostro como el maquillaje de ojos negro fluía con ellos. Su lápiz de labios manchados y plumas en los bordes. Su rostro se veía cansado, flojo, y viejo. Su nariz corría, pero ella no tenía el dominio de sí mismo para detenerlo. Ella se quedaba dormida en el sofá. En algún momento, en un estupor, que le traería la televisión a la vida y que tendría que escuchar toda la noche.

- "¿Por qué dejó que lo hiciera?" - Paul había pedido a Judy, cuando había empezado a afrontar con la idea de la adicción a las drogas de su padre.

- "Creo que ella lo hacía, también," - Judy había contestado. Odiaba cuando Lía sea como este, aunque sabía que lo haría. Sintió asco por ella y vergüenza de ella. Y avergonzado de su propia repugnancia. Lo peor de todo, se sentía responsable. Él podía cuidar de ella mejor. ¿Qué sería lo que su padre tiene que decir? Trató de sentir lástima por ella.

Generosidad por ella. Sabía que ella era una víctima. Ella se quedó viuda a los veintinueve años, odiado y rechazado por la familia de su difunto esposo. Ella no tenía familia, sin un apoyo real de su propiedad. Sin embargo, no podía hacerlo. La veía como una persona que se trajo problemas a ella misma. Tal vez si hubiera sido menos hábil para sentir lástima de sí misma, que podría haber hecho un mejor trabajo. Pero como era, no hay lagunas que llenar.

Lía no tiene que gastar todo ese dinero. Paul no se preocupa por el dinero en sí mismo, si iba o venía, pero odiaba la forma en que lo llevaba y lo llevó y se la bebió y alarde de ello. Odiaba la proporción de lo que fueron a los balnearios y suites, y la tarifa de reacción.

El padre de Paul provenía de una familia extraordinariamente rica, y el hecho de que Lía había acabado con millones de dólares llevó abuelos de Paul medio loco. Pasaron las energías disminución de su vida tratando de entenderla a ella. Le metieron tanto como podía en grandes consorcios para Paul. Pero lo que había pertenecido a Robbie durante su vida-un montón de dinero significativo aterrizó en él cuando su abuelo murió el último en 1980-cuando pertenecía a Lia. Robbie murió.

Los abuelos de Paul enviaron cuerpo entero de los abogados a la batalla con las instrucciones más severas. Y Lia se defendió por el gasto. En parte, le inquietaba de la pérdida total hostil de él, sino también porque se lo tomó como una traición de su padre. Su padre era un idealista, equivocado aunque pueda haber sido. Era un espíritu libre o como un espíritu libre como tú podría estar saliendo de St. Paul. Robbie odiaba la cultura del dinero y el dinero en sí mismo. Abrazó a abajo, de los artistas muertos de hambre y causas perdidas. Él nunca había apoyado a un candidato político que había sido elegido. Llevaba las mismas sandalias todos los días, invierno, primavera, verano y otoño.

Paul conocía a la mayoría de estas cosas de Ethan, no de su madre, pero recordó las sandalias de sí mismo. En la ira plena de su adolescencia, se había enfrentado a su madre con estas y otras reclamaciones. No trató nunca más. De todos modos, ¿qué se puede hacer? El dinero era lo que quería Lía. El dinero y Paul. Y aunque el dinero era más obediente que Paul, se las arregló para usar tanto en la lucha contra sus abuelos. Lía roncaba. Paul tomó el vaso de la mano y lo llevó a la cocina. , se encontró con una manta y lo puso sobre ella. Qué pareja lo sentían. No debería haber

sido decepcionante. Sabía que estaba con ella. Sin embargo, su capacidad para la esperanza, como el suyo, era irracional y sin fin. Eso es lo que era ser un hijo. Si se resignó a la verdad, que no le pertenece a todos ya.

La Bella

Capítulo 9

Paul dejó la casa, con su madre durmiendo enfrente de la televisión y pasó a través de las phragmites (tipo de planta), después de haber amanecido. Podría haberse convencido a sí mismo de que no había habido ninguna premeditación, pero además sabía que Riley se marchó por decisión propia antes de las 6. Era una premeditación imprudente, aún así, entró por la puerta de la cocina y subió a las habitaciones de arriba. No sabía que haría cuando llegase a la habitación de Alice, pero tampoco tenía tiempo para pensarlo. Abrió la puerta y entró, aún sabiendo que no era lo correcto.

- *“No te pertenezco”, - le dijo ella una vez, cuando tenía doce años. Ella se estaba subiendo a una lancha con un amigo, cuyo padre, el conductor, estaba visiblemente bebido, y Paul le había prohibido ir.*
 - *“Nunca he dicho que me pertenecieras”- dijo él severamente. Pero como ella se había ido en la lancha, ninguno de ellos se lo creyeron.*

Ella estaba durmiendo, su pelo apuntaba hacia un centenar de direcciones y tenía la cara doblada. Dio media patada a las mantas que la cubrían, permitiéndole a él una buena vista de sus largas piernas. *La Bella*. Él no quería que su madre la viera.

Se sentó en el filo de la cama y ella seguía durmiendo. Era solamente cuando ella se enfadaba con él. Era un miserable.

- *“Lo siento”- se inclinó y le susurró al oído. Todavía se podía oler el vino en su respiración. Le tocó la punta de un mechón de pelo.*

- *“Sé a lo que te refieres”-le dijo él - “No sé por qué actué así”.*

Necesitaba sentirla, como cuando era un niño. ¿Qué haría ella? Él no podía decir lo que quería o lo que estaba dispuesto a ofrecerle. Pero él la amaba. ¿Podría decirle esto? Era fácil quererla, pero más fácil aún no tener que reconocerlo. Incluso después de todo lo que había hecho, él creía que ella era amable. Él gateó hasta su cama y se estiró al lado de ella. Tiró de la sábana y la echó encima de ellos. Muy cuidadosamente, se escabulló más cerca para sentir su calor. Con decisión, puso los brazos alrededor de su cintura, a penas tocándola pero ansiando abrazarla por sus sentimientos. Más cerca, gimió cuando la pierna de ella lo rodeó. Estaba caliente por los cobertores, y por ser buena persona, supuso él. Quería poner la cara entre su cuello y entrelazarse con ella.

- “Te quiero”, articuló entre su pelo. Él puso decirlo cuando ella no podía escucharlo.

Estaba tumbado allí, relajándose gradualmente. Su corazón se relajó, pudo respirar otra vez. Su mente se estabilizó.

Había imaginado que si alguna vez estuviera en la cama de Alice como una persona adulta, todo sería diferente a como era de niños. Esta vez, lo consideró de forma diferente. El sentimiento y el olor de su cercanía a las partes de su cuerpo, difícilmente supo hasta entonces que existían. Si dejase que su mente volará libremente, evocaría posibilidades que no sabía hasta entonces que existían. Pero no la dejaría correr, si se arrastrase, se tensaría como un perro indomado. Se había arrastrado alrededor de la manzana por eso.

Incluso podría perderlo todo en un momento, o dos, pero no podía dejarlo correr.

Había un pensamiento, que le enredó repetidamente, un preocupante sueño medio-despierto.

¿Podría ser el amor continuo? ¿Podrías llevarlo intacto desde la niñez a la adultez, luchando contra peñascos y trampas de la adolescencia? ¿Podría salir en otro lado el mismo tipo de amor, expresado de nuevas formas? ¿O estaban estas dos clases de amor en desacuerdo?

Quizá, simplemente, no era una respuesta desconcertante. Quizá la pregunta era la equivocada. Quizá no había dos tipos de amor. Quizá había un trillón de tipos. O sólo uno.

Pero ahora, él la abrazó. Se olvidó preocuparse de despertarla. Giró su cuerpo hacia él, abrió los ojos y se hizo un ovillo a su alrededor. Ella presionó su mejilla contra el pecho de él, y sintió las cosquillas del pelo en su cuello y bajo su nariz. Aunque él estaba estirado por toda la cama, ella cogía bien. Verdad y amor iban juntos. Tenía eso entendido, ¿pero cómo anhelaba trabajar de esta manera? ¿Cómo acomodarse? ¿Cómo, si para nada, podía impedirlo? No sabía si estaba durmiendo o despierta, pero sentía su corazón latiendo, y el pulso era más rápido cuando él le cogía las manos. Sentía cómo se acunaba contra él, la suavidad de sus muslos. No sabía que quería decir, pero se sentía profundamente ajusto por su piel, su calor, y la forma en que ella siempre le dejaba entrar.

Quizá no era tan diferente ahora, incluso con su pecho y sus largos y curvados miembros, ella seguía siendo la misma Alice. Quizá las cosas que más quería aguantar ella, eran las mismas cosas que exactamente él siempre había querido.

La esperanza de lo fácil. La sensación de un cuerpo que le diese confianza.

Alice despertó del sueño, dentro de su propio sueño. Se hizo difícil mantener la claridad entre soñar y despertar, pero no sentía ninguna necesidad de distinguir cómo de largo había sido el sueño.

Se había enfadado tanto con él cuando había caído dormida la noche anterior, y ahora su lindo cuerpo la rodeaba, y el enfado se había ido.

Con Paul, podía olvidarse de los errores que habían llevado al enfado, todas las veces ella se prometía a sí misma que volvería y cuidaría de él más tarde. Cerró los ojos. Le concedería el poder de la negación. ¿Y qué si para cuando llegase la hora de comer ya lo había borrado todo? Ahora mismo había algo, y quería conservarlo, eso era todo. Por todo lo que sabía, tenía a Don Rontano, el entrenador de tenis, aquí en su cama, pero, oh, se sentía bien. Aún con los ojos cerrados, encontró el dobladillo de su camiseta y se la sacó por la cabeza. Él podía haberla despreciado si quisiera, Pero ella quería su piel. Se acurrucó en su pecho, sentía el calor pasando por su espalda y sus hombros.

¿Podía besarlo? ¿Él se lo permitiría? ¿Esto era algo que él se tomaría como si fuese nada? ¿Qué sobre hacer el amor? ¿Era sólo abrir las piernas, que él se arrastrará hasta dentro de ella, tener todo lo quería, y más tarde aceptar que esto no era nada? Se apretó más cerca. Descaradamente, ajustó su pelvis junto a él, a través de los pantaloncitos y debajo de ella, se puso en medio. Quizá la media parte superior de él no quería esto, pero la inferior sí. Se movió con él un poco, ¿qué cuerpo controlaba? Tenía los ojos cerrados. *Estaba dormido*, dijo él. *¿Qué sucede? Pensaba que tú también estabas durmiendo.*

Si ella podía tenerlo de esta manera, realmente, ¿lo haría? ¿Valía la pena? Y, Dios, si ella terminaba perdiendo su virginidad, con Don Ron, ¿no se sentiría estúpida? Abrió los ojos, echó un vistazo. No era Don Ron, y no tenía los ojos cerrados.

No era justo que él tuviera que parecerlo y ella no. La pilló mirando, sintió que había liberado su control, despegó la pelvis de ella. Volvió a aparecer un poco del enfado de la pasada noche. Estaba allí, claramente, en su codo doblado.

Él se levantó de la cama, y ella también. Parecía que estaba sorprendido de verla allí. *¡Eres tú el que se ha metido a hurtadillas en mi cama, no al revés!*

Parecía que le estaba gritando, no estaba para bromas. ¿No estaba muerta todavía, no? Lo miró desde la cama, acojonada y enfadada en las sábanas, con tu desigual corte de pelo y la cara de tortura. Al menos, parecía como si ellos lo estuvieran haciendo. Perversamente, ella deseó que uno de sus padres entrase a su habitación ahora mismo. ¿Qué diría él entonces? Él puso los pies en el suelo, maldito sea, ya estaba borrando. *No puedes borrar cuando no hay nada*, diría él.

-“Mi madre está aquí”-dijo.

Podía oler el vino en su aliento.

Asintió con la cabeza. Esto lo explicaba todo. Volvió a ser Alice cuando se refugió en su manta, pero ella no era tan buena en su trabajo. También había crecido, ¿ese era el problema, no?

-“¿Durante cuánto tiempo?”

-“Desde hoy”

-“Oh”- Alice de pronto se sintió ligeramente expuesta con el bikini que llevaba abajo y su camiseta pequeña. Hablando sobre su madre.

-“¿Cómo es ella?”

-“La misma”

Asintió con la cabeza. Cruzó los brazos sobre su pecho.

-“¿Quieres venir conmigo y verla?”

-“No”- dijo él inmediatamente. - “Quiero decir, si quieres”- Dijo estando allí de pie. Dios, se estaba marchando otra vez, y volvería donde ellos empezaran. El sueño se había ido. El humor había muerto. Lo miró mientras encontraba su camiseta debajo de los cobertores y se la ponía, desesperada, abrió la boca.

-“Realmente, ¿no hay nada?”, preguntó. Lo cogió con una mirada llena de odio, desafiándolo a que le respondiera a su pregunta. Si lo hacía, por Dios, que le pegaría un puñetazo. Parecía dolido, pero no se iba a arrastrar.

- “Alice, no hay nada”

¿Que se suponía que significaba? Necesitaba puntuar las cosas negativas de lo que significaba que ellos terminasen.

- “¿Hay algo?”

- “Siempre ha habido algo, ¿no?”

Ella apretó los dientes. Podía ser deshonesto y cobarde si quería, pero ella no tenía que negarse. Lo cogió con otra mirada:

- “¿Sabes qué?”

- “¿Qué?”

- “Quiero estar contigo, pretendes que no hay nada, pero yo sé que sí lo hay. Deberías decir que no lo hay para ti, que todo está en mi cabeza”. Ella estaba consiguiendo ponerse un poco en cabeza, se aclaró la garganta.

- “¿Era esto lo que tú querías decir?” - Se quedó helado, no sabía qué responder.

Ella se echó hacia delante, o si no, nunca lo haría.

-“Nunca lo he hecho antes, quiero estar contigo, pero no quiero tener una pareja indispueta”. Parecía que le había dado un shock y que perdió la conciencia. No sabía a qué parte responder.

- “¿Nunca lo has hecho antes?”-dijo finalmente.
¡Por supuesto que no! He estado esperándote toda mi vida pedazo de idiota.
No le podía decir esto.

- “No” - Dijo esto en cambio, cortando el paso a próximas preguntas.

-“Yo...”

-“No tienes que responder ahora”- dijo.-“Si quieres, ve a la playa oeste esta noche a medianoche”- difícilmente podía creer las cosas que estaba diciendo, pero estaba impresionada por ello. -“Y si no quieres, entonces no vayas”.

-“Alice...” - él tampoco lo podía creer.

-“Si no quieres, lo comprendo muy bien, y deberías entonces considerar el olvido”- lo dijo más triunfal de lo que en verdad ella se sentía. *Pero entonces no te metas más a hurtadillas en mi cama.*

-“Alice...”

-“En serio”- dijo. Aunque era difícil de sentir la seriedad en ropa interior y con una minúscula camiseta. -“Pero si decides venir, ven Paul. Y espera a ver a Alice ¿de acuerdo?”

Él asintió.

-“Y no bebas”

Le habría gustado en ese momento de tener que darse la vuelta y marcharse, caminando hacia la gloria convencida. Pero como era su habitación, tenía que sentarse allí verle marcharse.

Ella nunca lo había hecho antes.

Bien, ¿él pensaba realmente que ella lo había hecho? A él no le gustaba pensar en eso en absoluto, si él se obligó a pensarlo, podría haber pensado que lo había hecho de una manera rápida y sin sentido. Por mucho que lo hubiese hecho. Él lo había hecho muchas veces sin importarle. A veces rápido, a veces despacio, había disfrutado, a veces mucho. Pensó en la exuberante chica mexicana, María Rosa, a escondidas con él, en un campo a mitad del día. Nunca había encajado esto es un sentido amplio de su vida, nunca lo había hecho bajo premisas o expectativas, ni siquiera le había prometido a ninguna chica que la llamaría. Ella no lo había hecho en absoluto, *Te estaba esperando a ti, oh Dios.* Pero, por supuesto, lo odiaría si fuera de otra manera. El cuerpo entero le dolió cuando vio a su madre salir del taxi bajo la lluvia. Estaba demasiado preocupado en aborrecer cada una de las cosas que ella decía. Era una nueva experiencia, el entusiasmo, el deseo, la anticipación, y la fuerte necesidad de volver a dejarlo todo.

-“¿Estás bien?” -, le preguntó su madre en un momento extraño, como ella, sonaba todo igual en el muelle.

-“Sí”, dijo con voz ahogada, que le salía de algún lugar desde el abdomen. ¿Podría encontrarse con Alice en la playa, sabiendo que ella lo estaba esperando? ¿Podría admitir, abiertamente, que eso era lo que él también quería?

Después de dejar a su madre, se fue a caminar. Caminó hasta Lonelyville y

Foro Purple Rose

más allá. Se acercó a Ocean beach, con vistas al mar, en el punto O`Woods, todo el camino hacia el Sunken forest, donde los mosquitos lo condujeron. Tenía los pies doloridos, y los hombros quemados por el sol. Alice le estaba preguntando algo y le dio un regalo. Preguntando y dando. Él tampoco sabía manejar muy bien ese tipo de compromisos.

¿Podría, posiblemente, reunirse con ella a la media noche?
¿Podría, posiblemente, aguantar sin ella hasta media noche? ¿Y qué si ahora se iba con ella? ¿Podría?

De repente, sintió como si fuese su novia, y tuviera que esperar hasta la boda para verla.

¡Qué pensamiento era ese! ¡Su mente empezó a vagar!

¿No era esto lo que siempre había querido? Finalmente, estaba zambulléndose en su propia vida, la única que había soñado, pero la que no se merecía.

¡Vamos! ¡Toma tu vida! ¡Te está esperando! Le dijo una parte de su cerebro. Pero, ¿cómo podría? ¿Y si él la había destruido? ¿Y si destruyó lo mejor que tenía?

Era por lo que él vivía. Decidió protegerla toda su vida, como el que conserva un objeto de incalculable valor, y contempla cómo lo pierde. No iría a encontrarse con ella. Ni siquiera quería. ¿Cómo iba a esperar hasta media noche?

Vive

Capítulo 10

Estaba esperando. Otra vez.

¿Por qué había tenido semejante idea? ¿Es que se odiaba tanto como la odiaba él? Ella y Paul: compañeros de fatigas; un paso a dos. Miró la luna. Se había imaginado que habría luna llena, pero resultaba que no había luna en absoluto.

- “¿De quién ha sido esta ocurrencia estúpida?” —le preguntó a una concha de mejillón antes de lanzarla al mar.

No había traído reloj. Pensó que no llegaría a necesitarlo. «Le doy cinco minutos más», decidió.

Qué loca estaba, allí, esperándole con su ropa interior más favorecedora y el único vestido de verano decente, completamente vulnerable y humillada. Se sentía como una novia comprada por catálogo y cuyo futuro marido ni siquiera se había molestado en pasar por correos a recogerla. ¿Por qué se ponía en semejante situación?

Ahora seguro que ya era más de medianoche. No iba a venir. Era una pringada.

Qué fácil resultaba despreciarse a una misma cuando se sentía tan profundamente humillada.

Miró las piedras de varias formas y tamaños que la marea había traído hasta sus pies, podía hacer lo mismo que Virginia Wolf, llenarse los bolsillos con ellas y meterse en el agua.

Pero los bolsillos de su vestido eran de tela fina y no aguantaban mucho peso, no había manera de llevar en ellos carga suficiente como para un suicidio, imposible. Deseó haberse puesto un viejo chubasquero tres tallas más grandes y unas botas de goma: había intentado parecer sexy para nada.

- “Creo que me moriré” - les dijo a las olas.

- “¿Alice?”

Su desconuelo había sido demasiado ruidoso como para oír los pasos a sus espaldas. Ya se había dado por vencida.

- ¡Ey, Alice!

No tenía ni ganas de darse la vuelta. Se había dado por vencida.

- “¿Llego tarde? Perdona” -dijo la voz a sus espaldas.

Alice se dio la vuelta. No quería, pero tampoco pudo evitarlo.

- “Menos mal que no te has ido”—continuó la persona.

¿Era Paul el que decía aquellas cosas? Parecía Paul pero no sonaba como él. Ella intentó no hacerse ilusiones.

- “Ya me iba” -dijo con tono mecánico.

- “Por favor, no te vayas, ya estoy aquí” -respondió él.

Alice se esperaba dudas y muecas, se esperaba excusas. ¿Por qué parecía tan relajado? ¿De verdad que aquél era Paul? Él se acercó mucho pero no hizo ademán de tocarla ni de saludarla con un beso.

No sabían hacer aquellas cosas con naturalidad, que era como había que hacerlas.

- Me di cuenta de que seguramente necesitábamos uno de estos—le explicó él -.Debería haberseme ocurrido antes —añadió al tiempo que sostenía en la mano unos cuantos paquetitos cuadrados de plástico.

Había traído condones. Ella se sonrojó inmediatamente, no había sido tan pragmática como él, la verdad es que no se había creído que aquello fuera a pasar de verdad. Estaba tan sorprendida que se preguntó si no habría estado marcándose un farol sin saberlo. ¿La habría calado y ahora la retaba a mostrar sus cartas?

- “La tienda estaba cerrada, ¿sabes?, así que pensé que podía ir a encargarlos y que me los trajeran en el ferri, pero también habían cerrado. Tendría que haberlo pensado antes.”

- “Entonces, ¿de dónde los has sacado?” -le preguntó ella sorprendida.

- “De Don Ron, fui a pedírselos al club”.

- “¡Anda ya!” -de repente estaba muerta de risa, igual que una chiquilla de doce años.

- “Pues sí, ¿por qué no?”

Las risitas fueron en aumento.

- “No, por nada.”

- “También he traído unas cuantas cosas más” - dijo él con voz calmada pero teñida de autoridad; teñida de autoridad pero suave. ¿Aquél era Paul de verdad?

Dejó su cargamento en la arena y desató la manta donde lo llevaba a modo de hatillo.

-“He traído esto “- siguió diciendo -, “para tumbarnos”. Ella se esperaba una mirada furtiva, pero la mirada era decidida.

- Buena idea -le replicó casi sin aliento

¿Paul hablaba en serio? ¿En serio que iba a llegar hasta el final? ¿O acaso todo aquello no era más que una forma enrevesada de hacer justo lo contrario de lo que parecía? Le miró fijamente a la cara, buscando algún indicio de que tuviera una estrategia, pero no vio nada.

- “Y esto” -añadió él – “, para después”.

Era una bolsa de galletas de chocolate, de las buenas. Para después. Ella se había quedado sin palabras. No podía decir absolutamente nada.

- “Y esto también” - continuó él -. “Para ti, no para mí”.

Una botella de vino.

La conmovió. Sintió que estaba a punto de echarse a llorar.

- “¿Estás nerviosa? ¿Quieres que te sirva un poco? Hasta me he acordado de traer un sacacorchos”.

Alice se llevó la mano a las sienes.

- “Creo que no me hace falta” -musitó.

Él le puso una mano en el hombro y le murmuró al oído.

- “Después de todo lo que ha pasado, tenemos que hacerlo bien, ¿no te parece?”

Paul extendió la manta, algo que normalmente era una auténtica batalla, pero esa noche no había viento. Eligió un sitio en tierra de nadie, entre los dos pueblos, justo al borde de las dunas.

Allí no los molestarían.

Ahora era ella la que estaba asustada, mientras que él parecía muy seguro de sí mismo, pero él no quería que su seguridad la intimidara. Paul colocó las cosas, se sentó y luego le dijo:

- “Ven”.

Ella se sentó a su lado. La luna les iluminó y le mostró a Paul lo preciosa que estaba con el vestido entallado de diminutas flores turquesas y moradas. A él le recordaba a un regalo envuelto con esmero y no era capaz de pensar en nada más que en lo que había dentro.

Se permitió sentir el placer —y no el dolor— de que fuera tan bella. El de Alice era un poder benigno y él lo sabía, por más que le costara confiar en el mismo.

- “Si estás nerviosa, no te preocupes” - la tranquilizó en voz baja -, “no te sientas presionada.

- “¿Quién eres y qué has hecho con Paul?” - murmuró ella a modo de respuesta.

- “Lo he traído conmigo, está justo aquí, con Alice”.

En efecto, por fin estaba allí. Aquella certeza casi le asustaba, pero ahora estaba seguro y esa seguridad valía por los dos y por cualquiera que se hubiese presentado. Aquello era lo que quería y, ahora que se había decidido, no podía esperar más. «Mucho cuidado con el furor del converso»,

pensó.

Al mismo tiempo era consciente de que estaba a punto de experimentar un inmenso y poco habitual placer, un placer de los que se viven una vez en la vida y que sólo los idiotas no disfrutaban al máximo. Le preocupaba ser idiota.

- “¿Preparada?” - le preguntó.

Estaba tan oscuro que apenas podía ver sus ojos color dorado. Quería ver. Quería que ella le viera. Ahora que se había decidido.

- “¿Te estoy obligando a hacer esto?” - le preguntó Alice tímidamente.

- “¿Acaso tengo pinta de estar haciéndolo obligado?”

- “No. Pero, en serio, no te sientas en la obligación. No me enfadaré. Podrás seguir durmiendo en mi cama”.

- “Quiero dormir en tu cama” - le respondió él, y luego se inclinó y la besó, primero en la mejilla, luego en la mandíbula- .”Quiero hacer muchas cosas”.

Pese a todo el tiempo que llevaba amándola, nunca la había besado. Tal vez porque tenía miedo de lo que podía desatarse si lo hacía.

Le besó el cuello y el punto que quedaba justo a la izquierda de la cruz que llevaba. Le besó la clavícula y la oreja. ¡Aquella era Alice! Y aquéllos eran lugares de su cuerpo que conocía perfectamente pero que jamás había tocado.

Esperó para besarle los labios porque cuando lo hizo casi fue demasiado. Tal como sabía que sucedería.

Ella le devolvió el beso y la intimidad se hizo casi insoportable. Paul se perdió y no hizo el menor esfuerzo por encontrarse. La besó como si fuera la primera vez que besaba. Hasta cierto punto, era la primera vez. Él también era virgen.

Pensó en decirle eso y otras muchas cosas, pero estaba inmerso en aquel beso y para hablar no le habría quedado más remedio que dejar de besarla, cosa que no tenía la menor intención de hacer.

Dejó que sus dedos y sus labios descubrieran partes de Alice que hasta entonces sólo había conocido con los ojos. ¿Cómo podría haber ni siquiera

sospechado todo lo que llevaba acumulado en su interior? Y luego estaba aquel vestido... Había partes de Alice que no había visto jamás.

El corazón le latía desbocado y se sentía como un chaval de catorce años. Era diferente cuando importaba, las ramificaciones se extendían, hacia el pasado y hacia el futuro, hasta el infinito. Pero cuando ella se deslizó el vestido por las caderas para por fin quitárselo del todo con una leve patada, «hacia el pasado y hacia el futuro» confluyeron en el centro, en el ahora.

Los dedos resolutos de Alice revolotearon por su camisa hasta quitársela y luego se posaron en el botón del pantalón: pese al tiempo que se había pasado vistiéndose, Paul también quedó rápidamente a la vista, también despojado de su envoltorio.

La atrajo hacia sí hasta colocársela encima y sintió que la arena se hundía bajo él moldeándole la espalda. La playa era el lugar donde aquello no podía pasar y donde tenía que pasar. Y ella lo sabía, por supuesto.

Sentirla apretándose contra él le excitaba tanto como era humanamente posible, era un deseo placentero y triste, un placer doloroso, un anhelo lacerante que desataba todas las emociones del espectro, desde la agonía hasta el más profundo sosiego.

Ella también tenía los ojos abiertos. El recato imponía ciertos convencionalismos que no tenían cabida entre ellos. Los ojos de Alice se convirtieron en un único ojo de cíclope cuando él le besó el puente de la nariz. Ninguno de los dos se iba a perder aquello.

Las piernas de ella le rodeaban. Era fuerte, Paul lo sabía de sobra. Iban a toda velocidad, a esa velocidad a la que ya no puedes parar, cuando se te acababa la pista y simplemente tienes que emprender el vuelo, pase lo que pase, incluso si pierdes los dos motores.

Ella estaba temblando. ¿O era él?

- “Podemos esperar” - le dijo Paul, en parte porque sabía que no era verdad.

Tenía la aterradora sensación de que nada de aquello era real, y tal vez Alice también sentía lo mismo porque lo que dijo, o por lo menos lo que creyó oírle decir,

- “Ésta no es la única vez, sólo la primera”.

Paul sintió que se despedazaba para luego volver a recomponerse casi al

tiempo cuando entró en ella. Se aferró a Alice con fuerza, seguramente con demasiada, sus ojos se llenaron de unas lágrimas distintas a las que había llorado en el pasado.

La besó en los labios y ella le besó de vuelta mientras él se hundía más en su interior. Paul nunca había hecho eso antes.

- "Eres Alice" - le dijo cuando alzó la cabeza.

Costaba trabajo creerlo.

Allí estaba ella, allí estaban los dos, después de todo ese tiempo. No podía haber felicidad mayor.

No sólo estaba haciéndole el amor a Alice, aunque eso de por sí ya era suficiente gozo, estaba haciendo las paces consigo mismo. Después se quedó tendida con la cabeza en el pecho de Paul. Hasta puede que se durmiera. El torbellino de sensaciones que la recorrían por dentro era tal que no podía seguirlas.

Paul había cubierto sus cuerpos con la manta, así que estaban desnudos el uno para el otro, pero no para el resto del mundo. Alice sentía la calidez y la alegría de estar allí tendida entre las piernas de

Paul, dos pares de sudorosos brazos entrelazados. Temía hacer cualquier movimiento brusco, hasta hablar, por miedo a destrozar la frágil magia del momento. Ni siquiera quería pensar mucho, el mero hecho de existir ya era demasiado dulce como para que estuviese permitido, demasiado dulce como para ser bueno para la salud.

¿Y si el mundo no se daba por aludido? Tal vez entonces podrían permanecer así para siempre. Pero oyó el rumor de las olas y vio que la luna avanzaba dejando atrás una franja de nubes, la tierra seguía girando sobre su eje y ellos todavía continuaban en ella; acabaría amaneciendo y sería un nuevo día. Si aquello era real, si era cierto que estaba ocurriendo, si ninguna fuerza invisible se lo arrebatara, si el hombre que tenía entre sus brazos no trataba de borrarlo todo, entonces mañana no sólo sería un nuevo día, sino una nueva vida.

Se comieron las galletas. Alice notó la arena en los dedos y después entre los dientes, era una sensación familiar y no del todo desagradable. Se acordó de su madre diciendo que la arena no tenía ningún valor nutritivo pero que había sido un componente fundamental de su dieta en la infancia.

Cada vez que miraba a Paul esperaba encontrarse con que había desaparecido o apartaba la mirada, pero no lo hizo, se quedó con ella y le siguió el ritmo, galleta a galleta.

Se quedaron dormidos un rato y Alice se despertó al sentir los labios de él recorriéndole los senos. Hicieron el amor otra vez, con más calma, en cierto sentido, con más dulzura. El cielo empezaba a clarear y él estaba encima de ella y podía verle la cara, podía verle disfrutar como no lo había visto antes, sin reservas, de un modo inequívoco.

- “Te quiero” - dijo Alice cuando Paul inclinó la cabeza hacia delante al final, y se aferraron el uno al otro, con la respiración entrecortada haciendo que sus cuerpos subieran y bajaran, con las mejillas pegadas y los dedos de sus pies justo por encima de los tobillos de él-. “Siempre te he querido y siempre te querré. Sabía que se estaba precipitando demasiado, que seguramente estaba hablando de más, pero así estaban las cosas, era cierto y además no podía hacer nada para evitarlo”.

Alice quería meterse en la cama antes de que Riley se diera cuenta de que no estaba, y eso quería decir que había que darse prisa. Ninguno de los dos tenía el menor deseo de que los solfeadores y los corredores de primera hora de la mañana les sorprendieran allí. Afortunadamente, sus padres estaban en la ciudad.

Habían pasado tantas cosas emocionantes y extrañas, vestirse delante de él, observarle mientras hacía lo mismo, experimentar una vaga sensación de que ahora era suyo, no solamente de pertenecerle —algo que siempre había sido así hasta cierto punto— sino de que además él le pertenecía a ella también, recorriendo de la mano el pequeño tramo de paseo marítimo que separaba la tierra de nadie de sus casas.

Fue él quien tomó su mano. Se besaron otra vez antes de despedirse. Ella trató de no quedarse mirándole mientras se alejaba, pero lo hizo de todos modos y, al mismo tiempo, su corazón le imploraba en silencio: «No me dejes, sigue siendo como ahora».

Cuando llegó a su cuarto se sentó en la cama con la mirada fija en la pared mientras desfilaban por su mente imágenes de la noche que había pasado. La memoria era una fuerza incontenible de la naturaleza, ya había empezado a editar, reordenar y crear un relato a partir de toda aquella materia prima.

Así era como lo recordaría ella. Y él, ¿qué recuerdo guardaría?, se preguntó. No quería ducharse, por miedo a que la experiencia se disolviera con el agua, pero lo hizo. Temía quedarse dormida porque eso le daría a su subconsciente la oportunidad de reorganizarlo todo en su cabeza, pero también lo hizo.

Cuando por fin se despertó, las imágenes que se agolparon en su mente eran felices. Por lo general solía tratar de ver qué relación guardaban los sueños con su vida real pero, en este caso, era al revés. Había ocurrido realmente, ¿verdad? Las sensaciones que experimentaba su cuerpo se lo confirmaron.

Estaba muerta de hambre, tomó tres cuencos de cereales con leche casi sin parar para respirar. Se vistió y reparó en que se sentía rara en su propia ropa interior. Luego fue hacia la puerta con paso dubitativo: le daba miedo que la magia se desvaneciera en el mundo normal y corriente de allá fuera, lleno de gente y de cosas. Pero ¿cómo iba a comprar un sándwich de huevo si no?

Por suerte, la tienda estaba desierta. Ya habían empezado las colonias de verano y no tenía que empezar su trabajo de canguro hasta después de comer.

Comió la mitad del sándwich en relativa paz, dirigiendo la mirada en todas direcciones, en busca de Paul, incluso en las que era imposible que apareciera.

Quería verlo, pero también le daba miedo. Quería conservar su versión de los hechos durante tanto tiempo como fuera posible. No quería darle la oportunidad de recordarle de otra manera, de envolverle en un envase que fuera más fácil de sellar y olvidar.

Se lo encontró de pie a la puerta de su casa cuando volvió paseando tranquilamente, sintió una alegría inmensa y también se puso nerviosa. No se atrevió a mirarle durante mucho rato.

«¿Ocurrió de verdad?». ¿Por qué estaba escudriñando el rostro de Paul tratando de encontrar la respuesta? ¡Ella sabía perfectamente que sí!, ¿no bastaba con eso? En realidad, no. La mayor frustración del amor romántico era que no podías hacer que funcionara sin contar con la otra parte.

Él le hizo un gesto para que le siguiera y Alice así lo hizo, atravesando el pasadizo secreto hacia la casa de Paul para luego subir escaleras arriba hasta su habitación. Las ventanas estaban abiertas de par en par —hubiera podido decirse que el mar prácticamente entraba por ellas— y el viento atravesaba el cuarto sin encontrar obstáculo alguno a su paso.

Le ofreció la otra mitad del sándwich y él se lo comió en unos cuantos bocados, hizo una pelota con el papel de plata y la encestó en la papelera.

- “¡Buen tiro!” - exclamó Alice. Sería su animadora particular, ése sería el trato.

Estaban sentados hombro con hombro encima del escritorio. Los dos tenían las piernas colgando y no decían nada, pero se miraban de vez en cuando. «Ey, ¿pasó de verdad?».

Por fin ella hizo la pregunta en voz alta y se preparó para la respuesta; apretó los puños, «No me salgas con “¿qué?”. No lées las cosas. Esta vez, no digas lo que no debes, por favor», le suplicó en silencio.

Él le dedicó una sonrisa que no le conocía, se bajó del escritorio, la llevó en brazos hasta la cama, la depositó sobre la colcha llena de baches e inmediatamente posó las manos en la cinturilla de los pantalones cortos que

Alice llevaba puestos.

- “Vamos a asegurarnos por si acaso” - le respondió Paul.

Dos noches más tarde, Alice caminaba hacia casa después del trabajo en el club, presa de la excitación y la impaciencia, tenía la sensación de estar comiéndose la vida a mordiscos con tanta voracidad que casi ni se acordaba de masticar.

Después de lavarse la cara se había maquillado un poco antes de marcharse; pensaba ir directamente a casa de Paul, él fingiría sorpresa, pero sabía de sobra que la estaba esperando.

La bahía estaba en calma mientras avanzaba por el paseo.

No había fiesta en ningún barco esa noche. Al ver una canoa atravesando la senda que marcaba el reflejo de la luna sobre el agua pensó en Riley y experimentó un cambio de humor que alteró el ritmo de los latidos de su corazón.

Miró hacia atrás en dirección al club, el bar seguía abierto. Se acordó de una noche de hacía seis años en ese mismo paseo, la noche de la fiesta del Día de los Caídos.

- “No queremos ir” - le había dicho Riley a Judy un rato antes esa misma noche, asumiendo que hablaba en nombre de las dos porque por lo general así era, ya que normalmente su hermana solía estar de acuerdo en todo. Harían otra cosa, las dos solas, como por ejemplo salir a dar una vuelta en barco de noche. Ya hacía mucho tiempo que Alice había desarrollado el hábito de sentirse afortunada cuando tenía a Riley para ella sola.

Pero aquél era el año en que Alice había cumplido los quince, por fin le

habían quitado el aparato de los dientes ese invierno y había descubierto una espuma que iba muy bien para conseguir un pelo tan liso y aburrido como el de las otras chicas; y además se había comprado unos vaqueros nuevos que le encantaban.

Aunque, claro está, nunca habría admitido nada de todo eso ante Riley.

- “Pues la verdad es que yo igual sí que voy” - le dijo tímidamente a su madre.

Riley se dio la vuelta, llena de estupor.

- “¿Quieres ir?”

Alice se avergonzaba de querer ir, pero así era.

- “Igual sólo un ratito, a saludar a la gente”.

Tenía información privilegiada: sabía que le gustaba a Sean Randall porque Janna Green se lo había contado en el ferri la noche del primer viernes que habían pasado en la isla. No tenía claro si a ella le gustaba Sean, pero era emocionante saber que alguien te veía de ese modo.

Media hora más tarde, Riley había mirado desconcertada a su hermana cuando la vio bajar por las escaleras con sus vaqueros nuevos: Alice llevaba perfilador de ojos y brillo de labios en el bolso, para ponérselos en los baños del club cuando llegara. Tenía la impresión de que siempre se arreglaba a hurtadillas.

- “Si al final es un rollo y te aburres, siempre podemos salir en canoa” - le había propuesto Riley.

Eso la hizo sentirse peor que si le hubiera lanzado cualquier crítica o reproche, se sentía culpable por dejar a Riley en casa sola y recordaba haberse lamentado de que Paul no estuviera en la isla todavía (su madre nunca abría la casa hasta pasado el 4 de Julio); los socorristas con los que solía andar su hermana eran casi todos de la isla, de Bay Shore y Brightwaters, y no llegaban hasta finales de junio tampoco y, además, aunque algunos vivían en el pueblo la mayoría volvían a casa en el ferri de la noche.

Por la manera en que la miró Riley, Alice se había dado cuenta de que su hermana no tenía la menor intención de ir a la fiesta, de que no conseguía ni imaginarse qué interés podía tener ella, y le había parecido que su propio deseo de estar guapa y salir con chicos era una debilidad. Riley tenía

dieciocho años por aquel entonces y, exactamente igual que ahora, nunca le había conocido un novio ni tenía noticia de que hubiera besado jamás a nadie, chica o chico. «La rara es Riley, ¿no?», recordó haberse preguntado poniéndose a la defensiva y experimentando al mismo tiempo el dolor de traicionar y el más frío de los consuelos.

Alice se acordaba perfectamente de haber caminado por la bahía, del roce de la tela dura de los vaqueros recién estrenados, de la vergüenza y la excitación furtiva.

Mira lo que

Capítulo 11

podrías tener

- “Paul! ¡Vamos! ¿Qué demonios estás haciendo ahí?” — Riley gritó a Paul de la puerta de atrás de su casa al día siguiente. El océano era enorme y habían acordado anteriormente en el día para ir a surfear si se mantenía bien. Riley estaba impaciente porque sabía que la calidad de las olas podría cambiar en un instante. El carácter de Paul era corto estos días.

- “¡Adelante Voy a estar en un segundo! —, Gritó de nuevo.

- “No. Estaré en la playa” -, dijo, y ella cerró la puerta detrás de ella. No le gustaba su casa. Ella nunca fue allí.

Era el tipo de casa que no sólo no le gustaba, pero se sentía amenazado por esta. Le parecía que en los viejos tiempos, las casas estaban llenas de arena, las ventanas y las puertas permanecieron abiertas, el cereal viciado en su caja, y se podía oler el mar. Incluso esta casa había sido de esa manera una vez. Ahora las casas eran de una limpieza profesional y las aberturas fueron cerradas. Los acondicionadores de aire trabajaban en las ventanas o detrás del cobertizo, los deshumidificadores zumbaban y se sacudían. Fue como un virus que barrió la isla, infectando a una casa tras otra. Lavavajillas renovaciones, la primera cadena de muebles y cortinas de lujo de la vida privada. Hizo un montón de escenarios, en opinión de Riley, donde la gente que plantea y cree, pero no en vivo. Sólo su casa estaba siendo buena. Lia, la madre de Paul, era hermoso de una manera similar a su casa: sin piedad.

Riley había desarrollado una desconfianza de las mujeres muy hermosas, y se supone que probablemente comenzó con Lia, que era el tipo de usarla contra la gente. Riley se vio obligada a hacer una excepción por Alice. Había una especie de esperanza de que Alice no fuera completamente de esa manera, pero parecía que había, y no como el resultado de tratar, ya sea. Alicia no tenía la belleza de un tirano, aunque todavía podía manejar a hacer daño con ella. Pero ella era Alice, por lo que sería perdonado.

Mirando hacia arriba en la casa de la playa, se dejó otro punto de vista de su malestar. Cuando Alice se había ido por la noche y se metió de nuevo en la mañana, tan pronto pensó que nadie se dio cuenta. Cuando Paul no se presentó a las horas habituales de las comidas o juegos de póquer. Riley no quería pensar en esos pensamientos a su fin lógico. Pero en realidad sabía que estaban en la casa de Paul. La casa de Lia.

Riley se puso triste porque Paul no hizo uso de sus viejos trucos para vivir en su casa nunca más.

No pretenden quedarse dormido en el sofá para que no lo envíen a su casa por la noche. Ahora, él se quedó en esa casa grande, desconocida.

Esperó a Alice.

Alice tuvo un sueño esa noche en que estaba metida en su casa y sabía que ese era un sueño- no podía salir, aunque ella había tratado de escaparse por las puertas. La casa tenía la sensación de náuseas por que había anuncio de patatas en el suelo. Quería ver el cielo, pero no podía ver por las ventanas. Ya no eran aberturas al exterior, sino más bien las fotos de los mismos tipos de cosas que normalmente se muestran, cielo y cañas e incluso la casa de Paul.

Pero de repente, ya no estaba mirando las fotos, pero se encontró mirando a través de pilas de ropa, mirando y buscando, Riley traía un salvavidas de traje rojo, porque sabía que Riley lo necesitaba, y en el sueño era uno solo de Riley.

Alice se despertó temprano en la mañana con un arranque en frío y un cosquilleo en línea recta hasta los pies. Trató de cepillarse los dientes, lavarse la cara, a dar vueltas por su habitación, pero era difícil salir de la sensación del sueño.

Sin pensarlo mucho, se echó en un par de pantalones cortos y una camiseta y salió corriendo descalzo por la playa principal del Paseo de Riley. Ella se sintió reconfortado por la vista de Riley en su traje rojo, sentado y alerta en su silla, mirando por encima del océano, lo mismo que alguna vez fue. Alice intentó notar a Riley. No es que tenía que decirle nada, sólo para decir hola. Pero Riley no parecía oír, el viento se llevaba las palabras de Alice.

Cuando la mujer sonó el timbre de la puerta en la mañana del día siguiente, Paul se sentía casi como si le llegaron los papeles. Estaba

de pie en la puerta, así que no podía pretender de forma realista que no estaba en casa.

Sabía que sería algo de la firma de abogados.

No hay que mirar para saber, sin duda, sería urgente y requiere un mínimo de tres firmas, y lo más probable era tirar a la basura y no pensar en ello de nuevo. Sus abuelos son delegados el trabajo sucio a los abogados, y se delegó a la basura. Firmó Paul McCartney y tomó el paquete.

Siempre lo encontré. Una persona entrega uniformados llevaron directamente a Kings Canyon National Park después de él. En determinados estados de ánimo paranoico, que sospechaba que sus abuelos habían quirúrgicamente instalado un GPS en su tobillo cuando estaba dormido. Volvió a su escritorio, dejando caer el paquete en un montón de papeles. Miró a su pantalla y el pensamiento sobre Alice, hasta que ella apareció en su puerta, sigiloso y azotada por el viento.

- “¿Has visto la playa? “

- “Sólo desde la ventana”.

- “Te gustaría que hoy en día paseáramos”.

- “Ven aquí” -, dijo.

El problema con su nuevo acuerdo era que él quería tocarla todo el tiempo.

Cuando llegó lo suficientemente cerca, la sentó en su regazo. Inmediatamente, sus labios estaban sobre él y sus manos estaban debajo de su camisa.

- “¿Ya terminaste de trabajar?”-, se preguntó esperanzado.

- “Hasta hace dos horas”.

- “Te extrañé”.

¡Oh, las cosas se encontraba diciendo. Solía imaginar que la gente se dio a decir estas cosas cuando se encontraban en el amor a fin de demostrar su condición.

No se dio cuenta de que sólo saldría del sin que el mismo pueda detenerlos.

- “Me encanta cuando te pones faldas pequeñas” -, le dijo, senderismo hasta la suya. Él tenía un preservativo en su bolsillo. Los tenía en todo momento. Había uno en su zapato.

Estaba dispuesto a hacer el amor con ella en el pasillo del mercado, si nadie se opondría.

En poco más de una semana de hacer el amor casi sólido, se estaba bien en la navegación de su sostén y más difíciles de arriba del bikini, mientras que ella era un as en liberarlo de sus pantalones. Apenas necesita para hacer una pausa o cambiar de posición. Sin embargo en su regazo y frente a él, ella puso sus brazos alrededor de su cuello y le ayudó a encontrar su camino dentro de ella. Gimió en la alegría. Se utiliza para la voz de sus sonidos de placer como una especie de servicio a su pareja, pero con Alice que no podía mantener su in ¿Qué pasa si él no podía hacer otra cosa en su vida, además de hacer el amor con Alice? Era todo lo que pensaba y todo lo que quería hacer. Tal vez después de calmar las cosas, podría trabajar en su papel en esa posición. ¿Qué podía hacer? Tal vez leer o escribir o trabajos de grado. Tendría que probar las ideas de ella. Tal vez sería la primera pareja para alcanzar el éxito profesional al tener relaciones sexuales. En realidad no podían dar clases o ir a las reuniones, pero a lo mejor que podían hacer llamadas de conferencia. La ruta de abogado sería fuera de la cuestión, que era lo mejor.

La besó en el pelo y la oreja y sus párpados. Era feliz.

Y después de que ella iba y venía, que cayeron juntos por un largo tiempo.

Cuando llegó el momento de ir, él la vio sentada en su mesa de trabajo, fijándose su sostén y el pelo trenzado. Ella era tan buena en eso.

Ella le estaba contando acerca de Gabriel, de cuatro años que trató de lavado de trenes eléctricos de su hermano mayor en el inodoro, y Paul estaba escuchando, lo que realmente era, pero era también admirarla. El amor le hizo admirar cosas divertidas acerca de una persona, como lo buena que era para recordar a regresar a sus libros de la biblioteca y en la corte de los pepinos muy delgada. Ella era una verdadera maravilla para retirar una astilla de su pie.

¿Cómo podría sentirse de esta manera? ¿Cómo pudo dejar que tu vida se separara en frente del, sin otros planes que hacer el amor? Simplemente no parece posible. O al menos no permitidos.

¿Si hubieran caído en alguna salida existencial, en la que sólo puede ser feliz

todo el tiempo?

Sabía que no podía ser, pero ¿qué sabía ya?

Fue increíble. Era imposible. Sopló las bisagras directamente de su mente.

Él cree que el mundo podría contener cualquier cantidad de sufrimiento, pero por alguna razón no está. Esto era lo que no había previsto. Era como una rata experimental, condicionada por el sufrimiento, confuso y medio que deseen encontrar su camino de regreso.

Alice se puso de pie y comenzó su dedo del pie afecto. En realidad no quiere encontrar su camino de regreso.

- “¿Qué es esto?” -, Preguntó.

- “Algo de mis abuelos que mandaron a través de su abogado” -. Ni siquiera podría llevarlo hacia abajo. Pensó que el paquete parecía bastante en sus manos.

- “No lo has abierto”.

- “Lo sé. Será un documento que tengo que firmar que las transferencias de algunos montones de dinero para mi madre y para mí”. - Se encogió de hombros. - “Tengo hambre. ¿Tenemos tiempo para hacer huevos revueltos?”

- “Tal vez los rápidos. ¿Vas a firmar?”

- “No. Nunca lo hago”.

- “Tenemos tiempo para los huevos revueltos, pero no revueltos, huevos especiales” -.

Parecía decepcionado. La última vez que habían hecho los huevos revueltos, también había hecho el amor en la despensa y quemó la tostada. - “¿Por favor? Ese es el tipo que me gusta”.

Miró el reloj en el pasillo. - “Oh, está bien”.

Vio el crack de los huevos (como un genio, francamente) y suspiró de nuevo. No podía evitarlo. Se encontró pensando que si la historia de Alice y Paul termina aquí, sería feliz.

- “He oído que Lía estaba aquí” -, dijo Judy.

- “Correcto. Sí” -. Su vida había sufrido tal transformación que, desde entonces, lo había casi olvidado por completo hasta hoy.

- “¿Cómo está?” – se había intromisión en el rostro de Judy, su cadencia entrometida, pero Paul no trató de dejar que llegar a él. Vio a sus defectos casi tan claramente como si fuera su hijo, pero perdonó a ellos como si él viviera al otro lado.

Paul echó una mirada a Ethan. — “Ella hace lo mismo”.

Alice se sentó frente de la mesa, un pie sobre la silla. No dejaría que su mente vague debajo de la falda, pero el acto de prohibir también lo hizo así. Él no estaba mejorando, estaba empeorando.

- “Yo no la vi” -, dijo Riley.

- “Yo ni siquiera sabía que estaba aquí”.

Eso es porque he estado evitando, Paul lo pensó, pero no lo dijo.

-“¿Está harto de la pasta?” - Ethan le preguntó, levantándose de la mesa, empezando a retirarla.

- “Sí, gracias” -, dijo Paul.

El termino la pasta, pero todavía tenía hambre de Alice. Pero a pesar de que Alice había insistido en que viniera a cenar, ella no lo miraba.

- “Si no vienes, será raro” -, le había dicho, girando por su habitación antes de la cena, pero no dejó que le quitara nada de su ropa.

- “No creo que sea extraño ¿si tengo que hacerlo?” - Que había pedido.

- “¿Cuándo no has venir cuando estábamos cocinando?” -Ella le preguntó, y tenía un punto. Así que era su nariz en sintonía con su cocina, que logró detectar incluso una comida al microondas, incluso cuando el viento soplaba en dirección contraria.

- “¿Tengo que mantener las manos de encima todo el tiempo?” - Le pregunto.

- “A menos que quiera q sepan”.

- “Tal vez sí” -,dijo.

Ella lo miró como si hubiera perdido el juicio, y esencialmente lo que tenía. No sabía lo que pensaba en nada más. Sus principios se desinfla y aplanado. Se imaginó a otra parte, como en un Rolodex debajo de su escritorio, y que tendría que el pulgar a través de ellos para ver lo que pensaba.

- “¿Cómo se sintieron al estar de vuelta aquí?” — Judy perseveró. Paul pensaba de la carta de FedEx en su escritorio. Tenía una historia de honestidad con ellos. — “No hay mejor que la última vez”.

Ethan oyó cantar una canción ruidosa de Bruce Springsteen en la radio mientras lavaba los platos.

- “¿Vas a mantener la casa?” - Esto era lo que Judy no podía hacer. Ella podía entender lo del marido muerto, la familia forzada, la vida que se vive en todo el mundo. Pero tener una casa en esta isla, una casa mucho más valiosa que la de ella, y ni él ni la usa, ni alquilarlo, ni venderlo. Los esfuerzos de Judy a la comprensión de la mente de Lía se detuvieron aquí.

- “Bueno, resulta que no lo es”.

Por un momento, el rostro de Alice se contrajo. - “¿Qué?”

Riley causado por la inflexión la silla se cayó a golpe de cuatro patas en el suelo. — “¿Ella la está vendiendo?”

- “Bueno...” - Podía sentir los ojos de Alice en él. -... “Ella me la está dando a mí”.

- “¿Ella te la está dando a ti?” - Repitió Judy.

- “No estoy seguro por qué. Pero ella firmó los papeles. Pensé que no podía pasar sin mi firma, pero al parecer es posible. No tengo otra opción en la materia”.

Alice tenía el aspecto de un bar pendenciero que querían llevarlo fuera para el estacionamiento y aporrearlo. Debió de haberle dicho esto, se suponía,

pero había estado trabajando la mayor parte de la tarde.

- “Tu abuelos deben estar felices”, -Dijo Judy. Ella tenía una falta de tacto a veces, sobre todo si una de sus agendas de muchos estaba involucrada.

- “¿No la quieres?” - Preguntó Alice.

- “Me gustaría tomarla”, - Ofreció Riley.

- “Prefiero tener la suya”, - Dijo Paul, sin pensar.

- “La tuya vale diez veces más que ésta”, - Señaló Alice prácticamente.

- “No. No es”, - Dijo Paul. En el pasado por algún tiempo había pensando en el dinero y la de trabajar de la manera en que no lo hizo. Él sabía lo que no podía comprar.

- “¿Qué vas a hacer?” - Judy preguntó.

- “No sé” -, dijo. – “Me acabo de enterar hoy”. - Pero en verdad, él sabía que había que venderla. Una convicción, no totalmente desinflado, era que él no era el tipo de persona que tenía una casa en la playa multimillonaria en dólares, por mucho que era la gestión de disfrutar de estar en una.

- “Así que has abierto la carta, después de todo,”

- “Alice le dijo cuando ella entró a su casa”.

- “Después de que te fuiste. No estoy seguro de por qué...”

.

- “Oleaje casa que tienes. “- Ella miró a ella, se avecina sus tres grandes historias.

- “Gracias”.

- “Tengo que volver y terminar los platos”, - Dijo.

La agarró y la arrastró fuera de la caminata, en las sombras. Y la besó.

- “Estamos como garrapatas”, -Protestó débilmente.

- “Voy a comprobar por ellos más tarde”.

- “Ooh”.

- “¿No vas vienen esta noche?”

- “Yo no lo sé. Mi madre tiene un oído biónico”.

- “De todos modos”. - En su vida se había desarrollado la costumbre de rechazar a la gente cosas a causa de lo mal que se quería. Gracias a Dios, Alice no era así.

- “Muy bien”.

Y, fiel a su bien, Alice apareció en su habitación antes de la medianoche.

- “¿Es Judy da de tu cola?” - Le preguntó, mirando desde su ordenador.

- “No, creo que fue un escape limpio”.

- “Buena chica”.

Alice se sentó en su cama. - “De todos modos, creo que sería feliz si ella sabía que yo iba al encuentro de alguien”.

- “¿Tú crees?”

- “Ella odia que seamos independientes, pero también odia cuando no lo somos”.

- “¿Y piensa que no lo son?”

- “Ella se preocupa, me parece. Ella se preocupa por más Riley”.

Este era un territorio difícil. Paul sabía lo que Judy preocupaba y por qué, pero él no le gustaba a reconocer a sí mismo, y ciertamente no con Alice. Riley fue suficiente, como una hermana para él que hizo su sexualidad desagradable de contemplar. Riley era gay? ¿Estaba sexual en todos? ¿Estaba solo? El más pequeño mentes especulado acerca de que, lo sabía, y

que siempre le había parecido una traición a unirse a ellos. Otra traición.

- “¿Y tú? ¿De qué quiere preocuparse contigo?”

- “Que yo no salgo con los muchachos”.

Él sonrió. – “¿Y tú?”

- “Sólo uno”.

Hicieron el amor en su cama, y luego hicieron chocolate caliente, desnudos, en la cocina. Se sospechaba que la mezcla había estado allí desde la década de los años ochenta. Alice encontró una manzana en la bolsa y la pelaron, tanto que ellos mueren de hambre. Al fin se acordaron compartir, pasando hacia delante y atrás.

¿Qué haría con todas las cosas en esta casa cuando se vendieran? ¿Cómo iba a enfrentarse a su padre? ¿Qué se suponía que debía hacer con ellos? Tal vez alguien sepa qué hacer con ellas.

Observó Alice sentada en el mostrador, bebiendo su chocolate caliente, su bello cuerpo en la luz oblicua de la despensa. Sintió una agitación que provenía de su deseo, por supuesto, pero también algo más. ¿Cómo iba a vender esta casa? Este mostrador de la cocina en la que el culo de Alice se había sentado? El fregadero donde había arrojado el corazón de manzana? La década de los ochenta mezcla de chocolate caliente?

Más tarde, la vio durmiendo en su cama y se sentía de nuevo. Un sentimiento sobre el futuro. Se le hacía señas para mirar. Mira lo que podría tener. Como cuestión de principio, que había resistido el futuro. Había tratado de resistir la mayoría de las cosas que quería o que lo hizo sentirse bien. Sintió el truco de ellos. El soborno que no se cayera para.

¿Y ahora? Ahora quería Alice en su cama. Lo hacía sentirse bien. Quería Alice en esta cama en esta casa con él para siempre. Se sentía como si hubiera saltado de un trapecio, girara en el aire, y atrapara a uno diferente de vuelo tan rápido en la dirección opuesta.

¿Y si se mantenía la casa? Era impensable, ¿pero y si lo hiciera? ¿Y si fuera la casa de Alice? ¿Qué pasa si la guardaba para ella? ¿Qué pasa si vivían juntos en el mismo y el nombre de las playas cuando eran de edad? ¿Qué pasaría si tengo dos de esas viejas sillas de playa, el hombre y leer novelas de detectives durante todo el día? ¿Y si había niños que crecieron que nadaban en el mar y almejas masacrados, los peces y los cangrejos? ¿Y si él aprendí a amar lo que había? ¿Y si él amaba a sí mismo? Lo que si era capaz de todo

para disfrutar de ella Estos eran los pensamientos peligroso que tenia, pero no podía ayudarles. ¿Y si él vivía aquí con Alice?

Capítulo 12

Alice escucho el aviso de emergencia estallando cerca de las cinco de la mañana. Ella tuvo demasiado sueño como para tenerle importancia, sabiendo que nunca había aprendido el significado de los patrones diferentes de cualquier manera. Riley los supo.

Aun cansada ella miró por la ventana en busca de signos de un huracán o un tsunami, y cuando no vio ninguna señal, Imagino que otro vejete probablemente sufrió una apoplejía real o imaginada. Ya que ambos ocurren por aquí con una cierta frecuencia y Aun Escuchando el grito de alegría del helicóptero de evacuación médica, ella se retorció más cerca del cuerpo caliente de Paul y volvió a caer en un profundo sueño.

Cuando ella avanzó a rastras a casa para meterse en la cama antes de que sus padres o su hermana notaran su ausencia, ella percibió un desorden extraño en la cocina. El mensaje leve en el teléfono pestañeaba a paso ligero. La cama de Riley estaba vacía como esperó, pero la que también estaba vacía fue la cama de sus padres. ¿Cómo ellos habían conseguido salir?

Su primer pensamiento de preocupación fue que habían descubierto de su ausencia, pero cuándo ella vio el estado del armario de su madre, con la ropa amontonada en el piso, su preocupación se elevó a una segunda orden, aquí había algo mal.

— “¿Hola?” —Ella llamó por teléfono escalera abajo. — “¿Hola?” —Ella gritó para todas las partes de la pequeña casa. No había nadie en el baño. Nadie respondió. Con un sentimiento agitado en su pecho, corrió a la cocina y encendió la luz.

Esta vez, sus ojos fueron directamente a la nota que estaba en el mostrador.

"Alice
estoy en el Buen Samaritano con Riley.
Trate de encontrarte. Llama a mi celular"

Ella agarró el teléfono de la cocina. Sus dedos fueron torpes en los números. Pensó acerca de sueños que tubo, tuvieron donde ella tuvo que hacer una llamada

Foro Purple Rose

urgente y marcó el equivocado una y otra vez y otra vez.

El Buen Samaritano. El Buen Sam, así lo llaman las personas. Un apodo para un hospital. ¿Fue Riley? ¿O Fue su papá? El teléfono comenzó a sonar en su oído.

- “¿Alice?” — La voz de su madre la llamó.

— “¿Mamá? ¿Que está pasando?” — El ruido de fondo era alto y la conexión fue borrosa.

— “¿Alice?”

— “¡Sí!” — Ella prácticamente gritó en el teléfono. — “¡Soy yo! ¿Qué pasó?”

— “Riley, querida. Ella esta...” — Su Madre rompió el anuncio con una buena cantidad de ruido.

— “¿Ella esta qué? ¿Qué?”

— “Ella tenía un problema para respirar anoche. Pensamos que podría ser neumonía o asma, pero ahora parecen pensar es algo con su corazón.”

Alice repentinamente pensó acerca de la sirena en medio de la noche. Ella Pensó en su propia placidez, su desnudez y la indulgencia del cuerpo de Paul. Ella sintió un escalofrío, con la inquietante sensación de un castigo burbujeante desde más oscuro terreno de juego Arriba de tono más oscuro. La clase que usted mereció, y aun befo destino para recibirla voz de su madre estaba harapienta y pobre.

— “Los doctores han recogido algún tipo de daño de la válvula. Ellos están tratando de averiguar en claro que lo que lo causó.”

— “¿Cómo puede tener dañado el corazón de un joven?” — Alice dijo demandando.

— “Yo no lo sé. Eso es lo que nosotros estamos tratando de averiguar”.

— “¿Qué está haciendo ella? ¿Está despierta? ¿Se siente mal?”

— “Esta despierta. Ella dice que se siente bien ahora”.- Alice no podría imaginarse Riley estando consciente y diciendo cualquier cosa o algo más.

— “¿Podrán arreglarlo?”

— “No lo sabemos. Pero nos enteraremos pronto”. -- Su madre usó un desagradable “**Nosotros**”. Ordinariamente, Judy se dio prisa para dividir de Ethan, y aunque Alice usualmente lo resintiera, ella lo habría encontrado un reconfortante ahora mismo. Habría querido decir que su madre podría jugar a la mala suerte, esa discordia marital Es de lo peor de sus problemas.

— “Iré, entonces,” — Dijo Alice.

Ella quiso que su madre diga, “No Vengas, Alice, todos nosotros estaremos en casa pronto. No hay razón para que vengas”. Pero no hizo. Ella dijo, — Su cuarto es el seis noventa y cuatro.

Alice pensó acerca de decirle a Paul antes de de irse al Ferry. Él se vestiría apresuradamente y vendría con ella. Él no consideraría cualquier otra cosa. Él estaría preocupado por Riley. Pero por alguna razón ella no hizo. La llovizna remojó sus brazos desnudos y la bahía chocó violentamente contra el breakfront y la remojó. Mantuvo su cabeza agachada para la caminata hacia el Ferry. Se sentó sobre el banco y esperó. Ella ni siquiera supo que el tiempo o que bote ella estaba esperando. No hubo nada más sino para sentarse aquí hasta que el próximo viniera. Fue su penitencia. Ella recordó las explosiones largas y breves en medio de la noche. Mejor dicho, ella brincó sobre la memoria como una superficie hirviente demasiado dolorosa para el futuro. Ella había descartado la tragedia tan perteneciente a otra persona, prácticamente lo había celebrado por su distancia de su felicidad. ¿Cómo podría ser tan descarada? Ella esperó y ese fue el único castigo que se le ocurrió en ese momento por haber sido feliz con Paul cuando Riley yacía en un helicóptero en camino al hospital.

Alice estaba sentada sobre la cama del paciente valerosa e intentó sacar en claro que lo que había visto al ver a sus padres tan asustados.

— Tuve este sueño donde yo estaba bajo el agua y quedándome sin aliento, y finalmente ingerí este aliento grande de agua. ¿Alguna vez has tenido esa clase de sueño? Y en ese entonces me desperté, pero el sentimiento se quedó. Todavía tuve la impresión de que estaba tratando de respirar bajo el agua, mientras el agua

inundaba mis pulmones.

—Dios mío. — Riley se encogió de hombros.

Mamá me oyó en el corredor, y cuando le intenté explicar, ella comenzó a descontrolarse y llamando a seguridad Alice asintió con la cabeza. Ella movió de un lado para otro sus piernas así es que hicieron un puente sobre las rodillas de Riley. Riley permitió a Alice a calentarse los dedos fríos.

— Fue Clase de una reacción exagerada con el helicóptero y todo, pero aquí estamos

— ¿Fue eso una reacción exagerada? — Alice quiso saber.

— ¿Puedes respirar bien ahora? — Alice preguntó.

— En su mayor parte. Sí. — Ella se incorporo más arriba de la cama. — ¿Entonces, qué le dijiste a Jim?

— Yo le dejé una nota en la casa del salvavidas diciendo que estabas enferma hoy. ¿Es ese visto bueno? — Alice no quiso actuar también solícito. Lo hacía tener la apariencia de algo tumba iba adelante.

— ¿Tu no hablaste con él?

— No. Él no estaba allí aún. ¿Debería hacerlo?

— Eso está bien. Le llamaré más tarde. — Riley empujó hacia atrás su pelo. Su cara no fue exactamente el color correcto. — Si tú habla con él... no le digas nada, ¿Está bien?

— ¿Acerca de que estés aquí? — Alice preguntó.

— Correcto Sonará grave si le lo dices. Tal vez es grave, pensó Alice preocupada.

— ¿Cuándo el doctor va a estar de regreso? — Alice preguntó.

— ¿Cuál? — Riley se encogió de hombros. — Hay un montón de ellos.

— No sé. El doctor del corazón.

Riley se concentró en sus pies. — Espero que pueda salir de aquí para lo una y cincuenta y cinco. Se supone que debo enseñar mi última clase de natación esta tarde a las cuatro.

— ¿Quieres que yo llame por teléfono? — Alice preguntó.

— No. Tal vez lograré llegar. De cualquier manera, me encargaré de ello. —

Ella señaló una bolsa de lona en la silla en la esquina. — ¿Quieres ver si mi teléfono está allí? Alice lo recogió.

Cuando Riley no contestó, Alice empezó a mirarla.

— La perdí.

Alice estaba sorprendida por la mirada precavida en la cara de su hermana.

— No veo el teléfono, iré a preguntarle a Mamá, ¿De acuerdo? — Ella estaba deseosa de salir del cuarto y llenar alguno de los pocos huecos.

Su madre estaba en el pasillo en la zona de espera con la cabeza en su brazo—
¿Riley va a salir de aquí esta tarde? — Ella preguntó.

Su madre la miro como si ella le hubiera escupido sobre su zapato. —Riley ha tenido una emergencia médica, Alice.

Alice luchó por tragar el estado de su preocupación. Ella quiso regresar al lado de la historia de Riley. — ¿Qué quieres decir con eso?

— Quiero decir que ella no sale de aquí esta tarde.

Su madre usualmente se excitó por el drama, aun drama horrendo. Ahora ella se vio amargada y cansada. — Los doctores están tratando de sacar en claro lo que sucedió. Han organizado un montón de pruebas hoy.

— ¿Dónde está Papá?

— Él está tratando de conseguir al teléfono a la compañía de seguros. Qué tan rápidamente y completamente Riley se convirtió en su niña otra vez. Qué tan rápidamente sus padres asumieron responsabilidad absoluta para sus vidas. Riley aun teniendo veinticuatro años, pero no le dejaban sentarse en el asiento delantero de su emergencia. ¿De quién fue la culpa?

— ¿Ella va a estar bien?

Judy raras veces tolera una pregunta para reasegurar. —Eso es lo que nosotros estamos tratando de averiguar.

— Estaré de regreso mañana por la mañana, — Alice le dijo a Riley. Sobre el curso del día y la tarde, las enfermeras habían tomado ampolla tras ampolla de la sangre de Riley, le realizaron un electrocardiograma y una especie de tomografía. En su mayor parte Alice y Riley se quedaron con la mirada fija arriba en la TV, observando una constitución de una mujer cubierta en un espectáculo de una mejora hogareña interminable. Alice se mantuvo mirando hacia las caras de las enfermeras y de la misma manera en que estudió a la aeromoza cuando el avión se puso agitado. Ahora afuera ya era de noche. Alice tenía la suerte de atrapar el último bote. Su padre aun roncaba en la silla de la esquina.

—Bueno— Dijo Riley con una mirada de nostalgia, y Alice supo que fue porque volvía a la playa. Riley se parecía a un niño, apoyado en las almohadas. Y como Alice salía, ella se puso derecha en su cama.

— Oye, Al. ¿Puedo pedirte un favor? — Ella preguntó. Alice dio vuelta. —Por supuesto. — Su espíritu se levanto ante la idea de ser capaz de hacer algo — Cualquiera cosa.

— Cuando veas a Paul. No le diga acerca de... esto ah... ¿Está bien? Alice recorrió con la mirada el linóleo moteado, y su espíritu descendiendo rápidamente.

— Pero, Riley.

— Lo digo en serio, Alice. Por favor. No quiero todo el mundo este soltándose de la lengua acerca de esto, hasta que sepa qué está pasando.

— Paul no diría nada. Tú lo conoces. La cara de Riley desvió inusualmente con una mirada plana e impenetrable

— Lo sé, pero simplemente no lo hagas, ¿De acuerdo? ¿Solo Prométeme que no lo harás?

Alice sintió una extraña desesperación acompañada de culpabilidad. La única cosa que Riley preguntó y ella se resistió. —Riley... — Ella comenzó. Riley no pensaba correctamente ya que ella había creído que iría a la clase de natación.

Pero entonces la cara de Riley abrió como una grieta para que Alice la viera por dentro, y por un momento Riley no la miró. Era como si Riley hubiera adivinado la reservación primaria de Alice, una excusa posible de para pasar sobre la disposición de ella. Alice asintió con la cabeza. ¿Pero cómo la podría negar a Alice? — Así que, ¿Qué debería decir? ¿Qué quieres le diga yo diga a las personas?

— El lunes es el Día del Trabajo. Llamaré a Jim a reasignar mis últimos Turnos recientes. Después de eso, todo el mundo se envía afuera de cualquier manera. Si alguien pide Precios de venta, simplemente di que tuve para volver a la ciudad un par de días antes.

Alice asintió con la cabeza otra vez.

— ¿Lo prometes? — Riley dijo. Humedeciéndose los labios.

— Lo prometo, — Alice dijo. ¿Qué más podría decir ella?

— Alice.

Paul la estaba esperando en su cocina. Tan poco familiar fue su expresión, que ella apenas le reconoció.

— ¿Dónde has estado? Ella había pensado acerca de esto. Ella tenido bastante tiempo para prepararse.

Había tenido que caminar por toda la vía de entrada de Campo Five, por perder el último transbordador, así es que ella había tenido tiempo en abundancia. Tal vez demasiado tiempo. No importa qué esperanza ella tuvo de mentir con ímpetu.

Ella comenzó a hacer nudillos. — Eh estado fuera de la isla esta mañana—Dijo mirando al suelo. De no ser por todo esto, ella estaría en su regazo a esta hora. Estarían en su mayor parte desnudos. Su cuerpo tuvo la impresión de que tuvo un montón de partes, todo se notó y solo. Esa era la manera en que el también la miro.

Ella se acerco. Sintió lágrimas reuniéndose en sus ojos. Necesitaba sufrir un colapso, pero ella no lo podría hacer por él.

Hubo ese momento una noche antes, cuándo la señal estallaba y ella estaba en sus brazos. El sentimiento de eso brilló intermitentemente en su mente una y otra vez. No hubo momento que no pudiera estar reescrito y pudo poner en reversa en el futuro, ningún grado de alegría que no podría convertirse en su desatadura de algunas horas más tarde.

— ¿Todos ustedes? ¿Todos ustedes se fueron fuera de isla? ¿Dónde están todos los demás?

Alice se percató que fue más fácil de mentir cuando sus dedos fueron cubiertos, Ella se sonó la nariz en con una toalla de papel.

— Volvieron a la ciudad algunos días antes, — Dijo maquinalmente.

— ¿Riley regresó antes? ¿Por qué?

— Uh. A, uh, entrevista, pienso.

Él cargó el gatillo de su cabeza escépticamente. — ¿y tú? ¿Qué debería pensar él? quería protegerlo, para neutralizar sus preguntas. ¿En Qué mundo sensato podría crear ella para él que no supiera la verdad? Eso fue confuso. Era una horrible mentirosa y no poseía ninguna de la disciplina o el seguimiento necesario a través de engaño a gran escala. Ella había traicionado a Riley ya. Y no lo podría hacer más ya. No le podría decir cualquier cosa, aunque digiera la primera mentira, pero no le podría ofrecer a ella cualquier apoyo. Ella no se atrevió. Paul fue tenaz y acucioso. Su cara se endurecía. —Alice, simplemente dímelo.

Esto se estaba volviendo una inquisición. Una línea que aparecía en el medio de ellos. Y Fue Justamente porque no confiaba en ella .Y el no confiaba en ella porque ella estaba mintiendo.

Para todas las cosas que ella y Paul se habían hecho el uno al otro durante los últimos años poniendo en duda la honestidad. Quise decirle la verdad aunque fuera mala. Pero cuanto ella más lo necesitaba y lo quería, ella se sentía aun más

culpables y aun en su mente , escucho el sonido de emergencia Siendo Éste un maleficio apropiado, para que un genio que diseñe esto .

Solo necesitaba entrar en su cuarto y cerrar la puerta.

—Hice algunas compras, lo que sea, — habló entre dientes con su toalla de papel.

— ¿Está algo mal? ¿Que está pasando? — Él la miró impacientemente. Ella se abrigó los brazos alrededor de ella misma. — Solo estoy cansada. Voy a irme a la cama.

Su desasosiego se mostró a sí mismo indiferentemente en cada una de sus características. Ella lo observó acercándose.

¿Cómo podía alejarlo de esta manera?

— Nos vemos mañana. — Su voz salió tan alta y extraña, que tuvo que aclararse la voz y hacer otro intento. Ella rechazó su mirada de tal forma que no tendría que ver la manera en que él la miró. Lo único que Alice supo fue que no mereció ningún placer ni la comodidad que ensuciaría su corazón también.

Paul caminó por la parte delantera de la bahía vacía. Las lámparas en lo alto dieron la luz fría .Mientras el viento estalló misteriosamente en círculos, desordenando el pasto. Él no podría irse a dormir. Él no podría ir a ver a Alice. El universo viviente se había reducido a esas dos cosas. Queriendo pretender a sí mismo que había algún tipo de explicación, alguna solución fácil, Por supuesto que él la supo. Las razones regresaban a él, un poco tarde para ser de ayuda. Él quiso demasiado de ella. Viendo en verdad lo que él necesitaba, qué tan grande era ella. ¿Quién podría amar así? Él no le debería haber permitido dejar que lo vea. Él caminó encima de la playa, y vio justo en el otro lado del muelle el transbordador. La playa Bebé, lo habían llamado, tan pronto como fueron más grandes que bebés. La manta de cieno verde se bamboleó en la superficie. Él pensó acerca de todas las razas y clases nadadoras aquí.

Los parches de gasolina se le pegaron a la chuleta, flotando a lo largo de ella. Él recordó estar parado por siempre debajo del aguacero después de la clase de natación, y los consejeros rotando a los niños. Él volvió la mirada hacia la silla del salvavidas, viendo vació una silueta negra. Riley le había dedicado poco tiempo a ese asiento. Ella había estado impaciente por adelantársele a la etapa, ardiendo de deseos de dar pruebas de su valor y mudarse al océano, un buen rato. Él recordó el día de su promoción, cuándo prometieron nunca nadar en la bahía otra vez. La mayoría de niños desecharon la bahía porque tuvieron prisa de crecer. Riley

anheló por el océano porque fue salvaje.

Paul dio un paso arriba encima del muelle, tan vacío como podría oír el chirrido de la madera y el tirón del agua. Él buscó al estúpido cangrejo y pensó acerca de la crueldad de Alice en dirección a ellos, desesperados como lo eran para luz.

Salir mal

Capítulo 13

Después de tres días, Alice odiaba Good Samaritan Hospital, y Riley lo odiaba más.
- "Me siento bien"-, dijo Riley anunciando cuando Alice llegó temprano en la mañana. A pesar de las órdenes de la enfermera, Riley estaba rebelde en la cama con su ropa normal, una camiseta gris y un par de pantalones cortos de color caqui. Alice podía ver la piel de gallina en los brazos de Riley.

- "¿Dónde están mamá y papá?"-

- "Les dije que se fueran. Que volvieran a Nueva York. "

Alice asintió con la cabeza, dudando de que habían cumplido.

- "Entonces, ¿cuál es la noticia?"

- "¿Qué?" Riley la miró con irritación.

- "¿Has hablado con el médico de nuevo?"

- "Más pruebas. Otro análisis de hoy. Más de esa cosa asquerosa que te hacen beber".

- "No hay noticias, ¿no?"

Riley agresivamente cambio los canales. Ella pasaba menos tiempo con cada canal como pasaban las horas. "Hay algo malo con mi corazón." Tenía los ojos en el televisor.

- "Eso ya lo sabíamos"-.

- "Bueno, esa es la idea básica. Dios, odio a todos estos espectáculos de baile".

Alice bajó a la cafetería por un chocolate caliente para Riley. Ella no se sorprendió al ver a sus padres allí.

- "¿No hay noticias?" - Les dijo, deteniéndose en su mesita.

Sus padres parecían sin sentido del humor como un par de entrenadores perdidos.

¿Es eso lo que dijo Riley? "Judy fue violentamente escoger el lado de la miniatura.

- "Ella vago."

Ethan puso su taza de café. "Dr. Teirney cree que ella tiene una enfermedad reumática del corazón. "

- "¿Qué es eso?"

- "Es una infección que comienza con la faringitis estreptocócica. Si no se trata, " - Judy dijo.

Alice sintió que el chocolate caliente le quemaba la punta de los dedos a través de la taza de papel

- "Riley tenía dolor de garganta, pero ella lo trató. Cogí la medicina para ella del ferry."

- "Aparentemente, ella no lo trata lo suficiente"-, dijo Judy.

- "¿Qué quieres decir?"-. Preguntó Alice.

- "Tu tiene que tomar el curso completo de la medicina. No puede parar cuando comienzas a sentirte mejor."

- "¿Es eso lo que Riley hizo?"- Preguntó Alice.

- "Creo que sí. Esperamos respuestas claras del doctor de Riley" -Judy dijo categóricamente.

Ethan se recostó en la silla. - "El médico esta casi seguro que había algún problema de fondo que hizo esta infección reciente más grave. Creemos que Riley probablemente también tenía fiebre reumática cuando era una niña, pero fue un diagnostico errado. Si ocurre una segunda vez, puede ser mucho peor. "

Las palabras eran duras e indigestas. Tocaron en su cabeza, como canicas.

- "¿Pueden arreglarlo?"

- "Dr. Teirney está hablando de la cirugía para reparar su válvula mitral. "

- "No se soluciona,"- Judy dijo. - "Pero él dice que si eres cuidadoso, es una condición que puede manejar."

- "¿Riley sabe todo esto?"- Preguntó Alice.

Judy le dirigió una mirada en lugar de una respuesta.

- "Porque ella dice que se siente bien".

- "Riley tenía insuficiencia cardiaca congestiva, Alice. Ella no está bien".

Alice los estaba evitando. Ella estaba desapareciendo por la mañana, imposible de encontrar durante todo el día. Tenía que verla.

Paul se acercó al club de Yates. En el había peces en un barril, si era necesario. Se encontró un asiento en el bar que le dio una visión de Alice.

Ella tenía su sombrero de paja de peluche en la parte trasera de su cintura. Sus ojos se encontraron a su paso. Ella fue tan lejos como para tocar su brazo, pero ella no dejaba de hablar. Es lástima en los ojos, ¿no? No quería hacerle daño, pero ella no quería estar cerca de él, tampoco.

Tenía ganas de hacerla reír, para cambiarle el estado de ánimo, pero la mirada cautelosa en su rostro lo mantuvo en silencio. Se veía dolida, ahuecada. Dos manchas rosadas aparecieron en su rostro pálido.

En dos días, el verano habría terminado. Cuando el universo era más grande, que había sido presionado para obtener su documento de hecho y para empezar la escuela. Eso es lo que se suponía que debía estar pensando. Tuvo un encuentro con su asesor de futuro en una semana. Está previsto ir a Nueva York el lunes por la tarde. Se había imaginado que iría con Alice.

Todas esas cesaciones de dejar las manos vacías, mirando con envidia Riley Alice manejar el ferry en el estacionamiento del ferry en sus jadeos, embaladas AMC Gremlin con Ethan en el volante y Judy discutiendo con él acerca de si tomar el Sur, el Norte, o 495. Paul se había emocionado al pensar que este año, años de años, no se iría solo. El se iría con Alice.

Que había cometido el error de sacar sus deseos con alguna especificidad. Se había alojado en el apartamento de la calle 72 para un número mínimo de noches, mientras que casualmente conseguir un lugar cerca de la escuela. El pueblo fue absurdamente caro, él sabía, y él se sentía avergonzado por cómo había dependía de su dinero para este plan, aunque aparentemente no se avergonzó bastante. Iba atraer Alice todas las noches después de sus clases. Le haría el amor día y noche. En poco tiempo, su cepillo de dientes que viven en el borde de su lavamanos del baño. El sujetador de encaje que cuelgue sobre el borde de la bañera. Juntos, habían pintar el lugar en que habían colores (había) elegido. Como felizmente había privar al infernal Jonathe Dwyer, todo el municipio de Brooklyn, era de Alice.

Ahora, él temía, él era rico, demasiado. Se Fue de nuevo con las manos vacías.

Sintió el vino de sabor agrio en la boca. Apenas podía distinguir la cara bonita de la niña detrás de la barra que le gustaba lo capas con cuencos de Galletas.

Alice tendría que hablar con él en algún momento. Por lo menos tendría que decirle adiós.

Sólo tenía veintiún años. Una virgen hasta hace dos semanas, y él quería vincularse a ella físicamente, mentalmente, emocionalmente cada minuto de cada día, por ahora y para siempre. Por supuesto, era demasiado. Él tenía razón para sospechar de él mismo. Que había sabido que cuando finalmente se abrió a ella, él la explosión hacia fuera como una manguera contra incendios, destruyendo todo a su paso: cada chispa, cada cosa de licitación.

Miró a Alice tomando una orden de una pareja de jóvenes que no conocía. Su mano se movía por encima de su libreta. ¿Sabía que estaba buscando?
Alice estaba rechazándolo, y él la echaba de menos tanto. Quería arrojarse a su merced. Una parte de él era tan temerario, que habría hecho cualquier cosa para estar cerca de ella. Pero ese era el problema, ¿no? Era su misericordia la que había llegado a depender.

Mientras estaba en la puerta para salir, ella se volvió dulce, su rostro casi nostálgico a él, como que tenía algo que quería decir. ¿Ella le iba a pedir perdón por que se iba? Envío sus pensamientos girando en otra dirección mientras se dirigía a casa.

Tal vez habría llegado a él esta noche. Tal vez lo echaba de menos, también. Tal vez sintió su cama como intolerable vacío como el suyo. Tal vez ella estaría dispuesta a darle otra oportunidad.

Y tal vez podría tener fácil para una sola vez. Tal vez sólo podía estar con ella y dejar de esperar, por tanto.

Así que estaba en su cama, donde había hecho el amor con ella en una deslumbrante variedad de formas. Las horas pasaban y ella no se presentó, y por la mañana sabía desviado, de lo desesperada que era su inclinación por la esperanza.

Alice guardo de una bolsa de lona las cosas importantes. Salió de la casa tranquilamente. Tenía la cabeza hacia abajo. Se marchaba mal.

Ella iba a cumplir con Riley en el hospital. Dejó que su mente viajara hacia adelante exactamente a esa distancia. Riley esperaba en el estacionamiento, desesperada

por escapar. Ellos irían en la cabina de la estación de tren y volver a la ciudad. Riley estaba siendo liberada en el cuidado de un equipo de cardiólogos en el Columbia Presbyterian en forma ambulatoria, gracias a Dios. Sus padres iban a Bay Shore para recuperar el coche, y Riley se negó a esperar y viajar a casa con ellos. Ella quería ir a casa con Alice.

Alice caminó rápidamente hacia el primer ferry del día, seguido por el viento y la lluvia y Paul, se dio cuenta de un salto. Se había levantado inusualmente temprano.

No se detuvo por él todavía. Ella no acepta que él la había visto. Ella no sabía qué decir. Fue tan difícil para ella mentirle. Él querría saber dónde iba y ¿qué iba a decir? Ella sólo quería llegar en el ferry y se alejarse de esta isla. Si pudiera seguir eludiendo por unos minutos más, no ver y no ser, pues, que acabaría con este desastroso final del verano. Después de eso, ella sería capaz de pensar.

Ella sabía que los restos que dejaba atrás. Más daño que se está haciendo ahora mismo por su incapacidad, su falta de voluntad de mirar hacia atrás de él. Este fue el fallecimiento de su mayor esperanza, pasando en cámara lenta. Pero sentía que su miseria de manera remota. Ella estaba sentada en una colina, mirando a su ciudad quemar.

Sus piernas se sentían inestables. No había comido la noche anterior. Ella no podía recordar la última vez que se había sentado y comido algo.

La tarde anterior, ella y Riley había cambiado la forma de sus vidas. Con una llamada a regañadientes, Riley había retirado su liderazgo de un curso de Liderazgo de la Escuela Nacional de exterior semestre en las Montañas Rocosas. Con otro, más decidida, Alice había aplazado su entrada a la escuela de leyes. Toda una vida de planificación podría ser cancelada en menos de cinco minutos, que resultó. En realidad, era el corazón de Riley, que cambió los planes, pero era la naturaleza de las cosas que imagino que lo hiciste ella misma.

Cómo lento y laborioso que había sido de convencer a Paul en amarla. Ella había hecho más de cable coaxial. Ella prácticamente exigió de él. Tal vez se equivocó al tener que trabajar tan duro. Y sin embargo, cuán rápido y fácil que sería, ella lo sabía, para asustarle. Él no confiaba en ella lo suficiente como para representar una duda, y ella le estaba dando un montón de ella.

Quería colapsar en sus brazos. Ella quería el confort de su cuerpo. Pero ella no podía permitirlo. Una y otra vez, escuchó la alarma sonando, desde donde se había acostado, acurrucado en la cama de Paul, envuelta en sus brazos.

Lo peor de todo es que no le estaba diciendo a Riley sobre ella y Paul. No le dijo a Riley, porque ella era culpable. Porque ella sabía que estaba mal. Si ella no podría

decir que a Riley, entonces no debería haberlo hecho. Riley, ¿posiblemente, podría saberlo? Dios, ¿y si ella lo sabía? ¿Qué le parecería? Alice y Paul fueron las dos personas que más confiaba. Las nubes eran tan gruesos y bajos, Alice podía sentir que el derecho sobre su cabeza. Las playas de la bahía estaban desiertas, y no veía ninguna señal de los transbordadores.

El sol que encontramos nos da una deslumbrante variedad de colores: el azul marino de la bahía, el verde pálido de la hierba de las dunas, el rojo saturado de los vagones, el arco iris de cascos de barcos de descanso en la arena. Pero cuando el sol desapareció, el color desapareció y lo mismo hizo el pueblo. Fue notable la rapidez y por completo. El paisaje se volvió tan desolada, era difícil imaginar que alguna vez las familias aquí. De agua, cielo, las plantas, casas, paseos, marítimos resistido a todos lo implacable, cerca de valores de gris.

Cuando se sintió la alegría, Alice se quedó pequeño y en los bordes. Su culpa que creció todo poderoso, como si ella era la que había perseguido el sol, lejos. O tal vez ella y Paul se había echado fuera de su gracia, en blanco y negro implacable. Habían dejado la comodidad de lo que había conocido, y que había hecho a propósito. Se había pensado que podría tener todo lo bueno a la vez.

Alice podría tambalearse hacia adelante un poco. Podía decirse a sí misma algo esperanzador. Si tan sólo pudiera evitar sus preguntas y sus demandas de un poco más, entonces una vez que estuvieron fuera de esta isla se vería diferente. En una semana o dos, le llamaría en la ciudad. Tal vez sería demasiado tarde para salvar lo que tenían. Tal vez ni siquiera quiera. Pero al menos por entonces Riley le habría dicho lo que había sucedido y él lo entendería.

Ella no se iba. No podía ser. Era impensable que ella se iría en sin despedirse de él. Ella se iba

Debería haber dejado que ella sea, que se vaya si eso es lo que quería, pero estaba furioso. ¿Cuál fue el problema con ella? ¿Acaso no podía verlo honestamente? ¿O estaba huyendo de él? ¿Qué pensaba que iba a hacer? ¿Realmente el planeaba de desaparecer de esta isla y de su vida? ¿Es eso lo que quería?

Caminó más rápido para ponerse al día con ella. Ella quería verlo. Vio la ansiedad en sus pasos y en el conjunto artificial de su cuello.

Cuando se volvió hacia el frente de la bahía, los alcanzó y se fue a su lado.

- "Alice, ¿a dónde vas?" -, Exigió. Se volvió brevemente, pero no se detuvo. Su rostro era una miseria.

- "Para el ferry."

- "Me lo imaginaba. ¿Te vas para siempre?" - Su camiseta ya estaba empapado. No se había afeitado en días, y se sintió consciente de ello.

- "No es para siempre".

- "Para el verano, ¿aunque?" Él no tenía ganas de ocultar su enojo. "¿Tu no va a decirme adiós a mí?"

- "Yo aún no ha-bien. Yo iba a-pero..."

- "¿Te vas? Dios, Alice, ¿cuál es tu problema? "

Su rostro no era exactamente lo siento, pero estaba escrito. - "Paul. Yo sólo me siento como... tú no entiendes, y yo no lo puedo explicar ahora. Pero te voy a llamar de la ciudad y... "

- "¿Tu me vas a llamar a mí?"- Sabía que la frialdad en su voz. La odiaba ahora de una manera que nunca antes había tenido. Odiaba a su tartamudeo, estúpido intento de romper su caída.

- "Creo que por ahora"-, dijo, -"nosotros no podemos seguir haciendo lo que-no podemos hacer lo que estábamos haciendo".

- "¿Lo que no podemos hacer?"- Captó la mirada y se aferró a él. -"¿No podemos coger cinco veces al día?"

Ella tropezó y se detuvo. Parecía como si la hubieran abofeteado. Ella comenzó a caminar de nuevo. La vio lavarse los ojos con los dedos. Mantuvo la cabeza hacia abajo. - "¿Es eso lo que estamos hablando? "

Sacó su bolso para arriba sobre su hombro. Quería alejarse de él, y él tenía ganas de seguirla todo el camino a Nueva York.

- "¿Adónde vas, Alice?"

Ella se negó a mirarlo.

La siguió todo el camino hasta el final del muelle, donde el clima estaba en su máxima potencia. Se cruzó de brazos contra el frío. Ella estaba temblando.

- "Eres un cobarde, tú lo sabes," - le dijo a ella. - "¿Como No me di cuenta antes?"

Alice vio el ferry por encima del hombro. No podía dejar de temblar. Ella no quería llorar. ¿Y si él la siguió en el barco? ¿Y si se trató de seguirla todo el camino hasta el hospital? Sería un gran alivio, en cierto modo, para ser Paul a saber.

Pero, ¿Qué piensa Riley? Una traición más de su hermana le da miedo más que nada.

Se rodeó con sus brazos apretando alrededor de su cuerpo para hacer que el dejara de temblar. Tan pronto como el barco atracó, se dirigió a bordo. Se subió a la cubierta superior y se quedó tiesa. En silencio mandado el barco a retirarse y poner fin a este tormento. Prefería acabar con su vida que quedarse aquí.

Cuando llegó la tarde y el funcionamiento de la embarcación termino, la salida fue la pura eficacia. Hoy ha sido desigual y pesado, como si se había contratado a un equipo totalmente nuevo. En el último miembro de la tripulación arrojó la cuerda. Ella oyó los motores de primera clase y al final el barco hacia fuera.

Ella lo vio de pie en el muelle, viendo la fluencia en barco. En espera del alivio y vino, pero fue una emoción mezquina y siguió su curso rápidamente. Estaba gritando en ella, y aunque ella prefería no oírle, las palabras se dirigieron a los oídos de todos modos.

- "Deberías de haberme dejado tranquila"-, le gritó a ella.

Ella lloró cuando el barco se aceleró, con el deseo que tenía. Ella miró con asombro mientras avanzaba hacia el borde del muelle, alzó los brazos sobre su cabeza, y se zambulló en el agua gris

Closing Up

Capítulo 14

El sol estaba fuera, y aunque era un sol de otoño, alegre, elegido sorprendentemente pequeña en la forma de vida o de color. Una vez más, Alicia pensó en culparse a sí misma. Se culpaba por sus ojos, que habían oscurecido en las últimas semanas, no tanto en la nitidez, pero sí en el color. "Mira en el lugar de Jeffreys. Ellos han levantado toda la casa. "

Hacía siete semanas desde que había dejado la isla. El tiempo de construcción estaba en marcha. Otro grupo de los knock-downs (tira-abajo) y fix-ups (arregla-arriba) de la clase que odiaba Riley y su padre le siguió con una cierta fascinación.

Alice asintió con la cabeza suavemente a su padre, sin importarle mucho. Todos los cambios ocurrieron fuera de temporada. Tú dejaste la isla de una manera, y cuando regresaste en junio ya era diferente. Era como con sus amigos de la escuela durante el verano. Tú aceptas que volvieron diferentes sin preocuparse demasiado acerca de cómo o por qué.

El le colocó su brazo alrededor del hombro. Era ligeramente restrictivo al andar, pero no la hizo encogerse de hombros. Ella sabía que él sabía que ella estaba sintiendo pena por no ser hoy la Riley de siempre.

Por lo general, Riley ayudaba a su padre con la casa al final de la temporada. Riley fue la que había aprendido a reparar la fuga de las tuberías. Ella tomó un placer arenoso al ponerse botas con un traje de baño viejo y escalar bajo la casa, incluso en octubre, cuando el viento se burlaba por ser un condimento. Riley mantuvo su Pilly, conservó ese traje de salvavidas para ese propósito. No le gustaba tirar ese tipo de cosas a la basura.

Ellos no discutían con Riley por la mañana en el apartamento, porque ya habían tenido esa lucha en varias ocasiones. El agua fría no era aceptable en la condición de Riley. Sus piernas estaban todavía hinchadas, lo que significa que cualquier esfuerzo podía ser peligroso. Esa mañana, Alice y su papá acaban de comer su cereal y la golpeó fuera de la casa. Judy quería quedarse en casa por compañía y distracción, aunque Alice dudaba del éxito de ambas.

En una época, años antes, Alice y Riley habían hecho un gran agujero en el techo de la vida de su familia y salieron por él. Riley se habían matriculado en NOLS. Ella había pasado todo el mes de enero en un agujero en la nieve. Alice se había ido a la universidad. Ambas habían vivido en diferentes lugares y habían conocido personas. Se habían cocinado sus alimentos y

lavado sus ropas, Riley lavaba en su mayoría en charcos en el campo, y Alice nunca separa lo oscuro de la luz.

Y ahora los dos estaban de vuelta a casa. Con qué rapidez el agujero en el techo volvió a crecer sobre sus cabezas, sin siquiera una cicatriz para hacerle saber que había sido abierto allí.

La curación no siempre es lo mejor. A veces, una herida era mejor dejarla abierta. A veces es demasiado gruesa y sana muy bien y deja piezas separadas fundidas e **incompetentes. Y era más difícil volver a abrir después de eso.**

Mientras su padre murmuraba maldiciones entre dientes debajo de la casa, Alice hizo cosas inexpertas, como barrer la casa y la limpieza de las cosas en descomposición de la nevera.

Cuando estaba con el refrigerador abierto, no era difícil pensar en el futuro. Si se congeló el jugo de naranja, ¿Duraría hasta el Día de los Caídos? ¿Qué pasa con el pan de molde?

¿Qué pasa con ellos, su familia? ¿Durarán más en su estado criogénico o significaría que podrían volver a como había sido antes? Con Riley, nadar y correr como siempre lo habían hecho?

Si tan sólo pudiera esconder a Paul lejos, junto con ellos. Pero él era cálido y animado, lo sabía. Él iba adelante en el mundo, y la había dejado atrás.

Ella llenó el congelador, el único dispositivo que se quedaría a través de los meses de frío. Me pareció extraño de alguna manera dedicar la electricidad para mantener sus cosas congeladas, cuando el aire del exterior en su mayoría se congelará todos modos.

Cada vez que pensaba en el invierno profundo de la casa, se sentía incómodo. Pensaba en el frío invadiendo las habitaciones, la casa viviendo a una temperatura inhabitable. Por alguna razón la hizo pensar en un barco que se hunde, la cabina llenándose lentamente con agua de mar.

Oyó a su padre golpear y raspar su llave bajo el suelo. Pensó en Riley y su pequeña y precisa forma de hacer las cosas. Me pareció una vergüenza tener que crecer para ser grande, torpe, y que se frustra con facilidad.

Alice dobló la ropa de verano que habían quedado en la secadora y dispuestas en pilas apropiadas para el momento en que se volverían a usar de nuevo, aunque sólo lo creyese hasta la mitad. Era difícil creer en el verano, en el invierno, recordar la salud y la enfermedad.

¿Ellos podrían realmente estar de vuelta aquí? ¿Querría el mundo mantenerlos en su rotación? Era difícil pensar en el próximo verano más allá del jugo de naranja congelado.

Se topó con una falda que había usado en el pasado con Paul. A ella se le había desgastado sentada en su regazo, sintiendo la trama que ciñe en torno a su cintura. Ella oyó el gemido lastimoso en su pecho con que su cuerpo deslealmente recordaba las cosas que su mente no permitía. ¿Habría sido realmente su cuerpo haciendo esas cosas con Paul? ¿Estaba muy, bien ahí abajo? Era difícil de imaginar. Se sentía como que alguien a la habían cortado en el cuello y en la espalda y luego se las habían mal cosido juntas, sin necesidad de reconectar las partes fibrosas que iban y venían.

En sus manos se sentía frío y la humedad como aquellas ruedas de motos en el cobertizo. Se suponía que debía cubrir los muebles con sábanas viejas de degradado, pero ella se negó. Esto era normalmente trabajo de su madre, y ella no tenía ganas de hacerlo. No le gustaba dejar la casa en ese modo tan espectral.

Ella se sentó en la barandilla de la cubierta y miró a la casa de Paul. ¿Se había cerrado hacia arriba, ahora que era la casa de él? Era difícil de figurar. ¿Había regresado este otoño? Ella dudaba. Él era bueno en ponerla detrás de él. Ella y su familia fueron siempre detrás de él, ¿No?

Ella cogió una piedra del suelo y la tiró en su casa. No importa lo bueno o malo de su objetivo, que era una cosa que no podía faltar.

- "¿Terminaste?"- Preguntó el padre, saliendo de debajo de la casa. Parecía como si hubiera rodado más de tres veces en el barro. Él le recordó a un viejo revolcado sembrando, pero ella no lo dijo. Su padre tenía su orgullo, su apego, y vanidades de mediana edad. Ella esperó pacientemente a que se diera una ducha y se vistiera.

- "¿Quieres ir a la playa por un minuto?"-, le preguntó, el bloqueo de la casa detrás de ellos. Era parte del ritual para decir adiós a la mar después de que dijo adiós a la casa, pero los rituales eran provisionales en esta ocasión, en parte por el hielo.

- "Tengo frío"-, dijo. -"Vamos a ir a casa."

Mientras esperaban el ferry, con las manos metidas en los bolsillos delanteros, oyó a dos señoras que hablaban vagamente de bienes raíces.

Ella sabía que era un tema fascinante para todos los que tenían un lugar aquí o esperaban tenerlo.

En realidad no significa nada escuchar, pero no se esfuerzan en tenerlas en pie, tampoco. En verdad, ella tenía sus oídos atentos a un nombre en particular, y para bien o para mal, se enteró de inmediato.

- "Tú debes haber oído de que la casa de los Moore está en venta", la morena dijo a la otra. - "Bobby me dijo que ya hay un comprador".

- "¿De veras?"

- "Eso dice él."

- "Usted no oyó el precio, ¿verdad?"

En el estacionamiento del bar de la almeja, el padre de Alicia compró sus dos donuts de azúcar en polvo y un litro de sopa. Se hizo cargo de la ingesta de la sopa cuando se fue a hacer frío.

Se detuvo el coche en las vías del tren, y él se acercó y le tomó la mano durante un minuto. Lo que sentía por ella, ella lo sabía. Ni siquiera sé lo que todos lamentan, pero había un poco de consuelo en su cuidado.

Ella sabía de Paul y de Riley. No había nada nuevo en eso, sino que parece una ironía, no obstante. Paul y Riley habían sido siempre amigos por correspondencia. Permitted que su amistad estuviera en el mismo círculo en el calendario de una forma en que la relación de Alice con él nunca lo hizo. Y ahora, Alice tenía que fingir que su hambre de noticias acerca de él, no tenía un reparto diferente que antes.

- "Así que, ¿Dónde está su nuevo lugar?"- Ella se sentó frente a Riley en la mesa de la pequeña cocina, donde en los viejos tiempos los dos había comido el desayuno cada mañana hasta que Riley fuera para NOLS. Lo extraño de estar de vuelta aquí, con todos juntos, cayó en cuenta Alice, es que había algo de fantasía y parte de

pesadilla.

- "West steet Once. Dijo que tiene una buhardilla."

- "Supongo que no le gustaba Brooklyn." - Alice absorbido a sí misma en el recorte de uñas de los pies.

- "Creo que no." - Riley volvió al agujero que estaba reparando en un viejo par de sus pantalones cortos. - "Me voy a volver loca sin poder nadar".

- "Papá dijo que el agua en el lado oeste es demasiado fría. ¿Crees eso? llevó un termómetro de caramelo con él para comprobarlo."

Alice no estaba segura de si la respuesta correcta era sí o no. Ella era realmente invertida en el dilema de Riley, pero no podía dejar el tema de Paul todavía. "Dijo que ¿Paul va a ir a la escuela?" Era tarde, y Alice sabía que tenía que ir a la cama. Si se quedaba hablando sobre este tema, no sería capaz de dormir durante horas.

- "Él dijo que comenzó el programa de postgrado, así que supongo que terminó ese curso."

Alice masticaba en la mejilla. Ella terminó con sus uñas de los pies y se puso en las uñas. ¿Riley no había hablado nada con él acerca de Alice? ¿Y si hubiera preguntado por ella? ¿Sabía que no había comenzado la escuela de leyes? Si es así, ¿no le importa más? Estas fueron las preguntas incómodas de preguntar y todos los sonidos emitidos en la sombra de una gran pregunta.

Alice empujó los recortes en un círculo blanco sobre la mesa, una luna pequeña con techo de paja. - "¿Le dijiste acerca de lo que está pasando contigo?"

- "¿Qué?"

- "Quiero decir, ¿le dijiste acerca de tu corazón?"- Alice sintió el golpe nervioso de ella.

Riley volvió a mirar sus pantalones cortos. - "Todavía no".

Riley había empezado a contarles a sus pocos miembros de la familia y amigos de la familia de edad suficiente acerca de su condición. Sin embargo, se tiende a subestimar la gravedad de la misma, para controlar el flujo de información, y se molesta por cualquier ruidosa manifestación o desmesurado intento de

preocupación. A su abuela que está en Boca de Ratón había llamado con el número de localizador de su propio médico y envió cuatro cajas gigantes de naranjas de Florida.

Alice intentó hacer que su voz no sonaba estrangulada o psicótica. - "¿Por qué no?"

- "Porque yo no tenía ganas de escribir una carta o un e-mail."

- "¿Vas a decirle en persona?"

- " Sí. En algún momento ".

- "¿Qué estás esperando? Él es tu mejor amigo. ¿No necesita saber? "La frustración de Alice salió aún más de lo previsto.

Riley le dirigió una mirada que envió a Alice sobre sus talones. Era Alice que quería y necesitaba que lo supiera. ¿Con qué rapidez su enojo fue socavado por su culpa.

- "Él es mi mejor amigo. Es por eso que puedo llegar a decidir cómo y cuando le digo, Alice."

Más tarde, tumbada en la cama y sin dormirse, pensó en Paul. Algunas noches no era imposible no pensar en él.

Algunas noches sentía que tenía el corazón de Riley con todos sus problemas, superando su arritmia e insuficiencia en su propio pecho. Ella sintió la acumulación de sangre y la captura en lugares donde no debería haber sido. Se preguntó si era médicamente posible que pudiera haber sufrido el mismo mal. Tal vez era contagioso. O tal vez había una versión que lo había traído sobre sí misma.

Alice se fue al parque en la mañana del sábado. Ella comprimió todo el camino en el frente, sobre pantalones de lana, dos capas de suéteres, y una parka. Parecía una salchicha. Ella había trenzado su pelo en lo alto de su cabeza para que no se quedara atrapado en el cierre de cremallera mientras ella trabajaba. Parecía una salchicha detrás de su casaca de un extremo. Ella miró en el espejo para ver si su cabello se había oscurecido todavía más.

Si cada espejo te daba una versión particular de ti mismo, el espejo de su tocador de la edad victoriana siempre le mostraba a Alice un brillo con su antiguo y más familiar aspecto. El cristal parecía contener todos los seres de cuando ella fue lo

suficientemente alta como para verse a sí misma en él. Lo utilizaba para contener a Riley, a veces, también, hasta que Riley tenía quince años y se ofreció a salir de su habitación compartida y se fue a la pequeña habitación de la cocina.

La pieza de Riley a partir de entonces fue del tamaño de un armario grande, supuestamente destinados a una criada, construido en un momento en que incluso las personas que alquilan sufrían de hacinamiento, apartamentos oscuros para sirvientas. Riley apenas cabía en la cama doble de ella, pero ella afirmó que le gustaba. Ella no podía encajar en sus estantes de trofeos, así que ella había arrojado todo en una caja y los dejó para la recolección de basura.

Alice recordó haberse horrorizado por eso, pero a Riley no parecía importarle.

Riley parecía pensar que estaba haciendo un favor a Alice dándole su propia habitación, y había cosas que Alice había disfrutado de ella. Al principio se había incrustado todo el lugar con pegatinas del arco iris y carteles de las bandas del niño terrible, más tarde reemplazado por collages de fotografías, recuerdos Fire Island, y los antiguos carteles de cine de moda. Pero Alice no lograba compartir con Riley. Ella miró hacia atrás con nostalgia en el momento en que ella y Riley había tenido dos camas con colchas de la vida silvestre y coincidentemente hablaban en la oscuridad antes de dormirse.

- "¿Estás trabajando actualmente?" - Su madre le preguntó a Alice caminó a la cocina y se sirvió un plato de Rice Krispies. "Pensé que no solían cortar los fines de semana." Su madre pronunciaba el verbo "cortar" con un adecuado grado de aversión al consumo de tabaco, crack o asalto niños.

- "Vamos a rastrillar. Estamos en un estado de rastrillar de emergencia".

Su madre asintió. Alice se quedó mirando la caja de cereales, haciendo un estudio minucioso de Snap, Crackle y Pop, con la esperanza de evitar la coyuntura en la que su madre se pregunta en voz alta en lo que BA manera extraordinariamente costosa en la historia de Alice en un colegio bien preparado para un trabajo de cortar el Gran Lawn en el Parque Central.

- "¿Volverás a cenar esta noche?"

En principio, no deseaba responder. Usted permitió la primera ronda de las incursiones y el segundo les siguieron pronto. Ella no quería sentar precedentes intolerables para esta nueva etapa de la vida en casa. Al mismo tiempo, cuando vivían con sus padres y no pagar la renta, tiene que aceptar estas cosas.

- "No lo sé todavía."

- "Bueno, me gustaría que tu decidas, porque yo voy a los canales navegables esta mañana."

- "Está bien, entonces. No."

Su madre le dio una mirada penetrante, y Alice sabía que tenía que tener cuidado o seguiría preguntándose en voz alta acerca de la BA de inicio. Fue una calibración delicada, subversiva y desagradable sin que su madre lo dijera. Era un arte olvidándose de Alicia a través de la mayoría de sus años de universidad, pero ahora ella estaba viviendo en casa de nuevo, todo volvió a ser como antes.

Se había previsto por parte de los gastos de la ley de préstamos de la escuela en la vivienda, pero se habían aplazado los préstamos, junto con todo lo demás. Lamentó no ganar el suficiente dinero para pagar por una habitación con sus amigos, pero ella no estaba ni siquiera cerca de eso. Era un bien documentado, la maldición de haber crecido en Nueva York: el fin de regresar a su ciudad natal, casi siempre tenía que vivir en su antiguo hogar. Lo que guardó en el alquiler que perdió es la autoestima y crecimiento personal. Noviembre en Nueva York podría aportar casi cualquier tipo de clima, y hoy se la llevó limpia, el aire frío. Alice puso los guantes y se quedó en el parque de la calle 96. Se dirigió hacia el sur por la carretera. No era la manera más bonita, pero fue la más directa, y el tráfico en el fin de semana fue cerrado en beneficio de los caminantes, corredores y ciclistas.

Lo sentía, en cierto modo, ser llamados en un sábado. Se había olvidado de cómo se llenaba el parque estando soleado el fin de semana, con gente que potencialmente lo sabría, y lo estúpido que se sentiría entre ellos en su mono (ropa de deporte).

Tenía los ojos hacia fuera para Riley. En los días cuando su hermana se siente bien y los tobillos y los pies no acuosos, los médicos le permitía caminar, y Riley caminaba kilómetros, aunque la dejaba exhausta.

Alice miró a las torres de los edificios de lujo a lo largo del oeste de Central Park. En la mayor parte del mundo, todo lo hecho por el hombre estaba rodeado de árboles altos. En el caso de Central Park se invirtió, Dios hizo las cosas para que estuviera rodeado de edificios altos.

Sus ojos cayeron sobre la espalda de un hombre que llevaba un chaleco verde hacia abajo y un sombrero de lana marrón. Junto a él caminaba una mujer rubia con zapatos puntiagudos. Su brazo estaba metido en el y le hizo sentir triste a Alice. Ella comenzó a caminar más rápido. Después del estanque, que tenía patos en el

interior del parque y en la mente de su soledad también.

Al acercarse a la pareja se sentía agitada, y cayó en la cuenta, poco a poco y discordante, que ese hombre caminaba como Paul.

Y a pesar de que rara vez vio a Paul vestido con mucha ropa y caminar en la luz del invierno, ella comenzó a sospechar que había una similitud entre este hombre y su Paul, que no se detuvo en su camino. Ella miró la mano del hombre, el que no llevaba del brazo a la mujer rubia, sabía que esa mano.

Ella sabía que esos dedos. Su cuerpo entero, no se adjuntaba como era, habría gemido si lo hubiera cogido a tiempo. Su aliento se estremeció. Su corazón comenzó con su mala labor de latir fuertemente.

¿Que pasaría si quisiera escapar o deslizarse de ahí? Ella no podía desaparecer por completo a menos que se subiera a un pequeño acantilado, y aún así sería visible. No sólo no quería que el posible Paul y su amiga de puntiagudos dedos la vieran como una salchicha, ella no quería estar segura de que era él. Ella quería preservar la duda suficiente como para ser capaz de convencerse a sí misma, los últimos días y semanas si era necesario, que no era Paul y que Paul no tenía una novia. No era fácil para ella ver a Paul, en Nueva York daba pie a Paul y sus manos. Un caso que podría ser cierto.

Ella redujo su velocidad a casi una parada, maldiciendo por no salir adelante más rápido. Caminar despacio parecía la providencia de las personas que estaban disfrutando de los unos a otros demasiado. Nunca entraba lentamente en cualquier lugar con Paul. O bien se estaría aprovechando de ella o ella a lo largo de las carreras para ponerse al día.

Así que probablemente no era Paul.

Ella se sentía bien acerca de ellos hasta que se dio la vuelta y el Paul que había visto se fue. Ella todavía estaba tratando de pensar en una manera de salir a su encuentro cuando él la miró directamente a la cara.

Algunas personas que habían sido sus amigos más cercanos desde que era un bebé podrían haber hecho alguna pretensión de ser el placer de verlo a ella, pero Pablo no lo era. Se detuvo y la miró como si ella le había llamado por un nombre desagradable.

- "¿Alice?" - Era tentador dar la vuelta y correr en la otra dirección. - "Hola" -, dijo.

Se dirigió hacia ella, sacando la mano del brazo de la mujer. - "¿Por qué llevas eso?"-, Preguntó.

- "Porque yo estoy trabajando aquí".

- "¿Estás trabajando en el parque?".

- "Segar y rastrillar por lo general," - dijo. ¿Por qué mentir?

- "¿Y la escuela?"

- "Ya no voy."

Parecía genuinamente sorprendido por esto, pero no tenía el descaro de preguntar por qué no. Miró desconcertado y le picó a ella, al igual que su piel no encajaba. En estas semanas su ira se había enfriado por lo visto, y ahora estaba frío. Sus labios estaban presionado, el mismo color de la cara. Era difícil de creer que era la misma boca que la había besado.

- "¿Tu familia está bien?"

Hizo una pausa, y luego asintió. ¿Cómo podía no saber la verdad? ¿Cómo no iba a decirle? Se sentía enojada con él por no saber, enojada con Riley por no decirle. Alice iba a venir aparte en un minuto, y me pareció mejor huir antes que ella.

Paul de repente se acordó de su compañera de lento caminar. "Esta es Monique", dijo, bruscamente. Ni siquiera se molestó con la segunda mitad de la introducción.

- "Soy Alice," dijo Alice.

- "Hola" -, dijo Monique. Sus labios eran perfectamente brillantes. Demasiado brillante para besar, pensó Alice. Ella no parecía el tipo de persona que andaba mucho con los empleados del parque.

- "Dile que tal a tu gente" -, dijo Paul, y se volvió de nuevo. Fue de vuelta con ella. Fue de nuevo a sus pies, aunque mantuvo los brazos para sí mismo esta vez.

Ella casi podía oír a Monique comentando sobre su traje. Ella prácticamente oía reír a Paul en la respuesta. Ella casi podía verlos caminando juntos a un café, de la mano y celebrando el hecho de que nunca han tenido que trabajar en un parque limpiando por sobretodo.

- "¿Quién era esa?" Monique preguntó.

Paul ya no estaba en un estado de ánimo de hablar. Se sentía tormentoso e incómodo. - "Ella es una vieja amiga. Bueno, su hermana es realmente mi amiga."

- "Todo un equipo" -, dijo Monique a la ligera.

- "¿Qué quieres decir?" - Su rostro era duro, y no tenía la voluntad para ablandarlo.

- "Nada."- Ella se retiró rápidamente.

- "Tú querías decir algo"-, Paul insistió, sabiendo que debía dejarlo ir. Que estaba furioso por Alice, ¿Por qué todavía la protegía?

- "No quise decir nada. En serio. Sólo déjalo"-, dijo. Le había dejado claro a ella que no habría puntos por burlarse de Alice.

¿Que pasaría con Alice y ese traje de trabajo que llevaba puesto? , se preguntó. Le pareció un signo de su situación de sub-empleo permanente. Y sin embargo, le dolía por el afán y la exhaustividad con la que se acercó a su vida. Ella tenía su dignidad, pero en un sentido amplio. No se había limitado como lo hizo ella con otras personas.

Miró a Monique en su ropa digna y atractiva. Enfadado como estaba con Alice, Paul sintió de repente que podría sólo alguna vez querer a una mujer en traje oscuro con cremallera verde.

Echa la culpa

Capítulos 15

Aquí y Allá

- “Creo que esto se vería bien en ti”- Alice sugirió, algo desesperanzada.

- “Creo que se vería bien en la Tía Mildred”.

- “Ah, vamos” dijo Alice, aunque lo guardó rápidamente.

Riley sacó un vestido de lycra verdoso. - “¿Qué tal éste? Iría bien con tus ojos”.

- “Demasiado brillante”-. Alice verificó la etiqueta de precio. - “Además, cuesta doscientos dólares”.

- “Bueno, entonces. Este es el indicado”

Alice no pudo evitar reír. Era rojo brillante, demasiado jugado y con cerca de diez pulgadas de largo desde la cintura hasta el dobladillo.

- “Eso cubriría la mitad de mi trasero”.

- “Megan lo usaría”.

Alice lo consideró. Sí, ella lo usaría. Megan había sido cercana a ellos cuando eran niñas, y sus padres eran unos de los mejores amigos de los suyos.

Pero Megan había golpeado pubertad con venganza, y para los catorce, ella ya era considerada como la mujerzuela del pueblo. Para cuando tenía diecisiete, Paul era el único chico con el que no había dormido, y Alice y Riley eran las únicas chicas a las que no había fastidiado. Ellas eran sus únicas amigas.

- "Me pregunto cómo se verá su vestido de novia".

- "Yo me lo pregunto, también" - Alice dijo pensativamente. - "Cuando piensas en ello, es difícil de creer que Megan le va a dar sexo oral a un solo hombre por el resto de su vida".

Riley asintió. - "Eso es verdad".

- "Me pregunto si durará" - Alice dijo.

- "¿El matrimonio?"

- "Sí".

- "Puede que sí. Las personas cambian. Bueno, ¿qué tal este?" - Riley sacó un vestido llamativo hecho de seda arrugada de color vino que tenía todo un frunce desde el hombro hasta el pie.

- "Lindo. Pero pienso que será demasiado corto para mí".

Riley se veía casi tímida por un momento. - "Me refería para mí".

Alice trató de mostrarse tranquila. - "¿De verdad?"

- "¿Te gusta?"

Alice lo tuvo bajo el mentón de su hermana. - "Me gusta. Lo adoro. Creo que deberías probártelo en este momento".

En un estado de asombro, Alice siguió a su hermana a los probadores. Cuando Judy las había enviado a Bloomingdale's para conseguir vestidos para la boda de etiqueta de Megan Cooley, Alice no había esperado que ellas realmente volverían a casa con dos vestidos. Riley tenía una larga historia de evitar los vestidos. Ella prefirió mantener su pelo corto y vestirse como un niño, incluso usando trajes de baño de niños, hasta que tuvo ocho o nueve años. Y, desde entonces, encontró muchas maneras de evitarlos.

Cuando su amigo David se casó el año anterior, ella había usado un esmoquin y se había parado con los padrinos de la boda. Alice se rió cuando vio las fotos, pero ella recordaba la mirada de dolor en la cara de su madre. Su madre siempre buscaba alguna confirmación de que Riley era gay, y, a su vez, alguna prueba que no lo era.

- "Puedes entrar si lo deseas"- Riley dijo mientras entraba al probador. Alice tuvo una cálida sensación por eso. Riley nunca permitió que Judy entrara con ella al probador. Ella no había permitido que Judy la vistiera desde que fue lo suficientemente vieja como para decir la palabra no. Alice siempre había sido más accesible acerca de ser cuidada por su madre; pero ella siempre tuvo la idea de que deseaba, algún día, ser madre también.

Alice se encaramó en el banco. Ella no quiso hacer notar los cambios en Riley, la manera acelerada en que respiraba. Apartó la mirada, y su propio corazón empezó su rutina de copiarle. Riley luchó con el vestido un poco y se lo colocó por sobre su cabeza. Cayó ordenadamente y derecho hasta sus pies, dejando entrever sólo las puntas de los dedos de sus pies.

- "Wow" - dijo Alice. La sacudía bastante ver a Riley así, pero no quiso hacer un gran alboroto de ello.

Riley dirigió unas pocas miradas rápidas hacia ella misma.

- "Te ves hermosa, ¿sabes?"

- "¿Eso crees?"

- "Sí".

Riley se giró para verse por detrás, como cualquier otra chica lo haría, y Alice sonrió. Riley tenía la clase de cuerpo que las chicas añoraban y los chicos no advertían. Ella era ágil y atlética. No tenía partes feas que sobresalieran. Nada de flacidez, rollitos, ni celulitis. Sus caderas eran estrechas como las de un chico, y sus senos eran pequeños.

Cuando Alice estaba pasando por medio del trauma de la pubertad, creciendo senos y caderas en todas direcciones, ella deseaba ser como era Riley. Mientras ella era molestada y atormentada por la broma de tirar de la correa de su sostén,

ella lo deseaba todavía más. A veces, aún ahora lo deseaba.

- “Sólo comprémoslo”- dijo Alice.

Riley parecía complacida. - “¿Cuánto sale?”

- “Ni lo mires. Puedes quedarte con la porción del presupuesto para mi vestido, también, y yo usaré uno de los de mamá”

- “Alice, no”.

- “Lo digo en serio. Vamos” -. Ella tomó el vestido y marchó hacia el mostrador de ventas. - “Lo llevaremos”- dijo alegremente a la vendedora, y le dio su tarjeta de débito.

Mientras caminaban hacia la casa, lentamente, porque podía notar que Riley estaba cansada, Alice se encontró no odiando la boda por primera vez. Porque, aunque la mayor parte de su ropa estuviera en almacenamiento y ella estaría llevando un horroroso vestido de su madre, tenía la idea de que las cosas inesperadas no eran siempre malas.

- “¿Querría usted su recibo?”- Alice había desarrollado una personalidad aparte para su trabajo nocturno en el Duane Reade en la Undécima Avenida. Ella usaba la blusa azul y la etiqueta de nombre que decía Hola, soy Alice, pero sólo llevaba una fracción de sí misma al trabajo.

- “Sólo tíralo”- el cliente le dijo, quien probablemente no deseaba un registro de sus dos barras gigantes de Snickers y su pastel de cereza.

Era un trabajo de mierda, quizá, pero ellos la habían contratado en seguida. Ella no se sentía como para trabajar en una oficina, ni estaba de humor como para esperar a que alguno de los restaurantes en donde había dejado una aplicación, la llamaran. Este lugar se encontraba fuera de su camino, y era la clase de trabajo al que podría renunciar en ningún momento y no sentirse demasiado mal acerca de ello.

Llevaba zapatillas que eran cómodas para estar tanto tiempo de pie. Tenía que recordar empacar las zapatillas en su bolso junto con la blusa. Ella le decía a Riley y a sus padres que salía con sus amigos las noches en que trabajaba aquí, así que cuando salía de la casa, debía vestirse para la ocasión. Deseaba el dinero más que

la vida social, pero no les dijo eso. Ella era su sustituto, de cierta manera, y contaban con que ella viviera una vida en el mundo que ellos podrían fingir era normal.

Ella había salido con sus amigos unas pocas veces. ¿Por qué dejaste la facultad de derecho? ¿Qué vas a hacer durante la interrupción? ¿Qué vas a hacer el año próximo? ¿Sales con alguien? Deberías salir con Fulano. ¿Qué es de la vida de Riley?

Cuando tenías su edad, recién salida del colegio, el futuro era como oxígeno. Sin ello, no había nada. A ella no le agradaba decir la verdad: Estaba atascada. Esperando.

Ella vio a un par de chicas en el pasillo de champú que reconoció de vista del Fire Island. No eran de su pueblo, pero quizá Saltaire o Fair Harbor.

Ellas no la reconocerían, lo sabía, aún cuando una de ellas descargó una pila de productos de cabello en su registradora. La camisa azul de Duane Reade tenía el poder sobrenatural de hacerle invisible, especialmente a la clase de chicas que se especializaban en historia del arte y obtenían puestos interinos en “Christie’s” o en la revista de decoración de “Elle” después de la universidad.

Alice había crecido con tales chicas, pero no podría confundirse con una de ellas.

Una parte grande de Alice había querido ir a facultad de derecho sólo para poder mezclarse entre chicas como éstas. Si te quedabas sin maneras de complacer, y no tenías dinero familiar, ibas a la facultad de derecho. Era una triste versión de ambición, no para destacarse, sino para pertenecer. Con el tiempo, ella podría borrar la evidencia, pensaba. ¿Quién sabría, cuando estuviera en su quinto año dentro de una prestigiosa firma de abogados, que ella no pertenecía?

Ella sentía como si su familia estuviera adherida muy débilmente al mundo de cuello blanco y vacaciones-en-casa, y si ellos arruinaban todo, serían despreciados por futuras generaciones. Ella debía poner de su parte.

¿Por qué estaba aquí? ¿Por qué no estaba allá? ¿Por qué no estaba por lo menos en un programa de capacitación en un banco o en una gran corporación? Ella se ganó su título con distinción, su premio del departamento de historia.

Ella podría haber mantenido su honor. Ella podría haber conseguido uno de esos trabajos. ¿Por qué no lo hizo? Porque ellos requerían compromiso. Porque tendría que entregarse a sí misma a ellos, y no podía hacerlo en este momento. Ella no

podía mirar hacia delante. Debía permanecer cerca de Riley. Sólo necesitaba que su corazón siguiera latiendo y que los días continuaran pasando.

Por más complaciente que era Alice, ella tuvo sus pequeñas sesiones de auto-negación. Había aprendido rebelión a través de dos maestros, pero la clase que ella practicaba, había ocurrido sin romance ni principios. En su mayor parte, ella sólo se desvalorizaba a sí misma. Usualmente estaba conectado a la culpa.

No se sentía enojada con Paul por haberle dado momentos duros acerca del tema de la facultad de derecho. Ella no le acreditaba a él su decisión de no ir, incluso si él lo mereciera.

Pero estaba enfadada con él por no saber cuán miserable y preocupada ella estaba; por ir por la vida saliendo con mujeres con tacos en punta mientras que Riley estaba enferma. Alice estaba enfadada con él por eso, aunque ella no se lo hubiera dicho, y no había forma en que él pudiera saberlo. Ella sólo podía manejar el culparlo por las cosas que él no merecía.

Ella salió del trabajo a las 10:30 y anduvo por la Avenida Columbus hasta llegar a un gimnasio elegante en la Calle 68 que permanecía abierto hasta tarde. Se acercó al tipo en el escritorio de asociación.

- “¿Piensas que podría echarle una mirada a su piscina?”- ella le preguntó.

Paul supo por qué su madre firmó la casa para él. El giraba en la vieja silla giratoria de su padre y pudo verlo claramente entre los mil doscientos discos de vinilo, y la decadente pila de revistas, papeles, fotografías, y carteles.

La venta ocurrió más rápido de lo que esperaba. Él se lo dejó a la corredora, Bárbara Weinstein, una conocida de su madre, con cuyos hijos él creció en la isla. Bárbara había conseguido en seguida un buen precio para la casa, y le presentó a Paul un contrato de venta dentro de las dos semanas. Ahora los compradores, una pareja casada de inversionistas con tres niños pequeños, querían cerrar el trato antes del día de Acción de Gracias.

Él lo había hecho por ira. Lo había hecho con la idea de que nunca quería ver el lugar otra vez. Pero la ira tenía la costumbre de dar la vuelta y morder a su propietario en el trasero. Ahora él se encontraba más adentro de la casa de lo que jamás había estado antes.

Giró alrededor, enturbiando su visión de la pirámide de cajas de cartón vacías que él había construido en una esquina del cuarto. Odiaba cómo su madre se la pasaba entrando y saliendo de compromisos, pero él se habría rebajado a casi cualquier hipocresía con tal de conseguir que otra persona hiciera este trabajo.

Mientras más tiempo pasabas postergando un trabajo, más duro se volvía al momento de hacerlo. Eso podría ser científicamente demostrado. Él tendría que, no sólo superar el número de veces en que él no había hecho este trabajo, sino también el número mucho más grande de veces en que su madre no lo había hecho. Esa era otra herencia dudosa.

Quizá él podría ver si la pareja de inversores estaría dispuesta a tomar la casa amueblada. “Eclécticamente amueblada” él podría decir. Incluyendo los trabajos completos de Jefferson de aviones y cohetes. Suficiente parafernalia como para comenzar su propia tienda.

Tal vez él podría comenzar a poner las cosas en cajas. No ordenarlas, sólo ponerlas. Sólo empaquetar todo, sellarlo, enviarlo a una instalación de almacenaje, y el trabajo estaría hecho.

Esa fue la idea que hizo que parara de girar y saliera de su silla. Tomó la primera caja. Él miró la fotografía en la cima de una pila desordenada. Era de su padre, poco tiempo antes de que muriera, sentado en el mostrador de la cocina de su vieja casa en Brooklyn Heights. Paul apartó la mirada. No podría comenzar con las fotografías.

Tomó el primer montón de discos y lo colocó dentro de la caja.

En el segundo montón, no pudo evitar leer el título del álbum: La Solicitud de sus Majestades Satánicas. Lo giró para ver el otro lado, viendo el polvo marrón pálido en los puños de su camisa oscura. 1967.

Sin pensarlo, caminó hasta el viejo tocadiscos y lo conectó. Levantó la cima plástica para inspeccionar la condición del brazo y la aguja. Sopló sobre la aguja. Con cuidado, inclinó el álbum fuera de su cobertura. Salió en su envoltorio de papel,

perfectamente preservado.

Su padre siempre había respetado la música.

Colocó el álbum en el platillo y apoyó la aguja sobre él cuando comenzó a girar. Él recordaba estas luces de OVNI, pero en aquellos tiempos las veía desde debajo. Recordó imaginarlas como si fuera un lugar tridimensional al que podría subirse. Ni siquiera sabía que lo recordaba hasta ahora.

Él se recordó tratando de poner la aguja en el borde del disco cuando era joven, y que se le resbalara la aguja una y otra vez, haciendo un ruido terrible cuando se arrastraba a la fuerza por el canal. Pero él realmente no quería poner la aguja en las ranuras seguras donde la canción ya estaba tocando. Tenía que oírla desde el comienzo. Tenía que colocarlo perfectamente bien.

Dejó con cuidado la aguja, los músculos en sus manos trayéndole otro viejo recuerdo a la memoria. Él podría ver su mano como la mano de su padre. Él podría imaginarse la mano de su padre.

Se sentó en el piso y escuchó. Escuchó todo hasta "Ella Es un Arco Iris". Entonces, puso su cabeza en sus brazos y se acostó sobre la alfombra. Él permitió que la miseria lo sobrecogiera. Por esta casa y por todas las cosas que habían sucedido aquí. Por el único minuto en que él se había permitido querer mantenerla para Alice.

Deseó no haberse permitido tener ese pensamiento. Sabía que era una artimaña. Él lo supo en aquel momento, pero lo había hecho de todos modos. Se había pasado la vida luchando contra esa artimaña, y había seguido hasta caer directamente en ella.

Ella era cruel, pero él era estúpido. Él la culpaba por alejarse, pero él se culpaba aún más. Él la amaba. La amaba demasiado. Ese era el problema.

Una parte de él deseaba que ella lo llamara por teléfono sólo para que él pudiera mandarla al infierno apropiadamente. Imaginaba que ella intentaría esa castradora estrategia de querer ser amigos otra vez. Ella ya lo había roto en mil pedazos; él no iba a permitir que ella ahora escogiera entre los pedacitos para ver cuáles todavía deseaba. Él no le daría la oportunidad de que ella aplacara su culpa siendo amiga de él. Pero, de todos modos, él no consiguió mandarla al infierno, porque ella no llamó.

Cuando se despertó a la mañana siguiente, tenía una pauta de polvo inscrita en la cara. Él vio cosas rodeándolo por todas partes, a él y a la pirámide de cajas a la cual le faltaba la cima.

Este proyecto iba a demandar de él más de lo que él tenía. Supo mientras caminaba hacia el ferry, que había puesto otra capa de “No hacerlo”, justo entre él y Terminarlo”.

- “Bueno, aquí está” -. Alice abrió la puerta del gimnasio y apresuró a Riley adentro.

- “¿Aquí está qué?”

- “Aquí está lo que quería mostrarte”.

- “¿En este gimnasio?”

- “Sí” -. Dijo Alice. Ella tomó una tarjeta y la deslizó por el censor para que las dejara pasar.

- “¿Tú perteneces a este lugar?” - Riley la siguió hacia el elevador, y Alice presionó el botón del último piso.

- “Bueno. No exactamente. Sígueme”.

Fuera del elevador, Alice la dirigió por un vestuario húmedo y hacia en un pabellón gigante con paredes de vidrio. Todo a su alrededor había mosaicos de color azul-océano y plantas creciendo y trepándose de las macetas. Pero más extraordinaria era la vista del Río Hudson en una dirección y del Parque Central en la otra. Si te dirigías hacia la pared y te pegabas al vidrio, podrías ver todo el sur hasta llegar al Puerto de Nueva York.

- “Oh, mi Dios”.

- “¿Hermoso, verdad?”

- “Yo nunca supe siquiera que esto estaba aquí”.

Alice se arrodilló y metió una mano en el agua.

- “La más tibia en la ciudad de Nueva York”.

- “¿De verdad?”

- “Pruébala. A las personas ricas no les gusta fría”.

- “Está realmente tibia” -. El principio de una pregunta se formaba en los ojos de Riley.

Alice sacó la tarjeta y se la presentó a Riley. - “¡Ta-da! Tu membresía de natación”.

- “No lo dices en serio”.

- “No podía pagar la membresía total”.

- “¿Cómo puedes pagar esto?”

- “Mi alquiler es barato”.

Riley se rió. - “No te puedo creer, Al”.

- “Tú necesitas nadar. Así que aquí está la manera”.

- “No puedo creer que pueda nadar aquí”.

- “En cualquier momento que lo desees”.

Alice se sintió de pronto preocupada de ver a Riley con los ojos llorosos, y era tan extraño en ella, que asustó a Alice. Pero entonces Riley se quitó sus zapatos y, sin ceremonia, levantó sus manos al aire y se zambulló en el agua tibia, con ropa y

todo.

Entonces Alice era la de los ojos llorosos, mientras Riley jugaba felizmente en el agua, y el mundo giraba normalmente otra vez.

Ellas caminaron hacia la casa, treinta bloques arriba por la Avenida Amsterdam, con Riley tropezando en el suéter y abrigo de Alice y en sus pantalones demasiado largos, y con Alice caminando a zancadas dentro de una doble capa de batas de felpa, columpiando una bolsa plástica con ropa mojada al lado de ella.

La Boda De Alguien

Capítulo 16

No había ninguna razón válida para que Paul no pudiera ir a la boda de etiqueta de Megan Cooley. Llevaba la parte superior y la parte inferior de dos trajes diferentes y zapatos marrones. Su corbata era de color turquesa.

Habría formas más fáciles de ver a Alice. Él podría haberse aparecido en su edificio de apartamentos, por ejemplo, o la podría haber llamado por teléfono. Pero no podría haber hecho notar su punto de ninguna de esas maneras.

- Se trata de Diana - dijo a la señora Cooley, presentando su cita al frente de la iglesia después de dar sus felicitaciones. Cuán particularmente feliz estaba esa madre en particular por estar emparejando a esta hija en particular.

Vio y felicitó a otras pocas familias de Fire Island. Los Greenblatts, los McDermott y los Rosenheims. Había algo con cada uno de ellos. Una bicicleta que les había robado, una casa en la que había logrado colarse, un baño que había obstruido, un altavoz que había volado. Lo perdonaron porque era rico y su padre estaba muerto.

Casualmente escaneó la asamblea, quitándose el pelo de enfrente de sus ojos. Su cabello estaba largo y con frizz que no había cortado desde el intento aficionado de Alice. El cabello largo ponía en evidencia la calidad del corte, y el suyo era una porquería. Pero él no siguió adelante, ¿no? A pesar de las tantas noches en que sentía que la odiaba, aún se aferraba a ella. Siempre odiándola, siempre aferrándose a ella, siempre por la misma razón.

Salvo por el breve intervalo en que la había amado en voz alta. ¿Ella siquiera lo recordaba? ¿Pensaba ella una vez en él por cada millón de veces que él pensaba en ella? Alice le acusaba de amnesia, pero ella era la que la había sufrido.

Estaban sentados en la parte trasera de la Iglesia al lado de Cooley. Miró hacia el frente. Ethan y Judy eran sus amigos cercanos. Ellos estarían cerca del frente. Buscó el pelo de Alice.

¿Y si ella no venía? Si ella no venía, habría desperdiciado una gran cantidad de energía.

No pensó mucho en su propia apariencia, pero se fijó en Diana, que era más hermosa que Monique y menos desafiante. Se olvidó por completo que había una novia hasta que todo el mundo se puso de pie y ella estaba caminando por el pasillo.

Ahora era el momento. Todo el mundo estaba de pie y mirando a la parte de atrás de la iglesia. Se estiró. Probablemente hubiera sido la única persona mirando en la dirección equivocada. Y allí estaba ella. Tenía a Riley en un

lado y a su papá en el otro. O al menos eso asumió. Podía ver sólo fragmentos de ellos. Judy estaba a mitad de camino en el pasillo con su cámara de plata. Paul sintió la mortificación de la madre de Alice por su comportamiento. Y tan pronto como reconoció este impulso hacia la compasión, retrocedió.

Quería pensar que Diana era más hermosa que Alice. Realmente lo intentó. Y era muy posible que lo fuera, desde un punto de vista objetivo. Pero no podía pensar de esa forma, y eso le molestó. ¿Cómo podría uno obligarse a sí mismo a agradecerle una cosa más que otra? ¿Cómo podría cambiar sus gustos? Recordó que Judy dijo una vez que, cuando era una adolescente, descubrió que el chocolate le hacía salir granos, pero no aprendió a dejar de gustarle. Era una de esas extrañas cosas sobre la que pensaba al azar a menudo.

Riley lo vio y lo saludó. Su sonrisa era suficiente para cambiar su estado de ánimo. Por un momento, él fue un ser humano nuevo. Hizo un gesto y le devolvió una sonrisa verdadera. Quería ser su amigo, Paul, su mejor yo. No alguien deteriorado, su versión amargada.

¿Qué pensaría Riley de Diana? Pensaría que era un farsante y poco más. Si hubiera sido cinco, o incluso tres años atrás, se lo diría a la cara, pero ahora no lo haría. Eso era un poco triste.

Riley estaba usando un vestido. La realización le golpeó lentamente. Parecía pequeña y juvenil, pero también bonita en su vestido. ¿La había visto alguna vez en uno? ¿Estaba Riley finalmente entrando en el bajo mundo en el que el resto de ellos vivían y cometían errores?

Él no podía realmente imaginarla allí.

Riley echó un vistazo a Alice. Paul lo vio suceder y contuvo la respiración. Riley señaló a Paul. ¿Qué sabía Riley? Eso significaba que Alice tendría que darse la vuelta. Eso significaba que tendría que saludarlo. Paul quería mirarla con enojo, pero se encontró devolviéndole el saludo, cohibido, neutralizado y decepcionado de sí mismo. El punto de esto era tener cierto control. Puso su brazo alrededor de Diana. Alice miró a Diana. No se preocupó por Immanuel Kant en ese momento, o la distinción entre las apariencias y las cosas en sí mismas. Se alegró de tener a Diana.

Riley estaba en el patio afuera de la recepción con los fumadores. A través de las ventanas y puertas de cristal se podía ver la imagen borrosa de la fiesta. Enmarcada y detrás de cristal, tenía más sentido para ella. Los colores y las formas hacían patrones en sus ojos. La mayoría de las personas eran indistinguibles, y sus palabras y gestos se fundían en una sola conversación, un mezcla de interacciones.

Principalmente, la persona que se destacaba era Paul. Parecía correcto no haberle hablado sobre su corazón, hasta que lo vio. Y luego, de repente, no lo pareció. No había imaginado que lo fuera a ver por aquí. La tomó por sorpresa. Y ahora la afligía. ¿Por qué no le había dicho?

¿Qué pasaba si alguien más se lo dijo? Odiaba esa idea. La haría sentirse víctima de la forma que más despreciaba. Los Cooley lo sabían, al igual que un montón de personas. Sus padres asumirían que Paul sabía. No estaba acostumbrada a la decepción y al matrimonio que requería. La primera mentira llevó a las demás. ¿Era así como había llegado hasta aquí?

Riley había sido la mejor versión de sí misma con Paul. Ella había pasado su época más feliz con él. Si pudiera mantenerse inamovible en la mente de Paul, entonces su verdadero yo se conservaría, existiría en un lugar al menos. Cuando estaba con él, incluso ahora, podía sentirse como la persona que había sido antes.

Y luego estaba la cuestión de Alice. En un principio, Riley no tenía la intención de impulsar un secreto entre Alice y Paul, pero eso era lo que había hecho. O quizás sí había sido su intención. Tal vez era lo que esperaba. De lo contrario, ¿por qué no había hecho lo correcto?

Ahora, ella y Alice estaban juntas, viviendo en casa de nuevo. El tiempo se movía hacia atrás, al parecer, y el futuro estaba en su mayoría olvidado. ¿Era eso lo que quería?

Pensó en la manera en que Paul había mirado a Alice en la iglesia. Nunca había visto a nadie así. O mirado a nadie de esa forma, ella sospechaba. Había estado con otros antes, pero sus pocos enredos románticos fueron breves y poco profundos, en su mayoría por curiosidad o por terminarlos de una vez. Nunca había querido a nadie como Paul amó a su hermana. ¿Estaba ella... celosa? ¿Celosa de Paul? ¿Celosa de su hermana? La idea le hizo temblar. Ella no podía pensar en Paul así.

- Es el efecto del kibutz - Catie Mintz, su amiga de NOLS (Escuela al aire libre nacional de la dirección de Estados Unidos) le dijo una vez, cuando había descrito su amistad con Paul.

- ¿Qué significa eso?

- Los niños que crecen en un kibutz juntos y actúan como hermanos. Casi nunca se enamoran.

No era la única razón, Riley lo sabía, pero quizás ayudaría a explicar por qué Paul siempre se mantenía a cierta distancia de Alice, la juzgaba con dureza y no le hacía caso cuando más quería de su atención. Porque él sabía que algún día querría amarla.

Riley no podía soportar la idea de Alice y Paul teniendo pena de ella. Se sentía el peligro, en sus sueños, todo a su alrededor, de ser sellada en el pasado. Estaba asustada de que estuvieran en la cúspide de una vida que no la incluyera y, como el verano pasado, que deliberadamente la mantuvieran en la ignorancia. Ellos fueron los que había iniciado los secretos.

Vio el verde turquesa de la corbata de Paul a través del cristal biselado, y luego él estaba con ella.

- ¿Empezaste a fumar? - Él preguntó.

- No me gusta estar en el interior con tantas personas. Ahora es tan malo aquí como allí. Desearía que los fumadores se fueran

- Nunca te vi en un vestido.
- Nunca te vi con una novia.
- Bueno
- Bueno.

Riley miró al suelo. Tenía que decirle. Tenía que pensar en la manera correcta de decirle.

- Hey, se supone que va a nevar durante todo el día de mañana. Si sucede, ¿quieres alquilar esquís en Paragon en la tarde? ¿Recuerdas cuando esquiábamos por la Quinta Avenida?

Ella se rió. Fue el último invierno de la escuela secundaria. Paul acababa de llegar a casa del internado para las vacaciones de Navidad. Había tratado de esquiar en la parte trasera de un autobús, y había casi conseguido una lesión.

- ¿Qué te parece? - Su rostro era tan igual, tan querido para ella.

Sus padres se morirían. Su corazón iba a explotar. Alice la mataría si ella no estaba ya muerta. Ella no podía decírselo.

- Iré - dijo.

Alice se sentó muy tiesa en compañía de sus verduras mixtas mientras que el empresario de productos básicos a su izquierda tomaba su tercer vodka tónico y pateaba su espinilla. Parecía demasiado esfuerzo el entablar una conversación, incluso con su padre sentado en la mesa. Estaba tan afectada por la conciencia de que no podía levantarse y hablar con la gente que conocía.

¿Cómo podría Paul haber ido allí con una mujer que lucía así? Era tan cruel. Era tan angustiante que él estuviera aquí con una mujer hermosa, a la moda, y ella que había llevado el vestido de su madre con el cinturón de oro y los protectores de hombros. Se habría visto mejor en un traje hecho de césped. ¿Por qué lo había hecho? Era la perversidad dentro de ella, la auto-negación de la culpa. Se merecía todo lo malo. Se merecía lucir mal al mismo tiempo de serlo.

- ¿Conociste a la novia de Paul? - Rosie Newell le preguntó, rodeando la mesa. Alice se dijo a sí misma que Rosie no tenía intención de ser cruel. Rosie había soportado su propio enamoramiento con Paul durante muchos años.

- Todavía no - dijo Alice.

- Ella es preciosa ¿no?

- Sí - Alice acordó con brusquedad. Estaba feliz cuando Rosie fue a bailar con el comerciante. Que la pateara a ella por un tiempo.

Paul bailó con su hermosa novia una melodía latina. Alicia deseaba que fuera un mal bailarín, pero no lo era. Cada persona en su mesa se levantó a bailar, incluyendo a sus padres.

Alice pasó algún tiempo a solas con su ensalada, masticando verduras y preguntándose si un pedazo se quedaría entre sus dos dientes delanteros.

Paul bailaba como un sueño. Haciendo ojos de enamorado a Diana. Él había seguido con su vida. Se había olvidado de ellos. Los había dejado atrás. Era bueno en eso. Lo podía hacer durante años.

Y, de inmediato, como para negarla a ella, Paul se tomó un descanso de su hermosa novia y le pidió a Riley bailar. Alice podía ver en su rostro que Paul no tenía idea de que algo estaba mal. Riley lucía feliz, y Alice se sintió relajada de poder formar la idea, por unos minutos al menos, de que nada estaba mal.

Para la siguiente canción, Paul interrumpió a de su padre para bailar con Judy. Era algo cursi, pero el tipo de cosa que Judy adoraba. Paul la hizo girar en el medio de la canción, y su madre lanzó un grito de alegre protesta. Bueno, por lo que no se había olvidado de todos ellos. Él sólo había olvidado a Alice.

Alice vio a su padre venir hacia ella. Por pena, iba a tratar de conseguir que bailara con él. Pero entonces tendría que ponerse de pie y mostrar su vestido en toda la gloria de 1991. No. Ella hizo una mueca hacia él antes de que pudiera pedirselo.

- No trates siquiera - murmuró por la comisura de los labios como si fuera Clint Eastwood.

Alice tenía hambre, pero no podía obligarse a comer. Se sentía mal.

Había tenido una cosa toda su vida, y si bien había sido una carga a veces, también había sido su mejor regalo. Paul la había amado. La hacía especial. Estaba ligado a su identidad desde el principio. Ahora ella lo había perdido.

El amor era una rosa, de acuerdo a la canción, y no se suponía que hubiera que cogerla. Bueno, ella la había cogido, y ahora tenía un puñado de espinas. Diana tenía la rosa. Rosie tenía al comerciante ebrio. Alicia tenía los protectores de hombros y un cinturón dorado.

Paul sabía que cuando fue por su sexto, ¿séptimo? vaso de vino, que iba a hacer algo estúpido. Se lo bebió con avidez y procedió, justo a tiempo, a abandonar la encantadora presencia de su encantadora cita. Se acercó a la mesa donde Alice se sentaba.

- ¿Quieres bailar? - le preguntó.

Ella no quería. Podía verlo.

- Lindo vestido - dijo, casi como un desafío.

Ella se puso de pie. Él sabía que odiaba retroceder. Ella le siguió a la pista de baile.

Le tocó de forma remota, bailaron su swing con un número mínimo de giros. Sus mejillas enrojecidas torpe y graciosamente.

- ¿Cómo te está yendo? - preguntó ella.

- He vendido la casa - le dijo un poco demasiado a la defensiva. ¿Hasta qué punto lo había hecho sólo para poder decírselo a ella?

No hay futuro, Alice. No hay esperanzas. Nuestras vidas no se cruzan más. Está todo en el pasado, ahora, oficialmente. La miraba tan intensamente, esperando una reacción, que era difícil dar a estas palabras mucha credibilidad.

Ella asintió. - Eso es lo que he oído.

Aggg. Ella había oído. ¿Qué podía hacer por una herida reciente?

- Es una buena sensación deshacerse del lugar finalmente.

Ella asintió.

¿Qué podía decir? *Me voy a casar. Nunca te he amado. ¿Cuál era tu nombre?* Era imprudente y estaba avergonzado de sí mismo al mismo tiempo.

¡Qué bueno sería si ella perdiera la compostura! Si tan sólo actuara como un bebé, así tal vez él no tuviera que hacerlo. Si tan sólo le gritara o lo acusara de algo, ¡qué alivio que sería!

Pero no lo hizo, por supuesto. Ella nunca lo hacía. Si lo hubiera hecho, no estaría en todo este embrollo, ¿verdad?

Él quería recuperar su amor de vuelta con tantas ganas. Las viejas técnicas no funcionaban más. De hecho, nunca habían funcionado. ¿Cómo se podía dejar de amar a alguien? Era uno de los misterios más brutales del mundo. Cuanto más lo intentabas, menos funcionaba.

Si ese vestido que llevaba no ayudaba, entonces, ¿qué lo haría?

La canción cambió a una lenta. Debería haberla dejado irse, pero él la atrajo hacia sí en su lugar. La olió y se aferró a ella, y la odiaba y se odiaba a sí mismo. Ahora tenía la maldición añadida de conocerla debajo del vestido. Puso su mano en su espalda y la abrazó más fuertemente de lo que debería haberlo hecho. Estaba terriblemente, lastimosamente hambriento de ella. ¿Por qué? ¿Qué tenía ella que él necesita?

Vio sus ojos, brillantes y redondos. Ella miraba por encima de su hombro, directamente al costado de su cabeza, pero aún así lo veía por el rabillo de sus ojos.

Él la dejó ir y caminó a su mesa, excitado, frustrado y miserable. Se preguntó acerca de esta noche, de esta empresa en su conjunto. ¿Por qué había llegado a esta estupidez? ¿A quién, exactamente, había intentado torturar?

Criogenia

Capítulo 17

Por un tiempo se pensó que Riley tendría que someterse a una cirugía para corregir las valvas fusionadas de su válvula mitral. (La válvula mitral: Localizada entre la aurícula izquierda y el ventrículo izquierdo). Eso pasó de ser las malas noticias a mediados de noviembre a una lejana esperanza en el final. La válvula aórtica estaba casi igual de dañada. Pensaron que podían arreglar su arritmia con un marcapasos. Pero incluso esa esperanza se desvaneció cuando los doctores encontraron más daños, tanto residuales y progresivos.

Cada vez que Riley regresaba del doctor, ella decía “parece que está todo bien”, y desaparecía por unas horas. Y cada vez, por la noche, su mamá le daría a Alice la historia completa, incluyendo sus temores. Había que alinear las nuevas botellas de la medicina: betabloqueantes, anticoagulantes, antibióticos. Todo para una chica que odiaba tragar una píldora.

A veces, Alice consideraba que la paciente de Judy y su hermana, Riley, eran dos personas distintas.

- Cada vez se ve más daño - Judy dijo al final del año -. La cirugía en una válvula o en otra no va a solucionar el problema.

Se quedaron congelados en enero, pero alertas y en espera. Riley iba regularmente al centro de trasplante, y debido a su edad y el progreso de su enfermedad, estaba cerca de la parte superior de la lista. Como explicó el médico, cuando su nombre apareciera y un corazón adecuado se pusiera a disposición, el trasplante se haría en cuestión de horas.

Riley fue equipada con un beeper que se enganchaba a los pantalones en todo momento. Podría llevar durante días o meses, dijo su médico. Así que esperaron. Mientras Riley iban y venían, Alice y sus padres tenían los ojos fijos en el beeper.

Una vez, en la mañana, cuando Riley lo dejó en el mostrador de la cocina, los tres se quedaron mirándolo como si fuera a saltar en sus manos.

- No es un corazón - Riley les dijo en tono de broma.

Más tarde, después de que Riley se fuera, Alice se sentó en la cocina sola y notó cosas que ella ya no notaba, como el estante de especias que Riley había hecho en el taller de carpintería en la escuela media. Se dio cuenta de la vasija horrible que había hecho ella a partir de serpientes de arcilla, que había cocido y traído a casa en tercer grado, en el que Judy aún ponía la sal. Allí estaban las dos plantas de hiedra que estaban puestas detrás, amigablemente en la ventana, recogiendo la poca luz que viene del cuadrado de cielo en la parte superior de la toma de aire. Alice y Riley había traído a la casa las plantas de una feria de hace años, y Judy había regado y

mantenido con vida durante todo este tiempo. Había amor expresado en lugares en los que por lo general uno se olvidaba de mirar.

Los siguientes días y semanas se demoraron en unidades de espera. Su padre llegó a casa durante sus descansos en la escuela. Su madre trabajaba más en el apartamento y menos en la biblioteca. Ella hizo los mandados de uno en uno. El dinero se iba evaporándose, y los planes de futuro no se hicieron. Cuando sus padres salían por la tarde, encontraban excusas tontas para llamar a casa.

Alice tenía miedo de pensar, incluso un día antes. Como un niño pequeño, vivía en el presente, y no seguía sus ideas alrededor de la esquina. Ella fue de una actividad a otra sin pensar mucho acerca de la mecánica del movimiento hacia adelante. *Todos vamos hacia atrás*, pensó Alice

A finales de enero, Alice reconoció que no iba a haber pocos días de espera, y que no se podía mantener un estado de alerta máxima durante meses. No formaba parte en el cableado humano.

- Yo no creo que quiera un corazón diferente - dijo Riley una vez cuando caminaban en el parque. Siempre que la temperatura era agradable, caminaban.

- Va a ser tu corazón una vez que está ahí - dijo Alice.

La miró muy cuidadosamente. Alice compulsivamente se imaginó el corazón, sangre bombeando y coágulos. Tenía demasiadas preguntas acerca de los medicamentos y la ingesta de sal y la retención de líquidos.

Riley estaba deseosa de alejarse de ellos.

- ¿Dónde has estado? - Alice le preguntó casualmente cuando Riley volvió a casa en una noche ventosa en febrero. Alice no quería admitir que había comprobado la temperatura al menos 10 veces desde el almuerzo.

- Yo fui al centro a ver a Paul.

Alice trató de no ahogarse con su saliva.

- Espero que hayan permanecido en el interior.

Riley le dio un vistazo.

- Entonces, ¿cómo está él? ¿Le dijiste? - Su voz salió un poco demasiado fuerte.

Riley se quitó la chamarra.

- Está bien. Nos hemos divertido - dijo, un poco demasiado alto -. Y no, no le dije. Me siento bien ahora. Es mucho más divertido pasar el tiempo con personas que no saben que estoy enferma.

- Muchas gracias.

- En serio, Al. Sé lo mucho que te preocupas por mí, pero eres un dolor en el culo.

La gente deja un montón de cosas atrás cuando va al agua. Su ropa, sus cosas, su composición, sus fijadores para el cabello, sus voces, sus oídos, sus ojos, al menos, cuando ya se son experimentados. “La gente luce casi igual a todos bajo el agua” un instructor de buceo le dijo a Riley una vez.

Algunas personas pierden su individualidad en el agua, pero Riley siempre se sintió más como si misma. El agua debía simbolizar la renovación, lo sabía, pero cuando nadaba se sentía sola, inalcanzable, tenía un sentido más profundo de lo que ella tenía.

El océano era el mejor lugar, por supuesto. Eso era lo que más quería. Era una sensación de libertad como ninguna otra, y sin embargo, de la comunión con todos los otros lugares y las criaturas que había en el agua. El océano era lo mejor, pero una piscina recalentada en la cima de un edificio en West 68th Street tendría que ser suficiente.

Riley se empujó fuera de la pared e hizo una serie de patadas bajo el agua en una larga brazada. Ella construyó el ritmo lento entre las brazadas y las patadas. Hacía estilo libre y pecho en la primera mitad de milla, y libre y espalda para la segunda. Se había prometido a sí misma desde el principio se detendría después de una milla. Eso era lo que se permitía a sí misma.

Los movimientos repetitivos de sus extremidades eran como una meditación, el estiramiento de los músculos era un narcótico. Oyó su respiración e incluso su corazón. Poco a poco se perdió en la conciencia de las pocas personas en la piscina, la actividad en la cubierta, el zumbido de la ciudad más allá del cristal.

Las cosas normales no podían seguirla aquí. Uno puede escapar de las exigencias del mundo. Incluso las exigencias impuestas a ti mismo parecían disminuir y reorientarse bajo el agua. No se oía y no se podía hablar. Sus oídos estaban llenos, pero estaba tranquila. Vuelta a vuelta, Riley aumentaba lentamente su ritmo, y hacia el final, cayó de nuevo. Ella se resistió a la sexagésima cuarta vuelta, al final.

El problema con la natación era que finalmente tenías que salir. Había que secarse y ponerse todas sus cosas de nuevo. Tenías que volver a ser tú mismo de nuevo, o, en su caso, menos que eso. Las demandas aún estaban allí, esperando.

La luz parpadeante anunció un mensaje en la cocina, y le dio a Alice un mal presentimiento cuando llegó del parque. Sus dedos estaban congelados y torcidos cuando presionó el botón.

“Ésta es la oficina del Dr. Braden, en el centro de trasplante. Estamos tratando de comunicarnos con Riley” el mensaje comenzó. A continuación, dio instrucciones de devolver la llamada urgentemente. El siguiente mensaje era de la misma recepcionista un poco ansiosa, y el tercero era del mismo Dr. Braden. Todos habían sido grabados en los últimos cuarenta minutos.

Alice sentía un pánico acondicionado. Había previsto este pánico, incluso lo puso en marcha varias veces antes de esto. Con los dedos tiesos, marcó hacia el beeper de Riley y luego a su teléfono celular, y no obtuvo respuesta. O el teléfono estaba muerto o Riley era negligente.

Alice esperó preocupada. Estas fueron las dos ocupaciones en las que había vertido la energía de estos últimos meses, pero no había obtenido ninguna mejora en ellos. La práctica no ofreció ninguna ventaja.

Llamó una y otra vez y otra vez. La sexta vez, Riley respondió.

- ¿Cuál es tu problema?

- ¿Has hablado con el Dr. Braden?

- No. ¿Por qué? - Alice podía oír la respiración de Riley.

- Verifica tu beeper.

Hubo una pausa. - Yo te llamaré - dijo Riley.

Se reunieron más tarde en el apartamento. Judy y Ethan estaban allí también. Riley tenía sus pies con calcetines en la mesa de la cocina y se empujaba a sí misma hacia atrás en la silla.

- ¿Estás segura de que es demasiado tarde? - dijo Judy. Los tendones de su cuello sobresalían.

- Estoy segura. El Doctor Braden está seguro.

- ¿Alguien más lo tiene? - Judy perseveró.

- Sí - dijo Riley -. Hay un feliz receptor de un corazón esta noche.

- Pero no nosotros - dijo su madre.

- No yo - dijo Riley.

- Cariño, ¿por qué no recibes la llamada? - Ethan preguntó. Se agarró de la parte trasera de una silla vacía -. Yo no entiendo qué pasó.

Alice se preocupaba de que Riley se empujara demasiado en las patas traseras de la silla y que cayera al suelo. Qué irónico sería que Riley se rompiera el cuello después de todo esto.

- Explícanos, por favor - Judy dijo firmemente -. Tenemos estos sistemas puestos en su lugar por una razón.

Riley golpeó la silla en el suelo al apoyarla en las cuatro patas.

- Yo estaba nadando - dijo, su voz inflexible -. Eso es lo que estaba haciendo.

Riley estaba más animada. En los días que siguieron, les prohibió hablar de la lista. No iban a hablar de la temperatura en el exterior o la ingesta de sal o pastillas.

- Juro por Dios que me voy a mudar de casa si lo hacen - Riley amenazaba. Ella dejó de decirle a nadie de sus citas y le prohibió a su madre de ir con ella. Ella no dio actualizaciones después de que ella se iba.

- Dejar de mirar el beeper - le espetó a Judy una mañana, cuando estaba simplemente reposando en la mesa de café.

Tarde en la noche en esa misma semana, Alice escuchó a su hermana hablando con su padre.

- No quiero convertirme en esta enfermedad - oyó decir a su hermana -. Siento que me llevará y que ya no quedará nada de mí.

Bajo las luces fluorescentes de la farmacia, Riley no reconoció a su hermana por un minuto. El contexto era extraño y desagradable, pero era más la expresión en la cara de Alice. Riley fue lanzada por la interioridad en blanco en el rostro de Alice, la ausencia de calor y la animación que llevaba siempre para ella. Era un truco ver a alguien que amaba sin ser visto, especialmente raro con Alice.

Riley estaba oculta por una torre de antitranspirantes, por casualidad hojeando una pared de cepillos de dientes. Alice llevaba un registro. Los otros tres en la fila estaban vacíos. Con nadie a quien llamar, Alice miró vagamente por el pasillo de champú. Una mujer encorvada apareció, tratando de comprar un billete de lotería. Un hombre se movía más allá, señalando algo colgando detrás del mostrador, tal vez las pilas.

Este lugar no guardaba relación con el exterior. Era la pesadilla de Riley, en cierto modo. No hay ventanas para mirar hacia afuera. Capas de puertas para mantener fuera el aire. No es que el aire fuera tan fresco en Eleventh Avenue. La luz amarilla era espesa, la música era mala. Nadie se veía bien en esos uniformes, pero nunca había visto a su hermana parecer tan simple. A veces era una dificultad tener una hermana hermosa, pero no había alegría en verla con mal aspecto.

Riley no quería quedarse, pero ella no podía irse, tampoco. Podía entender a Alice que trabajaba en el parque por el salario mínimo, pero no podía entender que trabajara aquí para nada. ¿Era de aquí de donde el dinero para su membresía de natación venía?

¿Qué haces, Alice?

Alice salió por la tarde y les dijo que iba a ver a sus amigos. Sus padres tomaron una comodidad casi perversa de eso. Alguien en la familia necesitaba vivir su vida. ¿Qué pensarían si vieran dónde Alice realmente fue?

Alice tenía que estar en la escuela de derecho, no vendiendo billetes de lotería. Todos ellos tenían un papel que desempeñar dentro de su familia. Alice era el jugador de la liga alta, la esperanza de cuello blanco de la familia. Ella se estaba cayendo en el trabajo.

Riley recordó el día en que Alice había recibido las cartas de las universidades en las que había aplicado. Riley había vivido en Jackson Hole, Wyoming, durante ese invierno. Había vuelto a casa por un par de semanas en la primavera antes de ir a Fire Island para abrir la casa. Sus padres

habían visto a Alice abrir los sobres con nerviosismo, animada al descubrir que había recibido aceptación en seis de los ocho lugares, incluyendo Dartmouth, donde había terminado yendo. Esa noche, sus padres organizaron una cena de celebración en el Moon Palace en Broadway. Riley había estado feliz por Alice. En su mayoría, de todos modos. Esa era su intención. Pero, en el último minuto, Riley se había saltado la cena, alegando que había tenido algo más que hacer. Se había corrido alrededor de la reserva en el Parque Central, kilómetro tras kilómetro, en la oscuridad profunda. Lamentaba haberlo hecho, cuando pensaba en ello. Ella no había tenido la intención de poner triste a Alice en su gran noche.

Uno no se podía enojar con Alice. “Estaría feliz de entrar en una escuela”, le había dicho. Ella habría compartido su buena fortuna si hubiera podido.

Riley recordó un día, tres años antes, también en abril, cuando unos sobres habían llegado para ella. Había abierto los sobres en secreto en su habitación, así como en secreto había llenado las solicitudes. Cuando las cartas fueron todas delgadas y las respuestas fueron todas que no, ella quería ser capaz de decir “yo quiero ir a un programa de instructor en NOLS. Es lo que yo quería todo el tiempo”. Tal vez lo era.

“Yo elegí esto” quería ser capaz de decir. “Yo siempre elijo”.

Con los dedos entumecidos en gruesos guantes de jardinería, Alice despejó las hierbas a lo largo del camino de herradura. Era una nueva misión y un nuevo escenario, del que Alice estaba agradecida. El viejo escenario había absorbido sus preocupaciones en el tiempo. Con el tiempo, probablemente este también. No había mucho que hacer, pero había poca gente para hacerlo. Todo el mundo quería trabajar en el parque en primavera y en verano. En febrero, los voluntarios en su mayoría se habían ido, y la fuerza de trabajo era poca. Alice había pasado mucho tiempo sola en febrero, y el aire era tan frío que sus pensamientos disminuían hasta casi un punto muerto. Le sentaba bien.

Alice vio a un caballo trotando ruidosamente. Nunca había montado a caballo. Vio a las personas y sus perros. El pueblo parecía frío, y los perros parecían felices. Ella vio a un perro pequeño llevando un oso de peluche grande y desigual, y aunque a ella no le gustaban los perros pequeños, pensó cómo se veían de lindos cuando llevaban objetos más grandes que ellos mismos.

Vio pasar a un corredor con paso ágil y elegante que le recordaba a Riley. Era un paso grande y conocido, pero que ella no había visto en mucho tiempo. Se imaginó a Riley corriendo en la playa y corriendo a lo largo de los paseos peatonales y corriendo hasta llegar a la calle 97. Era más difícil imaginarla caminando. Riley podía correr dos millas en el tiempo en que tardaba Alice en correr una.

De repente, Alice se paró. Se sacudió los grandes trozos de tierra fría y entró en el camino, su corazón comenzó un caótico golpear en el pecho. Ella miró

el corredor mientras caminaba rápidamente, a punto de doblar una esquina. Alice estaba aún lo suficientemente cerca como para gritar y ser oída, y ella abrió la boca para gritar, pero se contuvo. Ella sólo observó, con un sentimiento misterioso pasando a través de ella.

Si Riley quería correr, Alice no podía detenerla. Todo lo que podía hacer era mirar. Y así lo hizo. Ella miró y recordó, y fue una visión extrañamente hermosa

Riley no se sentía bien esa noche. Ella no dijo nada, pero todos podían verlo, y Alice sabía por qué. Judy quería llamar a su médico, pero Riley dijo que no.

- Yo no soy menor de edad - dijo Riley, y acabó con el argumento de esa manera.

Más tarde, Alice fue y se sentó en la cama en la habitación cerca de Riley. Ella consideró las pocas cosas que dejó allí de cuando se fue de casa la primera vez: una foto de Alice y Riley abrazadas en la cima de una colina en el Parque Central cargadas de nieve, una vieja foto de Riley y Paul y un gigante pescado azul en un barco de pesca en la bahía de South Bay.

- Me pasé a trabajar por el camino de herradura en el parque hoy - dijo Alice. Miró a Riley, y Riley la miró, y ambas sabían lo que significaba.

La mandíbula de Riley estaba apretada, y Alice trató de pensar en la mejor manera de enfrentar el tema. Ella quería pensar en una buena manera de expresar su angustia y también su amor. Y luego se dio cuenta de que no había manera buena, porque las dos cosas no podían encajar.

Su comodidad y la comodidad de Riley no son necesariamente la misma cosa. Ella comenzó a sentir que sus objetivos y los de Riley posiblemente eran muy diferentes. A veces tú tienes que reconocer lo que los separa con el fin de estar más cerca.

- Me encanta ir allá - dijo Alice finalmente -. Con todos los perros y los caballos.

Le tomó a Riley un par de minutos el darse cuenta de que Alice no iba a decir nada más.

Con el paso de la noche, la cara de Riley se fue relajando hacia un viejo tipo de dulzura. Mientras Alice hojeaba el New Yorker en una de las dos camas de Riley, Riley se durmió con su tobillo tocando el de Alice.

Le llevó a Paul un minuto reconocer la cara de Ethan en el vestíbulo del edificio de filosofía en Mercer Street. Su primer impulso incontrolado fue felicidad, luego llegó la sospecha.

- ¿Qué estás haciendo aquí? - Preguntó.

- Tenía la esperanza de encontrarme contigo - dijo Ethan. Parecía verse mucho mayor para Paul. Tal vez era el verlo en el invierno. Ethan era un hombre del verano.

- ¿Es esto como una operación de vigilancia? ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

Ethan miró su reloj. - Veinte minutos. Riley me dijo que había un seminario en este edificio.

- Podías haber llamado a mi teléfono celular - señaló Paul, sintiéndose un poco hipócrita.

- Yo podría haberlo hecho.

Cuando Paul salió por la puerta, poniéndose la chaqueta a su alrededor, Ethan lo siguió.

- ¿Qué estás estudiando? - Ethan preguntó.

- Filosofía.

Ethan se mantuvo paciente. Él había lidiado con un montón de rechazo, y era bastante bueno en ello.

- Yo reconozco eso. ¿Qué tipo de filosofía?

Paul se volvió a mirarlo mientras caminaban. - La filosofía moral

Ethan asintió.

- Y política - añadió en un murmullo.

Recordó cómo Ethan intentó tomar un papel en su educación. Ethan fue quien le enseñó a leer en el verano entre el segundo y el tercer grado, cuando su escuela había amenazado con echarlo. Ethan había leído todo "El Señor de los Anillos" para él y Riley durante el verano muy lluvioso después de cuarto grado. Paul no quiso decirlo, pero le encantaba estar tumbado en el sofá con sus piernas apuntando en una dirección y las de Riley en otra, con Ethan sentado en el sillón tapizado de marrón, mientras inventaba todas las voces diferentes. *Ethan pudo haber sido un actor*, Paul veces pensaba.

Oían la lluvia y el viento mientras se mezclaba con el sonido del océano. A veces Alice se acurrucaba con ellos. Paul casi podía sentir la forma en que sus codos excavaban en él cuando se metía a sí misma entre su cuerpo y la parte de atrás del sofá. Él siempre se quejaba, pero le encantaba eso. Alice se desvanecería en las partes de miedo, y Paul se burlaba de ella al respecto.

En esa época, Paul había pensado que Ethan lo quería, pero más tarde cambió de opinión. No era en él en quien Ethan se interesaba. Ese verano, después del cuarto grado fue el más feliz, y sin embargo, terminó tan mal.

- ¿Estás disfrutando? - Ethan preguntó.

- Claro

- ¿Vas por el doctorado?

- Ese es el plan - dijo Paul. Ethan había renunciado a su doctorado en historia de los Estados Unidos en algún lugar en medio de su disertación. Una vez había oído a Ethan, en el picnic anual frente a la bahía, describiendo su carrera académica como ABD (N. de la Correctora: *All But Dissertation*) que más tarde aprendió significaba "Todo Menos Tesis". Lo que parecía encajar con Ethan: lleno de intención, pero inútil.

Caminaron a través de Washington Square Park, en el arco triunfal. Paul se preguntó cuánto tiempo Ethan se quedaría con él. No le dio mucho crédito a la resolución de Ethan.

- ¿Has visto a las chicas recientemente?

Ahora Paul comenzó a caminar más rápidamente. ¿Ethan sabía algo? La idea no se le había ocurrido, pero ahora sintió una oleada de agitación.

- Vi a Riley una semana atrás - dijo con tranquilidad.

No quería que Ethan supiera acerca de él y Alice.

- ¿Cómo se veía para ti?

Paul no lo escuchó. Él hizo un giro brusco en la 8th Street.

- Escucha, tengo que estar en alguna parte, y ya estoy llegando tarde. Llámame si necesitas algo, ¿vale?

Paul dejó a Ethan parado en la Quinta Avenida y se dirigió a toda prisa hacia el lado oeste por ninguna razón en absoluto. Estaba aliviado de que Ethan no tratara de seguirle. Sólo más tarde Paul se dio cuenta que, en su petulancia y su narcisismo, se había olvidado de preguntar a Ethan por qué había venido.

La Ruptura en la Red

Capítulo 18

En el temprano Marzo, Alice se movió a su nueva tarea: limpiar el Patio Antiguo. Éste se encontraba al Lado Este de la Calle 84, justo al norte del Museo Metropolitano. Era uno de los Patios más grandes de la ciudad de Nueva York, y Alice lo recordaba bien. Cuando sus padres la llevaron al museo, Riley conseguía inquietarse, y su recompensa era siempre visitar ese patio al final.

El trabajo de Alice suponía fregar los baños, lo cual no le había mencionado a su madre. Estaba feliz de haber conseguido un trabajo en marzo en lugar de en agosto. En agosto eso, realmente, habría comenzado a apestar. La ciudad entera apestaba en agosto, lo cual era porque la gente que podía permitírselo, incluso a duras penas, se iban a la playa.

Alice estaba contenta en su tercer día en el patio, cuando Riley apareció. Aunque hacía calor, se alegró de verla.

- ¿Qué estás haciendo aquí? - preguntó Alice, pero no de manera preocupada. La cara de Riley estaba demasiado animada para tener malas noticias.

- Te imaginé aquí y no me pude resistir - dijo Riley.

Mientras Alice barría las hojas caídas, Riley se columpiaba en la cuerda pirata, gritando cosas a menudo.

El lugar estaba casi vacío. Por el frío, razonó Alice, y porque había colegio.

Después de que Riley se cansase de la oscilación de la cuerda y de subir a la cima de la torre, ella volvió y se sentó en la arena mientras Alice rastrillaba.

- Me gusta toda la arena de este patio - comentó. Allí no había cajas de arena, pero sí grandes lagos de arena subyacentes a la mayor parte de las estructuras para jugar. Alice recordó que su madre las hacía quitarse sus zapatos y quitarse la arena de ellos antes de subir en el autobús para ir a casa.

Un poco después, también Riley comenzó a rastrillar. No con un instrumento, sino con sus dedos.

- Hey, mira - dijo, sosteniendo un pedazo de cristal roto.

Alice lo cogió y lo puso en la bolsa de la basura.

- Has encontrado algo bueno.

Riley trabajó con diligencia y con satisfacción creciente por cada cosa potencialmente peligrosa que encontraba y apartaba.

Sobre la hora de comer, la señora Boxer, la jefa de Alice, apareció. Ella vio a Riley ayudándola con la arena y lo observó con una cara suspicaz.

- No les pago a las dos - dijo.

- Está bien - dijo Riley con tono agradable.

- Lo sabemos - dijo Alice.

A la semana siguiente, el tiempo cambió. Alice sabía que era, probablemente, una promesa vacía, o, en el último de los casos, una prematura. Pero aún así, a su piel parecía crecerle un millón de poros adicionales, y todos ellos se abrían para recibir el calor y la dulzura del aire. El sol en su cara la hacía querer llorar. Estaba feliz de que el patio estuviese vacío y de que Riley no apareciese ese día.

Reclinada sobre la arena, sintió el deshielo en sus huesos. Sus músculos, sostenidos tan tensos durante meses, se volvieron agua. No estaba segura de poder reanudar su rastrillar, o incluso irse a casa.

Al interior de estos millones de poros abiertos iba la luz del sol y otros sentimientos también. Dentro y fuera. Ella era porosa.

El aire olía como la playa. El sol olía como el sol. Los baños, una docena de yardas más allá, olían como baños. Ella escuchó a los coches y a los autobuses rugir justo en sus pies, discordantes con el cielo sobre su cabeza y la arena bajo ella.

Pensó en Paul, y en cómo sintió su espalda arenosa cuando sus brazos le rodearon por primera vez. Pensó en Riley y los linóleos chinos y los sándwiches de huevo y cómo los baños la reconfortaban pero las duchas no. Pensó en sus pérdidas. Las sacó hacia fuera y hacia dentro y hacia fuera. Se sentía con una tranquilidad opresiva.

Se sintió estúpida cuando la señora Boxer proyectó una sombra sobre ella y preguntó qué estaba haciendo. Ella se incorporó rápidamente.

- Yaciendo aquí por un minuto. - Dijo Alice, limpiándose los ojos con el dorso de su mano y la nariz con el otro lado.

Cuando ella volvió al apartamento, vio a Riley leyendo un libro en el sofá.

- ¿Qué estás leyendo?

Riley giró la cubierta hacia Alice, mostrando a una mujer con el pelo color carmesí, su corpiño con escote, abrazada por un aventurero de pelo largo. Eso la hizo reír.

- "Anna y el pirata." - leyó -. ¿Es bueno?

- Bastante tonto - dijo Riley -. Aunque bueno.

Alice no pudo recordar otro momento de Riley leyendo un libro de su gusto.

Alice se sentó a los pies del sofá. Se dio cuenta de que todavía llevaba el sol en la superficie de su piel.

- Hoy es un día bonito. Puedes sentir un poco del verano.

Riley hizo un gesto con la cabeza. Ella la miró con cansancio.

- Fui a caminar más temprano.

Alice se sentó con las piernas cruzadas mientras Riley ponía los pies en su regazo y siguió leyendo. Estaba bien. El apartamento estaba tranquilo por una vez, sin sirenas de ambulancias o ruidosos camiones en la Avenida Ámsterdam.

Luego de un rato, Riley puso su libro boca abajo y se movió hacia arriba para dejar un poco más de espacio a Alice. Ella se fue hacia el otro lado, por lo que quedaron colocadas en sentidos opuestos, con los pies con calcetines de Riley descansando sobre el estómago de Alice y los dedos de los pies de Alice cerca de la barbilla de Riley. Esto le produjo un sentimiento familiar.

- ¿Puedo decirte una cosa?

- De acuerdo.

- Es sobre papá.

Alice cabeceó.

- ¿Recuerdas cuando engañó a mamá hace años y me preguntaste si sabía quién era la persona?

Alice cabeceó otra vez. Su corazón empezó a palpar notablemente.

- Lo sé.

- ¿De verdad?

- Sí.

- Entonces, ¿quién era?

- Era Lia.

Alice oyó la palabra. Entró en su oído, pero no llegó a su cerebro.

- ¿La madre de Paul?

- Sí.

- ¿Papá tuvo una aventura con Lia? - el concepto aún no entraba en su cerebro. No parecía ser capaz de asimilarlo -. ¿La madre de Paul?

- Sí.

- Pero simplemente no puede haber sido ella. Papá decía que era peor que un dolor en el culo.

Riley soltó todo el aire despacio.

- Puedes creerme, Alice.

- ¿Cómo lo sabes?

Riley inclinó la cabeza, pensando.

- Porque los vi.

Alice percibió la fragilidad de Riley. No quería presionarla.

- Tú los viste... ¿juntos?

- Tan juntos como dos personas pueden estar - dijo Riley. Ella la miró seria, pero levantó su libro como demostración.

- Oh, no... - el nombre de Lia llegó hasta su cerebro, se acababa de sentar allí, poco dispuesto a irse o a disolverse.

- Paul y yo, los dos - Riley tiró del cuello de su camiseta hacia arriba sobre su barbilla -. Estábamos en la bahía, intentando pescar un pez con la red. ¿Recuerdas la vieja malla con el asa verde?

Alice cabeceó. Se la podía imaginar perfectamente.

- ¿Recuerdas que tenía un desgarrón? Paul tuvo la idea de que podríamos emplear hilo dental para fijarla. Dijo que su madre tenía hilo dental, por lo que fuimos corriendo a su casa y subimos las escaleras para cogerla del baño.

Alice cabeceó de nuevo, despacio.

- Apuesto a que no llamasteis.

- No.

- Oh, no - una parte de Alice deseó saber la parte morbosa. Pero un vistazo a la cara de Riley le bastó para no preguntar -. ¿Qué hizo Paul? - ella no pudo preguntar qué hacía su padre o Lia.

- Me agarró del brazo y corrimos fuera de allí. Me sentí enferma y mareada, lo recuerdo. Nos quedamos de pie en mitad de Main Walk. No sabíamos qué hacer.

- Entonces, ¿qué hicisteis?

- Yo volví a casa. Él también se fue a algún lugar. No sé dónde fue, pero no pudo ir a casa, ¿no? No nos vimos ni hablamos entre nosotros durante los siguientes tres días.

- Creo que recuerdo esos días.

- Y en el cuarto día, él vino para el cereal como era costumbre y fue el final de todo.

- ¿Qué quieres decir con que fue el final de todo?

- Para nosotros, quiero decir. No hablamos sobre ello de nuevo.

- ¿Nunca hablaste sobre ello?

- No. - Riley se encogió de hombros -. No directamente. No podíamos.

- Dios.

- Papá intentó hablar conmigo de ello, pero me negué.

Alice cabeceó.

- Me hizo ir a ver al psicólogo cuando comencé quinto grado.

- Lo recuerdo.

- No quise hablar con mamá, tampoco. Lo creas o no, no había hablado de verdad con alguien de esto.

Alice se sintió aturdida y un poco mareada. Deseó no tener un millón de poros, sino uno o, quizás, ninguno. Pensó en preguntarle por qué había

elegido hablar de ello ese día, como si necesitaras un corazón con la mitad trabajando en orden para hacerlo, pero no estaba segura de querer saber la respuesta.

Miró a Riley cautelosamente.

- ¿Hay alguna otra cosa que necesites decirme?

Riley pensó en ello y sacudió su cabeza.

- ¿Tienes alguna cosa que necesites decirme?

Alice había estado feliz de ver a Riley en el patio, pero las visitas tienen su límite. No estaba feliz de verla bajo la luz fluorescente de Duane Reade.

- ¿Qué pasa contigo y con mis lugares de trabajo? - preguntó Alice. Estaba enconándose y preguntándose, pensando en Lia y en su padre y en todos los hechos relacionados con ellos que hicieron del pasado un lugar menos confortable que esperar.

- Estoy revisando - dijo Riley rotundamente.

- En serio, ¿qué estás haciendo aquí?

- Te he seguido. Encontré tu uniforme y sabía que no era de papá o de mamá.

- Eres como un sabueso.

Riley miró alrededor.

- Me estás poniendo triste, Al.

Alice apretó algunos botones en su registro.

- ¿Por qué estás aquí? - quiso saber Riley -. ¿Qué estás haciendo trabajando aquí?

- Suenas como mamá.

- ¿Piensas que estáis haciendo esto por mí?

Alice sacudió su cabeza.

- Porque si es así, tú deberías pararlo.

Alice miró su uña del pulgar.

- Deberías tener un buen trabajo. Uno verdadero. Tú puedes hacer algo mucho mejor que esto. Se supone que eres la lista.

Alice comenzó a llorar contra la manga de su blusón. El material era demasiado aceitoso y sintético para simular absorber sus lágrimas. No pudo decir nada.

Alice pensó que ella había sabido lo que estaba haciendo allí, pero ahora se daba cuenta de que no era así. Pensó que sabía el tipo de culpa que la había obstinado, pero había más tipos que ese.

Habría dado cualquier regalo que tuviese a Riley si pudiese. Y si no podía, habría fingido por el bien de las dos que no los tenía.

Una mujer de setenta años que llevaba un suéter verde de Fair Isle se acercó al mostrador con un multipack de cepillos de dientes.

- ¿Está abierto?

- Sí - dijo Riley. Fue detrás del mostrador y movió a la llorosa Alice hacia un lado. Cogió el paquete de cepillos de dientes.

- Son ocho noventa y nueve - dijo.

- ¿Trabajas aquí? - preguntó la mujer.

- No normalmente - respondió Riley. Tenía un sentido general para trabajar como vendedora.

La mujer le entregó diez y Riley le dio su cambio de la caja registradora.

- Gracias - dijo, dándole el recibo -. Que tenga una buena noche.

Alice la estaba mirando ahora. Todavía estaba llorando, pero también divertida.

- Algún día me haré con un buen trabajo - dijo Alice, secándose la nariz.

- ¿Qué estás esperando? - preguntó Riley.

Alice se encogió de hombros.

El paseo del metro era familiar y largo. El entusiasmo de Riley la llevó a otros tiempos. Su mente no sabía preocuparse. Ella había confiado en su corazón. Sus pies no se habían sentido como entonces.

Desde que ella les había prohibido a sus padres hablar sobre las preocupaciones, había más tiempo y tranquilidad para ella. Puso una mano en su pecho, como ella había hecho otras veces.

En la entrada del acuario, ella pagó con su dinero y caminó por el torniquete. El cajero le ofreció un mapa, pero ella lo rechazó con buenos modales. Éste era un lugar cuyos caminos ella conocía. Primero, ella pasó bajo el amplio y oscuro vestíbulo, hacia la zona submarina donde se veían a los delfines.

Al principio, ella no vio ningún delfín y, entonces, vio uno. Era Marny, pensó, aunque su única, gruesa y brillante piel parecía dañada y fina. También parecía más vieja. La mirada que le dirigió a Riley le provocó dolor.

Por alguna razón, Riley no pudo evocar el fingimiento del hábitat. Vio el sumidero, los mecanismos, las fosas y las manchas en el yeso. El agua estaba sucia, amarillenta. No pudo ver más allá de eso y creer que era un pedazo del mar.

Caminó despacio alrededor de los tanques y los pabellones. Era una mañana de martes, y el lugar estaba casi vacío excepto por un infeliz grupo

de niños escolares. Parecían estar en séptimo u octavo grado, pensó. Vio a las gaviotas revoloteando, chillando, de mal humor, comiendo granos de palomitas del asfalto. Además de Riley, ellas eran las únicas que habían elegido estar allí.

Riley prestó atención a las grandes criaturas con grandes rostros y grandes aletas, pero ese día la virtuosa nutria y la morsa parecían trágicos y fuera de lugar. ¿Qué les diferenciaba si nadie quería verlos? Ella pasó mucho tiempo estudiando los pequeños tanques con multitud de andantes y cosas nadadoras, donde se podía tener la sensación de que era un ecosistema entero. Estas pequeñas criaturas se conservaban a sí mismas, no te diferenciaban de los otros, y parecían estar en mejores circunstancias por ello.

Ella solía desdeñar las exposiciones de la vida marina local. Siempre eran marrones. Pero ese día, ella contempló con más cuidado y vio más cosas. Leyó los letreros.

Sintió las piernas cansadas, y un poco mareada cuando se impulsó para subir los peldaños hasta el antiguo estadio de los delfines.

Un trabajador solitario estaba fregando los lados del tanque con una esponja de mango largo. Se respiraba el olor de viejo arenque salado y el agua muerta, tan húmedo, y el olor tan fuerte que se quedaba en la nariz. Vio la familiaridad de la espalda gris de Marny, pero Marny había preferido permanecer bajo.

- ¿Qué pasó con Turk? - Riley preguntó por la piscina al hombre de la esponja.

El hombre levantó la vista.

- Murió el año pasado. Se supone que vamos a conseguir un nuevo par.

Riley asintió con la cabeza. Anduvo alrededor de la cubierta, preguntándose lo que eso significaba para Marny. Deseaba que Marny saliera a la superficie durante un minuto o dos, a nadar sobre su espalda, como solía hacerlo. Hubiera sido un gran consuelo.

Riley salió de la pecera y en la incomparable playa de Coney Island. Siguió con los zapatos puestos, pero se rindió a la arena. El viento de primavera se le metió en el interior de su chaqueta y bajo su sombrero. La arena, el mar y el cielo eran tres bandas horizontales claras, el color ancho, plano.

Vio cómo el agua bajaba por sus ojos. Sentía una mezcla de cosas para Turk, triste por la pérdida de él, feliz por su liberación, se sentía triste por Marny.

Paul estaba sorprendido de que Riley quería reunirse con él para el café. A ella no le gustaba el café, y nunca quería hacer nada en el interior. Cuando ella apareció, parecía cansada y pequeña.

- ¿Qué está pasando? - Preguntó.

- Espera - dijo. Fue al mostrador y volvió con dos chocolates calientes. Ella le dio una a él, aunque él ya tenía una taza de café.

Era extraño verla en este entorno, caminando entre extraños, contando el dinero. Era como si hubiera sido cortada y pegada en la escena, y hubiera sido puesta a sacudidas, no usando la más nueva o mejor tecnología.

- ¿Está todo bien? - Preguntó.

- Bueno. Eso es lo que yo quería hablar contigo, acerca de...

Sintió un creciente malestar, trepando desde el fondo de su estómago. Se puso las manos sobre los muslos, los pies en el suelo, centrándose en la tierra.

- Debí habértelo dicho meses atrás, pero no quise decir nada - Trató de agitar la crema batida en su chocolate caliente -. Alice quería decirte, pero yo no se lo permití.

Él asintió con la cabeza. - Está bien - Esto tenía la cualidad de obligarlo a mirar algo que sabía que no quería ver.

- Yo no tengo ganas de decirle toda la cosa, y yo no tengo ganas de responder a las preguntas al respecto...

Él asintió con la cabeza de nuevo. El malestar fue general ahora, se extendió por todas partes.

- He tenido la enfermedad cardiaca reumática, probablemente dos veces. La primera vez yo era muy joven. La segunda vez fue el pasado verano, y era más grave.

Dio un sorbo de café. Entonces bebía chocolate caliente.

- Puede haber habido algún otro problema subyacente con mi corazón. De todos modos, la he pasado mucho peor.

Él asintió con la cabeza. Expresiones habituales de dolor no valían mucho en Riley. Ella tenía una mirada impaciente.

- Así que hizo un verdadero desastre de mi corazón. Esa es la cosa. Probablemente necesite uno nuevo.

Él no pudo ocultar su sorpresa. - ¿Uno nuevo?

- Un corazón nuevo.

- ¿Qué?

- Esa es la idea.

- ¿Qué?

- Oye, Paul. Mi familia es un desastre. Alice es un desastre. Me gustas cuando tú no eres un desastre, así que hazme ese favor. Serías realmente útil.

Él asintió con la cabeza. De repente se sintió ansioso de esconderse en alguna parte donde pudiera ser un desastre. Pero no pudo hacerlo ahora.

- Gracias - Dio cuenta de que su cara estaba manchada y sus ojos brillaban -. Siempre fuiste mi mejor amigo - ella dijo -. Siempre me entendías mejor.

Se puso las manos sobre la boca, porque no podía dejarla ver su expresión.

- Eres mi mejor amiga también - murmuró finalmente.

Habló durante un minuto, algo acerca de Coney Island, pero no podía escuchar. Miró a su lugar en la pequeña cicatriz que atravesaba la ceja y bebió de un pensamiento que podría ofrecer cierto alivio. Se habrían sofocado por la falta de ella. Se sentía como que iba a morir.

El primer vistazo de su fragilidad siempre lo atormentaba. Entre las imágenes más duras que había registrado en su memoria era de cuando Riley tenía diez años de edad, parpadeando con sorpresa, la sangre corría por su ojo y la mejilla. Había tratado de hacerle daño a ella, sí, pero no podría. Creyó que nunca podría. Ella no era un ser humano normal para él. No podía ser herida. Tenía ganas de gritarle a ella, como si fuera su culpa. Se sentía enojado con ella por eso. No podía sentir lástima por ella.

Se levantaron para irse. Ella dijo que tenía que irse a algún lugar. La siguió, aturdido y no queriendo irse por el mundo con este conocimiento sembrado en la cabeza. No quería dejarla ir y quedarse con la posibilidad de ser un desastre.

- ¿Vas a ser capaz de obtener uno nuevo? - le preguntó con una voz tan fuerte que casi no la reconoció.

- No estoy segura si quiero uno nuevo.

¿Qué? ¿Qué significa eso? ¿Qué pasará si no lo haces? La siguió por la calle, con preguntas punzantes que sabía ella no querría responder. Bajó unos pasos en el metro.

- Nos vemos - dijo. Ella quería ver su fragilidad tanto como él quería ver la suya.

- ¿Cuándo sucedió? - Preguntó. Su voz era muy baja, y se sentía avergonzado de sí mismo. Luego lo pensó por un minuto.

- ¿Qué?

- No importa - le dijo sobre la espalda, dándose cuenta de que ya lo sabía.

Paul llamó al apartamento más tarde esa noche. Se sintió aliviado cuando Ethan contestó.

- Es Paul - dijo. Estaba sentado en su escritorio, tomando un trozo de cera roja que se había fundido allí hace mucho tiempo. Tantas veces como se había mudado, había logrado mantener el escritorio.

- Hola, Paul - Ethan dijo, poniendo un tono brillante sobre el profundo cansancio de su voz -. ¿Con Quién quieres hablar?

- Contigo, por favor.

Ethan se quedó en silencio durante unos momentos.

- Eso está bien.

- Yo quería decirte cómo me siento

Ethan esperó un poco más. Había muchas cosas posibles que lamentar en ambos lados.

- Cuando viniste a verme hace un par de semanas, no te escuché.

- Tú tenías prisa. Eso está bien - dijo Ethan -. Como tú has dicho, debería haber llamado.

- No. No te di la oportunidad de hablar

Ethan dejó escapar un suspiro. - Bueno. Considérate perdonado.

Ethan siempre fue muy fácil para él. Pensó que, si se mantenía bien, si Paul le perdonaría sus males, Paul se sentiría culpable y lo perdonaría a él. Pensó que si lo perdonaba, le podría poner a Paul en el estado de ánimo de perdonarse a sí mismo.

- Eso es más de lo que merezco - dijo Paul -. Tú fuiste, cuando te vi, pensé que ibas a venir a ofrecerme algo. Un juego de los Mets o una entrada para un concierto o algo así, como lo hacías antes. Ahora me doy cuenta que podrías haber llegado a pedirme algo. Si tú hubieras pedido algo, deseo habértelo dado.

Ethan fue a contestar el teléfono por un momento. Cuando regresó, su voz era un poco sorda.

- Gracias, Paul. Lo aprecio.

Una estufa y un incendio

Capítulo 19

Cuando el aire finalmente se estaba descongelando el primero de mayo, Paul regresó a la casa en Fire Island. Escuchó a más de un centenar de álbumes por más de cuatro días. Dio vueltas en la silla giratoria. Se sentó en la alfombra. Pensó mucho acerca de Riley. Él empacó cuidadosamente cuarenta y dos de los álbumes en una caja para él, sobre todo los que se venían a su memoria, como Joni Mitchell, Ian y Sylvia, Godspell. Vio la portada de un álbum de Joni Mitchell que mostraba su espalda desnuda, y recordó mirándola fijamente cuando era un niño. Se encontró un álbum de canciones de delfines y ballenas que dejó a un lado para Riley. Puso el resto en cajas. Él las vendería en eBay, tal vez, o encontraría a alguien a quien dárselos. Él no quería seguir con las cosas en el museo de Robbie.

Tiró siete bolsas en la basura. Eso fue lo más satisfactorio de todo. Cuanto más tiempo pasaba con las cosas de su padre, se hacían menos distantes y menos preciosas. Él se sintió mejor tirándolas a la basura. Al parecer, era una semejanza con el momento en una relación cuando estás bastante cómodo con la presencia de la otra persona que podrían perder el tiempo juntos. Parecía vergonzoso llegar a este punto con las cosas de su padre y no con su verdadero padre, pero así fue. Él había perdido a su padre. Ya se había derivado toda clase de amargura posible a partir de eso. Eso fue lo que lo mantuvo sorprendido. Él imaginaba cualquier proximidad, cualquier luz o aire desprendiéndose de esta tragedia central, alimentándose. En cambio, la amargura era como el botulismo* (NT: intoxicación alimentaria). Requería estar a oscuras y en un medio ambiente anaeróbico para crecer.

Él puso el soundtrack de "Hair" en el tocadiscos. Recordó a su madre mientras sonaba "Let the Sunshine In". Era tan feliz y deprimente al mismo tiempo, tuvo que sentarse a reír... ¿Cómo puede una persona haber cambiado tanto? Esta casa había sido caótica y sucia, con música a reventar y varios amigos yendo y viniendo. Una gran cantidad de drogas, sin duda. Tenían una mesa de ping-pong en vez de una mesa de comedor. Algunas veces comían en la mesa de ping-pong. Ahora había una cajonera de estilo chino barnizada en caoba llena de ropa de cama y plata auténtica.

Cuando él imaginaba el viejo pelo de su madre, no podía quitarse la imagen de la cabeza. Era una especie de algo impalpable. Que se quedaba allí en el tiempo. Su padre pertenecía a ese tiempo y se perdía con él. Algunas personas, como Lia, eran buenas cambiando. Otras personas, como su padre, no lo eran. Paul tuvo una sensación por esos viejos tiempos, a pesar de que nació mucho después. Parte de esto vino de Ethan contándole sus historias, regresando a cuando solía escucharlo.

Paul miró a lo lejos y guardó casi todas las fotografías. Las primeras eran de las manifestaciones y protestas contra la guerra del campus. Su padre siempre parecía tener su misma camisa, su pelo hasta el ombligo, y estar

colgado de un poste o rugiendo a la cámara. Allí había dos recortes de periódico de cuando fue a la cárcel, y una ficha para subrayar el punto. Estaba tan orgulloso como un graduado en esa imagen. No había fotos de graduación real. Había conseguido ser expulsado diez veces de la escuela mucho antes de entonces.

Robbie había vivido en Washington DC por un tiempo. Había trabajado en la campaña presidencial de George McGovern, la primera de muchas espectaculares pérdidas. Había vivido en su automóvil durante tres fríos meses, de acuerdo con la leyenda, y había sido detenido mientras descansaba en el capó haciendo Bong Hits. Había una fotografía de él usando un tablero de sándwich (NT: son esos con los que se hacen propagandas) frente a la Casa Blanca.

Al igual que un Beatle, Robbie había ido a la India para aprender más acerca de los medicamentos para tomar y trajo a casa algunos, también trajo fotos para recordar la experiencia. Su memoria real probablemente había volado a lo alto del cielo a ese punto.

Él había conocido a Lia en un festival de música en Georgia en los años setenta. Había comprado las famosas sandalias de un artesano en Virginia en el camino a casa. Ellos habían vivido juntos en el East Village por un tiempo. Lia estaba descaradamente embarazada y llevaba una melena salvaje en su única foto de boda. Él oficiante estaba descalzo, y los padres de Paul no estaban en evidencia.

Los años setenta terminaron de esa forma. Incluso la resaca terminó. Hubo unas cuantas fotos de Paul cuando pequeño, después de 1982, pero la exuberancia de los dibujos de Robbie, de juergas y drogas, poesías y letras de canciones se detuvieron. No hubo más folletos políticos o pedazos de noticias de los periódicos de izquierda. De lo que Paul podía decir, su padre no había comprado casi música después de eso. Tal vez un disco de jazz o dos.

Paul no estaba seguro del momento, pero sabía que su padre se convirtió a Dios por un tiempo. Él había redescubierto su álbum *Godspell* durante la infancia de Paul. Paul no se había dado cuenta lo mucho que se sabía las canciones hasta que las puso. Le hizo triste, especialmente la dulce voz que expresó que Jesús pidió a Dios salvar al pueblo. Triste, en parte, porque no le parecía que Dios había ayudado a Robbie tanto.

No podía decir exactamente por qué, pero Paul sentía que Lia se había impacientado con esta fase.

El cabello de su padre era corto en las pocas imágenes que quedaron. Él se veía pequeño y confundido, entrecerrando los ojos en la mayoría de ellas. Había una linda con Paul en sus hombros en el zoológico del Central Park. Muy posada, Paul intentaba adivinar, pero aun así era linda

Habían conseguido esta casa en la playa por entonces. Robbie había conocido a un par de tipos comunistas de Village Voice que consiguieron un lugar cerca de la bahía, y Lia escogió la casa grande con las buenas vistas.

Paul se encontró una imagen de sí mismo y Riley con Robbie, e incluso hasta una con los tres sosteniendo con orgullo a la pequeña, cuando Alice chillaba. A veces él olvidaba de que la vida de su padre tenía puntos en común con Alice, pero por supuesto que los tenía.

Sus padres habían llegado a la casa en Brooklyn Heights, un par de años después. Lia también había escogido esa por las vistas. Ella había tenido todos los muebles tapizados en telas especialmente coordinadas y había hecho un gran acuerdo para una cocina gourmet. Paul había estado pensando en lo que había ocurrido después de la muerte de su padre, pero él estudió la foto de su padre en la cocina, y allí estaba la estufa.

Ethan dijo que su papá había empezado a tomar drogas casi antes de morir. Dijo que comúnmente era así. "Robbie realmente amaba la contracultura" Ethan le había dicho a él y a Riley una noche después de muchas cervezas. "Es difícil entender para ustedes porque todo es muy diferente ahora. La gente acostumbraba a hablar de la guerra. Música y política, ahora sólo hablan de títulos y bienes raíces".

Cuando Paul pensó en eso, cuando vio a su alrededor aun tan lejos como este pueblo y su casa, se sintió mal por personas como su papá y Riley, que no eran buenos para los cambios. ¿Era admiración lo que sentía por ellos, por mantenerse fieles, o era pena por haber sido dejado atrás? Paul estaba agradecido de que su papá no hubiera estado con ellos lo suficiente para ver en qué se había convertido su esposa, este lugar, el mundo.

Aunque aun eran principios de mayo, el clima era cálido y bueno. Riley quería ir, de hecho insistió en ir, y la mayor parte de Alice quería ir también. La menor parte de Alice tenía miedo de la razón que Riley tenía para querer ir. Esa minoría no quería que Riley tuviera la oportunidad de decirle adiós a nada. En el ferry, se sentaron bajo la cubierta principal y Alice se encontró a si misma haciendo impresiones en su memoria.

- La primavera llega mucho después aquí - observó Riley mientras entraban al muelle. Las tres ramas estaban llenas de botones verdes amarillentos, que aun no eran hojas.

En cuanto desembarcaron, Alice fue hacia el vagón, puso las bolsas en él y se sintió aliviada cuando Riley no intentó hacer lo mismo. - Estoy ahorrando mis fuerzas - Riley dijo tozuda.

Alice se rió, pero no le preguntó para qué las guardaba.

Alice se imaginó que prescindirían del agua ese día. Podían orinar en los arbustos o en la alcaldía de la villa si estaba abierta. Pero, una hora después de llegar, se encontró a si misma bajo la casa en zancadas sobre Riley y con una llave en la mano, viendo hacia arriba a una telaraña de tuberías, mientras Riley gritaba instrucciones y ella trataba de seguirlas. No quería tener esta nueva habilidad. Tenía supersticiones acerca de ella, pero Riley no le daba opciones. *No creas que te salvaste de esta*, sintió ganas de decirle a Riley.

Después, cuando Alice descargó el inodoro y éste funcionó, se sintió tan orgullosa que lo hizo de nuevo.

Caminaron en la playa. Riley le levantaba el dedo a todas las camionetas que pasaban - ¡No es una carretera! - les gritaba maldiciendo, era uno de los problemas de estar fuera de temporada.

Cerca de la feria del puerto Alice escuchó como la respiración de Riley se volvía entrecortada, y un sonido de humedad en sus pulmones que hizo que se pusiera nerviosa. - Tengo hambre - dijo Alice - estoy muerta de hambre, tenemos que volver.

Ya en casa, abrió el refrigerador para empezar con el descongelamiento anual, y se dio cuenta de que en algún momento la electricidad había fallado.

Sacó el jugo de naranja que ya estaba descongelado.

- ¿Adivina qué? - Dijo Riley, apareciendo en la cocina cuando Alice estaba cocinando la salsa para el espagueti - Hay una luz encendida en la casa de Paul

- ¿De verdad?, ¿ya se mudó la nueva familia?

- No creo que sean ellos, Paul me dijo que aun no cerraban el trato. Sigue posponiéndolo, dijo que tenía que terminar de limpiarla.

- ¿Crees que podría ser Paul? - Alice se sintió nerviosa y un poco enferma del estomago imaginándose. *Lo arruinamos todo*, sintió ganas de decirle a Riley, *siempre tuviste la razón*.

- Puede ser eso, o que dejó una luz prendida la última vez que salió.

- Seguramente dejó una luz encendida.

- Lo sabremos en un minuto - dijo Riley.

- ¿Lo sabremos? - dijo Alice.

- Sí, porque estás cocinando.

Poco después, un golpe vino de la puerta de la cocina y ésta se abrió exactamente cuando ellas se sentaban a la mesa con una vela encendida y un gran recipiente de espagueti entre ellas, era un cuadro tan familiar y tan extraño.

- No sabía que estarían aquí - dijo Paul.

Se veía tranquilo de alguna manera. Alice pensó. Se veía diferente de las últimas dos veces que lo había visto. Riley puso otro lugar en la mesa antes de que Paul siquiera llegara a la silla. - ¿Seguras que hay suficiente? - pregunto él.

- No seas tan educado, Paul, nos confundes.

Él se rió, se veía educado. *Educado y cuidadoso y mucho más maduro*, Alice observó.

Alice se sintió desconectada, no podía pensar en todas las cosas que debía pensar, había pasado los últimos meses reprocesando un pequeño número

de cosas. Preocupándose, pensando, considerando, deseando, temiendo a la más mínima insinuación. Estaba acostumbrada a procesar en pequeñas cantidades y ahora todo estaba frente a ella, y sus circuitos inmediatamente se sobrecargaron y fallaron.

No podía abrir la boca, porque si lo hacía, de alguna manera lo delataría todo. Diría que Riley estaba enferma, diría que había hecho el amor con Paul deliberadamente y muchas veces, y que su amistad estaba arruinada. No podía verlo, no podía ver a Riley, no podía ver ni sus propias manos.

Alice vio su tenedor, apenas podía pensar en todas las cosas que no debía decir. Odiaba los secretos, los de ella y los de todos.

Aun así, cuando levantó la vista de su tenedor y de su miseria, se dio cuenta que Paul y Riley se reían de algo, que comían pasta mientras ella no podía ni tocar la suya, ¿porque era ella la única miserable? no era justo, y nunca lo fue, nunca podía mantenerse a su nivel, siempre era dejada de lado. En cuanto ella entendía el juego, ellos cambiaban a otro.

- Juguemos póker - dijo Riley después de cenar.

Cuando eran adolescentes, jugaban póker casi cada noche del verano. Los otros chicos tomaban éxtasis, se emborrachaban y tenían sexo unos con otros, mientras ellos jugaban al perro rojo, beis bol nocturno y manos de cinco cartas. Riley era un as en el póker, mientras Alice era malísima.

Alice sospechaba que le habían enseñado mal para que perdiera su dinero con ellos.

- Yo lavo los platos - Alice se ofreció.

- Tienes que jugar - dijo Paul.

Alice lo vio e inclinó su cabeza. Hasta donde ella sabía, estas eran las primeras palabras que le dirigía en toda la noche.

- ¿Por qué? - preguntó ella. Su voz estaba a la defensiva y extraña, y lo sabía.

- Porque tienes que jugar - dijo él.

- Porque quieres mi dinero - dijo ella adivinando.

- Porque dos no es suficiente para jugar.

- Tal vez sí - dijo ella.

Pero terminó dándoles por su lado, por supuesto. Paul y Riley prendieron fuego en la chimenea mientras Alice terminó de limpiar. Después que Paul repartió las cartas. Alice se sentó de piernas cruzadas en el sillón y perdió un par de veces en el perro rojo, Riley ganó, bastante complacida con ella misma, como siempre.

Tan terrible como todo era, tan arruinado y enfermizo, torturado, traicionado y sin esperanza, Alice vio las caras de Paul y Riley.

El viento soplaba en las ventanas, el océano se retiraba y chocaba, Alice entregó su dinero. No podía evitar pensar lo extrañamente cómodo que se sentía estar con ellos, como si, a pesar del dolor bajo la piel, en la superficie había cambiado tan poco.

Riley subió a dormir y Alice acompañó a Paul a la puerta, una formalidad que nunca antes habían tomado en cuenta. Apenas podían verse el uno al otro mientras decían adiós, sus cuerpos se quedaron a metros. Él quería decirle miles de cosas, pero estaban tan aturridos que ninguno de ellos se atrevió. ¿Qué podía decirle a Alice? ¿Qué palabras expresarían lo que sentía? Sufría por ella. Lo sentía por ella. Finalmente la entendía. Su enojo había desaparecido, y el único residuo era la pena.

A través de los años, la había subestimado con tanto descuido. Había descuidado su seguridad, su identidad, su fe. Y todo esto, perversamente, en el nombre del amor. Él había minado sus ambiciones, su amor a la vida, todas sus posibilidades. Sabía de esto antes, pero como en un concepto. Ahora se sentía aplastado por ello. ¿Cómo pudo haberle hecho esto a ella?

Estaba tan acostumbrado a envidiar su seguridad, su familia, cómo es que ella era amada tan fácilmente, y cómo se le dificultaban estas cosas a él. Y Dios sabía que él las hacía más difíciles. Ella tenía todo lo que él no, incluyendo su amor. La creyó tan poderosa sin esfuerzo en relación con él. Que nada de lo que él pudiera hacer o decir la hundiría. ¿Pero qué le quedaba a ella ahora?

De una manera enferma, él había conseguido lo que quería, muy seguido quieres cosas pero no quieres conseguir. Querías la enfermedad pero no la cura, al final del último verano, él no había podido pensar en una razón para que ella se desvaneciera como lo había hecho. En gran parte porque era un idiota. Siempre estaba enfocado en sus problemas, lo que lo hacía incapaz de ver los de los demás. Eso le molestaba de él mismo, pero era mejor saberlo, pensó en sus patéticos esfuerzos de hacer que Alice se sintiera celosa, y se sintió como un idiota.

De una manera fácil había planeado toda clase de crueldades, frialdad y traición, pero nunca que su retirada no tuviera nada que ver con él.

No tenía fe. Esa era una falla enorme, más grande quizá que todas las demás. La causante quizá de todas las otras. Él era perfecto en dudar, pero incapaz de creer. Alice creía.

Ahora entiendo quería decirle a Alice, yo también la amo, me siento igual que tú. Hubiera hecho lo mismo.

Lo que él y Alice habían hecho era una traición a Riley. Bueno o malo, esa era la verdad. Él había tratado de ignorarlo un tiempo, pero lo veía claro ahora. Habían tratado de eludirla, de alejarse de ella sin explicación. Podría haber sido justificable en un mundo normal, con las reglas normales, pero ellos tres habían decidido vivir con reglas diferentes. Tenía que reconocerlo, no podía sólo olvidarlas, ningún tipo o cantidad de amor lo garantizaba.

Pero ¿qué se suponía que él y Alice debían hacer? ¿Cuál era la alternativa? ¿Podrían haberse quedado como estaban por el resto de sus vidas? Parecía imposible.

Podía haberse quedado en California. Esa era una opción. Podría haber vivido en California por siempre y construir una vida diferente. Cuando regresó a Fire Island el verano pasado, se dijo a si mismo que podía aparecer, decir *hola* e irse, pero en lo más profundo sabía que por volver había escogido a Riley y Alice, pasado y presente. El problema era que los dos no coexistían.

Oh, Riley, pensó en ella viendo con afán sus cartas esa noche, ganando partida tras partida. Su singularidad mental, su inocencia peculiar no había cambiado, aún a pesar de todo. *No podemos llevarte con nosotros, y no podemos dejarte*. Se dio cuenta que esto era verdad antes de que supiera que algo le pasaba a su corazón.

Alice intentaba calmar su odiosamente escandaloso cerebro y dormir un poco cuando Riley apareció en su puerta. - Me estoy congelando - dijo. Se veía algo azulada, y eso hizo a Alice preocuparse.

Alice retiró sus cobertores. - Súbete - dijo.

Riley y Paul eran todo un par. Siempre la estaban alejando, tomando sus cosas y tratando de encontrar calor en su cama.

- No deberíamos habernos quedado esta noche - dijo Alice en un tono de mamá arrepentida.

- Sí debimos.

- Hace frío, quiero decir.

- Aquí no.

- Bueno, está bien - Alice dejó que Riley pegara sus dedos de los pies helados en sus tibios tobillos. Enrolló los dedos de las manos de Riley y los puso en su antecodo. Intentó enojarse, pero le gustaba la cercanía. No podía evitarlo. Empezó a recordar más cosas.

- ¿Al?

- Sí.

- Le dije a Paul

- ¿Que le dijiste a Paul? - Alice se acercó más a la pared y le dio más espacio a Riley.

- De mi corazón.

- ¿Lo hiciste? - Los circuitos de Alice se fundieron de nuevo completamente.

- Sí.

- ¿Esta noche?

- No, hace un mes.

Alice se dio cuenta que nunca se dormiría. Estaba muy enojada, confundida, y cansada para dormirse. Paul sabía de Riley. Lo sabía hace un mes. ¿Por qué Riley no se lo había dicho a Alice al instante?

¿Por qué te importa? Alice tenía que preguntarse, *¿qué derecho tienes de saber?*

Alice no dormiría de nuevo jamás. Pero cuando abrió los ojos la mañana siguiente, el sol caía tan fuerte en su ventana que se encontró a sí misma sudando en la cama. Se puso un par de pantalones y vio el reloj. Eran casi las once, y Riley no estaba.

Estaba amodorrada y hambrienta. Deseó tener un sándwich de huevo, pero la tienda no abriría hasta el día del Funeral. Hizo avena y la comió con cuchara, viendo hacia la nada. Se preguntó cuánto podría durar sin enfocar sus ojos.

Se llevó un libro y una toalla a la playa, el sol estaba fuerte, y aunque ella lo había extrañado por meses, era casi demasiado.

Había olas y el agua era de un azul hermoso y chispeante. No era una playa perfecta, y aun así el efecto era plácidamente calmante.

Vio una cabeza oscura a lo lejos. Y se dio cuenta que había una segunda cabeza no muy atrás, subían y bajaban, deteniéndose para ver alrededor antes de continuar hacia el faro. Alice los vio por largo tiempo con un sentimiento de nostalgia, pero también de alivio. No quería estar tan lejos, se le ocurrió que no había visto a Riley desde que salió de la cama y tampoco había visto a Paul. Probablemente estaban juntos pescando o buscando un bote para salir al mar. Alice se preguntó qué tan honesta había sido Riley con lo de su corazón.

Paul sabía algo, por lo menos. Riley le había dicho, ¿pero que le había dicho?

Se preguntaba si sería capaz de ver a Paul a los ojos y hablarle ahora. ¿Podrían reparar algo de su amistad? ¿Entendería? ¿O era demasiado tarde?

Las caras que nadaban se acercaron a la costa, y Alice siguió observándolos. Tenía un sentimiento de intranquilidad que se convirtió en uno de sospecha y luego de preocupación. Se levantó y empezó a caminar.

Caminó más rápido, casi trotando. El faro estaba a media milla, pero la atmósfera estaba tan limpia que se veía como si estuviera frente a ella. Ahí estaba ese “tú” de su quejumbroso corazón.

¿Qué estás haciendo? pensó *¿Por qué?*

No podía ver las caras de los nadadores, pero mientras se apuraba se sintió segura de saber quiénes eran.

Alice regresó lentamente a su toalla y se sentó en ella. ¿Que podía hacer? ¿Que podía decir? No era su corazón, no oficialmente.

Paul apareció en la puerta de la cocina de Alice esa tarde, cargado con bolsas y cajas. -Estaba limpiando - dijo. Era un adiós final a la gran casa.

Riley había llegado feliz de su nado dos horas antes, pero tan cansada que apenas podía moverse. Se había ido a su habitación para inmediatamente caer dormida. Alice enfrentó a Paul sola y con mucha incomodidad.

- Tengo que alcanzar el Ferry - dijo él en su torpe silencio.

- Bueno - dijo ella. La mirada adolorida y fría que le había dado en la boda de Megan Cooley se había ido. Sus ojos negros estaban inseguros. Se veía más joven o más viejo, pero Alice no estaba segura de cual.

- Bueno.

- Bueno, adiós.

Paul bajó sus cosas, y para su aturdimiento, se acercó, tenso como un zombi y puso sus brazos alrededor de ella. Juntos compartieron el abrazo más terriblemente torpe que jamás se hubiera dado. Alice pensó fugazmente en cómo sus cuerpos habían encajado perfectamente una vez.

- Lo siento, Alice.

Todo era distinto ahora, pero su cuerpo aún se comunicaba con el de ella. Él lo decía en serio, ella lo sabía, sabía que él entendía.

Yo te amé primero

Capítulo 20

El día antes del comienzo del fin de semana del Día de la Memoria, Paul recibió un cheque de exactamente tres millones de dólares, lo que representa el precio de venta de la casa de la playa. El mismo día, recibió un cheque por doscientos setenta y un dólares, que representa el precio de venta de la colección de discos de su padre. Su padre había apreciado la segunda cosa mucho más que la primera.

Sin llegar a decidir exactamente lo que estaba haciendo, Paul puso ambos cheques en su billetera y la guardó en su bolsillo trasero. Se puso los zapatos y se dirigió hacia el norte. Cuando llegó a la calle 27, se dirigió al este, casi hasta el río. Entró en el Hospital Bellevue a través de las puertas delanteras. En el transcurso de veinte cuadras extrañas, había dejado de estar enojado con el dinero en su bolsillo y empezó a gustarle.

- ¿Puedo hablar con alguien en la oficina de negocios? - preguntó. En la oficina de negocios explicó sus intenciones a una mujer muy paciente detrás de un escritorio. Ella, a su vez, lo envió a una mujer en la oficina administrativa en la División de Abuso de Sustancias. Cuando se le presentó con los dos cheques y trató de entregárselos, ella se puso nerviosa.

- ¿Es en serio? - Preguntó cuando vio la cantidad, rompiendo su conducta profesional por un momento. Ella era una mujer de mediana edad con un rostro abierto y un acento de las Indias Occidentales encantador.

- Sí. Mi padre murió aquí. ¿Puede aceptar esto por mí?

Ella lo consideró. Lo miró, desde sus zapatos desgastados a su pelo mal peinado. Ella estaba tratando de darle sentido a él. - Bueno. No veo por qué no. Me dejas tu número de teléfono en caso de que tengamos un problema, ¿verdad?

- Por supuesto - dijo. Él aceptó con agradecimiento su tarjeta de visita cuando ella se la dio.

Ella miró de soslayo, dejando el estudio de los cheques para otro momento.

- ¿Estás seguro de que esto es lo que quieres hacer?

- Estoy seguro... - Revisó el nombre en su tarjeta -. Jazmín. - *He pensado mucho en esto*, iba a decir, pero eso sería una mentira. Sus zapatos lo trajeron aquí, y ellos tendían a ser más fiable que el resto de él.

- ¿Estos no van a rebotar? - Preguntó. Esperó unos cuantos latidos para sonreírle, y cuando lo hizo, él se apresuró a devolverle la sonrisa.

- Espero que no.

Ella no era opresiva por su dinero, lo percibía. Ella se quedó un tanto sospechosa de él, y le gustaba mejor. - ¿Quieres hablar con el director de división? - Preguntó -. Creo que usted podría calificar para una audiencia.

- No, gracias. Estoy feliz de reunirme con usted. - Se sintió en la presencia de una verdadera madre. Él siempre tuvo sensores para ellos.

- Eres un buen hombre, señor...

- Paul. Soy Paul.

Ella se acercó y le estrechó la mano. - Eres un buen hombre, Paul.

- ¿Va a ver que vaya a la gente que lo necesita? Usted sabrá mejor que yo quiénes son.

- He de hacer eso. - Sonrió de nuevo -. Si sus cheques funcionan.

Cuando salió, caminó a lo largo del East River y vio el sol exultante enviando sus rayos de color rojo y naranja a través de las calles perpendiculares. De repente tuvo una idea que le hizo sentirse más feliz de lo que había sido en mucho tiempo.

Él tenía mucho dinero, y sus abuelos tenían incluso más que eso. Tenía que averiguar acerca de los trasplantes de corazón. Averiguar quién estaba haciendo la mejor investigación. Comenzaría a trabajar en ello esta noche. No podía comprarle a Riley un nuevo corazón, pero le daría todo lo que tenía si eso la ayudaba.

Caminó rápido, dando saltos, en la forma en que Riley solía caminar. Tal vez él estaba finalmente llegando a alguna parte.

A principios de junio, Alice estaba en el sofá frente a Riley en la sala de su apartamento en el oeste de la calle 98. Se dio cuenta de que Riley no había salido en todo el día. Había leído una de sus novelas y comido y dormido un poco. Alice compartió una mirada de preocupación con su madre en la cocina, pero no dijo nada.

- Yo tenía una idea para hoy - Alice le dijo.

Riley apoyó su libro sobre su pecho. - ¿Qué es eso?

- Creo que podría tener una idea de lo que quiero hacer.

Riley se apoyó un poco mejor. - Entonces dime.

Alice la había convencido de dejarla pintar las uñas de los pies de Riley en un bonito color rosa, y ahora Alice podía verlo a través del agujero en la media de Riley.

- Camino por este edificio en el centro a veces. ¿Conoces la Universidad de Trabajo Social de Nueva York en Washington Square? Hace unas semanas fui y di una vuelta. Esta mañana pasé de nuevo, y me decidí a ir y obtener una solicitud. Empecé a llenar la solicitud esta tarde.

- ¿De veras?

- Sí. Me voy a reunir con alguien en la oficina de admisiones la próxima semana. Yo estaba pensando que debía considerarlo por lo menos. Tal vez yo podría trabajar con niños y adolescentes. Podía hacer consejería. Como has señalado, aparento ser buena en preocuparme por la gente.

Riley la miró pensativamente. - Tú eres buena cuidando a las personas Al, siempre lo has sido.

- La mitad del tiempo creo que estoy tratando de dar a la gente cosas que no quieren, - dijo Alice

- Ellos lo quieren, Al. Todos lo hacemos. Tú eres lo suficientemente generosa como para permitirnos actuar como que no lo hacemos.

Alice fue golpeada por la percepción de Riley, que ella ni siquiera había pensado. *Eso es lo que los niños quieren*, Alice pensó, *de sus madres*. - De todos modos, el dinero es mucho peor que ser un abogado, pero creo que me gustará más.

Riley, asintió con la cabeza. Abrazó los pies de Alice. - Yo también lo creo.

- Incluso si pudiera entrar, probablemente no podría comenzar hasta enero, pero creo que vale la pena intentarlo.

- Sé que vas a entrar - dijo Riley.

- El problema, sin embargo - dijo Alice - es que me temo que tendría que renunciar a mi trabajo en Duane Reade.

Riley se echó a reír, y Alice tuvo la sensación de que era un esfuerzo. - Todo lo bueno requiere de sacrificios.

Riley quería caminar en el segundo sábado de junio y, aunque parecía frágil, Alice no quería decir que no. Era una mañana extraordinaria en el parque, y Alice estaba agradecida de estar allí en sesión ordinaria, vestida de civil. Era un día, de hecho, para la playa. Alice y sus padres pensaban que Riley desearía ir a Fire Island, pero no dijo nada al respecto.

Se desviaron a través de Strawberry Fields y pasó un momento de pie en el círculo de los azulejos en la parte superior de los fragmentos en blanco y negro que escribe "Imagina".

Desde un carro por la carretera, Riley les compró *Bomb Pops*, que puso sus labios morados.

- Alice, ¿cómo es que no tienes novio? - Riley preguntó al caminar cuesta abajo hacia la carretera.

- ¿Qué? - Se detuvieron en la terraza con vistas a Bethesda Fountain y al lago justo fuera de ella.

- Tú eres hermosa. Fácilmente podrías conseguir uno si quieres.

Alice trató de no verse tan asombrada como se sentía. Ella sonrió con los dientes de color púrpura. - Riley, ¿de qué estás hablando? ¿Por qué no tienes *tú* un novio?

Alice estaba tratando de ser ligera, pero Riley se vio un poco más en serio de lo que a ella le gustaba. - No creo que tenga el corazón para ello - dijo.

Por lo general se podía contar con que Riley participara en cualquier versión de broma, pero su actual estado de ánimo era diferente. Esta respuesta puso a Alice triste. - Tal vez yo tampoco.

- Yo creo que sí - dijo Riley. Ella inclinó su peso sobre la barandilla.

- Oh, ¿de verdad?

- ¿Es por Paul?

Alice trató de mantener sus pensamientos delante de ella, no dejar que ellos se desviaran por los lados o por detrás. Le tomó un tiempo obtener algunas palabras, incluso las más obvias. - ¿Qué quieres decir?

- Yo los vi juntos el verano pasado.

Por un momento frenético, Alice pensó en tratar de hacerse la inocente o al menos estúpida, pero le pareció mal. Pensó en tratar de averiguar lo que Riley vio, conocer la magnitud de los daños antes de confesar todo el asunto, pero el ambiente entre ellas era demasiado honesto para ese tipo de trucos. Eso era para las personas en lados opuestos de la verdad, y Alice sabía que no lo estaban. - Lo siento por eso - Alice finalmente.

- ¿Por qué lo sientes? - Riley preguntó.

- Lamento que haya sucedido. Lo siento por todo. Ojalá te hubiera dicho en lugar de que lo averiguaras de esa forma.

Riley echó el palo de paletas en la basura. - Tú no tiene que decirme todo - dijo.

- Pero debí haberte dicho eso. - Un perro marrón se detuvo para oler el tobillo de Alice. Alice, ausente, lo acarició alrededor de las orejas y Riley también lo hizo.

- Tú pensaste que yo me sentiría lastimada - dijo Riley.

Alice se volvió y miró a la cara de su hermana. Había tanta voluntad allí, era inútil tratar de mantenerse alejada. - ¿Lo estabas?

Riley estableció los codos en el alféizar y apoyó el mentón en su mano. Ella no tenía una respuesta. Alice respetaba el hecho de que Riley confiara en ella lo suficiente como para pensar en ello en su presencia. Riley confiaba en ella, incluso después de lo que había hecho.

- Yo lo estaba, tal vez, pero era más que tenía miedo.

Alice asintió. Se preguntó si alguna vez había oído decir que Riley tenía miedo de nada antes. - ¿De qué tienes miedo?

Riley se mordió el interior de la mejilla. Se puso el mentón en la otra mano. - Tenía miedo de perderlos a ambos. De que seguirían juntos sin mí.

Alice volvió a asentir. Le tocó un mechón del cabello oscuro de Riley, que caía todo el camino hasta sus hombros. - Eso es de lo que yo tenía miedo también. Eso es por lo que lo siento.

La honestidad es un cliente difícil. Eso es lo que Alice decidió cuando se sentó en su cama esa noche con sus agujas de tejer y su saco de lana. Había

empezado una bufanda nueva para Riley, pero no podía decirlo porque Riley podría pensar que Alice estaba sobreprotegiéndola y se enojaría.

Una vez que comenzabas a permitir un poco de honestidad, no podría ser fácilmente contenida o limitada a una parte de tu vida. Era como la hiedra venenosa o un invitado mandón. Una vez que estaba allí, no podrías decirle qué hacer. Había que luchar contra él en realidad para evitar que la aceptación.

La honestidad requería que Alice amara a Riley de una manera que se sentía peligrosa, teniendo en cuenta el lugar previsual de Riley en la tierra.

- A veces trato de sentirme enojada con ella - su madre le había confesado a Alice un par de semanas antes -. Pienso en las cosas que hace que me vuelven loca. Pero sé que es sólo para hacerlo más fácil para mí.

Alice había pensado en eso muchas veces desde entonces. Era tentador mantener la pared con Riley. Alice había pensado en razones para no quererla. Debido mientras más dulce era la cercanía, más profunda sería la miseria esperándola más allá de la luz.

Había otro lugar donde la honestidad se había establecido y comenzado a hacer sus demandas. Cuando estaba siendo sincera consigo misma, no podía mantener la sensación de la distancia de Paul. Aunque no lo había visto o hablado con él en las semanas después del Fire Island, su presencia la había llevado hasta tiempo atrás. Estaba compartiendo sus pensamientos de nuevo. Ella lo extrañaba.

Tú puedes sentir las cosas o puedes encontrar una manera para encerrarlas. Pero una vez que se sientes las cosas, no puedes decidir exactamente qué sentir. Ese es el problema en dejarlos entrar. Hacían un desastre en el lugar.

- ¿Es tuyo? - Alice preguntó, sosteniendo la copia antigua de tapas duras de "*Huckleberry Finn*". Había llegado a casa del trabajo en los jardines del invernadero y encontró a Riley en el sofá de la sala bajo una manta, a pesar de que el apartamento estaba caliente.

- Es de Paul. Él me ha estado leyendo. Vino y me leyó algunos capítulos hoy.

Mientras Alice se sentó con su tejido, sintió la comezón de nuevo, lo que extrañaba. - Me encanta este libro - dijo. Se sentó en donde ella imaginaba que él se había sentado. Se imaginaba que podía sentir el calor que había dejado en el sofá. Se quitó los zapatos y los calcetines y se tumbó en el sofá frente a Riley en su forma habitual.

- Fue muy bonito. Hablamos de su padre. Tenía todas esas viejas fotografías que quería mostrarme.

- ¿De veras?

- Sí.

- Él no suele hablar de su padre.

- Nunca lo hizo antes que hoy. Quería que le dijera todo lo que pude recordar.

Alice podía imaginar el calor de Paul a la izquierda en el sofá, pero no podía imaginar eso. - ¿Y lo hiciste?

- Yo estaba feliz de intentarlo - dijo Riley. Ella metió sus dedos a través de una brecha en el tejido de las mantas -. Además, quería saber cómo estabas.

- ¿Lo hizo? ¿Qué dijiste? - Alice ya había dejado de pretender que no le importaba.

-Le dije que estabas bien, pero que pensaba que tú debías de tener un novio.

Tensa como estaba, Alice se oyó soltar una carcajada. - Tú no le dijiste eso.

- Así lo hice.

- ¿Y qué te dijo?

- Fue muy honesto. Dijo que preferiría que no lo tuvieras.

Alice sentía que sus cejas subían tan alto que podrían haber desaparecido en su pelo. - ¿Él dijo eso?

Riley se quedó en silencio por un minuto. Se recogió la manta a su alrededor. - Paul siempre te ha amado, Alice. Él sabe que yo lo sé. Yo sé que él me ama a mí, también. Pero es diferente.

Alice abrió la boca, pero no salió nada al principio. - Me amó una vez. Pero creo que esa parte terminó - dijo lentamente.

- No, no es verdad. Ni siquiera ha empezado. - Riley tomó el pie desnudo de Alice en la mano y lo apretó-. Pero le dije, sin embargo, que más vale que sea bueno para ti. Cuando llegó, le dije que yo te compartiría, pero le dije que recordara que eres mi hermana. Yo te amé primero.

Cosas Tomadas y Devueltas

Capítulo 21

Cuando Alice llegó a casa de su turno de tarde en Duane Reade, ella buscó en su bolsa la llave para abrir la puerta y vio que la puerta ya estaba abierta. Dejó caer la llave y cerró los ojos. No tenía necesidad de entrar en el apartamento para saber lo que había sucedido.

Alice llegó al hospital de Columbia Presbyterian, justo antes de la medianoche del último día. Ella tenía sus esperanzas, las mantenía alrededor, pero ella ya sabía.

Sus padres estaban esperando en el vestíbulo. Sus esperanzas comenzaron a flotar lejos, en busca de mejores posibilidades en otros lugares. Sus padres la abrazaron.

- Fue demasiado tarde cuando llegamos hasta aquí - dijo su madre.

Alice asintió con la cabeza en el hombro de su padre.

- Fue un coágulo de sangre, ellos piensan - dijo su madre -. Ellos sabrán más, pronto.

¿Qué importaba? Fue un coágulo de sangre, un aneurisma, un derrame cerebral, un ataque al corazón. Habían llegado a estar preparados para todas y cada una de ellas. No importaba cuál.

- No había nada que pudieran hacer.

Alice sintió los viejos aromas de sus padres. Champú anti-caspa de su padre, el olor a rosas de cera que queda del lápiz labial de su madre, y el olor raro y particular de los dos de ellos combinados. *La gente parece oler más a ellos mismos en su cuello*, pensó discordante. Era capaz de imaginar el olor del cuello de Riley si lo intentaba.

La gente los pasaba, y con sólo mirar lo sabían, que alguien de los suyos había muerto. Al igual que en los accidentes de la carretera, la gente hizo un mal trabajo ocultando su curiosidad a veces. “Hey, ¿quién murió?” los rostros parecían preguntar.

“Mi hermana, su hija. Ella acaba de cumplir veinticinco años”, Alice estaba pensando en decirles a ellos. Se preguntó qué estaba mal con ella que estaba pensando en otras personas en medio de su tragedia.

- Todo pasó rápidamente - dijo su madre.

Alice se preguntó si su madre estaba tratando de conseguir que le preguntara exactamente cómo había pasado. Alice no quería hacer esas preguntas o escuchar las respuestas, y se sentía irritada con su madre por tratar de hacer que lo preguntara. Y luego se preguntó qué le ocurría para estar enojada con su madre en un momento como este.

El dolor se fue transformando, Alice lo sabía, pero es sorprendente la forma en que también te deja con tus dispositivos de pena.

- ¿La has visto? - Preguntó Alice.

- Estábamos allí - dijo su padre.

- Desearía haber estado allí - dijo Alice, y un inconformista sollozo escapó de su garganta.

- Tú estuviste allí - dijo su padre.

En sus lágrimas, Ethan se sacudió como a un niño, y Paul se sentía viejo y crecido. Él estuvo de pie en la sala de estar del apartamento de la Calle 98, sabiendo que podía dar consuelo allí. A pesar de que no había dejado a Ethan tocar su hombro siquiera desde que tenía diez años, Paul ahora puso sus brazos alrededor de él. Podía sentir la agonía de Ethan. Tenía su propia agonía, pero sabía era algo separado. No iba a compartirla.

- Sabíamos que esto podía suceder. Tratamos de estar listos - dijo Ethan.

- No se puede estar listos - dijo Paul.

Paul miró a su alrededor el apartamento con una sensación de asombro. Se sentía aturdido y desconectado de lo que había dentro de él, y claramente en sintonía con lo que estaba fuera. A su juicio, el verdadero hogar de la familia era Fire Island, ya que lo incluyó, pero era aquí donde ellos vivían. Había estado en este apartamento muy pocas veces, sabiendo la fuerza con la que su vida se conectaba a la de ellos. Se dio cuenta de que podía ver mejor aquí que en Fire Island, donde sus ojos fueron llevados. Podía ver, por ejemplo, que era pequeña y sobre todo carente de luz natural. Él siempre había idealizado sus economías, como si se tratara de un estilo de vida y una elección. Sin embargo, en el estado de los muebles, el daño del agua a lo largo del techo, el hundimiento de las estanterías, vio también sus privaciones.

- Hay cosas que me gustaría cambiar - dijo Ethan después de un tiempo. Tan incómodo como fue verlo llorar, Paul reconoció que Ethan lo hizo con gracia. Era un auténtico pregonero.

Paul asintió con la cabeza.

- Hay partes de mi vida que me gustaría poder hacer de manera diferente.

Paul asintió con la cabeza. Sentía que conocía una parte a la que se refería Ethan.

- Por el bien de Riley. Por tu bien también - dijo Ethan.

Paul pensaba acerca de las palabras utilizadas por Ethan. - Considérate a ti mismo perdonado. - Se dio cuenta de que estaba jugando a ser Dios, pero aliviar a Ethan era necesario.

- Nada de eso importa más.

Ethan parecía demasiado miserable para aceptar este perdón, pero también ansioso por el momento en que podría hacerlo.

- Realmente no - dijo Paul, y por primera vez sintió la verdad de sus palabras.

Alice no podía quedarse en el apartamento con sus padres. Ella no podía quedarse en casa. Apenas podía mantenerse en su piel. Ella no tenía opción sobre eso, pero anduvo sola por Ramble en Central Park por si acaso.

Aquí estaba caminando como cualquier otra persona, como si fuera cualquier otro día. *¿Tienes alguna idea de lo que pasó?* sentía que le exigía al cielo y a los árboles y a los charcos de lodo y a toda criatura, perro y bebé que la pasaban. En este día, no tenían problemas propios. *¡No tienes ni idea!* Tenía ganas de gritar. No se había imaginado que el dolor se sentiría egoísta.

Al mediodía, no podía quedarse más en el parque y no podía quedarse más fuera y no podía quedarse más entre extraños, así que regresó a su casa, donde apenas podía mantenerse a sí misma. Lamentó no poder conciliar el sueño. *¿Era demasiado pronto para terminar con ese día? ¿Para llamar al día siguiente o al siguiente a ese?* Le habría gustado dormir durante varios días, y quizás incluso el verano. Pero, *¿el tiempo pierde sus propiedades curativas si se dormía a través de él?*

Cayó en su cama completamente vestida. Las transiciones comunes, como desvestirse, parecían abrir el camino para el dolor.

Su padre pasó por su habitación y la vio acostada en su cama. - Paul estaba aquí - dijo su padre cuando la vio -. Él tenía la esperanza de verte.

Paul no podía llorar por sí mismo, pero se encontró llorando por Alice mientras la vio caminar por la avenida Columbus, lejos de su apartamento. En lugar de pensar en sus propios pensamientos, empezó a pensar en los de ella. Su dolor era difícil de sentir, pero el de ella era fácil. Imaginando su rostro y su dolor había, podía en forma instantánea traducir los conceptos en sentimientos.

Riley fue la valiente defensora de Alice, su guardaespaldas. A veces se preguntaba si, tener a Riley al frente, recibiendo todos los golpes, era lo que le permitió a Alice crecer tan dulce. Las dificultades te hacían más fuerte, tal vez, pero no parece que te hagan más feliz.

Y él también. Pensó en su casa allí en la duna, ceñida por el viento, la lluvia, la sal y la arena, ofreciendo refugio a su pequeña casa detrás de él. Era igual de afortunado, todo el mundo pensaba, tenía una casa grande, allí mismo, en el agua, con vistas a la eternidad. Y quizá lo era. Pero nada se interponía entre tú y el cielo implacable. Para los puntos de vista, recibió una paliza a veces.

Riley se había ido. La casa se había ido. Él había empujado a Alice y su angustia, le negaba el poco consuelo que podría haberle ofrecido. Pensó en el tiempo de la última vez que la había visto, sus colores apagados, sus movimientos lentos, su voz apagada.

Deseaba hacer algo para hacerlo mejor. Haría todo lo posible para restaurar lo que había tomado de ella, incluso si eso significaba salir de su camino. Todos los otros intentos que había hecho a su amor sólo le habían hecho daño. Eso fue quizás lo mejor que podía hacer por ella.

Cuando llegó a su apartamento, vio los montones de artículos que había recogido en la investigación del corazón, los trasplantes, y los corazones artificiales. Su escritorio estaba cubierto con ellos. Se había empujado a todos sus trabajos escolares a un lado para promover el proyecto. Ya había hecho la mayor parte de los trámites para hacer una donación en nombre de Riley en el centro del Hospital Columbia Presbiteriano.

Pero ahora, sentado en su escritorio, él no quería verlos más. Se sentó con el mentón en la mano, mirando a la pared delante de él, dejando entrever pequeños destellos de Riley. Y cuando lo hizo, sabía que ella no querría estar asociada con la enfermedad del corazón para siempre. Si, lo intentara, no podía pensar en qué le gustaría: preservación de la fauna de Fire Island, una nueva silla de salvavidas para proteger la larga franja de playa más allá de Cutter Walk, los fondos para ayudar a salvar al delfín blanco.

Puso su cabeza en sus brazos y dejó entrar a Riley.

Freeport, Merrick, Bellmore, Wantagh, Seaford, Amityville, Copiague, Lindenhurst, Babylon.

Hizo una poesía extraña en los oídos de Paul. Nunca se había detenido en cualquiera de estos lugares, sólo pasaba a través de ellos, pero los nombres tenían una sensación legendaria para él, sobre todo porque había pensado que había hecho el viaje por última vez.

Se salió de la Long Island Rail Road en Bay Shore. Esperó menos de un minuto a la compañía de taxi antes de impacientarse y echar a andar. El sol se había ocultado hace tiempo, y era martes por la noche. Se preguntó cuántos transbordadores quedaban. Corrió hacia el muelle a tiempo de perder el último ferry, por lo que tomó el barco Saltaire y caminó.

En un extraño sueño, caminó a lo largo del Faro, ya que se convirtió en el principal paseo, la calle que él conocía tan bien que apenas podía ver. Vio en su lugar esta noche los ojos de Riley. Y de Alice.

Se dirigió directamente a su casa, obligándose a sí mismo a no pensar en ella como su casa más. Es otro truco extraño del dinero, que al transferir de una gran cantidad de él de una persona a otra, puedes perder toda relación oficial con un lugar que celebró las experiencias más significativas de tu vida. Sería más fácil si los nuevos propietarios la desmantelaran. De esta manera, su vida podría quedar enterrada en el suelo en lugar de superponerse con otro conjunto de vidas y recuerdos. Había que pensar en ella como un cuerpo con alma salido de ella, pensó.

Trató de preparar su explicación mientras caminaba a la última manzana. Pero cuando llegó a la puerta y golpeó la puerta y nadie contestó, no tenía necesidad de hacerlo. Empujó la puerta hacia atrás, también, pero dubitativo, ya que las luces no estaban encendidas. Trató de girar la perilla, pero la puerta estaba cerrada. Trató con todas las puertas, incluso las de deslizamiento. Todas estaban cerradas.

¿Cuándo alguna vez había estado cerrada la casa? ¿Quién cerraba su casa por aquí? Se acordó de salir en la temporada baja a los quince y dieciséis años, y ayudarse a sí mismo con los alimentos y bebidas en todas las casas de Dune Walk. Pero eso fue antes de que costara tres millones de dólares.

Ahora, ¿qué podía hacer? Estaba singularmente centrado. Sentía la necesidad de mantenerse enfocado. No podía mirar a su alrededor demasiado, y ciertamente no podía abandonarlo. Si pudiera arreglar esta cosa, tal vez el resto pudiera arreglarse también.

Se dirigió a la casa de los Weinstein a más de dos casas y golpeó. Se sentía un poco mal cuando el Sr. Weinstein apareció en su bata de baño. - Perdona que le moleste. ¿Bárbara está aquí?

- Espera

Bárbara, afortunadamente, no estaba en su pijama.

- Tengo que pedirte un favor - preguntó Paul -. ¿Puedo obtener una llave de mi viejo lugar? Sólo necesito un par de minutos.

Bárbara lo miró extrañamente. - Paul. - Ella miró su reloj -. Son las once de la noche y tú me pides una clave para una casa que ya no posees.

- Lo siento. Me doy cuenta de que es un inconveniente. No me quedaré mucho, te lo prometo.

- Paul. Tú no entiendes. No puedo hacer eso.

- ¿Por qué no? - Se dio cuenta de que parecía particularmente descuidado. No se había peinado o afeitado en días. Su camisa estaba sucia y los ojos, sospechaba, eran salvajes.

- No es tuya. Tú no tienes más derecho sobre ella que sobre cualquier otra casa en esta isla. Yo no te puedo dar esa clave más de lo que se la puedo dar a cualquier otro.

No quería enojarse. No quiso señalar que le había dado un cheque por más de doscientos mil dólares. - Hemos vivido allí durante veintitrés años - dijo -. Yo vivía allí hasta hace tres semanas. - *Riley se ha ido. ¿Puede entender eso?*

- Lo siento - dijo -. Me gustaría ayudar si pudiera.

Él no se rendiría. Regresó a su casa. No quería mirar a la playa. Era abrumador. Todas las cosas que pasó aquí lo agolpaban, y no podía contenerlos. Era una idea peligrosa venir aquí ahora.

A veces la inmensidad era terror puro. El volumen del universo colgando por encima de ellos. El misterio de los océanos de conexión a lugares fríos y profundos. La naturaleza infinita de tiempo antes de esta playa y la eternidad que se inquieta sobre lo que se extiende después.

Había una cosa que hacer. Se subió a la primera serie de aleros. El viento comenzaba a soplar, y él medio esperaba que lo tirara del costado de la casa hacia la oscuridad. ¿Riley estaría en la oscuridad? Apretó el alféizar de la ventana del segundo piso con las manos mientras su pie izquierdo resbaló por la superficie de tejas, en busca de tracción. Extrajo una teja, y la observó dar vueltas y caer al suelo. Sus manos temblaban con la tensión. Al menos su pie tuvo un buen propósito, la punta de su zapatilla de deporte se ensartó en una estrecha cornisa donde los guijarros había estado. Se izó en el alféizar, balanceó su peso en las rodillas y apretó la punta de los dedos en los montantes para empujar hacia arriba la ventana. Estaba cerrada con llave, por supuesto. ¿Cuál era el problema de esta gente? ¿Qué tenían ellos que merecía la pena proteger?

Rompería la ventana si fuera necesario, pero no lo hizo todavía. Subió hacia los lados de la casa, de ventana a ventana. Oyó el océano rompiendo en la espalda. Y luego, mucho peor, oyó voces. Había gente que pasaba por la playa mientras él estaba pegado al lado de la casa como una araña incompetente. Se mantuvo inmóvil. Sus dedos le temblaban por el esfuerzo de agarrar el exterior. El sonido de la conversación se acercó, y después de lo que pareció una hora o dos, se alejaron. Dio las gracias a Dios de que no habían mirado hacia arriba.

El truco consistía en la esquina de la casa. La adrenalina, afortunadamente, había comenzado a fluir, protegiéndolo del sufrimiento de sus músculos. Allí estaba el desagüe. En su memoria era importante, pero ahora parecía débil, particularmente en relación a su peso corporal en movimiento rápido. Miró a la cubierta inferior. Se veía tirado en ella. Cogió el tubo de desagüe con una mano y se balanceó hacia ella. *Mierda*. Gimió y crujió y se apartó de la pared, pero se las arregló para montarlo el tiempo suficiente para poner una mano en el marco de la ventana de la esquina antes de que ambos cayeran.

A Riley le encantaría esto, no podía evitar pensarlo. *A Riley le encantaría estar haciendo esto ahora*. La sintió con él, a pesar de que él no creía en ese tipo de cosas.

Cuando llegó a instalarse en la ventana, evaluó el estado de la tubería de desagüe. Se preguntó si debería devolver a los compradores parte de su dinero.

Se subió por la ventana del balcón estrecho en el lado de la casa. Se puso de pie sobre ella. Probablemente había estado de pie sobre él otras dos veces en su vida, las dos veces preguntándose por qué nadie salía ahí. La gente no se para en los balcones, ¿no? Pero lo que recordaba de aquellos tiempos era que esa puerta no se cerraba realmente. Tenía uno de esos pestillos de las puertas que se podía abrir simplemente si se lo intentaba con suficiente fuerza. De hecho, la puerta se abrió de una forma acogedora, y entró en su casa. Que ya no le pertenecía.

Creo que estoy allanando una vivienda entonces, pensó. ¿Podría ser procesado por irrumpir en una casa que había de su propiedad por veinte y tres años y tomar algo que era suyo?

Se acercó en silencio a su habitación, escuchando los crujidos de siempre. No encendió la luz, pero la luz de la luna le mostró que ya no estaban su escritorio ni la cama donde raramente dormía y donde le había hecho el amor a Alicia repetidas veces. Sintió un dolor, un dolor físico, en la parte inferior de su abdomen. Había una cuna y una mesa para cambiar pañales y un parapente y una alfombra con un patrón de libélulas.

Fue a su armario y abrió un pequeño cajón integrado, viejo y pegajoso con capas de pintura. Metió su mano y sintió todo el camino hasta la parte trasera. Ahí estaba, tal como él lo había puesto allí hace quince años.

En realidad no estaba tomando algo de la casa que no fuera suyo, lo reconoció mientras lo tomó en la mano y bajó las escaleras para salir por la puerta de atrás. Estaba tomando algo que había robado. Dos errores supuestamente no podían hacer un derecho, pero sentía en su corazón que a veces podían.

De regreso a su casa en tren, Paul observó el rosario de cuentas rosas de Alice en su mano sudorosa.

Consideró a Dios, en quien no había creído mucho hasta este punto. Ni en el padre ni en el hijo. Pero el rosario estaba caliente, y se sentía culpable por ser tan poco creyente y llevarlo de vuelta así, sin tener idea de lo que se debía hacer con él. Le recordó a la época en que iba a la iglesia con Alice y Riley y tomó la comunión por error.

Él no quería estar en contradicción con Dios, aunque sólo sea por la razón de que Alice cree. Paul se preguntaba si debería disculparse, y si hay un Dios, si Dios lo oiría. *Lo siento*, pensó, por si acaso. Ahora que Riley estaba allí, tenía una especie de esperanza en ello. Pensó en su padre, y se sintió culpable de nuevo. *No fue tu culpa*, le dijo a Dios, por si acaso.

La Iglesia del Santísimo Sacramento en West 71st Street se llenó de caras de tragedia, ninguna con más que la de ellos. Para todos los eventos y las masas que habían estado alguna vez aquí, siempre anónimos, tarde, insuficientemente vestidos, fue una experiencia desagradable para obtener el tratamiento VIP, en la cuenta de ser los más afligidos.

Se sentía como el funeral de un niño, en cierto modo, pensó Alice. Los dolientes eran el pueblo que los había criado: amigos de la familia, pero sobre todo por medio de sus padres; amigos de la escuela, pero muchos a través de su padre; amigos de la infancia de Fire Island. Había tres personas de los años de Riley en NOLS, un líder y dos antiguos alumnos. Había un chico con el que había trabajado en un restaurante en Jackson Hole, el invierno que pasó esquiendo allí. Riley no habían estudiado o trabajado en el interior de las instituciones. Era más difícil, tal vez, crear tu propio círculo de amistades, cuando no te gustaba estar dentro en lo absoluto.

Y entonces, cuando estaba sentado casi todo el mundo, los socorristas llegaron. *Allí*, pensó Alice. Esa era la institución de Riley. *No necesitabas estar dentro, ¿verdad?* Otra oleada de lágrimas fluyó detrás de sus ojos. Los

socorristas entraron en vigor: al menos veinticinco de ellos, como Chuck, Jim, y un par de viejos. Eran altos y grandes en persona. Ellos entendían la grandeza de Riley.

Alice buscó a Paul. Ella esperaba que él viniera y sentara con ellos, pero ese no era su estilo. Era el amigo de toda la vida de Riley, su compañero de mil aventuras. Él era el único, por lo que Alice sabía, a quien Riley jamás le escribió una carta. Era un amigo, Alice sospechaba, con el que todos los amigos posteriores parecerían falsificados en comparación.

Parecía triste dar a Riley su despedida en la iglesia. Ella había encontrado casi doloroso sentarse en la oscuridad de adentro en las mañanas de los domingo, mientras que Alice lo había disfrutado en secreto.

Paul fue posiblemente el último en llegar. Él se acercó a su familia, pero no para sentarse. Tenía algo para ella, le dijo. En su mano puso de una cadena de algún tipo. Ella no podía entender qué era hasta que lo levantó y lo miró de cerca, y de repente la memoria la inundó.

Lo había tomado de ella. Ahora se lo estaba devolviendo. Ella lo miró en forme interrogante. Su rostro estaba tenso, y sus ojos hinchados. - Lo siento - susurró. Luego desapareció para encontrar un asiento en la parte trasera de la iglesia.

Tomó su viejo rosario con las dos manos. En ese entonces había pensado que era tan extraordinariamente hermoso. "Son piedras reales, ¿te parece?" Le había preguntado a su madre hace mucho tiempo. Ella esperaba que lo fueran.

"Creo que son de cristal", su madre le había respondido.

Recordó las noches que había dicho sus Ave Marías y Padres Nuestros una y otra y otra vez, sintiéndose transportada, preguntándose si en realidad lo era.

Así que él lo había tomado. Había sospechado de él en ese momento, pero ella le había dado el beneficio de la duda, como lo hacía con frecuencia.

Qué pena, en cierto modo. Qué cosa más estúpida. Fue por él por quien solía orar.

Paul llamó a su madre para decirle que Riley estaba muerta. No podía recordar la última vez que había rastreado a Lia abajo y marcado su número. Sentía que tenía que hacerlo, y no estaba seguro por qué.

Mientras le dijo a ella, él lloró en silencio en el teléfono. Luego se limitó a escuchar como Lia hacía algunas preguntas y observaciones pertinentes. "¡Qué pena. ¡Qué tragedia para la familia!", dijo, y con muy poca pausa, se lanzó a una diatriba acerca de un viejo amigo que le había robado dinero a ella.

Paul tomó el teléfono lejos de su oído preguntándose por qué la había llamado.

Tal vez porque Lia conocía a Riley hace mucho tiempo, cuando todo había sido diferente. Quizá porque le recordaba a una Lia diferente, con el pelo diferente y una forma diferente de ser. Tal vez una parte de él pensó que podía acceder a la versión perdida de Lia y, en la escaldadura de la tragedia, se restauraría durante un minuto.

Cuando colgó el teléfono, comprendió su error.

Lia era afortunada, en cierto modo, de que Robbie se fue cuando lo hizo. Lia consideraba a la muerte de Robbie como la desgracia de su vida, pero ahora Paul comprendió que era su gracia salvadora.

Cuando Paul había mirado las viejas fotografías, vio algo que ya sabía. Sus padres se dirigían en direcciones diferentes mucho antes de que su padre muriera. Y podía adivinar lo que habría sucedido si Robbie hubiera permanecido, la forma en que habría terminado.

Pero como era, Lia podía imaginar que ellos habían sido felices. Se imaginaba que ella tenía la capacidad para la felicidad, que era una persona justa en el fondo, que, efectivamente, podía ser feliz de nuevo.

Y Paul, en su camino, se había entregado la misma fantasía, ¿verdad? Sería una actitud pasiva y sin fe, siempre que podía decirse que hubiera y podría haber sido amado, si sólo su padre se hubiera quedado alrededor. ¿Pero podría haberlo sido? Ya había tenido el amor de Ethan y que había incautado una razón para rechazarlo. La idea del amor fue siempre más fácil que la práctica del mismo.

Tomó la muerte de su padre para que la idea sea posible. Le tenía que agradecer. Él era su mártir, dejándolo con una brillante e intachable cosa. No era mucho, tal vez, pero era más de lo que algunas personas tenían.

Ninguna Persona es Cenizas

Capítulo 22

Alice y sus padres se fueron juntos a la playa la última semana de julio. Se habían evitado hasta entonces. Caminaron juntos hacia el faro. Se habían despojado de sus trajes y entrado en el océano. El surf era áspero y de varias capas, y Alice podía ver una mirada de pánico en el rostro de su madre. Judy casi nunca nadó en el océano. Alice de repente se sentía como más experta de lo que realmente era, y mucho más segura de lo que estaba. Ella remó hacia su madre, se puso firmemente de pie, y tomó la mano de su madre. Su padre caminaba tranquilo y ceremonialmente, sosteniendo la urna sobre su cabeza.

No se puede ser demasiado ceremonial en tu traje de baño, todo mojado y esquivando olas. Eso era lo bueno de esta idea. Uno casi se podía reír.

Alice deseó que Paul estuviera allí. Perteneecía allí con ellos para esto. Pero se había ido. Ya no tenía casa aquí. Podría haberse quedado con ellos, ella pensó. Pero, ¿dónde se habría quedado? ¿En la cama de Riley? ¿En la de Alice?

Ethan se aseguró de saber el curso del viento antes de hacer nada. Siempre se arremolinaba alrededor en los océanos, pero hoy se impuso desde el noroeste, Alice calculó. Se pusieron de espaldas al viento. Ethan desenroscó la parte superior y luego se detuvo. Y las cenizas comenzaron a levantarse en el aire. Alice pensó que iba a decir algo, y se ciñó a sí misma por un deber de significado. Es difícil sentir las emociones justas en el momento adecuado. No llegan cuando se establece un lugar para ellas, sino cuando uno no está listo, cuando se limpia inocentemente los dientes con hilo dental, por ejemplo, o mientras comes un plato de cereal. Pero Ethan no dijo nada. Le entregó el frasco a su madre.

Alice tenía que devolver la mano a su madre, y lo hizo con pesar. La cara de su madre era difícil de ver, el dolor era tan claro. Era menos complicada de lo que Alice había visto nunca, aquí con su agonía y nada más. Pero ella aceptó su trabajo con valentía. Había traído a Riley a este mundo, y era adecuado para ella enviarla al siguiente. Aunque no había sido capaz de realizar mucho trabajo maternal para Riley entre ambos.

Las cenizas parecían pesadas y ligeras a la vez. Algunas flotaron, algunas cayeron. Lo que parecía correcto también. El mar las recibió sin mucha atención, pero ese era el trabajo del mar. No intervenir.

Las cenizas se arremolinaban en la superficie durante un tiempo, y luego se hundían, fundiéndose el cuerpo del mar. Alice se preguntó si las cenizas se suponían que eran en realidad Riley. No lo eran, en realidad. Ninguna persona era ceniza. Era una de esas cosas que sabía, pero que no creía.

Las manos de su madre eran inquebrantable, y su rostro decidido. Por un momento, Alice vio un destello de Riley, pero no en las cenizas. Lo vio en el conjunto de manos de su madre.

Alice se había ofrecido para quedarse y cuidar de la casa y de los negocios. Que incluía poner la casa en el mercado, encontrar a un vendedor, la realización de la venta, y la limpieza de sus cosas. No le importaba. Ella no tenía ningún lugar a donde ir, ningún pensamiento que pensar, nadie a quien amar.

Estaban todas las jerarquías sutiles, pequeñas marcas arriba y abajo, las líneas de la historia en la que se pasaba las horas y los minutos de su vida, y luego una tragedia abrió un agujero en medio de ellos. Se sentía inútil por intentar volver a conectar esos puntos y concentrarse en ellos, pero ¿qué otra cosa podía hacer?

La segunda mañana, Alice se despertó sola. Ella trajo su cereal a la terraza y se lo comió bajo la luz del sol. Había que pensar en nuevos rituales cuando se ha perdido a alguien amado.

Miró a la vieja casa de Paul con un cierto sentimiento de temor. Ella tenía miedo de ver gente nueva, cubriendo la vida que estaba allí antes. Se sintió violada por el pensamiento de ellos, como si tuvieran el poder de quitarle una parte de su vida. Ahora que se había ido Riley, no podía hacer nuevos recuerdos. Había que aferrarse a lo que tenía. El precio atravesó el techo.

Tenía intenciones de ser útil durante todo el día, pero en la tarde se encontró leyendo una novela policial en la playa. Su misión era grande y de mal agüero, pero no podía pasar gran parte del día en ella. Había visitado dos oficinas de bienes raíces y entró en la lista para la casa a las diez de la mañana. Eventos de alteración de la vida caben en una cantidad desproporcionadamente pequeña de tiempo. Como la muerte, por ejemplo. O el cambio de un amigo en un amante.

- Hola, Alice.

Miró hacia arriba para ver Gabriel Cohen. Se sentó en su toalla con ella. En menos de un minuto, se agruparon para arriba en la arena.

- ¿Cómo te va? - Preguntó. Su cabello rubio oscuro cayó en cuerdas de seda perfecta sobre su frente. Estaba más grande. Sus extremidades eran más largas y más ligeras. Se podían ver las rodillas, los codos y nudillos que salen de su bañador. A veces deseaba que los adultos siguieran creciendo y cambiando físicamente al ritmo en que los niños lo hacían, sólo para recordarles cómo era de dramático el efecto del tiempo. Cuando no podía ver, podía engañarse a sí misma pensando que no estaba sucediendo.

- He hecho una piscina.

- ¿Ah, sí?

- Allá abajo. - Hizo referencia a los parches de arena cerca del agua.

- Helen me ha ayudado.

- ¿Quién es Helen?

- Una chica - dijo -. ¿Has traído bocadillos?

Alice se rió. Una vez que fue su niñera, siempre sería su niñera. - No. Tengo bocadillos en mi casa, sin embargo. ¿Quieres que te traiga algo?

- Muy bien. - Se levantó, y él la siguió.

- ¿Quieres venir? - Preguntó.

- Muy bien.

- ¿Dónde está tu madre? Ve a decirle a ella.

Corrió por la playa por su madre, que estaba sentada debajo de una sombrilla. La Sra. Cohen se levantó y saludó, y Alice vio la mirada que veía por todas partes. La Sra. Cohen era consciente de su tragedia. Sabía, al igual que todo el mundo aquí sabía. Ella no quería hacer frente a la realidad, como ella lo sabía sin que se haya dicho directamente. Quería ver y encontrar el camino correcto con respecto al estado de Alice. Alice volvió los ojos, con cierto alivio, a Gabriel, que sólo quería su aperitivo.

Gabriel corrió de regreso con una niña pequeña con una coleta rubia. - ¿Puede Helen venir? - Preguntó.

- Claro - dijo, pensando que la bendición de la señora de Cohen fue lo suficientemente buena para los dos. Helen era pequeña, con muslos gruesos que se rozaban juntos al caminar. Tenía un corte de pelo severamente balanceado, un traje de baño amarillo de una pieza, y la boca de un Cupido minúsculo.

Las manos de los dos estaban cubiertas de la arena como dos donas de azúcar, y Alice tuvo el fugaz pensamiento de que ella debía lavarlas antes de que las hubiera introducido en la cocina, pero no se molestó con él. Pensó en la broma que su madre solía hacer cuando se había cocinado un festín en la cocina, ensuciando todas las ollas y sartenes. "Sólo vendamos la casa", diría su madre, como si se tratara de María Antonieta.

- ¿Galletas o manzanas o... queso? - Preguntó Alice, mirando a través de los gabinetes y en la nevera. Los amables vecinos habían dejado las bandejas de dulces, pero Alice se imaginó que les daría algo saludable si podía salirse con la suya.

Helen miró a Gabriel. - Galletas - respondió él.

- Galletas - respondió Helen también. Alice podía ver que Helen no quería hacer una mala jugada. Ella era más joven, y por lo tanto tenía que ganar a su manera. Gabriel, como fácilmente lo hacía, podía deshacerse de ella.

- ¿Cómo está tu hermano? - Preguntó Alice.

- Fue a Corkbal - dijo Gabriel, tirando la mayor parte de la galleta con su respuesta.

- Dios. ¿Tiene edad suficiente?

- Él tiene siete - dijo Gabriel, casi con reverencia. Miró a Helen a ver si se daba cuenta del hecho de que tenía un hermano de siete años.

- ¿Qué edad tienes? - Alice preguntó a Helen.

- Cuatro.

- Bueno, yo tengo cinco y cuarto - dijo Gabriel, como si quisiera añadir perspectiva.

- Lo sé, debido a que tenías cuatro el pasado verano - dijo Alice, y Gabriel la miró ligeramente derrotado por tener que acordarse de eso.

- Tengo cuatro - Helen volvió a mencionar con un poco más de orgullo.

Salieron a la cubierta para terminar la pila de galletas.

- ¿Usted vive aquí? - Preguntó Helen. Alice oía el crujido de los gránulos de arena en sus molares pequeños. Ella vio cómo las manos de Helen estaban cubiertas de arena. Tendría que haberlas lavado.

- Así es. ¿Dónde vives?

Helen se dio la vuelta y apuntó con un dedo de arena a la casa de Paul. - Ahí mismo.

El desayuno ya no era un asunto solitario. Ahora que Helen había visto la proximidad de la casa de Alice y el número de bocadillos en el mismo, no sólo llegó ella, trajo a su hermana, Bonnie, que sólo tenía dos. Podrían haber traído a Henry, su hermano, explicó, pero sólo tenía siete meses de edad y no podía caminar todavía. Hacia el final del desayuno, su madre llegó y se presentó como Emily.

- Espero que no te molesten - dijo Emily. Ella tenía el hermano pequeño bajo un brazo y una mirada agradable enfundada en sus pantalones cortos caqui y el top del traje de baño.

- No. No, en absoluto - respondió Alice. Ella, Helen, y Bonnie se habían comido cada una un plato de Cheerios mientras estaban sentadas en la cubierta, aunque Bonnie se había derramado la mitad del de ella -. Estoy feliz por la empresa.

- ¿Estás sola? - Preguntó Emily.

Alice estaba sorprendentemente feliz por una pregunta directa y sin complicaciones. Todo el mundo sabía evitarse las preguntas por completo. - Sí. Por ahora. Mis padres suelen venir los fines de semana, pero no estoy segura de que vengan este verano.

- Qué lástima - dijo Emily -. Bueno, me alegro de conocerte. Espero que nos veamos pronto.

Alice la miró con tristeza. Emily tenía una caída cola de caballo y el aspecto de una vida con propósito. Alice trató de recordar su predisposición a la hostilidad. ¿Por qué no le gusta esta persona? Ni siquiera podía recordarlo.

- Vamos, chicas - dijo Emily.

- Nos vamos a quedar con Alice - dijo Helen.

- Cariño. Alice tiene sus propias cosas que hacer - dijo Emily.

No, no las tenía. Alice de repente no quería que Helen o Bonnie se fueran. Bonnie podría extenderse cada cosa en la casa si le gustaba. Alice le ayudaría. - Pueden quedarse - le dijo a Emily -. Realmente, me gusta tenerlas. Voy a llevarlas a casa antes del almuerzo.

Emily le lanzó una mirada de agradecimiento que volvió a la pasarela de madera.

Alice cortó una sandía y les enseñó a escupir las semillas del lado de la cubierta.

- ¡Tendremos un bosque de sandías! - Helen proclamo.

Alice sacó sus lápices de colores y dibujó una ballena con ellos. Se hizo a propósito de todas las criaturas muy amable, incluso las que tienen colmillos. Alice dibujó un delfín.

Ella encontró su vieja colección de libros ilustrados y les leyó sus favoritos de William Steig y del Dr. Seuss. Vieron a los colibríes flotando alrededor de la trompeta de flores de naranja. Sostuvo a Bonnie para que pudiera ver, y disfrutar de la sensación de su cuerpo poco precipitado.

- Está bien - les dijo -. Es hora de volver a casa.

Cuando se quejaron, pensó en un incentivo. - Síganme y yo les mostraré algo importante - dijo.

Les mostró el camino de vuelta, y se metió con ellas a lo largo del camino derecho a su puerta de atrás. -Este es un atajo secreto - les dijo con una voz casi en un susurro -. Esta es la forma en que mi mejor amigo solía venir a verme a mí y a mi hermana.

A la mañana siguiente, ella estaba saliendo con su recipiente y caja de cereal, posándose en la cubierta, disfrutando del sol de la mañana, cuando dos cabecitas rubias aparecieron a través de las cañas de la ruta de acceso en secreto. *La vida sigue*, pensó. Durante un mes, Alice leyó y se entretuvo con su pequeño rebaño. No sólo Helen y Bonnie vinieron, sino Gabriel y otros, también. Le gustaba enseñar las cosas, se dio cuenta. Ella les enseñó a capturar cangrejos, cómo excavar en busca de pulgas de arena, cómo surfear en boggie. No podía dejar que estas tradiciones se perdieran. Ella les enseñó a matar a un pececillo de plata y cómo mejorar la velocidad de la mano para abofetear a un mosquito muerto.

Ella enseñó a Helen, Gabriel, y otra niña de cinco años llamada Bo a montar en bicicleta. Enseñó Bonnie a montar en triciclo. Después de eso, les enseñó a todos cómo hacerlo sin manos. *Aquellos que no pueden hacer, enseñan*, pensó.

Ella comenzó a ver la belleza de este lugar de nuevo. No es la belleza en las cosas bellas, necesariamente, sino la belleza en las cosas ordinarias, como las filas de postes de teléfono a lo largo de Main Walk y la forma en que el

sol se reflejaba en los cables de cubrimiento. Expresó su reconocimiento por la forma arqueada de los árboles en los paseos que corría perpendicularmente desde el mar a la bahía, y cómo cuando se quedó con el océano en su espalda, le miró directamente a través de un túnel verde a un círculo azul de la bahía en el otro extremo. Se dio cuenta de la rapidez con que la caña creció a través de las grietas entre las tablas bajo los pies y cómo, en una sola temporada, las planchas de color naranja cambiaron a un gris.

Un día estaba en la playa antes de una tormenta, y el agua llegó tan lejos de la costa, que podía ver los cimientos y la chimenea de una casa que hacía tiempo había sido cubierta por el mar.

A veces vio a su pequeño rebaño y sentía que debía advertirles: *Cuidado, pequeños*. Este lugar tenía una manera de agarrarte y atraparte. Podrías pasar el resto de tu vida anhelando un momento único e irreal que tal vez nunca ocurriría.

Por la noche, Alice tejió una bufanda para nadie. Ella la había comenzado para Riley, y le pareció mal, de alguna manera, no terminarla. Y luego, en una extraña lluvia de ideas alrededor de la segunda semana de agosto, decidió que la tejería para Emily. Incluso si nunca se animaba a dársela a Emily... una tejedora siempre necesitaba saber para quién tejía.

Desde aquel mundo a éste

Capítulo 23

En el primer día del mes de septiembre, un gran y hermoso rostro apareció en la enramada de la vid. Ocupaba varias veces el espacio de su invitada habitual. El cuerpo de Alice se congeló en una posición extraña. Helen y Bonnie lo miraron. - ¿Quién eres? - Preguntó Helen, ligeramente desconcertada de que un totalmente desarrollado invitado interrumpiera su dibujo.

- Soy Paul. ¿Quién eres tú?

- Helen - Helen dijo -. Vivo por allá. - Señalo a su casa.

Alice vio la realización cuando alcanzaba la cara de Paul. - ¿De verdad?

- Sí.

- ¿Y te gusta? - Preguntó él.

- Nos gusta venir a ver a Alice - Helen respondió. Ella se sorprendió y complació al ver la risa que salía de Paul.

- A mí también - dijo él.

- Esa es Bonnie.

- Hola, Bonnie - Paul dijo.

Bonnie continuó pintando azul el agua.

- Ella es mi hermana.

- Wow. Qué suerte.

- Conocemos un pasadizo secreto - exclamó Helen. Y luego miró a Alice, preocupada de haber dicho demasiado.

- Está bien - dijo Alice -. Él también lo conoce.

Paul se sentó a la mesa de madera en la cubierta de la casa de Alice y, vio las dos cabecitas rubias desaparecer.

Apenas podía mirar a Alice sentada frente a él, con los pies en la silla, con los brazos alrededor de sus rodillas, vestida con sus pantalones cortos y una camiseta blanca que una vez había sido de él. Sus colores estaban regresando. El sol estaba poniendo su piel de un color naranja almibarado que sólo Alice tenía, encontrando sus pecas de nuevo, iluminando el bronce rojo de su cabello, poniendo de vuelta el dorado en sus verdes ojos. Toda la burbujeante hermosura en ella era prácticamente cegadora. *Pero ella ni siquiera lo sabe*, pensó él. Él podía decir por su postura que ella no lo sabía. Lo podía decir por el descolorido de sus uñas.

Había un sentimiento familiar que él sabía que podía sentir ahora. Se abrió paso por él como una avenida, incitándolo a caminar por ella. Podía estar molesto por su belleza. Podía que ella lo amenazara de nuevo. Él podía estar amenazado por el hecho de que Alice ya había ganado la adoración de dos pequeñas chicas que ahora vivían en su casa. Su camino en la vida no era exactamente original. ¿Quién podía vivir al lado de Alice y no enamorarse de ella? Y ella, siendo amada tan fácilmente, ¿de verdad necesitaba el suyo también? ¿Qué podía ella querer de ello? ¿Qué tenía él para ofrecer?

Era un familiar impulso de querer cargarla. Demandar el regreso de las cosas que él no daba adecuadamente. Pero no sería vencido por ese impulso. Muy pronto se pondría de pie y caminaría por el muelle hacia el transbordador y no la vería nunca más. Regresó una vez. Regresó dos veces. Él no merecía otra oportunidad. Se había hecho una promesa a sí mismo de que su presencia no le era permitida si él no podía amarla mejor.

Él había confiado en ella. Con sus dones, ella podía haber tomado lo que quisiera del mundo. Podía haberse puesto de pie y demandar por ello. Pero ella no tomaba; ella daba. Él había confiado que incluso con el total conocimiento de sus poderes, ella los usaría para el bien.

Lo más difícil de todo, él había confiado en ella para que lo amara. Él sabía que no era una prueba para Alice, que era tan bondadosa en ser amada y amar, pero lo prefería a él, que era tan pobre en ambos.

- ¿Te vas a quedar esta noche? - le preguntó ella.

- No lo sé - respondió él. No quería asustarla -. Puede que me quede con los Cooleys o los Loeb. Vine con Frank en el transbordador. Entiendo que tienen habitaciones extra ahora que los niños se han ido. ¿Has notado que tiene mucho cabello creciéndole de las orejas?

Ella rió. Cuando se detuvo, hubo silencio.

- ¿Quieres dar un paseo conmigo? - preguntó él -. ¿Uno largo, cálido y agotador?

Ella sonrió y se giró, pero él pudo ver que había una pregunta en camino. - ¿Por qué viniste?

Pensó en unas cuantas respuestas: *necesitaba solucionar algunos negocios con la casa. Tom Cooley ha estado fastidiándome para que juegue en el torneo de softball. No tenía nada más que hacer y el clima estaba bueno.*

- Para verte - dijo él.

Caminando al lado de Paul, Alice levantó la mirada a él. Su postura era un poco recta. Finalmente se había cortado el cabello, notó ella. Uno corte profesional. Lucía como un adulto adecuado. Como un hombre. Y aunque sus ojos eran café oscuro como los de su padre y su mandíbula tenía una forma similar, ella pensó en que el pequeño Paul lucía como las fotografías de Robbie.

Ella estaba tratando de entender su humor. ¿Estaba enojado? ¿Lo lamentaba? ¿Estaba perdonando? ¿Era esto un post-mortem? ¿Tendría ella el resto de su vida para mirar atrás en las cosas que ellos decían hoy y saber que era el episodio final?

La forma en que él la miraba, había algo tras esos ojos. Alguna parpadeante, interrogativa parte de él que quería estirarse y hacer contacto, pensó ella. Iba y venía. Él tenía una pregunta, pero no podía formularla.

- Hace un año, hoy, vine a encontrarte y no estabas allí - dijo él mientras caminaban.

Alice se giró. Ella lo recordaba por una razón, también.

- Esperé en tu casa. Fui con los Cohens para ver si aun estabas trabajando. Intenté en el club de Yate, las canchas, la playa. No pude encontrarte, y no pude encontrar a Riley. Me senté en tu cocina por horas. Simplemente esperé.

Ella sabía algo acerca de esperar. Puede que esa fuese la primera vez que era él y no ella. - Allí fue donde te encontré cuando regresé - dijo ella.

Él asintió.

- ¿Sabes dónde estaba? - una parte de ella aun tenía miedo de responsabilizarse por el secreto.

- Eso creo. Ahora lo sé.

- Riley no quería que lo supieras. No podía decírtelo.

- Lo sé.

La simpatía que ella había comprimido y encerrado, empezó a escaparse. Era una simpatía por él, por ser cortado sin ninguna explicación. Era simpatía por ellos, ella y Paul, porque se amaban el uno al otro. Lo más gracioso era, tal vez, que sentía simpatía por sí misma, por un año de privación, pérdida, y expiación. Ella había pensado que podía ayudar. Había pensado que podía hacerlo mejor, pero no lo había hecho.

Caminaron más allá de Lonelyville, más allá de las chozas y bungaloes en extraños ángulos. De todos los pueblos, éste era el que parecía ser siempre el mismo.

Él se estiró y sostuvo su mano. Parecía tan fuerte al principio, el ser tocada por él. Invocó miles de otros tiempos, cada uno significativo y diferente.

- Nosotros no la enfermamos - dijo él -. Sé que se siente así, pero no lo hicimos.

Ella agarró su mano sin ninguna razón. Apenas podía ver para caminar. Tragó y trató de hablar. - Así se siente.

- Alice, lo sé. - Se giró hacia ella y tomó su otra mano. La sentó en la arena y puso ambos brazos a su alrededor. La sostuvo y le dio palmaditas. La solidez de su cuerpo envolvió el suyo, y ella lo dejó. Se ocupó de sus lágrimas, aún cuando él tenía las suyas propias.

- Siento que la dejamos. La traicionamos.

Él se dio vuelta. - Lo sé.

- Fuimos castigados por eso.

Paul se giró de nuevo. Ella sentía la incipiente barba en su piel. Hubo un largo silencio excepto por las olas y los ocasionales gritos de los nadadores.

- ¿Quién crees que nos castigó? - preguntó lentamente, como si no supiera la respuesta -. ¿Fue Riley?

Alice se incorporó, sacudiendo la cabeza. - No, no. No fue ella.

Paul tenía una expresión pensativa en sus facciones. - ¿Cómo lo sabes?

- Porque ella nos amabas. La asustaba un poco, me lo dijo una vez. Pero dijo que siempre lo supo.

- ¿Entonces quien quería castigarnos?

Alice puso su cabello detrás de las orejas. - No lo sé. Dios. El Destino. Yo. Quizá nos castigamos nosotros mismos.

Se quedaron sentados por un rato, observando el agua. Ella apoyó su hombro contra el de él. Un perro pasó por ahí sin una correa y también una ambulancia todo terreno. Pensó en Riley maldiciendo a los carros en la playa. No podías de verdad maldecir a una ambulancia.

Paul se puso de pie primero y estiró la mano para ayudarla a levantarse.

- Tienes permitido crecer - dijo él.

Continuaron su camino a Lonelyville, pero Alice no abrió la boca de nuevo hasta que pasaron los chorros de Ocean Beach y tuvo humor para hablar. De todas las cosas que tenía para decirle, fue extraño para ella lo que dijo.

- Más a menudo este verano sigo pensando: sé que me estoy conteniendo. Sé que estoy esperando. Sé que tengo miedo de seguir adelante. Pero no sé cómo llegar allí.

Él estaba callado, así que ella siguió. - Algunas veces lo veo como si una gran montaña pasase entre dos valles. Otras veces, es como estrechos peligrosos conectando dos tierras. En parte es el sentimiento del viaje en sí mismo, pienso, pero en parte es el sentimiento de que no seré capaz de regresar. Me daré vuelta y las nubes se sellarán sobre la cima de la montaña. O las aguas habrán subido y cambiado, y no habrá camino de regreso a casa.

Paul se dio vuelta. Tomó su mano de nuevo, que ella descubrió que apreciaba.

- Pero ese no es ni siquiera el verdadero miedo.

Él le dio una rara sonrisa. Corta pero afectiva. - ¿Cuál es el verdadero miedo?

- El verdadero miedo es que no querré regresar a casa.

- Pusieron la casa a la venta, sabes - le dijo ella en algún lugar al este de Seaview. No había estado ansiosa de decirle eso.

Su cara era de incredulidad. - ¿Tu casa? ¿Aquí?

- Sí. Se supone que debo estar aquí para mostrarla y venderla, pero ha sido un poco lento. En un mes, una persona ha venido a verla, y se fue sin siquiera mirar arriba. Preguntó si se podía derrumbar y construir una casa más grande en el lote.

Paul lucía duro con las patillas picadas. - No entiendo por qué la están vendiendo.

- Bueno. - Se tocó la cabeza -. Vendiste la tuya.

- Pero tu casa es distinta. De verdad vale la pena.

- Dile eso al agente inmobiliario - dijo Alice.

- Los agentes nunca saben lo que valen las cosas en realidad.

Alice arrastró los pies tras ella en la arena, haciendo una larga cadena de pisadas.

- ¿Crees que tu familia habla en serio? - preguntó Paul.

- No quieren estar aquí sin Riley - explicó Alice -. Debes ver eso.

- Pero este lugar era su vida. Es una forma de mantenerla cerca, pensaría yo.

Alice consideró los días y las noches que había pasado aquí. La ausencia de Riley era aguda, y su presencia lo era aun más. - Yo también lo creo. - Se encogió de hombros -. Pero es una elección. Te aturdes a ti mismo con el dolor o lo evades y lo dejas encontrarte cuando tratas de hacer otras cosas.

- ¿Y esas son todas las alternativas?

Alice se encogió de hombros. - ¿Puedes pensar en otras?

- ¿No puedes simplemente seguir adelante?

Alice pensó en ello mientras pasaban por el Parque Ocean Bay. Había considerado el hecho de que nunca caminaba por ninguno de estos lugares, sólo pasaba por ahí.

- De todas formas, la mujer que la vio puso una oferta para derrumbarla, y mis padres dijeron que no. Dijeron que no querían que nadie la derrumbara, pero el agente dijo que no había nada que pudieran hacer. Ella dijo que cualquiera que comprara el lugar lo derrumbaría.

Paul sacudió la cabeza. - Cada día que vienes hay más que se han ido.

- Casi me agrada que Riley no esté por aquí para verlo - dijo Alice.

Al punto de O'Woods beach, Paul pensó en una historia para contarle.

- Mi padre era amigo de un hombre que perdió la pierna en un accidente de moto. Una vez, cuando era muy pequeño, supongo que tenía cuatro porque

mi padre aun estaba vivo, vino a la casa aquí en la playa, y mientras mis padres estaban en la otra habitación, me mostró el lugar en donde el doctor le había cortado la pierna.

- Dios. ¿Por qué hizo eso? - preguntó Alice.

- Pues, supongo que no era un hombre que vivía su vida de acuerdo a un buen juicio.

- Supongo que no - dijo ella

- Entonces, de cualquier forma, pensé en ello todo el tiempo. Años después, solía acostarme en la cama y preocuparme de conseguir una moto y tener un accidente.

- No sabía eso.

- Odiaba las motos. Le dije a mi madre, "jamás compraré una motocicleta". Y ella dijo, "nunca sabrás lo que quieras cuando seas mayor". Después de eso, lo que me asustaba más no era la moto en si misma sino que podría convertirme en una persona que querría una. Tenía miedo de la idea de que podría volverme una persona completamente diferente, un extraño para mí mismo.

- Puedo entenderlo.

- Así que cuando tenía cerca de nueve años, me escribí una carta a mí mismo. Cuando limpié la casa en Mayo, encontré muchas cosas, y esa era una de ellas.

Él amaba la expresión de diversión en sus rostros. - ¿Qué decía?

- La destiné a mi futuro yo. Decía, "no importa cuánto puedas pensar que quieres una motocicleta, por favor no compres una". Y luego escribí en letras mayúsculas: "RECUERDA LA PIERNA DE HENDERSON".

Ella consideró esto. - ¿Alguna vez quisiste una moto?

- Nunca.

- Regresaré a la escuela en el otoño - dijo Alice en el largo camino de arena que dirigía a Sunken Forest.

- ¿En serio? - dijo él. Trató de mantener su cara neutral. Ya se había dado a sí mismo una lectura en este tema. Parte de amarla mejor era ponerla lejos de sus opiniones y prejuicios, y dejarla ser una abogada si quería serlo.

- Sí. Riley me hizo hacerlo.

Él rió. - ¿Lo hizo?

- Me atrapó trabajando en el Duane Reade en la Avenida Once. Dijo que se suponía que yo era la lista. De verdad la molestaba.

- Bueno, como has dicho, tienes que ser lista para entrar a la academia de leyes. - Él trató de hacer sonar su voz juguetona.

- No voy a la escuela de leyes.

- ¿No?

- No. Apliqué para la Escuela de Trabajo Social en NYU. Fueron lo suficientemente amables para dejarme aplicar tarde. Obtuve la carta el siete de Agosto.

- Wow. Qué tal eso. Pues, felicitaciones. - Mientras trataba de mantener guardada su opinión por su adecuada carrera de leyes, se sintió similarmente obligado a guardar su gozo por ésta.

- Confiamos en nosotros mismo cuando éramos más jóvenes - preguntó Alice pensativamente, en algún lugar entre Sunken Forest y Sailor's Haven- . ¿Cierto?

- Riley lo hizo - dijo Paul -. Y nosotros, para no hablar más, también lo hicimos.

- Confiamos en Riley.

- Sí.

- Aunque no confiamos en nosotros mismos para ser adultos. Pensamos que sabíamos más en ese entonces.

Paul sacudió la cabeza, pensando. - Los adultos que teníamos alrededor no ofrecían muchas promesas. Nos dijeron tantas cosas que no hacer, era difícil ver qué posibilidades eran dejadas atrás.

Ella lo miró a la cara buscando una expresión de amargura, una expresión de despido, pero no las vio.

- Sé acerca de Ethan y Lia, sabes.

- Sí. Riley me dijo que te lo dijo.

- No tenía idea antes.

Caminó calladamente, sintiendo el sol en la parte trasera del cuello, la húmeda arena enroscándose bajo sus dedos, el dolor de los músculos de sus piernas. Estaba golpeada por una idea que le gustaba. - ¿Sabes qué pienso?

- No. - Él apretó su mano -. Tal vez.

- Creo que Riley estaba tratando de decirnos que sabía que teníamos que ir en esa dirección, pero que teníamos que hacerlo bien.

- Veo la luna - Alice señaló cuando llegaron al Talismán, justo antes de Water Island. Fue allí donde decidieron darse la vuelta e ir al oeste -. Pero el sol aun sale, así que supongo que eso no cuenta.

- Creo que deberíamos seguir. Creo que deberíamos caminar todo el camino hasta mañana - dijo él. El sol estaba empezando su descenso en bahía en una delicada vista. No parecía ser una noche para mostrarse.

- No tenemos agua que beber - dijo ella. Era una noche cálida. Ella sentía el húmedo sudor en su cuello y espalda.

- Ese es un punto. Aunque tengo mi cartera. - Era un estigma de alguna clase. Sólo los viajeros de día llevaban sus carteras.

- Podemos comprar agua en Cherry Grove.

Hicieron algo mejor que eso. Tomaron dos martinis cada uno y observaban un travestido mostrarse en el The Ice Palace con una aparición especial por el ganador del concurso del Sr. Cuero de la Isla de Fuego. - El fetiche destacado de este año son los colmillos y las mordeduras - les informó en camarero.

- A donde quiera que digan que va a la Isla de Fuego, esto es como las personas piensan que se divierten - Paul señaló una vez que estuvieron de regreso en la playa.

- Qué poco que saben - dijo Alice.

Aun estaban a siete millas de la casa, la arena era suave, la luna tenía el cielo para sí misma, y ambos estaban borrachos.

- Somos criadores. Esto es molesto - Alice dijo, apoyándose contra en el arena.

- Es un lugar tolerante - dijo Paul. Apoyó la cabeza de ella en su pecho, sosteniéndola fuerte contra él mientras se quedaban dormidos.

Cuando Paul abrió sus ojos de nuevo, el sol estaba iluminado la superficie del agua, aunque se mantenía bajo en agua. Por un momento, no tuvo idea de dónde estaba o cómo había llegado allí. Y luego sintió a Alice.

Alice debió haberlo sentido moverse, porque abrió los ojos. Él amaba verla. Sentía que tenía un vistazo privado, verla pasar de ese mundo a este. Sentía que la conocería mejor cada vez. Le gustaba la mancha de baba en su clavícula.

- ¿Ya es mañana? - susurró ella.

- Lo es.

Su cuerpo se sentía adolorido y agradable mientras estrechaban su camino hacia el oeste, a casa. Él se estiró para tomarla de la mano. No tenían un lugar en donde estar, nada que hacer, nadie esperando por ellos. La arena se extendía por millas en frente de ellos, pero el vacío que se sentía como soledad ayer, se sentía diferente hoy.

Era la misma playa, el mismo océano, el mismo sol. La misma camisa y pantalones. La misma chica caminando junto a él. Y, aun así, de alguna forma era diferente.

No Adquirir Una Motocicleta

Capítulo 24

Resultó que alguien los estaba esperando. Dos personas, de hecho.

- No teníamos el desayuno - dijo Helena, con las palmas hacia el cielo. No está claro si se trataba de una petición, una queja, o simplemente una declaración de hecho -. Creo que Bonnie tiene hambre.

- Oh, bien. Me muero de hambre - dijo Alice -. ¿Qué hay de mis cereales?

Helen señaló a Paul.

- Él todavía está aquí.

- Lo está, ¿no? - Dijo Alice en su camino a la cocina. Se llevó cuatro copas y cuatro cucharas en un brazo y una caja de cereales y el cartón de leche en el otro. Le gustaba la naturalidad con que ella siempre le mimaba. Ella siempre había sido así, ¿o no? Desde el principio. Él tenía que reírse de sí mismo por cómo pensaba de ella. Había escogido un bebé como una madre.

Se sentaron en un círculo en el suelo, las tablas les hacían líneas en las piernas.

Paul levantó la vista.

- ¡Oh, Dios mío! Mira eso. Las mariposas están aquí.

Las dos niñas se pusieron en pie.

- ¡Alice! Mira a la vid de tu trompeta. ¿Alguna vez has visto a tantos?

Alice miró con genuino asombro. Había cientos de ellas, las cuales parecían descender a la vez. Cuando los cuatro de ellos se quedaron viendo sin aliento, el aleteo de las mariposas fue más lento y al mismo tiempo la mariposa cayó en reposo.

Las niñas estaban saltando alrededor, tratando de ver.

- Shhh, traten de estar tranquilas, para no asustarlas - susurró Alice. Fue uno de los momentos más gloriosos que jamás había visto. Las flores de color naranja envueltas por una nube de mariposas de color naranja.

- Ellos son reyes - susurró Paul a las niñas -. Sólo los vemos aquí una vez en mucho tiempo.

Paul vio la forma en que se esforzaban por ver. Era una situación de desventaja, a veces, siendo de menos de tres pies de altura. Tomó a Helen por un brazo y a Bonnie en el otro. Fue tocado por la emoción de las niñas, y también por lo duro que trabajaron por guardar silencio.

Las mariposas se dieron a la fuga de una vez, y Alice soltó un pequeño silbido por la belleza de ello, todas las alas de color naranja contra el cielo azul. Ella lo tomó de la mano, mientras todos los rostros estaban vueltos

hacia arriba. Las niñas las veían desaparecer, poco después podrían contarle a su madre lo que vieron.

Después de eso, Alice y Paul permanecieron durante un buen rato en el suelo, cansados y muy impresionados. Cuando cerró los ojos, vio sólo las alas.

Por fin se sentó.

- Tuve la extraña sensación de antes. No es extraño, realmente. Probablemente natural. Sólo extraño para mí.

- ¿Sobre qué? - Dijo Alice, sentada junto a él.

- Vi aquellas pequeñas allí arriba, y el tiempo que les tomó a las mariposas ir y venir, he pasado a pensar en ellas como la persona que alguna vez yo podría haber sido, la gente que un día podría tener. ¿Crees que tu pasado puede cambiar el futuro tan rápidamente?

Paul dormía en el sofá viejo y familiar. Lo odiaba, pero odiaba que fuese su última vez, también.

No podía dormir. Salió a la cubierta. Miró a su antigua casa. Miró a la luna. Se acordó de las mariposas. ¿Alice podía dormir? Se la imaginó durmiendo. Fue de puntillas hasta su dormitorio. Su puerta estaba abierta. Su corazón se divertía mientras se deslizaba dentro.

Sus ojos estaban cerrados. Su cabello cubría la mayor parte de su rostro. ¿Sería un error despertarla? Pero él tenía algo que decirle, y no iba a hacer la cosa más cobarde: decírsela cuando no lo podía oír. Él le empujó suavemente algunos de los cabellos de la cara. Sus ojos se abrieron y se volvió hacia él.

- Hey, ¿Alice?

Ella le sonrió.

- ¿Sí?

Se arrodilló en el suelo en la parte superior de la cama para que su cabeza estuviese junto con la suya. Quería mirarla a los ojos, y no quería que ella tuviera que levantarse.

- Tengo algo que decirte.

- Vale. - Sus ojos parpadearon con un poco de sueño. Ella lo miró expectante.

Estaba haciéndolo lo más incómodo posible para sí mismo, pero esa era la cuestión.

- Hey, ¿Alice?

- Sí - Ella estaba dulcemente paciente.

- Te amo - dijo. Para todos los millones de veces que lo había sentido, lo bueno fue que pudo finalmente decirlo en voz alta.

Sonrió de nuevo. - Lo sé.

- Muy bien - dijo -. Bueno, buenas noches. - Volvió por las escaleras hasta su sofá y se acostó en él. Tal vez podría dormir.

Ella bajó de las habitaciones de arriba antes del amanecer. Tenía que reírse de la postura de él en el sofá. Era demasiado alto para caber en él. En su camisa de dormir y las piernas desnudas, ella se sentó en el sillón frente a él y lo vio dormir. Él se había quitado la delgada manta que había encontrado, así que su pecho y hombros y brazos estaban desnudos. Tenía un brazo girado, y vio la parte inferior justo de su antebrazo y la muñeca. Vio las venas azul pálidas en su piel, y vio algo más, también.

Se levantó y se acercó a mirar. Se inclinó hacia abajo y se acercó más para saber de qué se trataba. En el interior de su brazo, justo por encima de la muñeca, tenía un tatuaje pequeño de color azul. Parecía nuevo, como si aún estuviese asentándose, curándose, pero podía ver claramente que era una foto de un delfín.

Alice se sentó en el suelo. Se sentó en una parte específica de la barandilla donde se podía ver más allá de la casa de Helen y Bonnie para mirar el sol levantarse del mar. Se sentó allí durante un buen rato, con las manos juntas, los pies colgando y con la parte posterior de los muslos al borde de la excavación de madera. Ella esperó hasta que el sol se había liberado de las aguas y estuviera plenamente situado en un cielo azul pronunciado antes de regresar al interior.

Paul se había despertado. Se sentó en el sofá, con los pies en el suelo, con la cabeza apoyada en sus manos. Le gustaba la forma en que su pelo caía a un lado y se puso de pie de lado. Miró hacia arriba mientras ella caminaba.

Se acercó de nuevo. Puso sus brazos hacia ella, y ella cayó en su regazo. Se acordaban de cómo hacer eso. Puso su cabeza sobre su hombro y sus brazos alrededor de él, apretándolo. Sintió la alegría de estar en su poder

Con las piernas a horcajadas de él, era difícil ocultar el estado de las cosas entre las piernas. Se envolvió más estricta en torno a él y sentía la alegría de eso

- Lo siento, Alice - dijo medio ahogado y medio riendo -. No puedo evitarlo. Puede que tengas que moverme.

- Yo no quiero evitarlo - dijo -. No quiero moverme.

No estaba segura de si se acordaba de ello, pero esta fue la última posición en la que habían hecho el amor un año antes.

Se levantó para que él pudiera quitarse los calzoncillos. Se puso la camiseta sobre su cabeza y apretó contra su propio desnudo.

- ¿Podemos... aquí? - susurró, los ojos se ensanchaban con cariño.

- Creo que debemos de hacerlo lo mejor posible antes de que ellos la derrumben - susurró ella, aunque no había necesidad de susurrar.

Tenía la mirada de un hombre que ya la había tenido delante, con miedo a creer en el lugar en el que había aterrizado. Ella se rió de su afán. Ella lo sintió tirando de su ropa interior, pero luego se detuvo.

- Nosotros no tenemos...

Ella no quería que se detuviera, pero sabía lo que quería decir. Apreciaba que él fuera responsable.

- Espera un minuto. Sólo espera ahí... - Se levantó lejos de él -. Creo que podría haber uno.

- ¿De veras? - Parecía encantado con sólo la mitad de ese pensamiento.

- Sí. De antes. Tú los dejaste.

- Lo hice.

Se rió de nuevo.

- Solías tenerlos detrás de las orejas.

- Eso es verdad, ¿no?

- Ya vuelvo - Ella no sólo encontró un condón, sino que también tuvo tiempo de cerrar la puerta, en caso de que las niñas aparecieran por el desayuno temprano.

Él parecía impaciente por su regreso. La agarró tan pronto como había entrado de puntillas en la habitación, y con la determinación ardiente terminó el trabajo de desnudarla. La acostó en el sofá y le hizo el amor con un rostro solemne y un cuerpo feliz. Era diferente esta vez. No habían estado desnudos desde el verano pasado. Se preguntó si él sentía eso también. La última vez, habían estado escondidos en su universo alternativo, como fugitivos o secesionistas cautelosos. Había sido un golpe de estado la última vez. Ahora ellos estaban en el mundo otra vez. Eran menos privilegiados, tal vez, pero por lo menos estaban conectados en el futuro.

Se embarcó en el ferry con Alice. Seguía pensando que era la última vez en este ferry y en esta isla, pero había otro pensamiento que se mantenía, por lo que decidió dejarlo así. Era una buena costumbre.

Era el último ferry del día, tarde en el Día del Trabajo. Trató de ponerse en el estado de ánimo de ello, viendo que todos los adolescentes se abrazaban y lloraban.

Pero esta vez estaba Alice. Le tomó la mano, en un estado de incredulidad casi vertiginoso porque iba a poder tomarla de la mano todo el camino en el barco, y fuera de él también. Nunca habían salido de la isla juntos antes. Él no podía comprender la idea, el placer de no tener que decirle adiós a ella. Lo que más amaba en esta isla estaba con él. *Bueno*, pensó con tristeza, *una*

de los dos. Y con ese pensamiento sintió un dolor. No es tanto como un dolor de presionar, pero sí del tipo que tienes que acostumbrarte.

Se subió a la cubierta superior y encontró un asiento en la parte posterior de la barandilla. Puso su mano en el muslo de Alice. Él estaba feliz de poder hacer eso. Miró el cielo, totalmente azul, y miró a la luna frágil durante el día, lo que él nunca parecía haber notado.

Cuando el motor del ferry aceleró y la gente se arremolinaba alrededor de ellos, Paul le tomó la mano, Alice dejó de pensar en el paso de una parte de su vida a otra. Dejó de pensar, *¿Es esto? ¿Voy a saber si lo es? ¿Estaré lista? ¿Voy a hacer de todo? ¿Me asustaré? ¿Sabré que estoy diciendo adiós? Cuando mire hacia atrás, ¿seguiré siendo capaz de ver lo que he dejado atrás?*

Ella pensó que sabría cuándo sucedería. Pero ahora, cuando miraba a su alrededor, se preguntaba si realmente era así del todo. Tal vez esto sucede de un millón de maneras diferentes, cuando tú piensas sobre algo y no es así. Tal vez no hay una diferencia, sin saltos, sin abismo. Sin olvidarte de ti misma a la vez. Tal vez sólo mirando a tu alrededor de un momento a otro, y piensas, *Hey*. Y allí estás tú.

Paul estaba de pie, y ella también, cuando el transbordador se agitó y comenzó a acelerar afanoso. Alice vio a los adolescentes en el barco agitándose frenéticamente mientras sus amigos les gritaban desde donde se encontraban, en el borde del muelle.

Paul cogió la mano de Alice con las dos manos y la acercó a su pecho. Y vieron como el grupo de niños que se quedó en el muelle levantaban sus brazos sobre sus cabezas, y se zambullían.

Fin



<http://www.purplerose1.com/forum.htm>

Foro Purple Rose